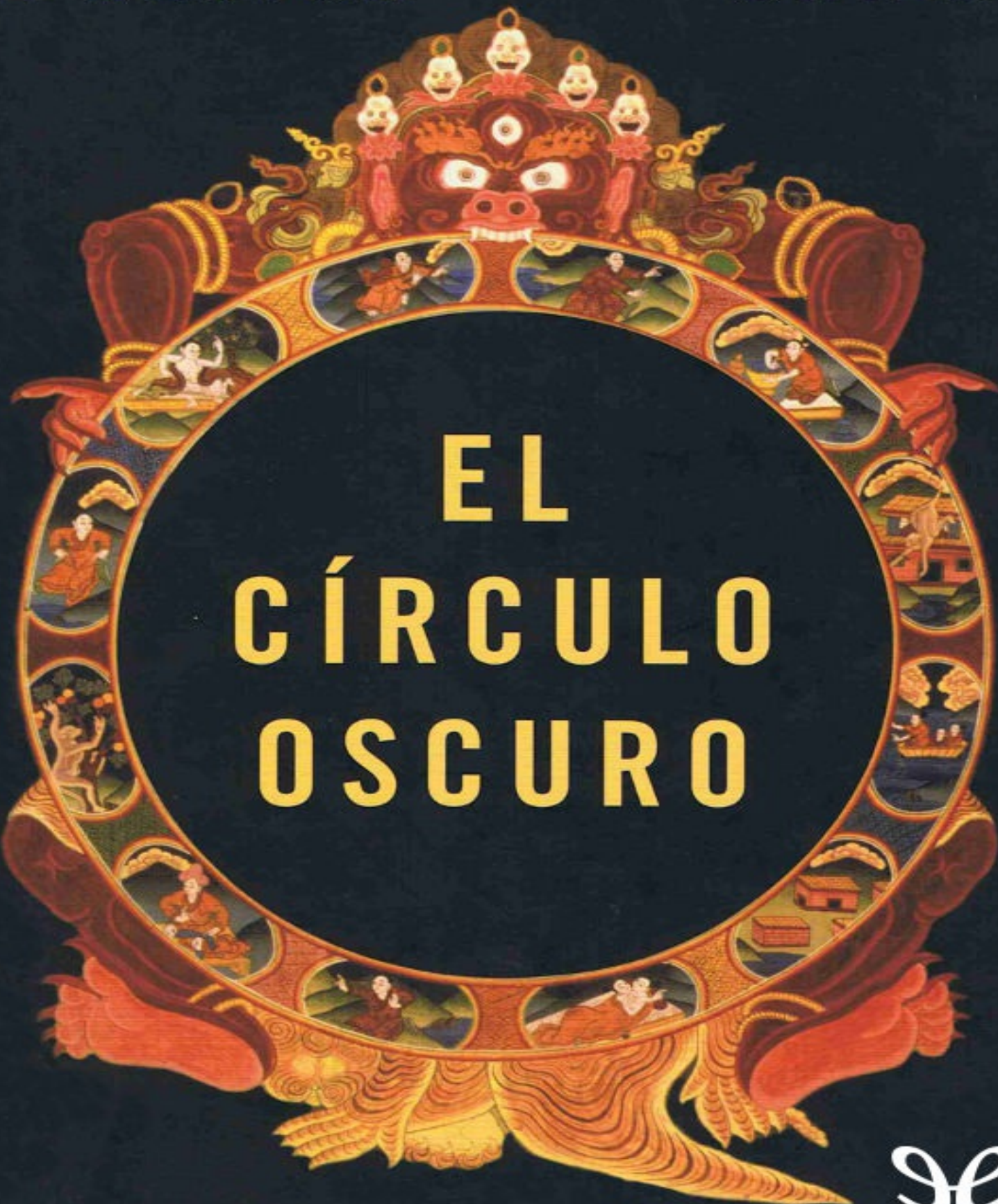


**DOUGLAS
PRESTON**

**LINCOLN
CHILD**



**EL
CÍRCULO
OSCURO**

se

En las lejanas tierras del Tíbet, el agente especial del FBI Aloysius Pendergast y su pupila, la joven Constance Greene, visitan el aislado monasterio de Gsalrig Chongg para recuperar el equilibrio en sus vidas, después del mortal enfrentamiento con Diógenes, hermano y archienemigo de Aloysius.

Poco antes de completar su estadía, sin embargo, Pendergast recibe una inesperada petición de los monjes: descubrir quién se halla tras el robo del Agoyzen, el tesoro más sagrado y secreto del monasterio, una reliquia oculta durante siglos por sus temidos poderes y cuya imagen no ha sido jamás vista, ni siquiera por sus propios guardianes.

Consciente de la importancia de semejante pérdida, en especial en un momento en el que los lamas deben comenzar a buscar una nueva reencarnación del Rinpoche, Pendergast se lanza a la investigación, que lo llevará a seguir la pista de un enigmático asesino que está a punto de embarcar en el viaje inaugural del Britannia, el mayor y más lujoso transatlántico del mundo. A bordo, aún consciente de que se enfrentará a un hombre peligroso, el agente nada imagina sobre las misteriosas fuerzas que operan sobre aquel talismán, que deberá devolver a su lugar de origen antes de que se desaten las fuerzas del mal.



Douglas Preston & Lincoln Child

El círculo oscuro

Agente Pendergast - 8

ePub r1.1
Titivillus 03.06.15

Título original: *The Wheel of Darkness*
Douglas Preston & Lincoln Child, 2007
Traducción: Jofre Homedes Beutnagel

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.1



Lincoln Child dedica este libro a su hija Veronica.

*Douglas Preston dedica este libro a Nat y Ravidia,
Emily, Andrew y Sarah.*

AGRADECIMIENTOS

Douglas Preston y Lincoln Child desean expresar su más profunda gratitud a las siguientes personas, por su inapreciable ayuda: Jaime Levine, Jamie Raab, Eric Simonoff, Eadie Klemm, Evan Boorstyn, Jennifer Romanello, Kurt Rauscher, Claudia Rülke y Laura Goeller. También damos las gracias al capitán Richard Halluska, de ISM Solutions, y a Videotel Marine International (Reino Unido).

Este libro es una obra de ficción. Todos los personajes, compañías, lugares, incidentes y embarcaciones descritos en sus páginas, así como las prácticas, rituales e iconografías religiosas, son ficticios o se usan de modo ficticio. Cualquier similitud con sucesos, embarcaciones, personas, instituciones religiosas, organismos gubernamentales o empresas es pura coincidencia. North Star Lines, el *Britannia* y toda su tripulación y su pasaje son caprichos de nuestra imaginación.

1

Lo único que se movía en la inmensidad del valle de Llölung eran dos puntos negros que avanzaban despacio por un camino apenas practicable; eran poco mayores que las rocas agrietadas por el hielo que sembraban todo el valle. En ese valle desolado, sin árboles, el viento arrancaba risas y susurros de las rocas, y en los precipicios resonaba el grito de las águilas negras. Las figuras se acercaban a caballo a una enorme pared de granito, de seiscientos metros de altura, por la que caía lentamente un chorro de agua: las fuentes del sagrado río Tsangpo. El camino desaparecía por una garganta abierta en la pared de roca, y aparecía de nuevo a mayor altura en forma de corte al bies en la roca viva. Desde ahí se prolongaba en una larga cresta, hasta desaparecer por segunda vez entre fisuras y picos recortados. Enmarcaba la escena, formando un majestuoso telón de una potencia formidable, la helada inmensidad de tres de las cumbres del Himalaya: el Dhaulagiri, el Annapurna y el Manaslu, con trenzas de nieve en sus faldas. Al fondo, un mar de nubes tormentosas de color acero.

Las dos figuras cabalgaban por el valle protegiéndose del viento frío con capuchas. Era la última etapa de un largo viaje, y aunque se estuviese formando una tormenta, iban despacio, a lomos de unos caballos que estaban exhaustos. Cerca ya de la garganta, cruzaron por dos veces un arroyo de aguas bravas. Después penetraron lentamente en la garganta, donde desaparecieron.

Una vez allí, subieron por el mismo camino desdibujado, con las aguas rugiendo a sus pies. En los puntos umbríos, donde el muro de piedra se unía al suelo sembrado de rocas, había cúmulos de hielo azul. Nubes negras surcaban el cielo, empujadas por un viento cada vez más impetuoso, que ululaba en lo alto de la garganta.

Al llegar a la base de la gran pared de piedra, el camino, que se empinaba de golpe, ascendía por un corte aterrador, vertiginoso. Había un antiguo puesto de guardia en ruinas, edificado sobre una lengua de roca; los restos de los cuatro muros ya sólo soportaban hileras de mirlos. Justo al principio del corte se erguía una piedra *mani* descomunal, con una oración tibetana grabada, aunque pulida por los miles de manos de quienes deseaban recibir su bendición antes de atreverse al peligroso viaje hacia la cima.

Los dos viajeros desmontaron junto al puesto de guardia. A partir de aquel punto deberían seguir a pie y guiar sus caballos por la estrecha senda, ya que las rocas estaban demasiado bajas para que cupiera un jinete. Algunos desprendimientos, mordiendo la roca, se habían llevado consigo trechos del camino, formando huecos que había que salvar por puentes estrechos, sin barandas, que crujían al ser pisados. Por lo demás, el camino era tan empinado que los viajeros, y

sus caballos, no tuvieron más remedio que trepar por diversos escalones tallados en la roca, que el paso de un sinfín de peregrinos y animales había tornado irregulares y resbaladizos.

De pronto el viento cambió y penetró por la garganta con un terrible estruendo, entre copos de nieve. La sombra de la tempestad sumió la garganta en una oscuridad nocturna, pero las dos figuras seguían escalando por la áspera senda, salvando peldaños cubiertos de hielo y cuevas que eran todo roca. A medida que ganaban altura, el eco de la cascada entre los muros de piedra se fundía de manera extraña con el viento, asemejándose a voces misteriosas que hablaran en un idioma desconocido.

Finalmente los viajeros llegaron a la cresta, pero el viento, que azotaba su ropa y agujoneaba su piel al descubierto, estuvo a punto de impedir que prosiguieran. Encorvados, siguieron caminando en lo alto de la cresta, y arrastrando sus caballos (que se resistían) llegaron a los restos de un pueblo; lúgubres ruinas de casas derribadas por algún antiguo cataclismo; tablones dispersos y rotos, ladrillos de adobe disolviéndose de nuevo en la tierra con la que habían sido formados...

En medio del pueblo se amontonaban varias piedras de oración, rematadas por un asta donde ondeaban decenas de banderas de oración hechas jirones. A un lado había un antiguo cementerio, con el muro de contención derruido. La erosión había abierto las tumbas, desperdigando huesos y cráneos por un extenso pedregal. Cuando los viajeros se acercaron, una bandada de cuervos alzó el vuelo en ruidosa protesta desde las ruinas; sus duros graznidos se elevaron hacia las nubes de plomo.

Uno de los viajeros se detuvo junto al montón de piedras e hizo señas al otro de que esperase. Se agachó, cogió una piedra desgastada y la añadió al montón. Tras una breve pausa para meditar en silencio (con el viento metiéndose en su ropa), volvió a coger las riendas del caballo y siguieron adelante.

Más allá del pueblo abandonado, la senda se estrechaba bruscamente en una cresta afiladísima. Las dos figuras la recorrieron despacio, luchando contra la violencia del viento. Sólo cuando empezaron a descender por una ladera pudieron divisar las murallas y pináculos de una vasta fortaleza que se recortaba contra el oscuro cielo.

Era el monasterio de Gsalrig Chongg, nombre que podía traducirse como «la Joya de la Conciencia del Vacío». Después de que el camino discurriese por el lateral de una montaña, apareció en su totalidad: recios muros y contrafuertes pintados de rojo, a lomos de una roca desnuda de granito, y en lo más alto un complejo de tejados y torres con pináculos, en los que brillaba el pan de oro.

Gsalrig Chongg era uno de los escasos monasterios tibetanos que se había salvado de los estragos de la invasión china, durante la cual el ejército había expulsado al Dalai Lama, había matado a miles de monjes y había destruido infinidad de monasterios y edificios religiosos. Si Gsalrig Chongg se había salvado se debía en parte a su absoluto aislamiento, y a su proximidad con la disputada frontera de Nepal, pero también a un simple descuido burocrático: por alguna razón, a las autoridades se les había pasado por alto. Ni siquiera en los mapas actuales de la llamada Región Autónoma del Tíbet figura este centro de culto, y sus monjes no escatiman esfuerzos por que siga siendo así.

El camino cruzaba un escarpado pedregal, donde un grupo de buitres roía huesos dispersos.

—Parece que ha muerto alguien hace poco —dijo el hombre, señalando con la cabeza hacia las aves, que daban saltitos sin ningún temor.

—¿Por qué? —preguntó el segundo viajero.

—Cuando muere un monje, descuartizan el cadáver y lo echan a las fieras salvajes. Se considera el máximo honor que tus despojos alimenten a otros seres vivos.

—Extraña costumbre.

—Al contrario: es de una lógica impecable. Las nuestras son las extrañas.

El camino moría frente a una pequeña puerta del gran recinto. Estaba abierta, y un monje budista, envuelto en una túnica de color rojo y azafrán con una antorcha encendida, parecía estar esperándoles.

Los dos viajeros encapuchados cruzaron la puerta sin soltar los caballos. Apareció otro monje que cogió las riendas en silencio y se llevó los animales al establo situado dentro del recinto.

Los viajeros se pararon junto al primer monje; empezaba a caer la noche. El monje se limitó a esperar sin decir nada.

El primer viajero se quitó la capucha, dejando a la vista el rostro alargado y pálido, el pelo casi blanco y los ojos plateados del agente especial del FBI Aloysius Pendergast.

El monje se volvió hacia el otro viajero, que se bajó la capucha con un movimiento vacilante, dejando que el viento agitara sus cabellos castaños y los copos de nieve se posaran sobre ellos. Mantuvo la cabeza algo inclinada. Era una mujer joven (aparentaba unos veinte años), de rasgos finos, labios bien dibujados y pómulos marcados: Constance Greene, la pupila de Pendergast. Sus penetrantes ojos violetas se fijaron rápidamente en todo antes de mirar de nuevo al suelo.

El monje sólo la observó unos instantes. Después, sin hacer ningún comentario, dio media vuelta e hizo señas de que le siguiesen hacia el complejo principal, por un camino elevado de piedra.

Pendergast y su pupila siguieron en silencio al monje, que cruzó otra puerta y penetró en el oscuro interior del monasterio propiamente dicho, fuertemente impregnado de olor a sándalo y a cera. Con un sonoro golpe, la doble puerta con refuerzos de hierro se cerró a sus espaldas, reduciendo a un leve susurro el aullido del viento. Se adentraron en un pasillo largo; en uno de sus lados se alineaban cilindros de oración hechos de cobre, a los que algún oculto mecanismo hacía girar y rechinar incesantemente. El pasillo se internaba cada vez más en el monasterio. De pronto apareció otro monje con grandes velas en soportes de latón, cuyos parpadeos revelaron una serie de antiguos frescos en ambas paredes.

Finalmente, los recodos laberínticos de aquel pasillo les condujeron a una gran sala, presidida al fondo por una estatua dorada de Padmasambhava, el Buda tántrico, iluminada por cientos de velas. A diferencia de los ojos contemplativos y entornados de la mayoría de las representaciones de Buda, los del Buda tántrico estaban muy abiertos, muy atentos, chispeantes de vida, como símbolo de la conciencia extrema que había conquistado mediante el estudio de las secretas enseñanzas de Dzogchen, y del aún más esotérico Chongg Ran.

Gsalrig Chongg era uno de los dos únicos monasterios del mundo que conservaban la disciplina del Chongg Ran, una enigmática doctrina que las pocas personas familiarizadas con ella

denominaban Joya de la Impermanencia de la Mente.

Los dos viajeros se detuvieron en el umbral de aquel sanctasanctórum. En la otra punta descansaban en silencio algunos monjes, sentados en bancos de piedra dispuestos de forma escalonada. Parecían esperar a alguien.

En la hilera superior se hallaba el abad del monasterio, un hombre de aspecto muy particular; su anciano rostro se arrugaba en una expresión permanentemente divertida, casi risueña. Sobre su cuerpo esquelético, la túnica pendía como colada puesta a secar. A su lado se sentaba un monje algo más joven, al que también conocía Pendergast: Tsering, uno de los pocos miembros del monasterio que hablaban inglés; ejercía de «administrador» del complejo. Era un hombre de unos sesenta años, excepcionalmente bien conservado. Debajo de él había una hilera de veinte monjes de todas las edades; algunos adolescentes y otros viejos y arrugados.

Tsering tomó la palabra, en un inglés impregnado de la extraña musicalidad del tibetano.

—Amigo Pendergast, te damos bienvenida una vez más a monasterio de Gsalrig Chongg, así como a invitada tuya. Sentaos, por favor, y acompañadnos a tomar té.

Señaló un banco de piedra con dos cojines de seda bordados (los únicos de la sala). Los dos viajeros se sentaron. Al cabo de un rato aparecieron varios monjes con bandejas de latón, en cada una de las cuales había diversas tazas de té muy caliente con mantequilla y *tsampa*. Bebieron en silencio el té endulzado. Tsering no retomó la palabra hasta que acabaron.

—¿Qué trae de vuelta a Gsalrig Chongg a amigo nuestro Pendergast? —preguntó.

Pendergast se levantó.

—Gracias por tu bienvenida, Tsering —dijo en voz baja—. Me alegra estar de nuevo aquí. He vuelto para proseguir mi viaje de meditación e iluminación. Permitid que os presente a la señorita Constance Greene, que también viene con la esperanza de iniciar sus estudios.

Cogió la mano de Constance, que se levantó.

Al cabo de un largo silencio, Tsering se acercó a Constance y se quedó delante de ella, mirándola con calma a los ojos. A continuación levantó una mano y le tocó el pelo, palpándolo con delicadeza. Por último acarició con suavidad cada uno de sus pechos, uno tras otro. Ella permaneció de pie sin inmutarse.

—¿Eres mujer? —preguntó.

—No seré la primera que haya visto... —dijo Constance secamente.

—Sí —dijo Tsering—. No he visto mujer desde que vine aquí, a dos años de edad.

Constance se sonrojó.

—Cuánto lo siento. Sí, soy una mujer.

Tsering se volvió hacia Pendergast.

—Es primera mujer que entra en Gsalrig Chongg. Nunca hemos aceptado a mujer como alumna. Siento decir que no se puede permitir, y menos ahora, en funerales del venerable Ralang Rinpoche.

—¿Ha muerto el Rinpoche? —preguntó Pendergast.

Tsering inclinó la cabeza.

—Lamento recibir la noticia de la muerte del Altísimo Lama.

Sonrió al oírlo.

—No se ha perdido nada. Ya encontraremos a reencarnación suya, decimonoveno Rinpoche, y así volverá a estar entre nosotros. Soy yo quien lamento responder que no a petición tuya.

—Constance necesita vuestra ayuda. Yo también la necesito. Los dos estamos... cansados del mundo. Hemos venido de muy lejos buscando paz. Paz y curación.

—Sé lo difícil que es viaje que habéis hecho. Sé cuántas esperanzas tenías, pero Gsalrig Chongg ha existido mil años sin presencia de mujer, y no puede cambiar. Debe irse.

Se hizo un largo silencio. Pendergast alzó la vista hacia el personaje viejo e inmóvil que ocupaba el asiento más alto.

—¿También es la decisión del abad?

Al principio no hubo ninguna señal de movimiento. Un visitante podría haber llegado a confundir aquella arrugada figura con una especie de loco chocho y feliz, que sonreía de forma ausente desde su posición, por encima de todos los demás. Sin embargo, de pronto, su descarnado índice sufrió un temblor apenas perceptible, y uno de los monjes más jóvenes subió y se inclinó hacia él, acercando el oído a su boca desdentada. Al cabo de un momento se irguió y le dijo algo en tibetano a Tsering.

Tsering lo tradujo.

—Abad pide a mujer repetir nombre, por favor.

—Soy Constance Greene —pronunció con voz aguda, pero resuelta.

Tsering lo tradujo al tibetano, aunque el nombre le presentó ciertas dificultades.

Siguió otro silencio, que se prolongó durante unos minutos.

Otro temblor del índice, y más murmullos del anciano monje al oído del joven, que los repitió en voz alta.

—Abad pregunta si es nombre de verdad —dijo Tsering.

Constance asintió con la cabeza.

—Sí, es mi nombre de verdad.

El viejo lama levantó despacio un brazo rígido, y señaló una pared en penumbra con una uña que como mínimo sobresalía dos centímetros por encima del dedo. Todas las miradas convergieron en un fresco escondido detrás de una cortina, como tantos otros en la pared.

Tsering se aproximó, levantó la tela y acercó una vela. La luz reveló una imagen de una riqueza y complejidad asombrosas: una deidad femenina de intenso color verde, con ocho brazos, sentada sobre un disco lunar blanco y rodeada por un torbellino de dioses, demonios, nubes, montañas y filigranas de oro, como si la hubiera sorprendido una tormenta.

El anciano lama habló un buen rato al oído del monje joven, mascullando con su boca sin dientes. Después se apoyó en el respaldo y sonrió, mientras Tsering volvía a encargarse de la traducción.

—Su Santidad pide dirigir atención a pintura thangka de Tara Verde.

Los monjes se levantaron de sus asientos, murmurando y haciendo ruido con los pies, y formaron respetuosamente un círculo alrededor de la pintura, como alumnos en espera de la explicación del profesor.

El viejo lama hizo un gesto con su brazo huesudo, incitando a Constance Greene a unirse al círculo, cosa que ella se apresuró a hacer, mientras los monjes se apartaban para dejarle sitio.

—Esto es pintura de Tara Verde —siguió traduciendo Tsering—. Es madre de todos budas. Tiene constancia. También sabiduría, actividad mental, rapidez de pensamiento, generosidad e intrepidez. Su Santidad invita a mujer a acercarse para ver mandala de Tara Verde.

Constance dio unos pasos inseguros.

—Su Santidad pregunta por qué pusieron a alumna nombre de Tara Verde.

Constance miró a su alrededor.

—No sé qué quiere decir.

—Tu nombre Constance Greene. Este nombre contiene dos atributos importantes de Tara Verde. Su Santidad pregunta de dónde viene nombre.

—Greene es mi apellido. Es un apellido inglés muy común, aunque no tengo ni idea de sus orígenes. Mi nombre, Constance, me lo puso mi madre. Era muy frecuente en la época en la que nací. Evidentemente, cualquier parecido entre mi nombre y Tara Verde es pura coincidencia.

El abad empezó a temblar de risa, a la vez que hacía el esfuerzo de levantarse con la ayuda de dos monjes. Tardó poco en ponerse de pie, aunque de forma muy precaria, como si un simple codazo pudiese derrumbarle. Sin dejar de reír, volvió a hablar con voz poco audible, mostrando las encías rosadas mientras parecía que los huesos le castañeteasen de alegría.

—¿Coincidencia? No existe. Alumna ha hecho chiste gracioso —tradujo Tsering—. A abad le gustan chistes buenos.

Constance miró a Tsering, después al abad, y otra vez a Tsering.

—¿Eso quiere decir que dejan que me quede a estudiar?

—Quiere decir que estudio ya ha empezado —dijo Tsering, sonriendo a su vez.

2

En uno de los remotos pabellones del monasterio de Gsalrig Chongg, Aloysius Pendergast descansaba en un banco junto a Constance Greene. Una hilera de ventanas de piedra ofrecía una espectacular vista de la garganta de Llölung, con las grandes cumbres del Himalaya al fondo, bañadas por un suave y rosado resplandor de alta montaña. Hasta allí subía el rumor de una cascada, desde la cabecera del valle de Llölung. Mientras se ponía el sol en el horizonte, una trompeta *dzung* alargó al máximo una nota profunda cuyo eco viajó por los barrancos y montañas.

Casi habían pasado dos meses. Era julio, y con él había llegado la primavera a las estribaciones altas del Himalaya. El fondo de los valles se teñía de un verde salpicado de flores, mientras las laderas se cubrían de rosas silvestres.

Ninguno de los dos decía nada. Les quedaban dos semanas de estancia.

Volvió a sonar el *dzung*, mientras la luz, de un rojo intenso, se apagaba en el gran triunvirato de montañas: el Dhaulagiri, el Annapurna y el Manaslu, tres de las diez cumbres más altas del mundo. El crepúsculo llegó rápidamente, invadiendo los valles como una inundación de aguas oscuras.

Pendergast salió de su ensimismamiento.

—Progresas bien en tus estudios. Extremadamente bien. El abad está contento.

—Sí.

La voz de Constance era suave, casi distante.

Pendergast puso una mano sobre la de ella, un contacto tan leve y etéreo como el de una hoja.

—Aún no habíamos hablado de ello, pero quería preguntarte si... si todo fue bien en la clínica Feversham. Si no hubo complicaciones en el... proceso.

Pendergast titubeaba más de lo normal como si por una vez le faltasen las palabras.

La mirada de Constance permaneció clavada en las montañas, frías y nevadas.

Pendergast vaciló.

—Me habría gustado acompañarte.

Ella inclinó la cabeza sin salir de su mutismo.

—Constance, siento por ti un gran afecto. Quizás hasta ahora nunca me haya expresado con suficiente claridad al respecto. Si es así, te pido disculpas.

Constance inclinó aún más la cabeza, ruborizándose.

—Gracias.

Su tono ya no era distante, sino que temblaba un poco de la emoción. Se levantó de golpe, apartando la vista.

Pendergast también se puso en pie.

—Perdona, Aloysius, pero es que siento la necesidad de estar un rato a solas.

—Por supuesto.

Vio cómo se alejaba el cuerpo esbelto de la joven, que desapareció como un fantasma en los pasillos de piedra del monasterio. Entonces, sumido en profundas reflexiones, volvió la vista hacia el paisaje montañoso.

Cuando llegó la oscuridad al pabellón, dejó de oírse el *dzung*, aunque sus últimos ecos persistieron durante unos segundos entre las montañas. El silencio era absoluto, como si la llegada de la noche trajese consigo una especie de inmutabilidad. De pronto se materializó una figura en las profundas sombras del pie del pabellón. Un viejo monje, con túnica de color azafrán, hacía gestos a Pendergast con su arrugada mano, usando el peculiar movimiento de muñeca que en tibetano significaba «ven».

Pendergast caminó lentamente hacia el monje, que se volvió y se fue despacio hacia la oscuridad.

Pendergast le siguió, intrigado. El monje le llevó en una dirección inesperada; por diversos pasillos en penumbra que conducían a la celda del famoso anacoreta emparedado: un monje que se había dejado encerrar en una habitación que tenía el tamaño justo para permitirle sentarse y meditar; emparedado de por vida, una sola vez al día alimentado con pan y agua que le hacían llegar retirando el único ladrillo suelto.

El viejo monje se paró frente a la celda, una simple pared oscura, sin nada que la distinguiese. Muchos miles de manos habían pulido sus antiguas piedras, las manos de quienes acudían a pedir sabiduría a tan peculiar anacoreta. Decían que le habían emparedado a los doce años; ahora se acercaba a los cien, y era un oráculo famoso por sus excepcionales dotes proféticas.

El monje golpeó dos veces la piedra con una uña. Esperaron. Un minuto después empezó a moverse la única piedra suelta del muro, deslizándose muy lentamente entre las demás. Apareció una mano arrugada, blanca como la nieve, con venas azules y translúcidas, que hizo girar la piedra lateralmente, formando un pequeño hueco.

El monje se agachó hacia el agujero y murmuró en voz baja. Después se giró para escuchar. Transcurrieron varios minutos. Pendergast oyó un leve susurro al otro lado. El monje se irguió, aparentemente satisfecho, e hizo señas a Pendergast de que se acercase. Mientras obedecía, Pendergast vio que la piedra recuperaba su anterior posición, guiada por una mano invisible.

De repente pareció como si del interior de la roca contigua a la celda de piedra surgiese un ruido, un profundo chirrido. Al instante se abrió una rendija, que se ensanchó hasta convertirse en una puerta de piedra que rechinó al abrirse por algún mecanismo invisible. Del otro lado llegó un aroma peculiar, como de algún desconocido incienso. El monje tendió la mano, invitando a Pendergast a entrar. Una vez que el agente estuvo al otro lado del umbral, la puerta se cerró. El monje no le había seguido. Pendergast estaba solo.

Apareció otro monje en la oscuridad con una vela que goteaba cera. A lo largo de las siete semanas pasadas en Gsalrig Chongg (y de sus anteriores estancias), Pendergast se había

familiarizado con los rostros de todos los monjes, pero aquél era nuevo. Supo que acababa de acceder al monasterio interior, sobre el que corrían rumores nunca confirmados: el sanctasanctorum oculto. Al parecer era el anacoreta emparedado quien vigilaba dicho acceso (sobre el que, por lo que sabía Pendergast, pesaba una rigurosa prohibición). Se trataba de un monasterio dentro del monasterio, donde media docena de monjes de clausura pasaban toda su vida en la más profunda meditación y en un incesante estudio de la mente, sin ver jamás el mundo exterior, ni entablar contacto directo con los monjes del resto del monasterio, custodiados por el anacoreta invisible. A Pendergast le habían contado que aquellos monjes estaban tan retirados del mundo que si les diese la luz del sol les mataría.

Siguió al extraño monje por un pasillo estrecho, que llevaba a la parte más profunda del complejo monástico. Los pasadizos se volvieron más toscos. Pendergast cayó en la cuenta de que eran túneles abiertos en la roca viva, túneles que mil años atrás habían sido enlucidos y cubiertos de frescos que ahora prácticamente habían borrado el humo, la humedad y el tiempo. El pasadizo cambiaba varias veces de dirección, dejando atrás pequeñas celdas de piedra con budas o pinturas thangka, iluminadas con velas y perfumadas con incienso. No se cruzaron con nadie, ni vieron a nadie; el laberinto de salas sin ventanas daba sensación de vacío, humedad y abandono.

Finalmente, tras lo que parecía un viaje sin final, llegaron a otra puerta. Ésta tenía listones de hierro engrasado, fijados con gruesos remaches. Apareció otra llave, que abrió la cerradura, no sin dificultades.

Al otro lado, una sala pequeña recibía escasamente la luz de una lámpara de mantequilla. Las paredes estaban revestidas con una meticulosa taracea de madera antigua y bruñida a mano. Flotaba en el aire un humo acre, con fragancia a resina. Los ojos de Pendergast tardaron un poco en darse cuenta de algo tan extraordinario: la estancia estaba llena de tesoros. En la pared del fondo había decenas de cofres profusamente repujados de oro, herméticamente cerrados, junto a pilas de bolsas de cuero que en algunos casos se habían abierto a causa de la podredumbre y habían vertido su contenido de gruesas monedas de oro. Había de todo: desde antiguos soberanos ingleses y estáteras griegas hasta monedas mogoles de oro macizo. Alrededor, pequeños barriles con las duelas hinchadas y podridas dejaban escapar rubíes, esmeraldas, zafiros, diamantes, turquesas, turmalinas y peridotos, en bruto y tallados. Otros barriles parecían llenos de pequeños lingotes de oro, y de kobans ovalados japoneses.

La pared situada a la derecha de Pendergast contenía otro tipo de tesoros: caramillos y trompetas kangling hechos de ébano, marfil y oro, y con incrustaciones de piedras preciosas; dorjes de plata y electro; cráneos humanos adornados con metales preciosos, e incrustaciones deslumbrantes de turquesa y coral. En otra zona había un cúmulo de estatuas de oro y plata, una de ellas adornada con centenares de zafiros estrella. No muy lejos de allí, Pendergast reconoció cuencos, figuras y placas del más fino jade, en cajas de madera rellenas de paja.

El principal tesoro lo tenía justo a su izquierda: cientos de huecos repletos de rollos polvorientos, thangkas enrollados y fajos de pergamino y vitela atados con hilo de seda.

El despliegue de tesoros era tan impresionante que tardó un poco en darse cuenta de que en el rincón más próximo había un ser humano cruzado de piernas encima de un cojín.

El monje que le había acompañado hizo una reverencia con las manos unidas y se retiró,

haciendo chirriar la puerta de hierro; luego giró la llave en la cerradura. El monje cruzado de piernas indicó el cojín que tenía al lado.

—Siéntese, por favor —dijo en inglés.

Pendergast hizo una reverencia y tomó asiento.

—Una sala francamente notable —contestó. Hizo una pausa—. Y un incienso muy poco habitual.

—Somos los guardianes de los tesoros del monasterio, del oro, la plata y todo lo transitorio que el mundo considera riquezas. —El monje hablaba en un inglés comedido y elegante, con acento de Oxbridge—. También nos ocupamos de la biblioteca, y de las pinturas religiosas. El «incienso» que le ha llamado la atención es la resina de la planta *dorzhan-qing*, que arde sin cesar para ahuyentar a los gusanos, una especie de carcinoma propia del alto Himalaya cuyo objetivo es destruir todo cuanto haya de madera, papel o seda en esta habitación.

Pendergast asintió con la cabeza y aprovechó la ocasión para examinar más atentamente al monje. Era viejo, pero fuerte y delgado, en sorprendente buena forma física. La túnica de color azafrán iba ceñida a su cuerpo, y llevaba afeitada la cabeza. Sus pies descalzos estaban casi negros por la suciedad. Le brillaban los ojos, en un rostro terso y sin edad que irradiaba inteligencia, inquietud y honda preocupación.

—Seguro que debe de preguntarse quién soy, y por qué le he hecho venir —dijo—. Me llamo Thubten. Bienvenido, señor Pendergast.

—¿El lama Thubten?

—Aquí, en el templo interior, no usamos títulos que nos distinguan. —El monje se inclinó hacia él y le miró fijamente a la cara—. Tengo entendido que usted se dedica a... No sé muy bien cómo decirlo. ¿A inmiscuirse en los asuntos ajenos? ¿A resolver las injusticias? ¿A solucionar enigmas y arrojar luz sobre los misterios y la oscuridad?

—Nunca lo había oído formular de este modo, pero sí, está en lo cierto.

El monje volvió a sentarse, visiblemente aliviado.

—Me alegro. Tenía miedo de haberme equivocado. —Su voz se redujo a un susurro—. Aquí hay un enigma.

Se hizo un largo silencio.

—Siga —dijo finalmente Pendergast.

—El abad no puede hablar directamente de ello. Por eso me lo han pedido a mí, pero, si bien la situación es grave, me cuesta... hablar de ella.

—Todos ustedes nos han tratado muy bien a mí y a mi pupila —dijo Pendergast—, y nada me gustaría más que corresponder a su amabilidad, si puedo.

—Gracias. Lo que voy a contarle exige revelar una serie de detalles de índole secreta.

—Cuenta con mi discreción.

—Empezaré hablando brevemente de mí. Nací en una zona montañosa y aislada, cerca del lago Manosawar, en el oeste del Tíbet. Cuando era pequeño, antes de haber cumplido un año, mis padres murieron en un alud. Dos naturalistas ingleses, un matrimonio que realizaba un estudio sobre Manchuria, Nepal y el Tíbet, se compadecieron de aquel huérfano de tan corta edad y me adoptaron informalmente. Durante diez años les acompañé en sus viajes por las montañas, donde

observaban, dibujaban y tomaban notas. Una noche, una banda de soldados errantes entraron en nuestra tienda y les mataron a disparos. Después les quemaron, con todas sus pertenencias. El único que escapó fui yo.

»Imagínese cómo me sentiría, habiendo perdido dos veces a mis padres... Mis correrías solitarias me llevaron hasta aquí, hasta Gsalrig Chongg, y con el paso del tiempo hice los votos e ingresé en el monasterio interior. Dedicamos nuestras vidas a un entrenamiento mental y físico extremo. Nos centramos en los aspectos más profundos y enigmáticos de la existencia. Estudiando el Chongg Ran, usted ha entrado en contacto con algunas de las verdades que nosotros sondeamos a una profundidad infinitamente mayor.

Pendergast inclinó la cabeza.

—Aquí, en el monasterio interior, vivimos completamente aislados. No se nos permite ver el mundo exterior, mirar el cielo o respirar aire fresco. Todo se vuelca hacia dentro. Se trata de un sacrificio enorme, incluso para un monje tibetano; de ahí que sólo seamos seis. El anacoreta, nuestro vigilante, se ocupa de que no hablemos con ningún ser humano del exterior. Yo he infringido este voto sagrado para hablar con usted, lo cual, por sí solo, ya debería darle a entender la gravedad de la situación.

—Comprendo —dijo Pendergast.

—Como monjes del templo interior, tenemos ciertas obligaciones. Además de ser los guardianes de la biblioteca, las reliquias y el tesoro del monasterio, también somos los guardianes del... Agoyzen.

—¿El Agoyzen?

—El objeto más importante de todo el monasterio, y tal vez de todo el Tíbet. Se guarda allí, en aquel rincón, dentro de una cámara cerrada con llave. —Señaló un nicho tallado en la piedra, con una puerta de hierro macizo, que estaba abierta—. Una vez al año, los seis monjes nos reunimos aquí para llevar a cabo determinados rituales relacionados con la custodia de la cámara del Agoyzen. Este mayo, pocos días antes de que llegara usted, cuando vinimos a cumplir nuestras obligaciones, descubrimos que el Agoyzen ya no estaba en su sitio.

—¿Un robo?

El monje asintió con la cabeza.

—¿Quién tiene la llave?

—Yo. Nadie más.

—¿Y estaba todo bien cerrado?

—Sí. Le aseguro, señor Pendergast, que es absolutamente imposible que este delito haya sido cometido por alguno de nuestros monjes.

—Tendrá que disculparme si me tomo sus palabras con escepticismo.

—El escepticismo es bueno. —El monje lo dijo con un énfasis muy especial. Pendergast no contestó—. El Agoyzen ya no está en el monasterio. De lo contrario lo sabríamos.

—¿Cómo?

—De eso no puedo hablar. Señor Pendergast, le ruego que me crea: lo sabríamos. Ninguno de nuestros monjes se ha apoderado del objeto.

—¿Puedo mirar?

El monje asintió.

Pendergast se levantó, sacó una linterna de bolsillo y se acercó a la cámara para examinar el ojo redondo de la cerradura. Al cabo de un momento lo estudió con una lupa.

—Han usado una ganzúa —dijo, poniéndose derecho.

—Perdone... ¿Ganzúa?

—Un instrumento para abrir cerraduras sin utilizar la llave. —Miró rápidamente al monje—. Bueno, la verdad es que todo indica que la han forzado. Dice que no puede haberlo robado ningún monje. ¿El monasterio ha recibido alguna otra visita?

—Sí —dijo Thubten, esbozando una sonrisa—. De hecho conocemos al ladrón.

—Ah —dijo Pendergast—. Eso simplifica mucho las cosas. Cuéntemelo.

—A principios de mayo vino un joven alpinista. Su llegada fue muy extraña. Procedía del este, de las montañas de la frontera con Nepal, y estaba medio muerto, en un estado de desfallecimiento mental y físico. Era un profesional del montañismo, el único superviviente de una expedición por la cara virgen del Dhaulagiri, la occidental. Fue el único a quien no se llevó el alud. No tuvo más remedio que ir hasta la cara norte, bajar por ella y cruzar ilegalmente (sin ninguna culpa) la frontera tibetana. Para llegar hasta aquí caminó durante tres semanas por glaciares y valles. Al final ya se arrastraba. Sobrevivió comiendo ratas de las bayas, muy nutritivas si se cazan cuando tienen la barriga llena de bayas. Estaba al borde de la muerte. Conseguimos que se recuperase. Se llama Jordan Ambrose, y es estadounidense.

—¿Estudió con ustedes?

—No se interesó mucho por el Chongg Ran. Es extraño... Fuerza de voluntad y capacidad mental no le faltaban para tener éxito... Tantas o más que cualquier occidental que hayamos visto. Salvo la mujer, claro, Constance.

Pendergast asintió.

—¿Cómo sabe que fue él?

El monje no contestó directamente.

—Nos gustaría que le buscara, que encontrara el Agoyzen y lo trajera de vuelta al monasterio.

Pendergast asintió.

—Ese tal Jordan Ambrose... ¿Cómo era, físicamente?

El monje metió la mano en el hábito y sacó un rollito de pergamino. Desató las cuerdas y lo abrió.

—Nuestro pintor de thanckas le hizo este retrato a petición mía.

Pendergast cogió el pergamino, y al examinarlo vio a un joven de poco menos de treinta años, bien parecido y en buena forma física, con el pelo largo y rubio, los ojos azules y una expresión de determinación física, laxitud moral y gran inteligencia. Era un retrato muy notable, que parecía captar no sólo el exterior de la persona, sino el interior.

—Me será de gran ayuda —dijo, atándolo para guardarlo en su bolsillo.

—¿Necesita algún otro dato para buscar el Agoyzen? —preguntó el monje.

—Sí. Cuénteme exactamente qué es el Agoyzen.

El monje sufrió un cambio pasmoso. Su expresión se volvió tan recelosa que casi lindaba con el miedo.

—No puedo —dijo con voz temblorosa, tan baja que casi no se oía.

—Es inevitable. Para recuperarlo debo saber qué es.

—Me ha entendido mal. No puedo decirle qué es porque no lo sabemos.

Pendergast frunció el entrecejo.

—¿Cómo es posible?

—El Agoyzen lleva mil años encerrado en una caja de madera, desde que fue dejado en custodia al monasterio. Nunca lo hemos abierto. Estaba rigurosamente prohibido. Ha pasado de un Rinpoche a otro sin abrirse.

—¿Qué tipo de caja?

El monje reprodujo las dimensiones con las manos: unos doce centímetros de lado, y algo más de un metro de longitud.

—Es una forma poco habitual. ¿Qué cree que podría contener una caja con esas medidas?

—Cualquier cosa larga y fina; un bastón de mando, una espada... Un pergamino, o una pintura enrollada. O acaso un juego de sellos, o cuerdas con nudos sagrados...

—¿Qué significa la palabra «Agoyzen»?

El monje vaciló.

—Oscuridad.

—¿Por qué estaba prohibido abrirlo?

—Lo recibió el fundador del monasterio, el primer Ralang Rinpoche, de un santón de Oriente, de la India. El santón había tallado la advertencia en un lado de la caja. Guardo aquí una copia del texto, que le traduciré.

Sacó un rollo muy pequeño, con una inscripción en caracteres tibetanos. Estiró los brazos al máximo, con un leve temblor en las manos, y recitó:

Una impureza de dolor y mal
dentro del dharma se desatará;
ruedas de oscuridad hará girar
quien el Agoyzen ose destapar.

—¿«Dharma» se refiere a las enseñanzas de Buda? —dijo Pendergast.

—En este contexto, indica algo todavía mayor: el mundo entero.

—Críptico y alarmante.

—En tibetano es igual de enigmático, pero son palabras muy poderosas. Se trata de una advertencia muy seria, señor Pendergast. Muy seria.

Pendergast reflexionó un momento.

—¿Cómo es posible que alguien del exterior supiera lo suficiente de la caja como para robarla? Hace un tiempo, yo pasé aquí todo un año y no la oí mencionar.

—He ahí un gran enigma. Lo que es seguro es que no la mencionó ninguno de nuestros monjes. Se trata de un objeto que a todos nos suscita pavor, y del que nunca hablamos, ni siquiera entre nosotros.

—El tal Ambrose podría haberse llevado un puñado de piedras preciosas por valor de un

millón de dólares. Cualquier ladrón normal habría empezado por el oro y las joyas.

—Quizá no sea un ladrón normal —dijo el monje al cabo de un rato—. Oro, piedras preciosas... Todo lo que dice usted son tesoros terrenales, perecederos. El Agoyzen...

—¿Qué? —preguntó Pendergast.

El monje se limitó a enseñar las palmas de las manos, sosteniendo con una mirada de angustia la de Pendergast.

3

Justo empezaba a levantarse el negro sudario de la noche cuando Pendergast cruzó las puertas reforzadas con hierro del paso interior del monasterio. Al otro lado del muro del recinto se erguía impenetrable la mole del Annapurna, como una silueta violácea brotando de una oscuridad que se batía en retirada. Se quedó un momento en el patio empedrado, mientras un monje le traía en silencio su caballo. El aire, todavía frío antes del amanecer, estaba cargado de rocío, y olía intensamente a rosas silvestres.

Tras poner las alforjas en la cruz del caballo, comprobó la silla de montar y ajustó los estribos.

Constance Greene no dijo nada mientras presenciaba los últimos preparativos del agente del FBI. Llevaba una túnica monástica de desvaído color azafrán, y sólo sus hermosas facciones y su melena castaña impedían tomarla por un monje más.

—Siento irme tan pronto, Constance. Debo encontrar el rastro del hombre a quien buscamos antes de que se borre.

—¿De verdad no saben qué es?

Pendergast sacudió la cabeza.

—No, sólo su forma y su nombre.

—Oscuridad... —murmuró ella, y le miró con cara de preocupación—. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—La parte más difícil ya está hecha. Sé el nombre del ladrón, y su aspecto. Ahora sólo se trata de darle alcance. Recuperar el objeto debería ser cuestión de una semana, dos como máximo. Una misión sencilla. En dos semanas habrás terminado tus estudios, y podrás reunirte conmigo para concluir nuestra gira por Europa.

—Ten cuidado, Aloysius.

Pendergast sonrió ligeramente.

—Quizá sea un hombre de moral dudosa, pero no me parece un asesino. El riesgo debería ser mínimo. Se trata de un delito sencillo, aunque desconcertante. ¿Por qué se llevó el Agoyzen y dejó el resto del tesoro? Al parecer no tenía ningún interés por lo tibetano, lo cual parece indicar que el Agoyzen es un objeto de gran valor, o que se sale realmente de lo común.

Constance asintió.

—¿Tienes instrucciones para mí?

—Descansa. Medita. Completa la primera fase de tus estudios. —Pendergast hizo una pausa

—. No acabo de creer que nadie sepa qué es el Agoyzen. Seguro que alguien lo ha mirado. Es la naturaleza humana, incluso aquí, entre estos monjes. Me ayudaría muchísimo saber qué es.

—Lo investigaré.

—Magnífico. Sé que puedo contar con tu discreción. —Titubeó un poco y se volvió hacia ella

—. Constance, necesito preguntarte algo.

Al ver su expresión, Constance abrió mucho los ojos, pero su tono de voz permaneció tranquilo.

—¿Qué?

—Nunca has dicho nada sobre tu estancia en Feversham, y es posible que en algún momento necesites hacerlo. Cuando te reúnas conmigo... si estás preparada...

Volvió a dejar la frase a medias, dando muestras de una confusión y una indecisión raras en él.

Constance apartó la mirada.

—Aún no hemos hablado de lo que pasó, y ya han transcurrido semanas —añadió él—, pero tarde o temprano...

La joven se volvió hacia él bruscamente.

—¡No! —dijo con rabia—. No. —Hizo una pausa para recuperar la compostura—. Quiero que me prometas algo: no hablar nunca más en mi presencia de él o de... Feversham.

Pendergast la miró atentamente, sin moverse. Al parecer, la seducción de su hermano Diógenes había afectado a Constance más profundamente de lo que creía. Finalmente asintió, moviendo apenas la cabeza.

—Te lo prometo.

Soltando las manos de la joven, le dio un beso en cada mejilla, cogió las riendas y montó. Después azuzó al caballo con los talones, cruzó la entrada principal y se alejó por la sinuosa senda.

4

En lo más profundo del monasterio de Gsalrig Chongg, dentro de una celda desnuda, Constance Greene se había sentado en la posición del loto y visualizaba con los ojos cerrados una complicadísima cuerda de seda con nudos situada ante ella en un cojín. Detrás, en la penumbra, estaba Tsering, pero lo único que Constance percibía de él era su voz, un grave murmullo en tibetano. Después de casi ocho semanas estudiando el idioma con ahínco, Constance lo hablaba con cierta, aunque balbuceante, fluidez, y ya había adquirido un vocabulario modesto, así como algunas expresiones y frases hechas.

—Mira el nudo en tu mente —dijo la voz grave, hipnotizadora, de su maestro.

Gracias a la voluntad de Constance, el nudo empezó a materializarse a una distancia de algo más de un metro, irradiando luz. Desapareció de su conciencia el hecho de estar sentada en el frío suelo de una celda revestida de nitro.

—Que sea claro. Que sea estable.

El nudo se enfocó de golpe; temblaba un poco o se volvía borroso cada vez que flaqueaba la atención de Constance, pero siempre acababa enfocando de nuevo.

—Tu mente es un lago en el crepúsculo —dijo el maestro—. Quieto, en calma y transparente.

Constance se sintió envuelta por la extraña sensación de estar y no estar. El nudo que había elegido visualizar permaneció ante ella. Era de una complejidad media, obra de un gran maestro, trescientos años atrás, y recibía el nombre de Doble Rosa.

—Aumenta la imagen del nudo en tu mente.

Era un difícil equilibrio entre esfuerzo y distanciamiento. Si se concentraba demasiado en la nitidez y la estabilidad, la imagen empezaba a descomponerse y otros pensamientos se entrometían, mientras que si se distanciaba demasiado, la imagen se perdía en las brumas de su mente. Había un punto de equilibrio perfecto, que fue encontrando despacio, muy despacio.

—Ahora mira la imagen del nudo que has creado en tu mente. Obsérvala desde todos los ángulos, desde arriba y desde los lados.

Los lazos de seda, que brillaban suavemente, se mantuvieron firmes en la visión mental de Constance, aportándole una alegría tranquila y un grado de conciencia que experimentaba por primera vez. De pronto desapareció totalmente la voz de su maestro, y sólo quedó el nudo. Se desvaneció el tiempo. Se desvaneció el espacio. Sólo quedaba el nudo.

—Deshaz el nudo.

Era la parte más difícil; exigía una concentración enorme seguir las vueltas y revueltas del

nudo, y desanudarlo después mentalmente.

Pasó algún tiempo. Podrían haber sido diez segundos, o diez horas.

Una mano le tocó suavemente el hombro. Abrió los ojos. Tsering estaba delante, con la túnica alrededor del brazo.

—¿Cuánto? —preguntó en inglés.

—Cinco horas.

Al levantarse, casi no la sostenían las piernas. A duras penas pudo andar. Tsering la cogió del brazo y la ayudó a recuperar el equilibrio.

—Aprendes bien —dijo—. Procura no enorgullecerte demasiado de ello.

Constance asintió.

—Gracias.

Recorrieron despacio un antiguo pasadizo. Al llegar a un recodo, Constance oyó el rumor lejano de las ruedas de oración que reverberaban entre las piedras del pasillo.

Otro recodo. Se sentía fresca, lúcida y alerta.

—¿Qué impulsa las ruedas de oración? —preguntó—. Giran sin cesar.

—Debajo de monasterio hay manantial, fuentes del río Tsangpo. Al pasar por rueda, pone en movimiento engranaje.

—Muy ingenioso.

Dejaron atrás el muro de ruedas de latón, que crujía y traqueteaba como un invento de Rube Goldberg^[1].

Dejaron atrás las ruedas y salieron a uno de los corredores exteriores. Frente a ellos se erguía uno de los pabellones del extremo del monasterio, enmarcando las tres grandes montañas con sus pilares cuadrados. Al entrar con Tsering en el pabellón, Constance se llenó los pulmones de aire puro de alta montaña. Tsering le indicó un asiento. Ella se sentó. Durante unos minutos contemplaron en silencio las montañas, cada vez más oscuras.

—Meditación que aprendes es muy poderosa. Quizás algún día salgas de meditación y encuentres que nudo está... deshecho.

Constance no dijo nada.

—Algunas personas pueden incidir en mundo físico sólo con pensamiento, y crear cosas pensando. Cuentan que monje meditó tanto tiempo sobre rosa que al abrir ojos había rosa en suelo. Es muy peligroso. Hay quien, con bastante habilidad y paciencia, es capaz de crear... algo más que rosas. No es cosa deseable, sino grave desviación respecto a enseñanzas budistas.

Constance asintió, mostrándose de acuerdo pese a no creer ni una palabra de lo que oía.

Una sonrisa tensó los labios de Tsering.

—Eres escéptica. Muy bien. Tanto si crees como si no, ten cuidado al elegir imagen sobre qué meditas.

—Lo tendré —dijo Constance.

—Recuerda: aunque tengamos muchos «demonios», mayoría no son malignos. Son apegos que hay que conquistar a través de iluminación.

Otro largo silencio.

—¿Alguna pregunta?

Constance se quedó callada, pensando en la última petición de Pendergast antes de irse.

—Dígame una cosa: ¿por qué hay un monasterio interior?

Tsering guardó un momento de silencio.

—Monasterio interior es más antiguo del Tíbet, construido en aislamiento de estas montañas por grupo de monjes itinerantes de India.

—¿Lo construyeron para proteger el Agoyzen?

La mirada de Tsering se endureció.

—De eso no se puede hablar.

—Mi tutor ha ido a buscarlo. A petición del monasterio. Quizá yo también pueda ayudar.

El anciano apartó la vista, con una expresión distante que nada tenía que ver con el paisaje que se veía desde el pabellón.

—Agoyzen fue traído de la India; lejos, en montañas, donde no fuera peligroso. Construyeron monasterio interior para proteger y guardar Agoyzen, y más tarde fue construido monasterio exterior alrededor de interior.

—Hay una cosa que no entiendo muy bien: si tan peligroso era el Agoyzen, ¿por qué no lo destruyeron?

El monje se quedó callado mucho rato, hasta que dijo en voz baja:

—Porque tiene una finalidad importante en futuro.

—¿Qué finalidad?

Pero el maestro no dijo nada más.

5

El jeep salió a toda velocidad de la curva, dio tumbos por una sucesión de enormes baches enfangados y, enfilando una ancha pista de tierra, bajó de las montañas hasta la localidad de Qiang, situada en un húmedo valle, bastante cerca de la frontera entre el Tíbet y la China. La gris llovizna que caía del cielo se fundía con la cortina de humo marrón depositada sobre la ciudad por un sinfín de chimeneas industriales, que se levantaban al otro lado de un río turbio y aceitoso. Las dos orillas del río estaban atestadas de basura.

Dando bocinazos, el conductor del jeep adelantó a un camión sobrecargado; después a otro, en una curva sin visibilidad (por la que estuvo a punto de despeñarse), y emprendió el descenso hacia la población.

—A la estación de tren —le dijo Pendergast en mandarín al conductor—. *Wei wei, xian sheng!*

El jeep esquivó a peatones, bicicletas y a un hombre con un carro de dos bueyes. El conductor dio un frenazo en una rotonda congestionada y avanzó despacio, tocando la bocina sin parar. El aire estaba lleno de humo de tubos de escape de coche y de una verdadera sinfonía de bocinas. Los limpiaparabrisas abofeteaban el cristal, untándolo de barro sin que la anémica lluvia bastase para dispersarlo.

Al otro lado de la rotonda, la ancha avenida moría en un edificio bajo de cemento gris, frente al que el conductor frenó en seco.

—Ya hemos llegado —dijo.

Pendergast bajó y abrió el paraguas. El aire olía a azufre y a emanaciones de petróleo. Entró en la estación, llena de gente que gritaba y se empujaba, cargada con bolsas gigantescas y cestas con ruedas. Se veían pollos y patos vivos, con las patas atadas. Incluso había un hombre con un viejo carro de supermercado sobre el que un cerdo chillaba hasta dar lástima.

El fondo de la estación era más transitable. Fue donde encontró lo que buscaba: un pasillo mal iluminado por donde se iba a los despachos de la administración. Caminando deprisa, dejó atrás a un vigilante amodorrado y se internó por el largo pasillo, donde fue leyendo los nombres de las puertas. Se paró junto a una de aspecto particularmente desgastada y movió el tirador. Como estaba abierto, entró sin llamar.

Detrás de un escritorio lleno de papeles había un funcionario chino bajo y rechoncho. En un lado de la mesa había un juego de té con las tazas melladas y sucias. El despacho olía a fritura y a salsa hoisin.

El funcionario se levantó como un resorte, indignado porque entrasen sin llamar.

—¿Quién usted? —rugió en mal inglés.

Pendergast cruzó los brazos, con una sonrisa desdeñosa.

—¿Qué quiere? Voy llamar guardia.

El funcionario tendió una mano hacia el teléfono, pero Pendergast se acercó rápidamente y colocó el auricular en su sitio.

—*Ba* —dijo en voz baja, en mandarín—. Basta.

La nueva ofensa provocó que el funcionario se pusiera rojo de ira.

—Quiero saber la respuesta a algunas preguntas —dijo Pendergast, en el mismo mandarín frío y oficial.

La reacción del funcionario fue inmediata: indignación, confusión y temor fue lo que reflejaron sus facciones.

—¿Usted me insulta! —exclamó finalmente en mandarín—. Se mete en mi despacho, toca mi teléfono, me viene con exigencias... ¿Quién es, si puede saberse, para presentarse aquí con estos modales de bárbaro?

—Me hará el favor de sentarse y escuchar, buen hombre. Si no... —Pendergast cambió a un registro de informalidad insultante—. Se encontrará en el primer tren que salga, asignado a un puesto de guardia en lo más alto de la cordillera de Kunlun.

La cara del funcionario casi estaba morada, pero no dijo nada.

Al cabo de un rato se sentó rígidamente y esperó con las manos cruzadas sobre la mesa.

Pendergast también se sentó. Sacó el rollo que le había dado Thubten y se lo tendió al funcionario, que lo cogió a regañadientes después de un momento.

—Hace dos meses pasó por aquí este hombre. Se llama Jordan Ambrose. Llevaba una caja de madera muy antigua. A cambio de un soborno, usted le extendió un permiso de exportación para la caja. Me gustaría ver una copia del permiso.

Se hizo un largo silencio. Después el funcionario dejó la pintura sobre la mesa.

—No sé de qué habla —dijo agresivamente—. Yo no acepto sobornos; además, por esta estación pasa mucha gente, y no me acordaría.

Pendergast sacó del bolsillo una caja plana de bambú, la abrió y la giró, haciendo caer sobre la mesa un fajo de renminbis de cien yuanes que el funcionario se quedó mirando, a la vez que tragaba saliva.

—Seguro que se acuerda de ese hombre —dijo Pendergast—. La caja era grande, de un metro y medio de largo, y saltaba a la vista que era antigua. Al señor Ambrose le habría sido imposible llevársela de aquí o salir del país sin un permiso. Ahora puede elegir, buen hombre: o se salta sus principios y acepta el soborno, o sigue sus principios y acaba en la cordillera de Kunlun. Como quizás haya deducido por mi acento y la fluidez con la que hablo su idioma, pese a ser extranjero tengo contactos importantes en China.

El funcionario se limpió las manos con un pañuelo y puso una de ellas encima del dinero, que arrastró e hizo desaparecer rápidamente dentro de un cajón. A continuación se puso en pie, al igual que Pendergast. Se dieron la mano y se saludaron educadamente, como si se vieran por primera vez.

Después el funcionario se sentó.

—¿Desea un té el caballero? —preguntó.

Pendergast echó un vistazo a las tazas sucias y descascarilladas y sonrió.

—Sería un gran honor, señor mío.

El funcionario gritó de malos modos hacia otra habitación. Apareció corriendo un subordinado, que se llevó el juego de té y lo devolvió a los cinco minutos, humeante. El burócrata sirvió dos tazas.

—Sí, ya me acuerdo del hombre al que se refiere —dijo—. No tenía visado para estar en China. Llevaba una caja larga. Quería dos cosas: un visado de entrada (que le hacía falta para salir) y un permiso de exportación. Yo le di ambas cosas. Le salió... muy caro.

El té era un lung ching cuya calidad sorprendió a Pendergast.

—No hablaba chino, como supondrá usted. Me contó una historia muy inverosímil sobre que había entrado en el Tíbet por Nepal.

—¿Y la caja? ¿Le dijo algo sobre la caja?

—Que era una antigüedad comprada en el Tíbet. Ya se sabe que los puercos de los tibetanos venderían a sus propios hijos por un par de yuanes. La Región Autónoma del Tíbet está llena de cosas viejas.

—¿Le preguntó usted qué había dentro?

—Dijo que era una daga ritual phur-bu.

El funcionario hurgó entre los papeles de un cajón hasta encontrar un permiso. Se lo dio a Pendergast, que lo miró rápidamente.

—Pero la caja estaba cerrada, y no quiso abrirla —añadió el funcionario—. Evitar una inspección del contenido le costó bastante más caro.

Sonrió, mostrando una hilera de dientes manchados de té.

—¿Qué cree usted que había dentro?

—Ni la menor idea. ¿Heroína? ¿Dinero? ¿Piedras preciosas?

Abrió las manos.

Pendergast señaló el permiso.

—Aquí pone que cogió un tren a Chengdu, y que después voló a Beijing con China Air para enlazar con otro vuelo a Roma. ¿Es verdad?

—Sí. Le pedí que me enseñara el billete. Saliendo de China por cualquier otra ruta se habría expuesto a que le detuvieran. El permiso sólo era válido para Qiang-Chengdu-Beijing-Roma. Por lo tanto, estoy seguro de que fue la ruta que tomó. Claro que una vez en Roma...

Volvió a enseñar las palmas de las manos.

Pendergast anotó la información de viaje.

—¿Cómo se comportaba? ¿Estaba nervioso?

El burócrata pensó un momento.

—No. Fue muy extraño. Parecía... eufórico. Contento. Casi radiante.

Pendergast se levantó.

—Le agradezco profundamente el té, *xian sheng*.

—Y yo a usted, amabilísimo señor —dijo el funcionario.

Una hora después, Pendergast iba en un vagón de primera del Glorioso Expreso Transchino

hacia Chengdu.

6

Constance Greene sabía que la vida de los monjes del monasterio Gsalrig Chongg se regía por un horario fijo de meditación, estudio y sueño, con dos pausas para las comidas y el té. El período de descanso estaba predeterminado: de ocho de la noche a una de la madrugada. Era una rutina que jamás cambiaba, y que probablemente seguían desde hacía mil años. Por eso estaba tan segura de que a medianoche apenas corría ningún riesgo de cruzarse con alguien mientras recorría el gran monasterio.

Por ello, a las doce en punto, por tercera noche consecutiva, retiró la áspera piel de yak que usaba como manta y se incorporó en la cama. No se oía nada aparte del gemido lejano del viento en los pabellones exteriores del monasterio. Se levantó y se puso la túnica. En la celda hacía un frío glacial. Se acercó a la pequeña ventana y abrió el postigo de madera. No había cristal. Entró una ráfaga de aire frío. La ventana daba a la oscuridad de la noche; una solitaria estrella titilaba en lo más alto de la aterciopelada negrura.

Cerró la ventana, fue a la puerta y se detuvo a escuchar. Nada. Al cabo de un rato abrió la puerta, salió al pasillo y recorrió todo el corredor exterior. Dejando atrás las ruedas de oración, que rechinaban incansablemente bendiciendo el cielo, atravesó un pasillo que se internaba por el laberinto de estancias, en busca del anacoreta emparedado que custodiaba el monasterio interior. A pesar de que Pendergast había descrito aproximadamente su localización, el complejo era tan grande, y los pasillos tan laberínticos, que estaba resultando casi imposible encontrarlo.

Aquella noche, sin embargo, después de muchas vueltas, llegó a una pared de piedra pulida que indicaba el exterior de la celda. El ladrillo suelto estaba en su lugar, con los bordes gastados y descascarillados a causa de los innumerables desplazamientos. Constance dio unos golpecitos y esperó. Pasaron los minutos. De pronto el ladrillo se movió, pero muy poco. Tras un pequeño roce, empezó a girar. Aparecieron dos dedos huesudos en la oscuridad, como dos gusanos largos y blancos que asieron los bordes del ladrillo y lo hicieron girar hasta que apareció una pequeña abertura en la oscuridad.

Constance había ensayado lo que quería decir en tibetano. Se inclinó hacia el agujero y susurró:

—Déjeme entrar en el monasterio interior.

Se giró para aplicar la oreja al agujero.

La respuesta fue un vago susurro, como de insecto, que requirió toda su atención.

—¿Sabes que está prohibido?

—Sí, pero...

No tuvo tiempo de acabar. Se oyó un chirrido, y empezó a moverse un trozo de pared al otro lado de la celda; se abrió por una vieja junta de piedra y dejó a la vista un pasadizo oscuro.

Constance no salía de su asombro.

El anacoreta ni siquiera había esperado a oír su explicación, que había preparado cuidadosamente.

Antes de entrar, se arrodilló y encendió una varilla de incienso. La pared se cerró. Delante había un pasillo poco iluminado, que despedía olor a humedad y a piedra mojada, junto a un perfume empalagoso, como de resina. Flotaba una bruma de incienso.

Dio un paso, levantando la varilla. La llama parpadeó, como si protestase. Se internó por el largo pasadizo, en cuyas paredes oscuras se adivinaban frescos con turbadoras imágenes de deidades extrañas y demonios que bailaban.

Supuso que en otros tiempos el monasterio interior debía de albergar a muchos más monjes. Era un lugar enorme, frío y vacío. Sin saber adónde iba, ni tener siquiera una idea clara de qué hacía (más allá de buscar al monje de quien le había hablado Pendergast, y hacerle más preguntas), cambió varias veces de dirección, cruzó estancias enormes y desocupadas, y vislumbró en sus paredes thangkas y mandalas prácticamente borrados por el paso del tiempo. En una de las salas, una olvidada vela goteaba frente a una antigua estatua de bronce de Buda, cubierta de verdín. La varilla de incienso con la que Constance iluminaba sus pasos empezó a consumirse. Sacó otra del bolsillo y la encendió; el pasadizo se llenó con el aromático humo de sándalo.

Al siguiente recodo, se detuvo. Delante de ella había un monje alto y enjuto, con la túnica hecha jirones y los ojos hundidos, unos ojos que miraban con una intensidad extraña y casi feroz. Le plantó cara. Él no dijo nada. Tampoco se movió.

Entonces Constance levantó la mano, retiró su capucha y dejó caer sobre sus hombros su melena castaña.

Los ojos del monje se abrieron, pero sólo un poco. Seguía sin decir nada.

—Le saludo —dijo Constance en tibetano.

El monje inclinó ligeramente la cabeza. Sus grandes ojos seguían fijos en ella.

—Agoyzen —dijo Constance.

Siguió sin haber reacción.

—He venido a preguntar ¿qué es el Agoyzen?

Constance hablaba con dificultad, en su mal tibetano.

—¿Por qué estás aquí, pequeño monje? —preguntó él en voz baja.

Constance avanzó un paso.

—¿Qué es el Agoyzen? —preguntó con más dureza.

Él cerró los ojos.

—Tu mente está agitada por las emociones, joven.

—Tengo que saberlo.

—Tengo —repitió.

—¿Qué hace el Agoyzen?

Abrió los ojos, se volvió y empezó a alejarse. Constance le siguió al cabo de un rato.

El monje recorrió pasadizos estrechos, hizo cambios bruscos de sentido, subió y bajó escaleras, siguió túneles en roca viva y largas salas con frescos, hasta que se detuvo ante un arco de piedra tapado con una cortina de ajada seda de color naranja. La apartó y Constance se sorprendió al ver a tres monjes sentados en bancos de piedra, como en un consejo, y una serie de velas ante una estatua dorada de Buda sentado.

Uno de los monjes se levantó.

—Pasa, por favor —dijo en un inglés sorprendentemente fluido.

Constance inclinó la cabeza. ¿La esperaban? Parecía imposible, pero no había ninguna otra explicación lógica.

—Estoy estudiando con el lama Tsering —dijo, aliviada de poder pasar al inglés.

El monje asintió.

—Quiero saber más acerca del Agoyzen —dijo ella.

El monje se volvió hacia los demás. Empezaron a hablar en tibetano. Constance se esforzó por seguir el hilo de lo que decía el monje, pero hablaban demasiado bajo. Al final el monje se volvió hacia ella.

—El lama Thubten ya le dijo al detective todo lo que sabemos.

—Perdone, pero no me lo creo.

Pareció sorprendido por la franqueza de Constance, pero se recuperó deprisa.

—¿Por qué hablas así?

Hacía muchísimo frío. Constance empezó a tiritar y se apretó la túnica.

—Quizá no sepan exactamente qué es el Agoyzen, pero sí su función. Su futura función.

—Aún no ha llegado el momento de revelarla. Nos han quitado el Agoyzen.

—¿Quiere decir prematuramente?

El monje sacudió la cabeza.

—Éramos sus guardianes. Es imprescindible que nos sea devuelto antes de...

Se calló.

—¿Antes de qué?

Se limitó a sacudir la cabeza, mientras la escasa luz acentuaba las arrugas de preocupación de su rostro, haciéndolo parecer más demacrado.

—Tiene que decírmelo. Eso ayudaría a Pendergast, y a nosotros. No se lo diré a nadie más que a él.

—Cerremos los ojos y meditemos —dijo el monje—. Meditemos y recemos porque vuelva deprisa y sin percances.

Constance tragó saliva, tratando de calmarse. Era verdad. Se estaba dejando llevar por sus impulsos. Seguro que su comportamiento escandalizaba a los monjes, pero había hecho una promesa a Pendergast, y pensaba cumplirla.

El monje entonó un cántico, que fue seguido por los demás. Era una especie de zumbido extraño, muy repetitivo; a medida que penetraba en la mente de Constance tuvo la sensación de que su rabia y su deseo exasperado de saber más se alejaban fluyendo como el agua de un recipiente agujereado. El intenso deseo de cumplir la petición de Pendergast se debilitó un poco.

Su mente quedó alerta, casi en calma.

El cántico cesó. Constance abrió lentamente los ojos.

—¿Todavía buscas apasionadamente la respuesta a tu pregunta?

Pasó un largo silencio. Constance se acordó de una de sus lecciones, una enseñanza acerca del deseo. Inclino la cabeza.

—No —mintió.

Deseaba más que nunca la información.

El monje sonrió.

—Tienes mucho que aprender, pequeño monje. Sabemos muy bien que necesitas esa información, que la desees y que te será útil. No es bueno para ti que la busques. Es una información enormemente peligrosa que podría destruir no sólo tu vida, sino tu alma. Podría vedarte para siempre la iluminación.

Constance levantó la vista.

—La necesito.

—No sabemos qué es el Agoyzen. No sabemos de qué parte de la India llegó. No sabemos quién lo creó. Pero sabemos para qué fue creado.

Esperó.

—Fue creado para llevar a cabo una terrible venganza contra el mundo.

—¿Venganza? ¿Qué venganza?

—Limpiar la tierra.

Por alguna razón que no acababa de entender, Constance no estuvo segura de querer que el monje siguiera. Hizo el esfuerzo de volver a hablar.

—¿Limpiarla? ¿Cómo?

La cara de preocupación del monje se tiñó de pena.

—Lamento mucho cargar sobre ti el peso de un conocimiento tan difícil. Cuando la tierra se esté ahogando en egoísmo, avaricia, violencia y maldad, el Agoyzen la limpiará de su carga humana.

Constance tragó saliva.

—No sé si le entiendo.

—Limpiaré la tierra por completo de su carga humana —dijo el monje en voz muy baja—. Para que todo pueda empezar desde cero.

7

Aloysius Pendergast bajó del *vaporetto* en Ca' d'Oro y se quedó un momento con el maletín de piel en la mano. En Venecia hacía un día de verano, un día de calor. El sol se reflejaba en las aguas del Gran Canal y resplandecía en las intrincadas fachadas de mármol de los palacios.

Después de consultar un papel, bajó del embarcadero y se internó por un laberinto de callejuelas que iba hacia el nordeste, hacia la Chiesa dei Gesuiti. En poco tiempo dejó atrás el bullicio y el ruido y lo envolvieron la sombra y el frescor de los callejones que discurrían tras los palacios del Gran Canal. Salía música de un restaurante. El paso de una lancha motora por un canal secundario dejó el ruido del agua lamiendo los puentes de mármol travertino. Un hombre se asomó a una ventana y llamó a una mujer, que se rió desde el otro lado del canal.

Algunos giros más llevaron a Pendergast hasta una puerta con un timbre gastado de bronce, donde sólo ponía *Dott. Adriano Morin*. Lo pulsó una vez y se quedó a la espera. Al cabo de un momento oyó el crujido de una ventana que se abría. Miró hacia arriba. Era una mujer.

—¿Qué quiere? —preguntó ella en italiano.

—Tengo cita con *il Dottore*. Me llamo Pendergast.

La cabeza desapareció. Poco después se abrió la puerta.

—Pase —dijo la mujer.

Pendergast entró en un recibidor pequeño, con brocado rojo en las paredes y un damero de mármol blanco y negro en el suelo. La sala estaba decorada con varias obras de arte asiático, todas exquisitas: una antigua cabeza khmer de Camboya, un dorje tibetano de oro macizo con incrustaciones de turquesa, varios thangkás antiguos, un manuscrito mogol miniado dentro de una vitrina y una cabeza de marfil de Buda.

—Siéntese, por favor —dijo la mujer, haciendo lo propio detrás de un pequeño escritorio.

Pendergast tomó asiento y esperó con el maletín sobre las rodillas. Sabía que el doctor Morin era uno de los principales marchantes de arte antiguo «sin procedencia» de toda Europa. En el fondo era un traficante de alto nivel, uno de los muchos integrantes del mercado negro de obras de arte saqueadas en diversos países asiáticos corruptos, todas con sus correspondientes (y falsos) documentos. El doctor Morin las revendía en el mercado legítimo del arte, a museos o a coleccionistas que tenían la prudencia de no hacer preguntas.

Poco después apareció en la puerta el doctor Morin: un hombre pulcro y elegante, de uñas escrupulosamente cuidadas y pulidas, pequeños pies metidos en zapatos italianos de primera

calidad, y barba pulcramente recortada.

—¿El señor Pendergast? Un gran placer.

Se dieron la mano.

—Acompáñeme, por favor —dijo Morin.

Pendergast le siguió a un gran *salone* con una pared de ventanas góticas que daban al Gran Canal. Estaba repleto de muestras excepcionales de arte asiático, como el recibidor. Morin señaló un asiento. Se sentaron. El doctor sacó del bolsillo una pitillera de plata, la abrió y le ofreció un cigarrillo.

—No, gracias.

—¿Le importa si yo fumo?

—No, claro que no.

Cogió un cigarrillo de la pitillera y cruzó las piernas con elegancia.

—Bueno, señor Pendergast, ¿en qué puedo ayudarle?

—Tiene usted una colección impresionante, doctor Morin.

Morin sonrió, abarcando la sala con un gesto.

—Sólo vendo de particular a particular. Obviamente, no estamos abiertos al público. ¿Cuánto tiempo hace que colecciona? Nunca había oído su nombre, y eso que me enorgullezco de conocer prácticamente a todo el mundo en este negocio...

—No soy coleccionista.

La mano de Morin se quedó quieta, mientras encendía el cigarrillo.

—¿No es coleccionista? Pues le habré entendido mal cuando hablamos por teléfono.

—No me entendió mal. Le dije una mentira.

La mano se quedó rígidamente inmóvil. El humo dibujaba volutas en el aire.

—¿Perdón?

—En realidad soy detective. He venido a título privado; estoy buscando un objeto robado.

Fue como si se congelase hasta el aire de la sala.

Morin habló con calma.

—Dado que reconoce no estar aquí en misión oficial, y que ha entrado haciéndose pasar por otro, me temo que nuestra conversación ha terminado. —Se levantó—. Buenos días, señor Pendergast. Lavinia le acompañará a la puerta.

Se volvió para irse, por lo que Pendergast habló con su espalda.

—A propósito, la estatua khmer del rincón procede de Camboya, de Banteay Chhmar. Sólo hace dos meses que la robaron.

Morin se detuvo a medio camino.

—Se equivoca. Procede de una antigua colección suiza. Tengo los documentos que lo demuestran. Así como de todos los objetos de mi colección.

—Yo tengo una foto del mismo objeto in situ, en la pared del templo.

—¿Lavinia? —dijo Morin en voz alta—. Por favor, llame a la policía y dígales que en mi casa hay un indeseable que se resiste a irse.

—Y aquellos Sri Chakrasamvara y Vajravarahi nepaleses del siglo XVI fueron exportados con un permiso falsificado. Sería imposible que una pieza así saliera legalmente de Nepal.

—¿Esperamos a la policía, o ya se iba?

Pendergast miró su reloj.

—Esperaré con mucho gusto. —Dio unas palmadas a su maletín—. Aquí dentro hay suficientes documentos para tener ocupada durante años a la Interpol.

—Usted no tiene nada. Todas mis piezas son legales; su procedencia está más que contrastada.

—¿Como aquella bóveda craneal kapala con adornos de oro y plata? Es legal... porque es una copia moderna. ¿O es que intenta hacerla pasar por original?

Se hizo el silencio. La mágica luz veneciana se filtraba por las ventanas, bañando la espléndida sala con su resplandor dorado.

—Cuando llegue la policía, le haré arrestar —acabó diciendo Morin.

—Sí, y seguro que confiscarán el contenido de mi maletín, que encontrarán extremadamente interesante.

—Es usted un chantajista.

—¿Chantajista? Yo no quiero nada. Me limito a exponer hechos, como por ejemplo que aquel Vishnu con consortes del siglo XII, supuestamente de la dinastía Pala, también es falso. Si fuera auténtico, le reportaría una pequeña fortuna. Lástima que no pueda venderlo.

—¿Qué diablos quiere?

—Absolutamente nada.

—Viene aquí, miente, me amenaza en mi propia casa... ¿y no quiere nada? ¡Vamos, Pendergast! ¿Sospecha que alguno de estos objetos es robado? Pues ¿por qué no lo hablamos como dos caballeros?

—Dudo que el objeto robado que busco esté en su colección.

Morin se pasó un pañuelo de seda por la frente.

—Con algún objetivo o alguna petición habrá venido a visitarme, ¿no?

—¿Por ejemplo?

—¡No tengo ni idea! —se exasperó—. ¿Quiere dinero? ¿Un regalo? ¡Todo el mundo quiere algo! ¡Suéltelo de una vez!

—Bueno, bueno... —dijo Pendergast tímidamente—. Ya que insiste, me gustaría que echara un vistazo a un pequeño retrato tibetano.

Morin se volvió tan bruscamente que hizo caer la ceniza de su cigarrillo.

—¿Sólo se trata de eso? ¡Por Dios!, ahora mismo miraré el retrato de marras. Para eso no hacían falta tantas amenazas.

—¡Cuánto me alegro de oírlo! Tenía miedo de que no quisiera colaborar.

—¡Ya le he dicho que sí, que colaboraré!

—Magnífico.

Pendergast sacó el retrato que le había dado el monje y se lo tendió a Morin, que inmediatamente lo desenrolló. El doctor abrió unas gafas y se las puso. Al cabo de un momento se las quitó y devolvió el rollo a Pendergast.

—Moderno. Sin valor.

—No he venido para que lo valore. Fíjese en la cara del retrato. ¿Le ha visitado alguna vez este hombre?

Después de titubear unos instantes, Morin cogió el retrato por segunda vez y le prestó más atención. Puso cara de sorpresa.

—Pues sí, sí que le reconozco. ¿Se puede saber quién ha hecho este retrato? Es de un estilo thangka perfecto.

—¿Vino a venderle algo?

Morin hizo una pausa.

—No estará trabajando con este... individuo, ¿verdad?

—No, le estoy buscando; a él y al objeto que robó.

—Los despaché a los dos.

—¿Cuándo vino?

Morin se levantó y consultó una gran agenda.

—Hace dos días, a las dos. Trajo una caja. Dijo que le habían comentado que yo trataba en antigüedades tibetanas.

—¿Quería venderla?

—No, eso es lo más raro; ni siquiera quiso abrir la caja. La llamó Agoyzen, una palabra que yo nunca había oído, y eso que algo sé de arte tibetano. Si no le eché enseguida fue porque la caja era auténtica, y muy, muy antigua, una joya en sí misma, con inscripciones en tibetano arcaico que se remontaban como mínimo al siglo X. Me habría gustado quedarme con la caja, y me moría de ganas de saber qué contenía, pero él no quería vender nada. Lo que quería era, en cierto modo, asociarse conmigo; necesitaba financiación. Pretendía montar una especie de exposición itinerante del objeto de la caja, que según él asombraría al mundo. Creo que la palabra que usó fue «transfigurar». Sin embargo, se negó en redondo a enseñarme el objeto sin haber accedido a sus condiciones. Como comprenderá, me pareció una proposición absurda.

—¿Qué le contestó?

—Intenté convencerle de que abriera la caja, pero debería haberle visto: empezó a darme miedo, señor Pendergast. Estaba loco.

Pendergast asintió.

—¿En qué sentido?

—Soltó una risa histérica, y dijo que me estaba perdiendo la oportunidad de mi vida. Dijo que se lo llevaría a Londres, donde conocía a un coleccionista.

—¿La oportunidad de su vida? ¿Sabe a qué se refería?

—Farfulló no sé qué tontería de cambiar el mundo. *Pazzesco*.

—¿Sabe a qué coleccionista pensaba ver en Londres?

—No me dio ningún nombre, pero a la mayoría les conozco. —Escribió algo en un papel y se lo dio a Pendergast—. Aquí tiene algunos nombres para empezar.

—¿Por qué vino a verle a usted? —preguntó Pendergast.

Morin abrió las manos.

—¿Por qué ha venido usted, señor Pendergast? Soy el principal marchante de antigüedades asiáticas de Italia.

—Sí, es verdad; nadie tiene mejores piezas... porque nadie tiene menos escrúpulos.

—Ya tiene la respuesta —dijo Morin, no sin cierto orgullo.

Llamaron insistentemente al timbre. También se oían golpes.

—*Polizia!* —dijo una voz en sordina.

—¿Lavinia? —llamó Morin—. Por favor, dé las gracias a la policía de mi parte, pero dígales que pueden irse. Ya me he ocupado del indeseable. —Se volvió hacia Pendergast—. ¿Ya he satisfecho su curiosidad?

—Sí, gracias.

—Espero que los documentos de su maletín no caigan en malas manos...

Pendergast lo puso boca abajo y lo abrió. Salieron periódicos viejos.

Morin le miró fijamente, mientras se sonrojaba. De repente sonrió.

—Tiene usted tan pocos escrúpulos como yo.

—Quien a hierro mata, a hierro muere.

—Se lo ha inventado todo, ¿verdad?

Pendergast cerró el maletín.

—Sí, excepto mi comentario sobre el Vishnu con consortes, aunque seguro que encontrará a algún empresario rico que se lo comprará y lo disfrutará sin sospechar nada.

—Gracias. Es mi intención.

Morin se levantó y acompañó a la puerta a Pendergast.

8

La lluvia caída hacía poco había brillantado las calles de Croydon, un triste distrito comercial al sur de Londres. Eran las dos de la madrugada. Aloysius Pendergast estaba en la esquina de Cairo New Road y Tamworth. Por la A23, los coches circulaban a toda velocidad. Un tren de la línea Londres-Southampton pasó como un relámpago. En la esquina de la manzana había un hotel de los años setenta, feo, con manchas de hollín y humedad en la fachada de hormigón. Pendergast se caló el sombrero, se apretó el nudo de la corbata Burberry, se puso bajo el brazo la bolsa de cazador Chapman y caminó hacia la puerta acristalada de la entrada del hotel. Estaba cerrada. Llamó al timbre. Poco después se oyó el zumbido de apertura.

Entró en una recepción muy iluminada, que olía a cebolla y humo de cigarrillo. El suelo era moqueta de poliéster, azul y dorada, con manchas, y el papel de la pared tenía un diseño dorado con textura resistente al agua. Se oía una versión de *Strawberry Fields Forever* de hilo musical. La mesa del recepcionista (un hombre melencólico, con el pelo algo aplastado en un lado de la cabeza, que le vio llegar con desgana) estaba en un lado.

—Una habitación, por favor.

Pendergast llevaba el cuello subido, y su postura casi impedía verle la cara. Habló en tono gruñón y acento de los Midlands.

—¿Nombre?

—Crowther.

El recepcionista deslizó una tarjeta sobre la mesa. Pendergast la rellenó con un nombre y una dirección falsos.

—¿Modo de pago?

Sacó del bolsillo un fajo de billetes y pagó en efectivo.

El recepcionista le miró por encima.

—¿Equipaje?

—Me lo ha extraviado la jodida compañía aérea.

Le dio una llave de las de tarjeta y se fue por el fondo, seguramente para seguir durmiendo. Pendergast cogió la tarjeta y fue hacia los ascensores.

Subió a su piso (el tercero), pero no bajó del ascensor. Después de que se cerraran las puertas, se quedó dentro, sin cambiar de planta. Abrió la bolsa, sacó un pequeño lector de tarjetas magnéticas, pasó por él la de su habitación y leyó los resultados de la pantalla LCD. Después de un rato tecleó unos números, volvió a pasar despacio la tarjeta por el lector y guardó el aparato

dentro de la bolsa. A continuación pulsó el botón de la séptima planta y esperó a que el ascensor subiera.

Las puertas se abrieron a un pasillo fuertemente iluminado con tubos fluorescentes. Estaba vacío, con puertas a ambos lados, y había la misma moqueta azul y oro que en el resto del edificio. Pendergast bajó del ascensor, caminó deprisa hacia la habitación 714 y se paró a escuchar. Dentro no se oía nada. La luz estaba apagada.

Insertó la tarjeta. La puerta se entreabrió con un pitido, a la vez que se encendía una luz azul. La abrió despacio, y la cerró nada más entrar.

Con algo de suerte encontraría la caja sin problemas y se iría sin despertar al huésped de la habitación, pero estaba inquieto. Había hecho algunas averiguaciones sobre Jordan Ambrose. Era de una familia de clase media alta de Boulder, Colorado. Experto en snowboard, alpinismo y mountain bike, había dejado la universidad para escalar las Siete Cumbres, algo de lo que sólo podían presumir doscientas personas en todo el mundo; pretendía coronar la cima más alta de cada uno de los siete continentes, hazaña que a Ambrose le había llevado cuatro años. Después de eso se había dedicado profesionalmente al montañismo. Había dirigido expediciones muy lucrativas al Everest, al K-2 y a las Tres Hermanas. En invierno ganaba dinero rodando acrobacias en snowboard y haciendo promociones. La expedición al Dhaulagiri había sido un intento muy bien organizado y financiado de escalar la cara oeste —todavía virgen— de la montaña, una de las últimas escaladas épicas que quedaban en el mundo: tres mil seiscientos vertiginosos metros de pared casi vertical, compuesta de roca podrida y hielo, y expuesta a aludes, vientos huracanados y cambios bruscos de temperatura —de hasta más de treinta grados— del día a la noche. Ya habían muerto en el intento treinta y dos escaladores. El grupo de Ambrose sumaría cinco bajas más a la lista. Ni siquiera habían llegado hasta la mitad.

Lo increíble era que Ambrose hubiera sobrevivido. Y que llegara al monasterio era prácticamente un milagro.

Desde entonces, desde su paso por el monasterio, todo lo que había hecho parecía impropio de él, empezando por el robo. Jordan Ambrose no necesitaba dinero. De hecho hasta entonces no le había interesado casi nada. Tampoco era coleccionista. No le interesaban ni el budismo ni ningún tipo de vía espiritual. Siempre había sido una persona honrada y muy inteligente, entregada (por no decir obsesionada) al alpinismo.

¿Por qué había robado el Agoyzen? ¿Por qué lo arrastraba por toda Europa, no para venderlo, sino en busca de un socio, o algo por el estilo? ¿Cuál era el objetivo de esa «asociación»? ¿Por qué se negaba sistemáticamente a enseñar el objeto? ¿Y por qué no había hecho ni siquiera el esfuerzo de ponerse en contacto con las familias de los cinco escaladores muertos (todos grandes amigos suyos), algo totalmente contrario a la ética del alpinismo?

Todos los actos de Jordan Ambrose a partir de su estancia en el monasterio parecían de otra persona, lo cual inquietaba profundamente a Pendergast.

Cruzó el vestíbulo, y nada más girar hacia la habitación oscura reconoció el olor a herrumbre de la sangre. La luz cruda que entraba desde la autopista le permitió ver un cuerpo en el suelo.

Sintió rabia, y una gran consternación. Adiós a sus esperanzas de una solución fácil.

Con el impermeable bien ceñido, y el sombrero en la cabeza, acercó los dedos al interruptor y

lo encendió sin quitarse los guantes.

Era Jordan Ambrose.

Le consternó aún más ver el estado del cadáver. Estaba tendido de espaldas, con los brazos extendidos y la boca abierta, y los ojos azules mirando fijamente al techo. En el centro de la frente había un pequeño agujero de bala, con quemaduras y restos de pólvora, señal de que le habían disparado a bocajarro con una pistola del calibre veintidós. No había orificio de salida. La bala había rebotado en el interior del cráneo, lo que sin duda había provocado una muerte inmediata. Sin embargo, lejos de conformarse con matar, el asesino parecía haberse ensañado en una orgía totalmente gratuita de cuchilladas al cadáver. Aquellos pinchazos, cortes y tajos delataban una psicología anormal. Ni siquiera era la de un asesino habitual.

Tras un rápido registro de la habitación, Pendergast comprobó que el Agoyzen ya no estaba en ella.

Volvió junto al cadáver. Las brutales cuchilladas post mórtem habían dejado la ropa hecha jirones, pero los bolsillos, parcialmente vueltos del revés, indicaban que el asesino había registrado el cadáver antes de entregarse a su sangriento frenesí. Tocando lo menos posible el cadáver, extrajo del bolsillo trasero la cartera de la víctima y la abrió. Estaba llena de dinero. No lo habían robado. Supuso que si habían registrado a Ambrose era para comprobar que no escribiese nada acerca de la cita fatal.

Guardó la cartera en la bolsa y se apartó del cadáver para realizar otro examen de la habitación, fijándose en todos los detalles. Observó las manchas de sangre, las señales en la moqueta y la cama y las salpicaduras en la maleta.

Ambrose iba bien vestido, con traje y corbata, como si esperase una visita de cierta importancia. La habitación estaba ordenada, la cama bien hecha, y los artículos de tocador alineados encima del lavabo. Sobre una mesa había una botella de whisky recién abierta, y dos vasos casi llenos. Examinó la condensación de los vasos y probó el whisky con el dedo para calcular la cantidad de hielo derretido. Basándose en la dilución del whisky, y en la temperatura de los vasos, estimó que se habían servido hacía cuatro o cinco horas. Estaban limpios, sin huellas dactilares.

Volvió a llamarle la atención el extraño comportamiento del asesino.

Dejó la bolsa encima de la cama, sacó unos tubos de ensayo y unas pinzas y se arrodilló para tomar muestras de sangre, fibras y pelo. Repitió la operación en el cuarto de baño, por si lo había usado el visitante, pero éste había sido cauteloso; una habitación de hotel barata y limpiada por encima era uno de los peores lugares para recoger pruebas forenses. A pesar de todo, registró a fondo hasta el último rincón, buscando huellas en los pomos de las puertas y en otras superficies (incluso debajo de la mesa de formica). Resultó que las habían limpiado todas. En el rincón más próximo a la puerta había una mancha de humedad, señal de que alguien había dejado un paraguas, y se lo había llevado después de que goteara un rato.

La lluvia había empezado a las nueve, y había parado a las once.

Se arrodilló otra vez al lado del cadáver y deslizó la mano por el interior del traje para comprobar la temperatura de la piel. Basándose en la temperatura corporal, la prueba de los vasos y el horario de la lluvia, la muerte se había producido hacia las diez.

Giró cuidadosamente el cadáver. Debajo, en la moqueta, se veían las marcas de las cuchilladas que habían atravesado el cuerpo. Sacó un cuchillo y recortó un cuadrado de moqueta. Lo levantó y examinó las marcas en el contrachapado, introduciendo la punta del cuchillo. Eran considerablemente profundas.

Desde la puerta, sometió la habitación a un último examen visual. No había nada más reseñable. A grandes rasgos, lo ocurrido estaba claro: el asesino había llegado a las diez para una cita; había dejado el paraguas mojado en un rincón y el impermeable húmedo sobre una silla; Ambrose había servido dos whiskies de una botella comprada para la ocasión; el asesino había sacado una Magnum del calibre veintidós, había encañonado la cabeza de Ambrose y le había disparado una bala en el cerebro. A continuación había registrado el cadáver y la habitación, antes de apuñalar salvaje y absurdamente a la víctima. Por último, y según todos los indicios, conservando la calma, había limpiado la habitación y se había llevado el Agozzen.

Un comportamiento totalmente inusual según las pautas de la mayoría de los asesinos.

En el hotel no descubrirían el cadáver hasta la hora en la que Ambrose debería dejar la habitación, o más tarde. Había tiempo de sobra para irse muy lejos.

Salió de la habitación, tras apagar la luz, y bajó a la recepción en ascensor. Llamó varias veces al timbre. Tras una larga espera, el recepcionista salió cansinamente del fondo, con el pelo aún más aplastado que antes.

—¿Algún problema? —preguntó.

—Soy amigo de Jordan Ambrose, que está registrado en la habitación 714.

Se rascó las costillas huesudas a través de la camiseta.

—¿Y?

—Ha venido alguien a verle hacia las diez. ¿Se acuerda de quién era?

—Lo difícil sería que lo olvidase. Llegó hacia las diez diciendo que estaba citado con el huésped de la 714.

—¿Qué aspecto tenía?

—Un ojo tapado con una venda manchada de sangre. Llevaba gorro e impermeable, por la lluvia. Ni me fijé en nada más ni tuve ganas de fijarme.

—¿Altura?

—Pues... la normal.

—¿Voz?

Se encogió de hombros.

—Creo que era americano. Bastante aguda. Suave. No dijo gran cosa.

—¿Cuándo se fue?

—No le vi marcharse. Yo estaba al fondo, con el papeleo.

—¿No pidió un taxi?

—No.

—Describa la ropa que llevaba.

—Un impermeable como el de usted. Los pies no se los vi.

—¿Llegó en coche o en taxi?

El recepcionista se encogió de hombros, y volvió a rascarse.

—Gracias —dijo Pendergast—. Voy a salir unas horas. Llámeme a un taxi de la compañía con la que suelen trabajar, por favor.

El recepcionista hizo una llamada telefónica.

—Cuando vuelva, llame al timbre —dijo por encima del hombro, mientras volvía a su «papeleo».

Pendergast esperó fuera. El taxi apareció en pocos minutos. Subió.

—¿Adónde vamos? —preguntó el taxista.

Pendergast sacó un billete de cien libras.

—De momento a ninguna parte. ¿Puedo hacerle unas preguntas?

—¿Es poli?

—No, detective privado.

—Un Sherlock Holmes, ¿eh? —Volvió su cara roja, entusiasmado, y cogió el billete—. Gracias.

—Hacia las diez y cuarto o las diez y media de esta noche ha salido un hombre del hotel, probablemente en uno de sus taxis. Tengo que localizar al taxista.

—Vale.

Cogió la radio del salpicadero. Después de hablar durante unos minutos, pulsó un botón y entregó el micro a Pendergast.

—Ya puede hablar con la persona que busca.

Pendergast lo cogió.

—¿Es usted quien ha recogido a un cliente delante del hotel Buckinghamshire Gardens esta noche alrededor de las diez y veinte?

—Yo mismo —contestó una voz ronca, con fuerte acento cockney.

—¿Dónde está? ¿Podemos vernos?

—Volviendo de Southampton por la M3.

—Ajá. ¿Podría describirme la carrera?

—Pues mire, jefe, la verdad es que daba un poco de reparo; llevaba un ojo tapado con un parche, y le salía sangre. No es que me fijara mucho más. Me entiende, ¿verdad?

—¿Llevaba algo?

—Una caja grande y larga de cartón.

—¿Algún acento?

—Americano, del sur, o algo así.

—¿Podría ser una mujer disfrazada?

Se oyó una risa bronca.

—Con la de mariquitas que corren hoy en día, supongo que nada es imposible.

—¿Le dijo su nombre, o pagó con tarjeta?

—Pagó en efectivo, y no abrió la boca en todo el camino. Después de decirme adónde iba, claro...

—¿Adónde le llevó?

—A Southampton, al puerto.

—¿El puerto?

—Sí, jefe, al *Britannia*.

—¿El nuevo transatlántico de la North Star?

—El mismo.

—¿Para embarcar?

—Creo que sí. Bajó en la aduana, y llevaba en la mano algo que parecía un billete.

—¿Podría ser un tripulante?

Otra risa ronca.

—Lo dudo. La broma le costó doscientas libras.

—¿Llevaba algún equipaje aparte de la caja?

—No.

—¿Le llamó la atención por algo más?

El taxista pensó un poco.

—Olía raro.

—¿Cómo?

—Pues... como si trabajara en un estanco.

Pendergast reflexionó un momento.

—¿Por casualidad sabe cuándo zarpa el *Britannia*?

—Dijeron que a mediodía, con la marea.

Pendergast devolvió el micrófono al taxista, pensativo. En aquel momento empezó a sonar su teléfono móvil.

Lo abrió.

—¿Diga?

—Soy Constance.

Se irguió por la sorpresa.

—¿Dónde estás?

—En el aeropuerto de Bruselas. Acabo de bajar de un vuelo sin escalas desde Hong Kong. Aloysius, necesito verte. Tengo información importantísima.

—Constance, no podrías ser más oportuna. Escúchame bien: si puedes llegar a Heathrow en un máximo de cuatro horas, te recogeré en el aeropuerto. ¿Te parece posible? Cuatro horas. Ni un minuto más. De lo contrario no tendré más remedio que salir sin ti.

—Lo intentaré, pero ¿por qué dices salir? ¿Qué pasa?

—Estamos a punto de embarcar.

9

El taxi negro de Londres iba por la autopista M3 a ciento cuarenta kilómetros por hora, adelantando coches y camiones que se volvían borrosos por la velocidad. A lo lejos se veía la torre cuadrada de color crema de la catedral de Winchester, en medio de una selva de grises paisajes urbanos.

En el asiento trasero iban Constance y Pendergast, que echó un vistazo a su reloj.

—Tenemos que estar en el puerto de Southampton dentro de un cuarto de hora —dijo al taxista.

—Imposible.

—Le tengo reservadas otras cincuenta libras.

—El dinero no hará que el coche vuele —dijo el taxista.

Aun así aceleró todavía más, haciendo chirriar los neumáticos al meterse por la rampa de conexión con la A335 en dirección sur. Rápidamente, los alrededores de Winchester dejaron paso a campos. Compton, Shawford y Otterbourne pasaron como exhalaciones.

—Aunque llegáramos al barco —dijo Constance, saliendo de su mutismo—, ¿cómo embarcaríamos? Esta mañana he leído en *Le Monde* que todos los camarotes están reservados desde hace meses. Dicen que es el viaje inaugural más codiciado desde el *Titanic*.

Pendergast se estremeció.

—Una comparación bastante desafortunada. Resulta que ya he conseguido un alojamiento bastante aceptable para los dos: la suite Tudor, un dúplex en la popa del barco. Dispone de un tercer dormitorio que podremos usar como despacho.

—¿Cómo lo has conseguido?

—La habían reservado unos tales señores Prothero de Perth, Australia, que no han tenido ningún inconveniente en cambiar los billetes por una suite todavía mayor en el crucero por todo el mundo del *Britannia* del otoño que viene, más una módica suma.

Pendergast se permitió el lujo de sonreír un poco.

El taxi se lanzó por el enlace con la M27, hasta que quedó frenado por el intenso tráfico en dirección a Southampton. Cruzaron una zona industrial bastante deprimente, seguida por hileras e hileras de casas adosadas de ladrillo, cada vez más cerca del laberinto de calles del casco viejo. Giraron a la izquierda por Marsh Lane, y justo después a la derecha por Terminus Terrace, en un hábil eslalon por el tráfico. Las aceras estaban llenas de gente, la mayoría con cámaras. Delante se oían gritos y aplausos.

—Dime una cosa, Constance, ¿qué has descubierto para que hayas salido tan precipitadamente del monasterio?

—Te lo diré en pocas palabras. —Constance bajó la voz—. Me tomé a pecho tu petición. Investigué.

Pendergast también habló más bajo.

—¿Y cómo se «investiga» en un monasterio tibetano?

Constance reprimió una sonrisa lúgubre.

—Siendo atrevida.

—¿Es decir?

—Me introduje en el monasterio interior y planté cara a los monjes.

—Ya.

—Era la única manera, pero... lo curioso es que parecía que me esperasen.

—Sigue.

—Estuvieron sorprendentemente comunicativos.

—¿En serio?

—Sí, pero no sé muy bien por qué. Los monjes del monasterio interior no saben qué es el objeto, ni quién lo hizo. En eso el lama Thubten fue sincero. Lo trajo de la India un santón, para que lo guardasen y lo protegiesen en el alto Himalaya.

—¿Qué más?

Constance vaciló.

—Lo que no te contaron los monjes es que saben para qué sirve el Agoyzen.

—¿Para qué?

—Al parecer es un instrumento para vengarse del mundo. Limpiarlo, dijeron.

—¿Te dieron alguna indicación sobre la forma que podría tomar esa «venganza», esa «limpieza»?

—No tenían ni idea.

—¿Cuándo se producirá?

—Cuando la tierra se ahogue en egoísmo, avaricia y maldad.

—¡Qué suerte! Entonces el mundo no tiene nada que temer —dijo Pendergast con ironía.

—Según el monje más locuaz, ellos no pretendían dejarlo suelto. Eran sus custodios, y tenían la misión de impedir que escapara prematuramente.

Pendergast reflexionó un momento.

—Por lo visto hay uno de sus hermanos que no está de acuerdo.

—¿Qué quieres decir?

Se volvió hacia ella, con sus ojos grises iluminados.

—Sospecho que algún monje llegó a la conclusión de que la tierra ya estaba madura para que la limpiasen, y que se conchabó con Jordan Ambrose para robar el Agoyzen, con el objetivo de desatarlo contra el mundo.

—¿Por qué lo crees?

—Está clarísimo. El Agoyzen estaba extraordinariamente bien protegido. Yo estuve más de un año en el monasterio y no supe que existía. ¿Cómo es posible que un visitante fortuito, un simple

escalador que ni siquiera iba allí a estudiar, consiguiera encontrarlo y robarlo? Sólo podía ocurrir si uno o más monjes querían que lo robasen. El lama Thubten me dijo que estaba seguro de que ninguno de los monjes tenía el objeto en su poder, pero eso no significa que un monje no ayudara a alguien de fuera a robarlo.

—Pero si el objeto es tan terrible como dicen... ¿qué tipo de persona querría desencadenarlo?

—Interesante pregunta. Cuando volvamos al monasterio con el Agoyzen, deberemos descubrir al monje culpable y planteárselo directamente. —Pendergast pensó un instante—. Es curioso que los monjes no optasen por lo más sencillo: destruirlo, quemarlo...

—Es lo último que pregunté, y se asustaron mucho. Dijeron que no podían.

—Interesante... Pero en fin, a lo nuestro: el primer paso será obtener la lista de pasajeros, con la hora de embarque.

—¿Crees que el asesino es un pasajero?

—Casi con absoluta certeza. La tripulación y el personal de a bordo debían presentarse en el barco mucho antes de la hora de la muerte de Ambrose. Me parece significativo que se disfrazara con una venda ensangrentada antes de ir a ver a Ambrose.

—¿Por qué? Se disfrazó para que no lo relacionaran con el crimen.

—Dudo que llegase al hotel con la intención de asesinar a nadie. No, Constance. El asesino se disfrazó antes de saber qué le ofrecía Ambrose, lo cual parece indicar que es una persona conocida y reconocible, y por ello quiere pasar inadvertida.

El taxi frenó al pie del Muelle de la Reina, interrumpiendo la conversación. Pendergast saltó del coche, seguido por Constance. Tenían a la izquierda el edificio de aduanas y embarque, y a la derecha una multitud de curiosos, amigos, parientes, cámaras y gente de los medios de comunicación. Todo el mundo agitaba banderas británicas, tiraba confeti y gritaba. Una banda de música se sumaba al barullo general.

Por encima de todo ello se elevaba el *Britannia*, que reducía a la insignificancia no sólo el muelle, sino toda la ciudad, con un casco negro rematado por una superestructura blanca como la nieve, de más de doce puentes, reluciente de vidrios, balcones y adornos de caoba. Constance jamás habría imaginado que existiera una embarcación tan grande y majestuosa; su volumen dejaba en la sombra a todo un barrio (Platform Road, el edificio de Banana Wharf y el puerto deportivo de Ocean Village).

Pero la sombra se movía. Ya sonaban las sirenas. Los trabajadores del muelle se habían apresurado en desatar los cabos y retirado la pasarela de embarque. En lo más alto, cientos de personas hacían fotos, tiraban serpentinas y se despedían con la mano desde la borda o desde alguno de los numerosos balcones. Tras un último toque de sirena, que hizo que temblara todo, el *Britannia* empezó a separarse lenta, poderosa e inexorablemente del muelle.

—Lo siento mucho, jefe —dijo el taxista—. Lo he intentado, pero...

—Saque el equipaje —le interrumpió Pendergast.

Se internó corriendo en la multitud de curiosos, hacia un control de seguridad. Constance vio que se paraba el tiempo justo para enseñar su placa al policía. Después volvió a correr, dejando atrás la banda de música y las cámaras. Iba hacia un andamio cubierto de banderitas, sobre el que se apretujaba un nutrido grupo de autoridades y directivos de la North Star (o eso supuso

Constance). Ya empezaban a dispersarse. Varios hombres con traje oscuro se estaban dando la mano, mientras bajaban del andamio.

Pendergast cruzó el mar de funcionarios de menor graduación que rodeaban el andamio, rumbo al hombre que ocupaba el centro: un individuo corpulento, con bastón de ébano y un clavel blanco en su chaleco gris perla. Todos a su alrededor le estaban felicitando, y no disimuló su desconcierto ante la irrupción intempestiva del agente. Primero le escuchó, con una mezcla de impaciencia e irritación en el rostro. Después frunció el entrecejo y empezó a sacudir furiosamente la cabeza. En vista de que Pendergast seguía hablando con urgencia, el hombre, con la cara congestionada, se irguió y empezó a gesticular, señalando el barco y a Pendergast. Empezó a llegar personal de seguridad, hasta que ya no se vio ni a Pendergast ni al hombre del clavel.

Constance esperó al lado del taxi; el taxista no se había molestado en bajar el equipaje, aunque no le sorprendió, porque la enorme masa del *Britannia* seguía deslizándose en paralelo al muelle, cada vez menos despacio. Ya no pararía hasta llegar a Nueva York, tras siete días y seis noches de travesía.

Volvió a sonar la sirena del barco, y de repente brotaron grandes chorros de agua de la proa. Constance frunció el entrecejo. Parecía que la nave estuviese reduciendo la velocidad. Se volvió hacia el último sitio donde había visto a Pendergast, y ahí estaba: al lado del hombre del clavel, que hablaba por un teléfono móvil. Ahora ya no tenía la cara roja, sino morada.

Volvió a mirar el barco. No, no era una ilusión: los propulsores de proa del barco habían cambiado de sentido, y el *Britannia* regresaba despacio hacia el muelle. Tuvo la impresión de que los gritos ensordecedores que la rodeaban disminuían un poco, inversamente a la perplejidad general, que aumentaba.

—Madre mía... —murmuró el taxista.

Fue al maletero, lo abrió y empezó a sacar el equipaje.

Pendergast hizo señas a Constance de que se reuniese con él en el control de seguridad. Constance se abrió paso entre la multitud, seguida de cerca por el taxista. En el muelle, los trabajadores se estaban apresurando a tender de nuevo la pasarela inferior de embarque. La música se apagó un poco, pero sólo hasta que la banda atacó las notas con nuevos ánimos.

Otro toque de sirena, mientras la pasarela volvía a su posición contra el negro flanco del barco. Pendergast hizo pasar a Constance por el puesto de control y atravesaron rápidamente el embarcadero.

—No es necesario darse prisa, Constance —dijo él, cogiéndole ligeramente el brazo, para que caminase con normalidad—. Ya puestos, disfrutemos del momento; me refiero a hacer esperar al transatlántico más grande del mundo, sin olvidar a sus más de cuatro mil pasajeros y tripulantes.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó ella al poner el pie en la pasarela.

—El señor Elliott, máximo directivo de la North Star Line, es muy amigo mío.

—¿En serio? —preguntó ella, sin acabar de creérselo.

—Bueno, hace diez minutos tal vez no lo era, pero ahora sí, te lo aseguro. Nos conocemos desde hace poco; sin embargo, ahora siente todo el calor de mi amistad. Mucho calor.

—Pero ¿retrasar la partida? ¿Conseguir que vuelva el barco al muelle...?

—En cuanto le he explicado cuánto ganaría dejándonos embarcar (y cuánto perdería

personalmente en caso contrario), el señor Elliott se ha vuelto de lo más servicial. —Pendergast echó un vistazo al barco y volvió a sonreír—. ¿Sabes, Constance? Dentro de lo que cabe, creo que este viaje será tolerable. Quizás hasta agradable.

10

Para Roger Mayles, director de crucero del *Britannia*, una de las primeras y más importantes decisiones del viaje había sido en qué mesa cenar la Primera Noche. Siempre era una cuestión espinosa, muy espinosa, sobre todo al tratarse de la Primera Noche del viaje inaugural del mayor transatlántico del mundo.

Difícilísima cuestión, sin duda.

Como director de crucero, su trabajo no se limitaba a conocer los nombres y necesidades de todos los pasajeros. También tenía que alternar con ellos. Si desaparecía durante la cena, se llevarían la impresión de que no le importaban, y de que aquello era un simple trabajo.

Y no era un simple trabajo.

Pero ¿qué hacer con una lista de pasajeros de casi tres mil nombres, distribuidos en ocho comedores y tres turnos?

Era un auténtico rompecabezas. Primer paso, decidir el restaurante: el Oscar's, el comedor temático sobre cine. Era una sala espectacular, *art déco*, con una pared compuesta íntegramente de cristal veneciano, frente a una cascada, todo ello iluminado por detrás. El susurro del agua estaba diseñado para aumentar el ruido blanco ambiente, con el curioso efecto de que se percibía menos ruido. De las otras tres paredes, dos eran de auténtico pan de oro, y la última de vidrio, con vistas a la oscuridad del mar. No era el restaurante más grande del barco (esa distinción le correspondía al King's Arms, con sus tres opulentos niveles), pero sí el más elegante en su decoración.

Decidido; cenaría en el Oscar's. Segundo turno, por supuesto. De los primeros turnos había que huir como de la peste, porque solían acudir los cretinos que, al margen de su riqueza, nunca habían conseguido quitarse la primitiva costumbre de cenar antes de las siete.

La siguiente cuestión era elegir la mesa. Naturalmente, sería una de las «formales», las más grandes y aquellas en las que los huéspedes —si lo pedían— aún podían cumplir con la anticuada tradición de los asientos asignados, para mezclarse con desconocidos, como en la época de oro de los transatlánticos. Rigurosa etiqueta, por descontado. Para la mayoría significaba corbata negra, pero en esta materia Mayles era muy maniático, y siempre se ponía esmoquin blanco.

Lo siguiente era elegir a los comensales. Roger Mayles era un hombre especial, con muchos prejuicios (y a menudo crueles, él mismo lo reconocía). Su lista de pasajeros a evitar era muy larga, empezando por los empresarios, cualquier persona que tuviese algo que ver con la bolsa, los texanos, los gordos, los dentistas y los cirujanos. Su lista de preferencias incluía a las actrices, la nobleza, las herederas, los presentadores de magazines de la tele, los auxiliares de vuelo, los

mafiosos y lo que él llamaba «misterios» (gente difícil de encasillar), siempre y cuando fueran interesantes, muy ricos y pertenecieran a la élite.

Después de repasar muchas horas la lista de pasajeros, ya tenía lo que consideraba un grupo brillante para la Primera Noche. Organizar las mesas era algo que haría cada noche del viaje, por supuesto, pero aquélla era especial. Sería una cena memorable, con diversión más que garantizada; además, en alta mar Mayles siempre necesitaba diversiones, a causa del mayor de sus muchos secretos: que nunca había aprendido a nadar, y que le daba un miedo atroz el mar abierto.

Por eso llegó con tantas expectativas (y algo de inquietud, todo sea dicho) a la entrada revestida de pan de oro del Oscar's, con su esmoquin Hickey Freeman de mil dólares comprado especialmente para el viaje. Se quedó en la puerta, para que todas las miradas se fijasen en lo bien que le sentaba el traje. Después sonrió elegantemente a toda la sala y se encaminó a la mesa presidencial.

A medida que llegaban los comensales, les dio la mano y les dedicó palabras llenas de calidez, acompañadas con gestos y florituras varios. Los últimos en llegar fueron los dos «misterios», un tal Aloysius Pendergast y su «pupila», denominación que a Mayles le evocaba todo tipo de ideas obscenas, a cual más deliciosa. La ficha de Pendergast le había intrigado por su absoluta falta de información. Era el pasajero que había logrado reservar una de las suites dúplex de popa (la Tudor, por cincuenta mil libras) en el último minuto, a pesar de que hiciera varios meses que estaba reservado todo el barco; y, no contento con ello, había retrasado casi una hora la partida. ¿Cómo lo había conseguido?

Francamente intrigante.

Aprovechó que se acercaba para mirarle por segunda vez, con más detenimiento; le gustó lo que veía. Era un hombre refinado, aristocrático y muy bien parecido. Llevaba un espléndido chaqué, con una orquídea en el ojal de la solapa. Lo más sorprendente era la palidez de su rostro, como si estuviese recuperándose de una enfermedad mortal, aunque en su cuerpo esbelto y en sus ojos grises había una dureza y una vitalidad que indicaban cualquier cosa menos endebles física. Sus facciones tenían la perfección de una escultura de Praxíteles. Se movía entre la gente como un gato por una mesa engalanada.

Pero por atractivo que fuese Pendergast, aún lo era más su supuesta pupila. Se trataba de una auténtica belleza, pero de ningún modo vulgar o moderna; la suya era una hermosura prerrafaelita, idéntica a la Proserpina del famoso cuadro de Rossetti, pero con el pelo liso y una media melena un poco a los años veinte. Llevaba un traje de noche de Zac Posen que Mayles había admirado en una de las tiendas de la galería St. James's, en la cubierta 6. El más caro. Resultaba interesante que se hubiera comprado a bordo el vestido para la Primera Noche en vez de elegir uno de su propio guardarropa.

Alteró a toda velocidad la distribución para sentarse al lado de Pendergast y enfrente de Constance. Al otro lado de Pendergast colocó a la señora Dahlberg, cuya inclusión en la lista se debía a haberse divorciado consecutivamente de dos lores ingleses, y haber acabado con un magnate estadounidense del sector cárnico que falleció pocos meses después del enlace, dejándola cien millones más rica. La imaginación febril de Mayles se había disparado. Sin embargo, al verla en persona le decepcionó no encontrar a la vulgar cazafortunas que se

imaginaba.

A los demás los repartió como buenamente pudo: un baronet inglés elegantísimo con su esposa francesa, un marchante de arte impresionista, la cantante de los Suburban Lawnmowers y su novio, el escritor y *bon vivant* Victor Delacroix, y algunos más que esperó que compusieran una mesa brillante y divertida. Había pensado incluir a Braddock Wiley, una estrella de cine que se encontraba a bordo para el estreno mundial en pleno Atlántico de su última película, pero su carrera de actor estaba en decadencia, y al final había decidido que le invitaría la segunda noche.

A medida que indicaba sus asientos a los comensales, los fue presentando hábilmente para que no fuera necesaria una tanda de vulgares presentaciones cuando ya se hubiera sentado todo el mundo. Al poco rato ya estaban instalados, y llegó el primer plato: creps Romanoff. Mientras el camarero repartía los platos y servía el primer vino de la velada sólo se dijeron trivialidades.

Fue Mayles quien rompió el hielo.

—¿Detecto un acento de Nueva Orleans, señor Pendergast?

Se enorgullecía de su habilidad para hacer hablar hasta al menos conversador.

—Muy perspicaz —contestó Pendergast—. Por mi parte, ¿detecto un toque de Far Rockaway, Queens, detrás de su acento inglés?

Mayles notó entonces que su sonrisa se tensaba. ¿Cómo podía saberlo?

—No se inquiete, señor Mayles, entre otras cosas he hecho un estudio sobre acentos. Lo encuentro útil para mi trabajo.

—Ah, ya... —Mayles bebió un poco de Vernaccia para disimular su sorpresa, y cambió rápidamente de asunto—. ¿Es lingüista?

En los ojos grises de Pendergast pareció insinuarse cierto regocijo.

—En absoluto. Investigo cosas.

Mayles se llevó la segunda sorpresa de la cena.

—¿Qué interesante! ¿Como Sherlock Holmes?

—Más o menos.

Se le pasó por la cabeza una idea bastante desagradable.

—¿Y en este momento está... investigando?

—Bravo, señor Mayles.

Algunos de los otros comensales les estaban escuchando. Mayles no supo qué decir. Notó una punzada de nerviosismo.

—Ah —dijo, con una risa frívola—, pues yo sé quién ha sido: el coronel Mostaza, en la cocina. Con el candelabro.

Mientras los demás se reían educadamente, volvió a encauzar la conversación por derroteros que no le incomodasen.

—Señorita Greene, ¿conoce el cuadro *Proserpina*, de Rossetti?

La joven posó en él su mirada, provocándole un escalofrío de inquietud. Sus ojos tenían algo francamente extraño.

—Sí, lo conozco.

—Le veo un gran parecido con la mujer del cuadro.

Ella siguió mirándole.

—¿Debo considerar un elogio que se me compare con la amante del señor del inframundo?

La extraña respuesta, junto con su intensidad (y la voz resonante, como de otra época, de la joven), desconcertaron a Mayles; sin embargo, era todo un experto en capear cualquier contratiempo en la conversación, y no tardó en dar con la respuesta adecuada.

—Plutón se enamoró de ella por su belleza y su vitalidad, cualidades que también tiene usted.

—Y como consecuencia, Plutón la raptó y la arrastró al infierno, para que fuera su amante.

—¡Los hay con suerte!

Mayles miró a su alrededor, y vio que su pequeño *bon mot* era acogido con sinceras risas; hasta la propia señorita Greene sonreía, observó con alivio.

El siguiente en hablar fue el marchante, Lionel Brock.

—¡Sí, sí, yo conozco bien ese cuadro! Creo que está en la Tate.

Mayles le miró con gratitud.

—Sí.

—Una obra más bien vulgar, como todas las prerrafaelitas. La modelo era Jane Morris, la mujer del mejor amigo de Rossetti. Pintarla fue el prelude para seducirla.

—Para seducirla —dijo la señorita Greene, posando en Mayles sus extraños ojos verdes—. ¿Usted ha seducido alguna vez, señor Mayles? Ser director de un transatlántico de lujo debe de proporcionar muchas posibilidades.

—Tengo mis pequeños secretos —dijo él, con otra risa frívola.

Había sido una pregunta más hiriente de lo que estaba acostumbrado. Dudó que volviera a sentar a su mesa a la señorita Greene.

—*Lejos parezco de mí misma, y lanzo extraños pensamientos, atenta a una señal* —recitó ella.

Se hizo un silencio general.

—¡Qué bonito! —dijo la heredera del carnicero, la señora Emily Dahlberg, en su primera intervención.

Destacaba por su aspecto aristocrático. Llevaba un vestido de noche, muchas joyas antiguas, y se conservaba muy bien para su edad. A Mayles le pareció idéntica a la baronesa Von Schröder de *Sonrisas y lágrimas*, incluso en su forma de hablar.

—Rossetti —dijo Greene—. El poema que escribió sobre Proserpina.

Brock la miró con sus ojos grises.

—¿Es usted historiadora del arte?

—No —contestó ella—. Soy una pedante y una oscurantista.

Brock se rió.

—A mí me parecen encantadores los pedantes y los oscurantistas.

—¿Usted también es pedante, doctor Brock?

—Pues... —Se rió para no contestar—. Supongo que algunos dirían que sí. He traído ejemplares de mi última monografía sobre Caravaggio. Le haré llegar uno a su camarote, y así decidirá usted misma.

La llegada de un hombre distinguido, con uniforme y pelo gris, creó un silencio general. Era delgado, estaba en buena forma física, y sus ojos azules brillaban debajo de la gorra.

—Bienvenidos —dijo.

Todos le saludaron.

—¿Cómo va todo, Roger?

—Viento en popa, Gordon, por decirlo de alguna manera.

—Con su permiso, me presentaré —dijo el recién llegado a la mesa en general, obsequiándoles con una sonrisa encantadora—. Me llamo Gordon LeSeur y soy el primer oficial del *Britannia*.

Tenía un acento de Liverpool encantador.

Corrió por la mesa un murmullo de presentaciones.

—Si quieren saber algo del barco, pregúntemelo a mí. —Volvió a sonreír—. ¿Qué tal la cena?

Todo el mundo le aseguró que era excelente.

—¡Perfecto! Prometo que les cuidaremos bien.

—Me gustaría saber una cosa —dijo la señora Dahlberg—. Dicen que el *Britannia* es el crucero más grande del mundo. ¿Cuánto más grande que el *Queen Mary 2*?

—Quince mil toneladas más de peso, diez metros más de eslora, diez por ciento más de velocidad y el doble de bonito. Pero permítame que la corrija en un aspecto, señora Dahlberg: no somos un barco de crucero. Somos un transatlántico.

—No sabía que hubiera alguna diferencia.

—¡Como de la noche al día! El sentido de un crucero como barco es el crucero en sí, mientras que la función de un transatlántico es transportar a personas siguiendo un horario. El «*B*» tiene mucho más calado y un casco más afilado que los cruceros, y puede alcanzar velocidades considerables: más de treinta nudos, lo que equivaldría a más de cincuenta y cinco kilómetros por hora. El casco debe ser mucho más resistente que los de los cruceros, poder soportar las inclemencias y navegar por mar abierto en cualquier condición climática. Piense que los cruceros huyen de las tormentas, mientras que nosotros no nos desviamos; nosotros nos metemos de cabeza.

—¿De verdad? —preguntó la señora Dahlberg—. ¿Podríamos encontrarnos con una tormenta?

—Si no se equivocan las previsiones meteorológicas, encontraremos una con seguridad, no muy lejos de los Grand Banks de Terranova. —El primer oficial les tranquilizó con una sonrisa—. No se preocupen, será muy divertido.

Tras despedirse de los comensales, se acercó a una de las mesas de al lado, infestada de ruidosos magnates de internet. Mayles agradeció que interrumpiesen un rato sus rebuznos mientras el primer oficial les soltaba el mismo rollo.

—El mejor primer oficial de toda la flota —dijo—. Tenemos suerte de que viaje con nosotros.

Siempre repetía lo mismo, aunque a decir verdad LeSeur era un buen tipo, nada que ver con el típico primer oficial arrogante, creído y resentido por no ser capitán.

—Es como un Paul McCartney canoso —aseveró Lionel Brock—. No serán parientes, ¿verdad?

—Es por el acento —dijo Mayles—. Ya me lo habían comentado otras personas. —Guiñó un ojo—. Pero a él no se lo diga, lamento informarle que nuestro primer oficial no es muy fan de los Beatles.

Mientras tanto ya había llegado el segundo plato, junto con un nuevo vino. El volumen de conversaciones simultáneas aumentó. Mayles tenía el radar conectado, y era capaz de escuchar varias conversaciones a la vez mientras hablaba. Un talento muy útil.

La señora Dahlberg se había vuelto hacia Pendergast.

—Su pupila es una joven muy interesante.

—Sí, mucho.

—¿Qué estudios tiene?

—Es autodidacta.

A Mayles le llamó la atención una risotada en la mesa contigua. Era Scott Blackburn, el niño prodigio del ciberespacio, acompañado de sus dos aduladores y de sus respectivos séquitos, todos con camisas hawaianas, pantalones de sport y sandalias, saltándose las normas del barco y las tradiciones indumentarias de la Primera Noche. Se estremeció. Parecía que en cada viaje tuviera que haber como mínimo un grupo de empresarios ricos y ruidosos. Siempre había que estar pendientes de ellos. Según las fichas, Blackburn y su grupo venían de una gira vinícola por la región de Burdeos, donde se habían gastado varios millones de dólares creando nuevas bodegas. Eran exigentes y excéntricos, como tantos millonarios; Blackburn había insistido en redecorar su suite (carísima) con sus propios cuadros, antigüedades y muebles, ¡para siete días de viaje!

La señora Dahlberg seguía conversando con Pendergast.

—Y ¿cómo llegó a ser su pupila?

La señorita Greene la interrumpió.

—Mi primer tutor, el doctor Leng, me encontró huérfana y abandonada por las calles de Nueva York.

—¡Madre de Dios! No sabía que hoy en día aún pasaran esas cosas.

—Cuando el doctor Leng fue asesinado, Aloysius, que era pariente suyo, me acogió.

La palabra «asesinado» flotó un buen rato en el aire.

—Qué tragedia —dijo Mayles—. Cuánto lo siento.

—Sí, es una historia trágica. ¿Verdad, Aloysius?

Mayles percibió cierta dureza en su voz. Algo ocurría. La gente era como los icebergs: lo importante, sobre todo lo desagradable, estaba sumergido.

La señora Dahlberg sonrió afectuosamente a Pendergast.

—Me ha parecido oír que es investigador privado.

«Oh, no —pensó Mayles—. Otra vez no.»

—En este momento sí.

—¿Qué ha dicho que investigaba?

—Lo siento, pero no creo haberlo dicho.

—¿Investigar? —dijo Brock, el marchante, con una expresión de alarma.

Al parecer no había oído la conversación anterior.

—Deliciosamente misterioso. —Dahlberg sonrió y puso una mano sobre la de Pendergast—. Me encantan los buenos misterios. ¿Usted lee novelas policíacas, señor Pendergast?

—Nunca leo novelas. Me parecen ridículas.

Dahlberg rió.

—Pues a mí me encantan, y tengo la impresión de que el *Britannia* sería el marco perfecto para un asesinato, señor Pendergast. —Se volvió hacia Mayles—. ¿A usted qué le parece, señor Mayles?

—Nada mejor que un buen asesinato, siempre y cuando nadie sufra ningún daño.

Su ingenio fue acogido con risas. Una vez más, se enorgulleció de su habilidad para mantener las conversaciones en un tono simpático y superficial, que era donde la etiqueta requería que permaneciesen.

Pendergast se inclinó.

—No puedo prometerle un asesinato durante la travesía —dijo con una voz almibarada—, pero le digo una cosa: hay un asesino a bordo.

11

Pendergast se relajaba en el salón de su suite, hojeando la interminable carta de vinos del *Britannia*. Cerca había un televisor de pantalla plana, sintonizado en el canal de información del barco, en el que se ensalzaban con voz pausada las virtudes del transatlántico con una sucesión de imágenes.

«El *Britannia* sigue la vieja tradición de los barcos de lujo —glosó una voz refinada, con acento británico—. Sus majestuosas escaleras, sus grandes zonas comunitarias, sus dos salones de baile, sus ocho restaurantes, sus tres casinos y sus cinco piscinas prestan servicio a dos mil setecientos pasajeros, con una tripulación de mil seiscientas personas y un tonelaje bruto de ciento sesenta y cinco mil. En términos de alojamiento es el barco más espacioso de alta mar, con una proporción entre personal de a bordo y pasajeros muy por encima de cualquier otro buque de lujo. Hay varias características que hacen único al *Britannia*: el Gran Atrio de ocho plantas, el “Sedona SunSpa®”, los centros comerciales de lujo de Regent Street y St. James’s, el teatro Belgravia, con mil butacas, y una piscina climatizada que se inspira en unos baños romanos hallados en Pompeya. Su salón de baile Jorge II, todo en cristal y oro, es el mayor de la flota mundial. La longitud del *Britannia* supera la altura del Empire State, y su sirena se oye a catorce millas. Siguiendo la tradición del *Titanic*, y de los grandes barcos del pasado, el *Britannia* se distingue por la extraordinaria cantidad de maderas nobles que ha sido empleada en decorarlo, tanto por dentro como por fuera, para lo cual se han utilizado más de trescientos mil metros de teca, caoba, ciprés de Lawson, árbol del caucho, iroko y haya de Queen Island...»

En el segundo piso de la suite se abrió una puerta. Constance salió de su habitación y bajó por la escalera.

Pendergast apagó la tele y dejó la carta de vinos.

—No tenía ni idea de que la bodega del barco estuviera tan bien surtida —dijo—. Ciento cincuenta mil botellas. Destaca particularmente la selección de Pauillacs de antes de 1960.

Levantó la cabeza. Constance se había cambiado el vestido de gala de la cena por uno amarillo claro.

—Te queda muy bien tu nuevo fondo de armario, Constance.

—Tú me ayudaste a elegirlo —contestó ella, sentándose en el sillón de enfrente.

—Esta noche has estado un poco dura.

—Tú también.

—Estoy intentando descubrir a un asesino. ¿Tú qué hacías?

Constance suspiró.

—Me sabe mal haber estado tan intratable. Pero después del monasterio, toda esta opulencia me resulta... descorazonadora.

Pendergast citó una antigua máxima budista:

—«Estar en el mundo, sin formar parte de él.»

—Preferiría estar en mi casa, leyendo un libro junto a la chimenea. Esto... —Constance señaló a su alrededor—. Es grotesco.

—No olvides que estamos trabajando.

Cambió de postura sin contestar, inquieta.

Durante las últimas semanas, aunque no lo dijese, Pendergast había observado un cambio en su pupila. La estancia en el monasterio había obrado milagros. Le alegraba ver que mantenía la disciplina del Chongg Ran en el camarote, se levantaba cada mañana a las cuatro para meditar durante una hora (también meditaba por la tarde) y no se excedía con la comida o la bebida. Lo más importante era que Constance ya no estaba apática y a la deriva. Desde la muerte del hermano de Pendergast nunca había estado tan centrada, relajada e interesada por su entorno. Aquella pequeña misión en común, aquel misterio sin resolver, le habían proporcionado una nueva meta. Pendergast tenía muchas esperanzas de que su pupila estuviese en vías de recuperarse después de los terribles acontecimientos de marzo y la operación en la clínica Feversham. Ya no necesitaba que la protegiera de los demás. De hecho, tras su agresiva exhibición durante la cena, Pendergast se preguntaba si no sería al revés.

—¿Qué te han parecido nuestros compañeros de mesa? —preguntó.

—No gran cosa, la verdad, excepto la señora Dahlberg, que tiene una autenticidad muy atractiva. Se la ve interesada por ti.

Pendergast inclinó la cabeza.

—No soy el único que ha causado sensación. —Señaló una mesita con un manuscrito de pocas páginas, cuyo título era *Caravaggio: el enigma del chiaroscuro*—. Veo que el doctor Brock no ha tardado en mandarte su monografía.

Constance frunció el entrecejo al mirar el libro.

—A pesar de sus limitaciones, sospecho que algunos de nuestros comensales podrán sernos útiles —añadió Pendergast—. Como el señor Mayles, claro ejemplo de hombre a quien nada pasa desapercibido.

Constance asintió. Se quedaron callados.

—Resumiendo —añadió ella finalmente, cambiando de tema—: el ladrón y asesino mató a Jordan Ambrose con una pistola de poco calibre, y después se ensañó gratuitamente con el cadáver.

—Sí.

—Lo que no me cuadra es el resto del modus operandi que describiste: que registrara escrupulosamente todos los bolsillos y limpiara meticulosamente todas las superficies.

—Exacto.

—No me consta ningún precedente en los casos que he leído.

—A mí tampoco, como no sea un caso muy singular del que me ocupé hace poco tiempo en

Kansas.

Llamaron a la puerta. Pendergast se levantó para abrirla. Era la camarera.

—Pase —dijo el agente, con un gesto de la mano.

La camarera hizo una pequeña reverencia y entró. Era una mujer delgada y de mediana edad, con el pelo negro y los ojos del mismo color, hundidos.

—Disculpe, señor —dijo con un acento de Europa del Este—, quería saber si necesitan para algo a mí.

—No, gracias, de momento no.

—Gracias, señor. Volveré para abrir las camas.

Salió del camarote con otra pequeña reverencia.

Pendergast cerró la puerta y regresó al sofá.

—Bueno, ¿qué haremos esta noche? —preguntó Constance.

—Tenemos a nuestra disposición toda una gama de actividades de ocio para después de la cena. ¿Estás de humor para algo en particular?

—Se me había ocurrido el simulacro de evacuación.

—Muy graciosa. Aunque en realidad tenemos pendiente una tarea, prioritaria sobre cualquier otra cosa. —Pendergast señaló una larga lista impresa por ordenador, al lado de la carta de vinos—. En este barco hay dos mil setecientos pasajeros, y sólo disponemos de siete días para encontrar al asesino y recuperar el Agoyzen.

—¿Es la lista de pasajeros?

Asintió con la cabeza.

—Directamente de la base de datos del barco, con todas las profesiones, edades, sexos y horas de embarque. Ya te dije que la tripulación está descartada.

—¿Cómo la has conseguido?

—Muy fácil: he buscado a un técnico de mantenimiento informático de baja graduación y me he presentado como un auditor de la North Star que evalúa el rendimiento de la tripulación. Se ha dado una prisa en entregarme la lista... Ya he reducido bastante el número de posibles sospechosos.

Sacó un papel del bolsillo de su americana.

—Sigue.

Un dedo largo y blanco tocó la hoja.

—El asesinato fue cometido a las diez, y el taxi llegó al muelle a las doce y media de la noche; por lo tanto, el asesino tuvo que embarcar a partir de esa hora. Con eso ya podemos descartar mil cuatrocientos setenta y seis nombres.

El dedo volvió a tocar el papel.

—El asesino es un varón.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Constance, como si la suposición fuese una ofensa al género femenino.

—Por la botella de whisky. Un hombre como Ambrose habría elegido otra bebida en caso de esperar una visita femenina. También por el cuchillo, que atravesó limpiamente todo el cuerpo, más de un centímetro de moqueta y otro de contrachapado, lo que requiere mucha fuerza. Por

último, Ambrose era un escalador en magnífica forma física, difícil de matar, lo cual da a entender que el asesino es fuerte, ágil, rápido... y varón.

—Argumento aceptado.

El dedo bajó por la hoja.

—Por las mismas razones, podemos delimitar la edad: más de veinte y menos de sesenta y cinco. En un barco como éste, lo último es muy útil. Por otro lado, no viaja en pareja. La brutalidad del crimen, el trayecto en taxi, el disfraz, embarcarse con el Agozzen... Son actos propios de un hombre cuyos pasos no entorpece una esposa. Los aspectos psicopatológicos del asesinato, y el intenso placer que obtuvo de la violencia, son otros aspectos a favor de la hipótesis de la soltería. Un hombre soltero y de determinada edad: otros mil doce nombres eliminados. Lo cual nos deja con doscientos doce.

El dedo volvió a moverse.

—Todas las pruebas indican que Ambrose contactó con un coleccionista de renombre; tal vez no de antigüedades asiáticas, pero coleccionista al fin y al cabo. Alguien, además, que podría ser reconocido por la gente. Eso lo limita a veintiséis.

Pendergast miró a Constance.

—El asesino es listo. Ponte en su lugar. Tenía que embarcarse con una caja peculiar sin llamar la atención. Seguro que no lo hizo enseguida, con la caja en las manos. Quien lo hubiera visto se acordaría. Por otro lado, estaba manchado de sangre a causa del asesinato. Tenía que cambiarse de ropa y lavarse en algún lugar discreto. ¿Qué crees que haría?

—Ir a un hotel, lavarse, meter el Agozzen en un baúl y embarcarse en el último momento, cuando más gente hubiera.

—Exacto. Es decir, hacia las nueve de esta mañana.

Constance sonrió irónicamente.

El dedo se separó del papel.

—Lo cual sólo nos deja ocho sospechosos: éstos. Observarás una curiosa coincidencia: dos de ellos estaban en nuestra mesa.

Pendergast deslizó la hoja hacia Constance, que leyó los nombres en voz alta:

LIONEL BROCK. Propietario de la galería Brock, calle Cincuenta y siete Oeste, Nueva York. Edad: cincuenta y dos. Destacado marchante en pintura impresionista y postimpresionista.

SCOTT BLACKBURN, ex presidente y director general de Gramnet. Edad: cuarenta y uno. Multimillonario de Silicon Valley. Colecciona arte asiático y pintura del siglo XX.

JASON LAMBE, director general de Agamemnon.com. Edad: cuarenta y dos. Magnate de la tecnología. Uno de los principales accionistas de su empresa es Blackburn. Colecciona porcelana china y grabados y pinturas japoneses.

TERRENCE CALDERÓN, director general de TeleMobileX Solutions. Edad: treinta y cuatro. Magnate de la tecnología, amigo de Blackburn. Colecciona antigüedades francesas.

EDWARD SMECKER, lord Cliveburgh, famoso ladrón de guante blanco. Edad: veinticuatro. Colecciona joyas antiguas, vajillas de oro y plata, relicarios y *objets d'art*.

CLAUDE DALLAS, estrella de cine. Edad: treinta y uno. Colecciona arte pop.

FELIX STRAGE, director del departamento de arte griego y romano del Metropolitan Museum

of Art de Nueva York. Colecciona antigüedades griegas y romanas.

VICTOR DELACROIX, escritor y *bon vivant*. Edad: treinta y seis. Coleccionista ecléctico de arte.

Pendergast cogió un bolígrafo y tachó el último nombre.

—A éste podemos eliminarlo de buenas a primeras.

—¿Por qué?

—Durante la cena me fijé en que es zurdo. El asesino es diestro.

Constance le miró.

—Ya has eliminado a dos mil seiscientos noventa y tres sospechosos, y ni siquiera has recurrido a la inteligencia.

—Quizá sea más difícil eliminar a los siete últimos. A partir de ahora deberemos dividirnos si queremos vencer. —Le echó una mirada fugaz—. Yo me ocuparé de la investigación sobre cubierta, entre los pasajeros y los oficiales. Me gustaría que tú te encargases de la parte de la búsqueda que queda bajo cubierta.

—¿Bajo cubierta? ¿Para qué molestarnos, si no es nadie del personal de a bordo?

—El mejor lugar para oír rumores acerca de los pasajeros es bajo cubierta.

—Pero ¿por qué yo?

—Tienes más posibilidades de convencer al personal para que hable.

—¿Y qué tengo que buscar, exactamente?

—Cualquier cosa que intuyas que pueda ser útil, especialmente una caja. Una caja larga y de difícil manejo.

Constance hizo una pausa.

—¿Cómo me introduzco bajo cubierta?

—Ya encontrarás el modo. —Pendergast le tocó el hombro a guisa de advertencia—. Pero, Constance, debo advertirte de una cosa: no entiendo a este asesino, lo cual me preocupa... y debería preocuparte a ti.

Constance asintió.

—No actúes por iniciativa propia. Observa y ven a verme, ¿de acuerdo?

—Sí, Aloysius.

—Entonces, como suele decirse, que empiece la función. ¿Brindamos por la caza con un buen oporto añejo? —Pendergast volvió a coger la carta de vinos—. Tengo entendido que el Taylor del 55 está en su momento óptimo.

Constance hizo un gesto con la mano.

—Ahora mismo no estoy de humor para oportos, gracias, pero bebe tú.

12

Juanita Santamaría empujaba su carrito por la elegante moqueta dorada de la cubierta 12, mirando hacia delante con los labios un poco apretados. En el carrito transportaba una montaña de sábanas limpias y jabones aromatizados, y rechinaba al desplazarse por la felpa.

Se le acercó una pasajera al doblar un recodo en el pasillo, una mujer de unos sesenta años, bien conservada, con el pelo teñido de lila.

—Perdona, cariño, ¿se va por aquí al SunSpa?

—Sí —contestó Juanita.

—Ah, otra cosa. Me gustaría mandarle una nota de agradecimiento al capitán. ¿Cómo se llama? No me acuerdo.

—Sí —dijo Juanita sin pararse.

El pasillo terminaba en una simple puerta marrón. Juanita la cruzó con el carrito, e ingresó en una zona de servicio. En un lado había varias bolsas grandes de lona llenas de ropa sucia, y bandejas apiladas de plástico gris, con platos sucios del servicio de habitaciones, todo ello pendiente de ser llevado a las profundidades del barco. A la derecha había varios ascensores de servicio. Juanita dirigió su carrito al más cercano, y levantó una mano para pulsar el botón de bajada.

Su dedo tembló ligeramente.

El ascensor se abrió con un susurro. Juanita metió el carrito y se volvió hacia el panel de control, levantando la mano por segunda vez para pulsar otro botón; esta vez, sin embargo, titubeó y contempló inexpresivamente el panel. Esperó tanto tiempo que se cerraron otra vez las puertas, y el ascensor permaneció donde estaba, sin moverse. Al final (muy despacio, como un zombi) Juanita pulsó el botón de la cubierta C. La cabina bajó con un murmullo.

El pasillo principal de estribor de la cubierta C era estrecho y agobiante, con el techo bajo, y tan lleno de gente como vacío estaba el 12: ayudantes de camarero, doncellas, crupieres, azafatas, técnicos, sobrecargos, manicuras, electricistas y todo el personal imaginable se afanaban absortos en los innumerables recados y tareas necesarios para el buen funcionamiento de un transatlántico de lujo. Juanita se adentró con su carrito en el tráfico, y se paró mirando hacia ambos lados, como si se hubiera perdido. Más de uno se la quedó mirando al pasar. El pasillo no era ancho, y el carrito parado no tardó en provocar un embotellamiento.

—¡Eh! —Apareció corriendo una mujer de aspecto descuidado y con el uniforme de supervisora—. Aquí están prohibidos los carritos. Llévate lo enseguida al departamento de

limpieza.

Juanita, que estaba de espaldas, no contestó. La supervisora la cogió por un hombro para hacer que se girara.

—Te he dicho que te...

Se calló al reconocerla.

—¿Santamaría? —dijo—. ¿Se puede saber qué haces tú aquí, si aún faltan cinco horas para que se acabe tu turno? Vuelve ahora mismo a la cubierta 12. ¡Vamos, espabila!

Juanita no dijo nada. Ni siquiera la miró a los ojos.

—¿Me has oído? Sube antes de que te abra un expediente y te quite un día de paga. A ver si...

La supervisora dejó la frase a medias, sorprendida por la inexpresividad de Juanita, y la vacuidad de su mirada.

Juanita se internó con pasos vacilantes en la multitud, dejando el carrito en medio del pasillo bajo la mirada de la supervisora, demasiado atónita para hablar.

La habitación de Juanita estaba en un agobiante laberinto de camarotes minúsculos, cerca de la popa del barco. Los generadores de turbinas diésel quedaban tres cubiertas por debajo, pero aun así se percibía su vibración, junto a las ráfagas de olor a combustible que contaminaban el aire. Al acercarse al camarote, el paso de Juanita se volvió aún más lento. Gran parte del personal con el que se cruzaba se volvía a observarla, impactado por su mirada perdida y su aspecto demacrado y fantasmal.

Vaciló ante la puerta. Transcurrió un minuto. Otro. De repente abrieron desde el otro lado, y salió una mujer morena con el pelo negro. Llevaba el uniforme de los camareros del Hyde Park, el restaurante informal de la cubierta 7. Al ver a Juanita se paró de golpe.

—¡Juanita, chica, qué susto me has dado! —dijo con acento de Haití.

Juanita seguía sin hablar. Miraba como si no tuviese a nadie delante.

—¿Qué te pasa, Juanita? Parece que hayas visto un fantasma.

Se oyó un ruido como de líquido. Era la vejiga de Juanita al relajarse. Varios regueros amarillos de orina corrieron por sus piernas, formando un charco en el linóleo del pasillo.

La mujer con uniforme de camarera se apartó bruscamente.

—¡Eh!

Fue como si la exclamación despertara a Juanita, porque sus ojos vidriosos se enfocaron, y su mirada se posó en la mujer de la puerta, deslizándose despacio por su cara y su cuello, donde había un medallón de oro con una cadena muy sencilla. Representaba una serpiente de muchas cabezas, agazapada bajo los rayos de un sol estilizado.

De pronto, Juanita abrió muchos los ojos y, levantando los brazos como si quisiera protegerse de algo, retrocedió a trompicones por el pasillo. Tenía la boca muy abierta, y mostraba una alarmante cavidad rosada.

Fue cuando empezaron los gritos.

13

Por la mullida moqueta del casino Mayfair pasaba sonriente Roger Mayles, saludando a todo el mundo con la cabeza. El *Britannia* llevaba menos de cinco horas en aguas internacionales, pero el casino ya era un auténtico hervidero. El ruido de las máquinas tragaperras sumado a las voces de los crupieres de blackjack y ruleta y a las partidas de dados no dejaba oír el espectáculo del Royal Court, justo delante, en la proa de la cubierta 4. Casi todo el mundo llevaba esmoquin o vestido negro de noche. La mayoría había bajado directamente de la cena inaugural sin cambiarse de ropa.

Se le acercó una camarera con una bandeja cubierta de copas de champán.

—Hola, señor Mayles —dijo, levantando mucho la voz—. ¿Le apetece una copa?

—No, gracias, cariño.

Tenían justo al lado a una orquesta de dixieland, que daba el último toque de locura y desenfreno. El Mayfair era el más bullicioso de los tres casinos del *Britannia*. Mayles pensó que era un espectáculo vertiginoso en honor de la codicia y del dinero. La primera noche en alta mar siempre era la más caótica y jubilosa. Nadie se había llevado todavía el chasco de perder mucho en el casino. Mayles hizo un guiño a la chica y se fue, echando miradas a las mesas. Cada una de ellas tenía encima una pequeña cúpula de cristal ahumado, tan discreta que casi pasaba desapercibida entre el brillo de las arañas. El decorado se inspiraba en el Londres de final de siglo, con terciopelo arrugado, maderas nobles y latones antiguos. En el centro de la sala, que era enorme, se alzaba una escultura muy extraña, tallada en hielo rosa: lord Nelson, con el toque algo perverso de una toga.

Cuando llegó al bar del casino, Mayles giró a la derecha y se detuvo ante una puerta sin ninguna indicación. Sacó de su bolsillo una tarjeta magnética y la deslizó por el lector; la puerta se abrió con un clic. Tras mirar a ambos lados, entró con rapidez, aislándose del ruido y del bullicio.

Era una sala sin luces en el techo, pero sus cuatro paredes estaban iluminadas por un centenar de pequeños monitores de circuito cerrado, cada uno con una perspectiva distinta del casino: vistas cenitales de mesas, hileras de máquinas tragaperras y cajeros. Desde ahí, el personal del casino Mayfair vigilaba a los jugadores, pero también a los crupieres y a los cajeros.

Dos técnicos, en dos sillas con ruedas, examinaban las pantallas bajo una luz azul que daba a sus caras un aspecto fantasmal. Detrás, de pie, no menos serio ni menos atento a los monitores, estaba Victor Hentoff, el director del casino. Se pasaría la mayor parte de los siguientes seis días

yendo y viniendo de un casino a otro. Llevaba tantos años pendiente de las pantallas, que era como si siempre forzase un poco la vista. Se volvió al oír entrar a Mayles.

—Roger —dijo con voz ronca, tendiendo la mano.

Mayles sacó un sobre cerrado del bolsillo.

—Gracias —dijo Hentoff. Lo abrió con su grueso índice. Dentro había varias hojas—. Dios mío... —dijo al echarles un vistazo.

—Mucha fruta colgando de las ramas —dijo Mayles—, madura para recogerla.

—¿Te importaría hacerme un resumen?

—Con mucho gusto. —Por si Mayles no tuviera bastante trabajo, el personal del casino esperaba que les suministrase (con la más absoluta discreción) una lista de posibles jugadores empedernidos, o víctimas fáciles, a quienes cultivar y enjabonar particularmente—. Ha vuelto la condesa de Westleigh, para que le den otra esquilada. ¿Te acuerdas de lo que pasó en el primer viaje del *Oceania*?

Hentoff puso los ojos en blanco.

—Me parece mentira que haya vuelto después de aquello.

—Tiene debilidad por los viajes inaugurales. Y por los crupieres de bacará. También está...

Pero Hentoff ya no miraba al director del crucero, sino algo situado por encima de su hombro. En ese mismo momento, Mayles reparó en que había aumentado muchísimo el nivel sonoro de la habitación. Se volvió, y al seguir la mirada de Hentoff se quedó boquiabierto: Pendergast, su vecino durante la cena, había logrado entrar, y estaba cerrando la puerta.

—Ah, señor Mayles, aquí está —dijo.

La consternación de Mayles fue en aumento. El director del crucero casi nunca elegía mal a sus compañeros de cena, pero seleccionar a Pendergast y a su «pupila» había sido un error que no pensaba repetir.

La mirada de Pendergast recorrió las paredes llenas de monitores.

—¡Qué hermosa vista se tiene desde aquí!

—¿Cómo ha entrado? —quiso saber Hentoff.

—Un sencillo truco de magia.

Pendergast le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Pues no puede quedarse aquí. Es una zona de acceso restringido.

—Sólo quería hacerle un par de peticiones al señor Mayles. Después me iré.

El director del casino se volvió hacia Mayles.

—Roger, ¿conoces a este pasajero?

—Hemos cenado juntos. ¿En qué puedo ayudarle, señor Pendergast? —preguntó Mayles, con una sonrisa obsequiosa.

—Lo que estoy a punto de contarles es confidencial —dijo Pendergast.

«Oh, no», pensó Mayles, sintiendo que sus sensibles nervios se ponían en tensión. Esperó que no fuese una continuación de la morbosa conversación de Pendergast durante la cena.

—No viajo en el *Britannia* sólo para descansar y respirar aire fresco.

—¿Ah, no?

—Estoy aquí para hacerle un favor a un amigo. Verán, a mi amigo le robaron algo, algo de

gran valor, y en estos momentos el objeto en cuestión está en manos de un pasajero de este barco. Mi intención es recuperarlo y devolvérselo a su legítimo dueño.

—¿Es usted investigador privado? —preguntó Hentoff.

Pendergast pensó un poco; la luz de los monitores se reflejaba en sus ojos claros.

—Puede afirmarse sin ambages que mis investigaciones son privadas.

—O sea, que trabaja por cuenta propia —dijo Hentoff. El director del casino no pudo disimular una nota de desprecio—. Señor, tengo que pedirle otra vez que se vaya.

Pendergast echó un vistazo a las pantallas, antes de centrar de nuevo su atención en Mayles.

—Señor Mayles, ¿verdad que para su trabajo dispone de datos acerca de cada pasajero?

—Es uno de mis placeres —contestó Mayles.

—Magnífico. Entonces es usted la persona indicada para proporcionarme información que pueda ayudarme a encontrar al ladrón.

—Lo siento, pero no podemos facilitar ninguna información sobre los pasajeros —dijo Mayles, endureciendo el tono.

—El ladrón podría ser un hombre peligroso. Mató a alguien para conseguir ese objeto.

—Entonces, que se encargue nuestro personal de seguridad —dijo Hentoff—. Estaré encantado de remitirle a un responsable de seguridad que podrá tomar nota de los datos y añadirlos a su archivo.

Pendergast sacudió la cabeza.

—Desgraciadamente, no puedo incluir a personal de nivel inferior en mi investigación. La discreción es esencial.

—Pero ¿de qué objeto se trata? —preguntó Hentoff.

—Lo siento, pero no puedo entrar en detalles. Se trata de una antigüedad asiática de gran valor.

—Y ¿cómo sabe que está a bordo?

La respuesta de Pendergast fue un leve temblor en los labios, que podía pasar por un esbozo de sonrisa.

—Señor Pendergast —dijo Mayles, recurriendo al tono que reservaba para los pasajeros más difíciles—, no quiere contarnos qué busca; no quiere contarnos por qué está tan seguro de que se halla en el *Britannia*; tampoco está aquí en misión oficial. De hecho estamos navegando por aguas internacionales. La única autoridad es nuestro personal de seguridad. Ya no rigen la legislación británica ni la estadounidense. Lo siento, pero no podemos autorizar su investigación, ni prestarle ayuda de ningún tipo. Al contrario: si su investigación molesta a alguno de nuestros huéspedes, actuaremos con contundencia. —Trató de suavizar la dureza de su negativa con su más seductora sonrisa—. Estoy seguro de que lo entiende.

Pendergast asintió despacio.

—Lo entiendo.

Hizo una pequeña reverencia y se volvió. Antes de irse, se paró con la mano en el pomo de la puerta.

—Les supongo al corriente —dijo, como si careciese de importancia— de que en esta cubierta hay un grupo de contadores de cartas en plena actividad.

Señaló un grupo de pantallas con un gesto impreciso de la cabeza.

Mayles miró en la dirección indicada, pero no estaba formado en observación de monitores, y sólo vio gente y más gente en las mesas de blackjack.

—¿De qué está hablando? —preguntó Hentoff con dureza.

—De contadores de cartas, sumamente profesionales y bien organizados, a juzgar por el éxito que están teniendo en no... llamar la atención.

—¿Qué tontería! —dijo Hentoff—. Nosotros no hemos visto nada. ¿Qué es, algún juegucito?

—Para ellos no —dijo Pendergast—, al menos en el sentido en el que le gustaría a usted.

Pendergast y el director del casino se miraron un momento; luego Hentoff se volvió hacia uno de sus técnicos con un bufido de irritación.

—¿Cómo va la recaudación?

El técnico cogió el teléfono e hizo una breve llamada. Después miró a Hentoff.

—Mayfair lleva perdidas doscientas mil libras.

—¿Dónde? ¿En general?

—En las mesas de blackjack.

Hentoff miró rápidamente las pantallas. Al cabo de un momento, se volvió hacia Pendergast.

—¿Quiénes son?

Pendergast sonrió.

—Vaya, lo lamento, pero acaban de irse.

—Qué casualidad. ¿Y se puede saber cómo contaban las cartas?

—Parecía que usaran una variante del «Red-7» o del «K-O». Como no me estaba fijando mucho en las pantallas, no puedo asegurárselo. Por otro lado, es evidente que disponen de una buena tapadera, y que nunca les ha pillado nadie; de lo contrario, ustedes tendrían fotos en su base de datos, y les habrían identificado los escáneres de reconocimiento facial.

El rostro de Hentoff se fue congestionando a medida que oía las palabras de Pendergast.

—¿Se puede saber de dónde saca esos conocimientos?

—Ya lo ha dicho usted antes, señor... Hentoff, ¿verdad? Trabajo «por cuenta propia».

Nadie dijo nada durante un buen momento. Los dos técnicos parecían estatuas. No se atrevían a apartar la vista de los monitores.

—Está claro que le convendría algo de ayuda, señor Hentoff, y yo estaría encantado de proporcionársela.

—A cambio de que nosotros le ayudemos con su pequeño problema —dijo sarcásticamente Hentoff.

—Exacto.

Otro silencio tenso. Finalmente Hentoff suspiró.

—Habrás visto... ¿Qué quiere, exactamente?

—Tengo mucha fe en las habilidades del señor Mayles. Tiene acceso a todas las fichas de los pasajeros. Su trabajo consiste en alternar con todo el pasaje, hacer preguntas y solicitar información. Está en una situación inmejorable para ayudar. Señor Mayles, por favor, no se preocupe, no molestará a los pasajeros; sólo me interesan unos pocos. Me gustaría saber, por ejemplo, si alguno de ellos ha depositado algún artículo en la caja fuerte central, si sus camarotes

figuran en la lista de «no molestar» del servicio de limpieza... Cosas de este tipo. —Se volvió hacia Hentoff—. Es posible que también necesite su ayuda.

—¿Para qué?

—Para... ¿cómo decirlo?... engrasar las ruedas.

Hentoff miró sucesivamente a Pendergast y a Mayles.

—Me lo pensaré —murmuró el director del crucero.

—Espero que no tarde mucho, por su propio bien —dijo Pendergast—. Doscientas mil libras de pérdidas en cinco horas... No puede decirse que marque una buena tendencia.

Se volvió, sonriendo, y se fue sin decir nada más.

Constance Greene caminaba sin rumbo por la espaciosa galería de boutiques y tiendas de lujo de la cubierta 6 que recibía el nombre de St. James's. Aunque ya era más de medianoche, el *Britannia* no daba señales de querer recogerse. En todas partes había parejas bien vestidas que se paseaban mirando los escaparates o hablando en voz baja. Los pasillos estaban bordeados de grandes jarrones con flores frescas, y por encima del rumor de voces y de risas se oían los refinados acordes de un cuarteto de cuerda. Olía a lilas, lavanda y champán.

Los lentos pasos de Constance la llevaron por un bar de vinos, una joyería y una galería de arte que ofrecía grabados originales firmados por Miró, Klee y Dalí a precios astronómicos. En la entrada, una anciana regañaba a la joven rubia que empujaba su silla de ruedas. Algo en aquella chica hizo que Constance se detuviera: su mirada gacha y su expresión distante, posible indicio de alguna pena íntima, podrían haber sido las suyas.

Al fondo del centro comercial de St. James's había una doble puerta muy adornada por donde se accedía al Gran Atrio, un enorme espacio de ocho plantas en el corazón del barco. Se acercó a la baranda y miró, primero hacia arriba y después hacia abajo. Desde ahí se tenía una vista nada desdeñable de terrazas, relucientes arañas, incontables hileras verticales de luces, y ascensores en cajas de cristal. Abajo, en el restaurante King's Arms, de la cubierta 2, había grupos sentados en bancos de cuero rojo, cenando lenguado, ostras Rockefeller y turnedós de ternera. Entre los grupos circulaban camareros y sumilleres; uno dejaba sobre una mesa una bandeja rebosante de exquisiteces, el otro se inclinaba solícitamente hacia un cliente para tomar nota... Las cubiertas 3 y 4 tenían balcones que daban al Gran Atrio, con más mesas. El ruido de la vajilla, el murmullo de las conversaciones, los altibajos de la música... todo llegaba a oídos de Constance, flotando hacia las alturas.

Aquél era un ambiente de lujo y privilegios, una ciudad-palacio flotante de dimensiones gigantescas, lo más suntuoso que hubiera conocido el mundo. Aun así, Constance se quedó fría; es más, encontró algo repelente en aquella búsqueda desesperada del placer. Qué distinta toda aquella actividad frenética, aquel burdo consumo, aquel apego ansioso a las cosas mundanas, de su vida en el monasterio. Anhelaba volver.

«Estar en el mundo sin formar parte de él.»

Se volvió y cogió el ascensor más cercano para subir a la cubierta 12, ocupada casi íntegramente por camarotes. Todo seguía siendo de una elegancia irreprochable, con gruesas

alfombras orientales y paisajes al óleo con marcos dorados, pero se respiraba mucho más sosiego. Caminó por el pasillo, que al fondo giraba a la izquierda. La puerta de su suite, la Tudor, quedaba justo enfrente, en la popa y a babor del barco. A punto de sacar la tarjeta, se quedó de piedra.

La puerta de la suite estaba entreabierta.

Al instante se le disparó el corazón, como si lo hubiera estado esperando. Su tutor nunca habría sido tan descuidado. Tenía que ser otra persona. «No puede ser él —pensó—. Imposible. Le vi caer. Le vi morir.» Una parte de ella sabía que sus temores eran irracionales, pero no logró aplacar los latidos de su corazón.

Sacó del bolso una fina cajita, y la abrió para extraer un escalpelo reluciente de su nido de felpa. El escalpelo que le había dado él.

Penetró en el camarote sin hacer ningún ruido, con la cuchilla en la mano. La sala de estar de la suite tenía forma ovalada, con un gran ventanal blindado de dos pisos que dominaba el oleaje negro del Atlántico desde una gran altura. La puerta de la izquierda daba a una pequeña cocina, y la de la derecha a la sala que usaban Aloysius y ella como estudio. El salón estaba iluminado con luz tenue. Vio que la luna pintaba las olas con un rastro luminoso, arrojando piedras preciosas al paso de la nave, a la vez que iluminaba un sofá, dos sillones de orejas, el comedor y un piano de media cola. Había dos escaleras de caracol, cada una en una pared: la de la izquierda subía al dormitorio de Pendergast, y la de la derecha al de Constance, que dio otro paso silencioso y miró hacia arriba, irguiendo mucho la cabeza.

La puerta de su habitación estaba entreabierta. Por debajo salía una pálida luz amarilla.

Apretó el cuchillo, y lentamente, sin hacer el menor ruido, cruzó la sala y empezó a subir la escalera.

Poco a poco, a lo largo de la noche, el mar se había encrespado, y el cabeceo de la embarcación ya no era tan imperceptible. Se oyó llegar desde muy lejos el largo lamento de la sirena del barco. Constance deslizó una mano por la barandilla, pisando despacio y con cuidado.

Llegó al rellano y se acercó al dormitorio. No se oía nada. Se paró. Al cabo de un rato abrió la puerta, bruscamente, y se lanzó hacia dentro.

Alguien gritó de sorpresa. Blandiendo el cuchillo, se volvió hacia el ruido.

Era la camarera, la mujer morena que se había presentado algunas horas antes. Estaba al lado de la estantería, con un libro a sus pies, cuya lectura, al parecer, la había tenido absorta. En su mirada se mezclaban el susto, la consternación y el miedo. Observó el brillante escalpelo.

—¿Qué hace usted aquí? —exigió saber Constance.

El susto tardó un buen rato en borrarse del rostro de la camarera.

—Lo siento, señorita. Por favor... Sólo he entrado para abrir las camas... —empezó a decir con su marcado acento de Europa del Este.

Seguía mirando el escalpelo, con una mueca de pánico.

Constance lo guardó en su funda y la metió otra vez en el bolso. A continuación cogió el teléfono de la mesita de noche para llamar a seguridad.

—¡No! —gritó la mujer—. Por favor... Me abandonarán en puerto siguiente, y quedaré en Nueva York sin medios para volver a casa mía.

Constance titubeó, con el teléfono en la mano, y miró a la camarera con recelo.

—Lo siento tanto... He entrado para abrir la cama y poner chocolatina en la almohada. Entonces he visto... he visto...

Señaló el libro que había caído al suelo.

Constance lo miró, y se llevó una enorme sorpresa al descubrir que se trataba de la delgada antología *Poesías de Akhmatova*.

No estaba muy segura de por qué se había llevado aquel libro para el viaje, cuando tanto le dolía su historia (y su legado). Le resultaba difícil hasta mirarlo. Quizá lo cargaba como el penitente su cilicio, con la esperanza de expiar su error con el dolor.

—¿Le gusta Akhmatova? —dijo.

La camarera asintió con la cabeza.

—Vine aquí y no podía traer libros, y los echaba de menos. Mientras abría su cama, he visto... he visto estos libros suyos.

Tragó saliva.

La mirada de Constance siguió igual de inquisitiva.

—«He encendido mis sagradas velas —dijo, citando a Akhmatova—. Una a una, para alumbrar esta noche.»

Sin dejar de mirarla, la mujer contestó:

—«Contigo, que no vienes, espero que nazca el cuadragésimo primer año.»

Constance se apartó del teléfono.

—En Bielorrusia, país mío, daba clases sobre poesía de Akhmatova.

—¿En el instituto?

La mujer sacudió la cabeza.

—En la universidad. En ruso, claro.

—¿Es profesora? —preguntó Constance, sorprendida.

—Era. Perdí trabajo, como tantos.

—¿Y ahora trabaja aquí... de camarera?

La mujer sonrió tristemente.

—Aquí muchas personas son en la misma situación. El paro, o la falta de trabajo en países nuestros... La corrupción es en todas partes.

—¿Y su familia?

—Mis padres tenían granja, pero se la quedó el gobierno por la radiactividad. La de Chernóbil. La contaminación flotó hacia el oeste. Yo enseñé literatura rusa en universidad durante diez años, pero perdí trabajo. Después me entero de que ofrecían empleo en estos barcos grandes, y vine para trabajar y enviar dinero a casa mía.

Sacudió la cabeza amargamente.

Constance se sentó en una silla.

—¿Cómo se llama?

—Marya Kazulin.

—Marya, estoy dispuesta a pasar por alto esta intromisión en mi intimidad, pero a cambio me gustaría que me ayudase.

La expresión de la mujer se volvió recelosa.

—¿De qué manera yo puedo ayudarla?

—Me gustaría poder ir de vez en cuando bajo cubierta para hablar con los empleados, los auxiliares y el resto de la tripulación. Quiero hacer unas cuantas preguntas. Usted podría presentarme y responder de mí.

—¿Preguntas? —El recelo se convirtió en alarma—. ¿Trabaja para la naviera?

Constance sacudió la cabeza.

—No. Tengo mis razones, razones personales, sin relación con la compañía ni con el barco. Perdone, pero de momento no puedo ser más explícita.

Pareció que Marya Kazulin se relajaba un poco, aunque no dijo nada.

—Podría darme problemas.

—Seré muy discreta. Sólo quiero mezclarme con los empleados y hacer algunas preguntas.

—¿Preguntas de cuál tipo?

—Sobre la vida en el barco. Cualquier cosa que se salga de lo normal. Rumores acerca de los pasajeros... Y si alguien ha visto determinado objeto en algún camarote.

—¿Pasajeros? No creo buena idea.

Constance titubeó.

—Señora Kazulin, voy a contarle de qué se trata a condición de que me prometa no decírselo a nadie.

La camarera vaciló un poco y asintió con la cabeza.

—Estoy buscando algo que está escondido en este barco; un objeto sagrado, y único en el mundo. Había pensado mezclarme con el personal de limpieza para saber si alguien ha visto algo parecido en algún camarote.

—Y este objeto que habla... ¿qué es?

Constance hizo una pausa.

—Una caja larga y estrecha de madera, muy antigua, con una inscripción en letras raras.

Tras pensárselo un poco, Marya se irguió.

—Pues la ayudo. —Sonrió, delatando cierta emoción en sus facciones—. Es horrible trabajar en un crucero. Así será más interesante, y por buena causa.

Constance le tendió la mano y Marya la estrechó. Después miró un momento a la joven.

—Le traeré uniforme como el mío. —Agitó una mano—. No pueden verla bajo línea de flotación vestida como pasajera.

—Gracias. ¿Cómo me pongo en contacto con usted?

—Ya haré yo. —Se arrodilló para recoger el libro y dárselo—. Buenas noches, señorita.

Constance cogió un momento su mano, obligándola a aceptar el libro.

—Quédeselo; y no me llame «señorita», por favor, me llamo Constance.

Marya retrocedió hacia la puerta con una sonrisa fugaz, y se marchó.

Gordon LeSeur, el primer oficial, había servido en decenas de puentes durante su carrera de marino, desde cúteres del Almirantazgo hasta cruceros, pasando por destructores, pero el del *Britannia* no se parecía a ningún otro. Era más tranquilo, ultramoderno, espacioso... pero lo más curioso, con tantas pantallas de ordenador, consolas electrónicas e impresoras, era que daba una sensación muy poco náutica. Todo lo que había en el puente era de última tecnología. Pensó que a lo que más se parecía era a la compleja sala de control de la central nuclear que había visitado el año anterior. Ahora al timón lo llamaban «terminal del sistema de puente integrado», y a la mesa de cartas, «consola central de navegación». La rueda del timón era un auténtico lujo, toda de caoba y latón, pero su única función era ser admirada por los pasajeros. El timonel jamás la tocaba. A veces LeSeur dudaba de que estuviese conectada. Gobernaba el barco con cuatro mandos, uno para cada unidad de propulsión, más otros dos que controlaban los propulsores de proa. La potencia del motor principal se controlaba con una serie de palancas como las de los aviones. Se parecía más a un juego de ordenador hipertecnificado que a un puente tradicional.

Bajo la enorme hilera de ventanas que iba desde babor hasta estribor, decenas de terminales informáticos en batería controlaban y registraban todas las funciones del barco y de su entorno: motores, sistemas antiincendios, control de estanqueidad, comunicaciones, mapas meteorológicos, imágenes por satélite... Y así hasta el infinito. También había dos mesas de cartas, cada una de ellas con un pulcro despliegue de cartas de navegación que parecía no usar nadie.

Bueno, nadie excepto LeSeur.

Miró su reloj: las doce y veinte de la noche. Echó un vistazo por las ventanas de proa. La explosión de luz del barco iluminaba el agua oscura decenas de millas a la redonda, pero el mar estaba tan abajo (catorce cubiertas) que sólo el lento y profundo balanceo de la nave impedía confundirla con un rascacielos. Más allá del círculo de luz era noche cerrada, y apenas se veía el horizonte. Ya hacía mucho tiempo que habían dejado atrás el lento parpadeo del faro de Falmouth, seguido poco después por el de Penzance. Ahora, mar abierto hasta Nueva York.

Desde que había desembarcado el piloto de Southampton, responsable de la maniobra de sacar el barco del canal, siempre había alguien en el puente. Demasiada gente, incluso. Todos los oficiales del puente estaban deseosos de participar en el primer tramo del viaje inaugural del *Britannia*, el mayor barco que jamás habían visto los siete mares.

El segundo capitán, Carol Mason, se dirigió al oficial de guardia con la misma calma que

reinaba en todo el puente.

—¿Situación, señor Vigo?

Era una pura formalidad (los nuevos aparatos electrónicos ofrecían lecturas continuas que cualquiera podía consultar), pero Mason era muy tradicional, y sobre todo puntillosa.

—Veintisiete nudos de velocidad, rumbo verdadero dos cinco dos, tráfico despejado, estado del mar tres, viento suave de babor. Hay una corriente de poco más de un nudo que viene del nordeste.

Uno de los vigías del ala del puente se dirigió al oficial de guardia.

—Señor, hay un barco a unos cuatro puntos de proa estribor.

LeSeur echó un vistazo al equipo ECDIS de cartas náuticas electrónicas, y vio el eco.

—¿Le consta, señor Vigo? —preguntó Mason.

—Lo he estado siguiendo, señor, y parece un superpetrolero a veinte nudos de velocidad y a veinte millas de distancia. Su trayectoria se cruza con la nuestra.

Nadie se alarmó. LeSeur sabía que tenían preferencia, y que el otro barco disponía de tiempo más que suficiente para cambiar de rumbo.

—Infórmeme cuando cambie de rumbo, señor Vigo.

—Sí, señor.

LeSeur siempre encontraba raro que llamasen «señor» a una mujer, aunque fuese el protocolo estándar en todos los barcos, militares o civiles. A fin de cuentas, con las pocas capitanas que había...

—¿Aún está bajando el barómetro? —preguntó Mason.

—Medio punto en los últimos treinta minutos.

—Muy bien. Mantenga el rumbo actual.

LeSeur miró disimuladamente a la capitana. Mason nunca hacía comentarios sobre su edad. Sin embargo, calculó que tendría cuarenta o cuarenta y un años. La gente que se pasaba la vida en el mar a veces engañaba. Era una mujer alta y majestuosa, de un atractivo sin frivolidades ni coqueterías. En esos momentos tenía la cara un poco sonrojada (quizá por la tensión de su primer viaje como segundo capitán). Llevaba el pelo, castaño y corto, por dentro de la gorra de capitán. LeSeur la vio caminar por el puente, mirando alguna que otra pantalla y murmurándole algo a algún que otro miembro de la tripulación. En muchos sentidos, era la oficial perfecta: tranquila, de voz pausada, sin actitudes dictatoriales ni mezquinas, y exigente sin ser autoritaria. Esperaba mucho de quienes estaban a sus órdenes, pero ella trabajaba más duro que nadie. Además, poseía una especie de magnetismo hecho de fiabilidad y profesionalidad que sólo se encontraba en los mejores oficiales. La tripulación la adoraba, y con razón.

Ni ella ni LeSeur tenían la obligación de estar en el puente, pero todos querían compartir la primera noche del viaje inaugural, y ver dar órdenes a Mason. El mando del *Britannia* le correspondía a ella por derecho. Era una vergüenza lo que le había pasado. Una auténtica vergüenza.

Hablando del rey de Roma... Justo entonces se abrió la puerta y apareció el comodoro Cutter. El ambiente de la sala se alteró instantáneamente. Se tensaron los cuerpos, y se pusieron rígidas las caras. El oficial de guardia adoptó una expresión muy concentrada. La única que no parecía

afectada era Mason, que volvió a la consola de navegación, miró por las ventanas del puente y habló con el timonel sin levantar la voz.

El papel de Cutter era ante todo ceremonial, al menos en teoría. Era el rostro público del barco, la figura de referencia para los pasajeros. Estaba al mando de todo, por supuesto que sí, pero en la mayoría de los transatlánticos el capitán casi nunca ponía los pies en el puente. El gobierno real del barco quedaba en manos del segundo capitán.

Empezaba a parecer que aquel viaje sería una excepción.

El comodoro Cutter entró, giró sobre un pie y dio unas cuantas zancadas por el puente, con las manos en la espalda, avanzando y retrocediendo mientras observaba los monitores. Era un hombre bajo, que impresionaba por su corpulencia, con el pelo gris y las facciones carnosas, muy rosadas, incluso en la luz tenue del puente. Su uniforme nunca merecía otro calificativo que el de impoluto.

—No cambia —dijo el oficial de guardia a Mason— CPA nueve minutos. Mantiene el rumbo y se acerca.

Empezó a palparse cierta tensión.

Mason se acercó para mirar el ECDIS.

—Radio, llámele por el canal 16.

—Barco a proa estribor —dijo el primer oficial de radio—, barco a proa estribor, aquí el *Britannia*, ¿me recibe?

Sólo estática.

—Barco a proa estribor, ¿me recibe?

Pasó un minuto en silencio. Cutter siguió en su sitio, con las manos en la espalda, observando sin decir nada.

—Sigue sin cambiar de rumbo —le dijo el oficial de guardia a Mason— CPA ocho minutos, y está en rumbo de colisión.

LeSeur comprendió con inquietud que los dos barcos se estaban acercando a una velocidad combinada de cuarenta y cuatro nudos, unos ochenta kilómetros por hora. Si el superpetrolero no empezaba a cambiar pronto de rumbo, la cosa se pondría peliaguda.

Mason se inclinó hacia el ECDIS. De pronto cundió la alarma en el puente. LeSeur recordó las palabras de uno de sus oficiales en la Royal Navy: «Navegar es noventa por ciento de aburrimiento y diez por ciento de miedo». No había término medio. Miró a Cutter, imperturbable, y a Mason, que no perdía la calma.

—Pero, bueno, ¿qué hacen? —preguntó el oficial de guardia.

—Nada —dijo irónicamente Mason—. Ahí está el problema. —Dio unos pasos—. Señor Vigo, tomo el control para la maniobra de desvío.

Vigo se apartó, con el alivio reflejado en la cara.

Mason se volvió hacia el timonel.

—Veinte grados a estribor.

—Veinte grados a...

De pronto habló Cutter, interrumpiendo la confirmación de la orden por el timonel.

—Capitana Mason, tenemos prioridad.

Mason se levantó del ECDIS.

—Sí, señor, pero el superpetrolero tiene una maniobrabilidad casi nula, y es posible que ya haya superado el punto en el que...

—Se lo repito, capitana Mason: tenemos prioridad.

Sobre el puente se hizo un silencio tenso. Cutter se dirigió al timonel.

—Mantenga el rumbo en dos cinco dos.

—Sí, señor, rumbo dos cinco dos.

LeSeur vio que las luces del petrolero a proa estribor ganaban intensidad, y notó que su frente empezaba a sudar. Era cierto que tenían prioridad de paso, y que era el otro barco el que tenía que apartarse, pero a veces había que adaptarse a la realidad. Probablemente tenían conectado el piloto automático, y estaban ocupados en otros quehaceres. A saber. Hasta podían estar viendo películas porno en la sala de oficiales, o estar borrachos perdidos por el suelo.

—Toque la sirena —dijo Cutter.

La gran sirena del *Britannia*, audible a más de catorce millas, sobrevoló las aguas nocturnas como un profundo mugido. Cinco toques: la señal de peligro. Los dos vigías del puente estaban en sus puestos, mirando por los prismáticos. La tensión se convirtió en angustia.

Cutter se inclinó hacia el repetidor VHF del puente.

—Barco a estribor, aquí el *Britannia*. Tenemos prioridad. Deben cambiar de rumbo. ¿Me han entendido?

El siseo de una frecuencia vacía.

Volvió a sonar la sirena. Las luces del superpetrolero se habían dividido en puntos. LeSeur veía incluso la vaga franja luminosa del puente.

—Capitán —dijo Mason—, no estoy segura de que, aunque cambiaran ahora mismo de rumbo...

—CPA cuatro minutos —dijo el oficial de guardia.

«¡Coño, vamos a chocar!», pensó LeSeur en el colmo de la incredulidad.

Ahora el silencio en el puente era de miedo. El *Britannia* volvió a dar la señal de peligro.

—Está virando a estribor —dijo el vigía—. ¡Señor, está virando!

Por encima del agua sonó la sirena del superpetrolero: tres toques cortos, que indicaban que retrocedía en una maniobra de emergencia. «¡Ya era hora, hombre!», pensó LeSeur.

—Mantenga el rumbo —dijo Cutter.

LeSeur clavó la vista en el ECDIS. Con una lentitud angustiosa, el radar ARPA volvió a calcular el rumbo del superpetrolero. Afortunadamente, comprobó que estaban saliendo de peligro. El superpetrolero pasaría por estribor. En el puente se palpaba el alivio: un murmullo de voces, algunas palabrotas entre dientes...

Cutter se volvió hacia el segundo capitán, sin inmutarse lo más mínimo.

—Capitán Mason, ¿podría decirme por qué ha reducido la velocidad a veinte nudos?

—Tenemos mal tiempo por delante, señor —contestó Mason—. Las órdenes de la compañía son que durante la primera noche los pasajeros se aclimaten al mar abierto, efectuando...

—Conozco las órdenes —la interrumpió Cutter.

Hablaba despacio, sin levantar la voz, lo cual intimidaba infinitamente más que si gritase. Se volvió hacia el timonel.

—Aumente la velocidad a treinta nudos.

—Sí, señor —dijo el timonel con la más estricta neutralidad—. Aumentando la velocidad a treinta nudos.

—Señor Vigo, ya puede reanudar la guardia.

—Sí, señor.

Cutter seguía mirando fijamente a Mason.

—Hablando de órdenes, me han informado de que hace unas horas ha sido visto uno de los oficiales de este barco saliendo del camarote de un pasajero.

Se calló para añadir dramatismo.

—Lo menos importante es si existía alguna relación sexual. Todos conocemos las reglas en lo relativo a confraternizar con el pasaje.

Se volvió despacio, con las manos en la espalda, y miró a la cara a todos los oficiales hasta detenerse en Mason.

—Me permito recordarles que esto no es *Vacaciones en el mar*. No se tolerará este tipo de comportamiento. De las indiscreciones de los pasajeros, que sean ellos los únicos responsables. Mi tripulación no debe caer en este tipo de relajación.

A LeSeur le sorprendió ver que Mason estaba bastante más sonrojada que antes.

«No puede ser ella —pensó—. Sería la última que infringiría el reglamento.»

En ese momento se abrió la puerta del puente y entró Patrick Kemper, el jefe de seguridad. Al ver a Cutter se acercó.

—Señor...

—Ahora no —dijo Cutter.

Kemper se paró y no dijo nada más.

En todos los grandes cruceros donde había trabajado LeSeur, las principales misiones del capitán eran charlar con los pasajeros, presidir cenas largas y joviales en la mesa del capitán y ser el rostro público del barco. Aunque oficialmente el segundo capitán estuviera a sus órdenes, era él quien se ocupaba de gobernar la nave. Sin embargo, Cutter tenía fama de despreciar los aspectos sociales, y por lo visto no pensaba renunciar a esa costumbre en su primera experiencia como capitán. Era un oficial de la vieja escuela, un ex comodoro de la Royal Navy, y nacido en una familia con título, por lo que LeSeur sospechaba que le habían ascendido más allá de lo que justificaban sus capacidades. Pocos años atrás, el puesto de capitán del *Olympia* había recaído en el máximo rival de Cutter, al cual, desde entonces, tenía atragantado. Había utilizado sus influencias para estar al mando del *Britannia*, aunque era a Mason a quien correspondía ese puesto. Ahora sus intenciones eran obvias: hacer cuanto estuviese en su mano para garantizar que aquel viaje inaugural fuese la travesía de su carrera (incluido superar el récord de velocidad del *Olympia*, establecido el año anterior). LeSeur pensó con amargura que el único efecto del mal tiempo sobre un hombre así sería reforzar su determinación. Los cruceros huían del mal tiempo, mientras que los transatlánticos, los de verdad, lo capeaban.

Lanzó una mirada a Mason. Se la veía tranquila, con aplomo, atenta a las ventanas de proa. La única señal anómala era el rubor, que estaba desapareciendo muy deprisa. De momento se había tomado la falta de tacto y las continuas contraórdenes del comodoro con ecuanimidad y elegancia,

tanto en la travesía de prueba como en el tiempo que llevaban de viaje. No parecía haber nada capaz de hacerle perder los estribos, ni siquiera que pasaran por alto que ella era la capitana del *Britannia*. Quizá se había acostumbrado al machismo que reinaba en alta mar, y ya se había hecho una coraza contra él. Estaba visto que la capitania de los grandes barcos era uno de los últimos bastiones masculinos del mundo civilizado. Seguro que Mason conocía la regla no expresa según la cual en el negocio de los barcos de pasajeros sigue existiendo un techo para la mujer: por muy competente que sea, nunca será capitana de uno de los grandes transatlánticos.

—Velocidad bajo el casco, treinta nudos, señor —dijo el timonel.

Cutter asintió y se volvió hacia el jefe de seguridad.

—Bueno, señor Kemper, ¿qué ocurre?

Kemper, un hombre bajito y fornido, empezó a hablar. Aunque tuviera un marcado acento de Boston, y no pudiera disimular que era americano, LeSeur le consideraba un alma gemela, quizá porque ambos eran de barrios obreros de ciudades portuarias del Atlántico. En su época de policía, Kemper le había pegado un tiro a un traficante de drogas que estaba a punto de apretar el gatillo contra su compañero, pero a pesar de convertirse en un héroe, había cambiado de trabajo. Por lo visto era demasiado para él. De todos modos, era un as de la seguridad, aunque le faltase confianza en sí mismo. LeSeur tenía la sospecha de que era una de las consecuencias de haber matado a un hombre.

—Capitán, hay un problema en el casino.

Cutter le dio la espalda, y empezó a hablar como si no existiese.

—Señor Kemper, los casinos son algo de importancia muy menor en el gobierno de un barco. Ya se ocupará de ello el primer oficial. —Se volvió hacia el oficial de guardia sin dedicar ni una mirada a LeSeur—. Señor Vigo, llámeme si me necesita.

Cruzó el puente en pocos pasos y salió por la puerta.

—«Esto no es *Vacaciones en el mar*» —murmuró LeSeur—. ¡Qué tío más estirado!

La respuesta de Mason fue escueta, pero no antipática.

—El comodoro Cutter ha tenido razón en decirlo.

—Sí, señor.

LeSeur se volvió hacia Kemper con una sonrisa amable.

—Bueno, señor Kemper, cuénteme qué ocurre en el casino.

—Parece que hay un grupo de contadores de cartas en las mesas de blackjack.

—Vaya por Dios...

—Primero Mayfair ha perdido doscientas mil libras, y luego Covent Garden cien mil.

LeSeur tuvo un estremecimiento; era justo el tipo de cosas que sulfuraban a la dirección.

—¿Les han identificado?

—Sabemos quiénes son los ganadores, evidentemente, pero no sabemos en qué casos ha sido suerte, y en cuáles trampa. Trabajan en equipo, los jugadores y los contadores. Los contadores no juegan; miran a sus jugadores y les hacen señales. Ya sabe que son las mentes pensantes.

—La verdad es que no lo sabía. ¿No será una coincidencia?

—Lo dudo. Hentoff teme que sean como aquel grupo de alumnos del MIT de hace unos años que se llevaron tres millones en Las Vegas.

El dolor en la boca del estómago de LeSeur empeoró. Sabía que el *Britannia* no era como Las Vegas, donde se podía poner de patitas en la calle a quien fuera sorprendido contando cartas. En aquel caso eran pasajeros de pago, y además las compañías marítimas dependían mucho de los beneficios del juego. Una trifulca en el casino podía quitar las ganas de jugar a los demás pasajeros. Sin embargo, algo había que hacer. Poco le importaría a la dirección un viaje inaugural sin percances, y llegar a Nueva York con una fanfarria de publicidad fervorosa, si el casino sufría grandes pérdidas. Lo importante era el dinero; lo había sido siempre y seguiría siéndolo.

—¿Qué propone que hagamos? —preguntó.

—Verá, señor, hay un... —Kemper titubeó—. Un pasajero un poco raro, un rico que va de investigador privado, y que es el primero que ha visto a los contadores de cartas. Se ha brindado a ayudar a identificar a los culpables.

—¿A cambio de qué?

—Pues resulta... —Kemper balbuceó un poco—. Parece que está a bordo para buscar un objeto que, según él, fue robado a un cliente suyo. Si le damos información sobre sus sospechosos, él nos ayudará con los contadores de cartas...

Se le apagó la voz.

—No podemos asegurar que no sea una coincidencia —dijo enérgicamente LeSeur—, ni que Mayfair no acabe la noche con cien mil libras de ganancias. Esperemos unas horas para ver si siguen las pérdidas. En todo caso, haga lo que haga le ruego que sea discreto. Nada de melodramas.

—Sí, señor.

LeSeur vio cómo Kemper se iba, y le compadeció. También se compadeció de sí mismo. ¡Ah, quién pudiera volver a la Royal Navy, sin casinos, contadores de cartas ni pasajeros neuróticos!

16

Has vuelto a llenar la bañera con agua muy caliente —dijo la anciana, con una voz demasiado estridente para las pequeñas dimensiones del camarote—. Y has puesto poco aceite de baño.

Inge Larssen recurrió a todas sus fuerzas para ayudar a la anciana (que pesaba el doble que ella) a ponerse el camisón.

—Lo siento, mamá —murmuró.

—¿Y cuántas veces tengo que decírtelo? —Siguió con el mismo tono autoritario, mientras la piel senil, arrugada y flácida como las barbas de un gallo, desaparecía con clemencia bajo varias capas de seda y algodón—. Esta noche, al irnos de la cena, me has puesto el bolso en el lado derecho de la silla de ruedas. ¡Va a la izquierda! ¡A la izquierda!

—Sí, mamá.

La presión de la garra de la vieja en el hombro arrancó una mueca a Inge, que le entregó el bastón, y recibió al instante un doloroso golpe en los nudillos.

—¡Ponte derecha, niña! ¿Qué quieres, que me caiga?

—No, mamá.

Lo dijo mirando hacia otro lado. Parecía que mirar a su jefa sólo sirviera para redoblar las críticas.

—La verdad es que eres la peor cuidadora que he tenido, y te aseguro que he tenido muchas. Como no entres en vereda, no tendré más remedio que despedirte.

—Siento mucho no complacerla, mamá —contestó Inge.

Tardó media hora en acostarla, ponerle los pies en su sitio, tapárselos bien, untarle las manos con loción y la cara con crema evanescente, peinarla, ponerle horquillas en el pelo y ahuecarle las almohadas tal como ella deseaba.

—Bueno, y ahora no quiero oír ni pío —graznó la voz de la vieja—. Ya sabes cuánto me cuesta dormirte.

—Está bien, mamá.

—Y deja la puerta abierta. Tengo el sueño ligero, y no se sabe cuándo puedo necesitarte.

—Está bien.

Inge salió del dormitorio lo más silenciosa y suavemente que pudo, y se dispuso a montar guardia justo al otro lado, en una silla de la sala de estar. Dormía ahí mismo, en el sofá. La vieja insistía en que se llevaran la ropa de cama a primera hora de la mañana, y en que no la trajesen

hasta bien entrada la noche. Parecía que le molestase que Inge también tuviera que dormir.

Esperó, casi sin atreverse a respirar, mientras la vieja musitaba sin cesar. Poco a poco se apagaron los murmullos, y la respiración se volvió más regular. Inge se quedó escuchando hasta que empezaron los ronquidos, como siempre. Dijera lo que dijese la muy bruja, dormía siempre a pierna suelta, y nunca se despertaba durante la noche.

Se levantó con mucho cuidado de la silla y pasó sigilosamente ante la puerta abierta del dormitorio. Los ronquidos seguían, inmutables. Al salir pasó al lado de un espejo, frente al que se paró el tiempo justo para comprobar que estuviese presentable. Le devolvió la mirada una mujer joven y seria, con el pelo liso y rubio, y unos ojos tristes, casi temerosos. Se pasó rápidamente una mano por el pelo. Al llegar a la puerta de la suite, la abrió con precaución y salió al pasillo.

Nada más pisar la elegante moqueta, se sintió mejor, como si una niebla oscura se disolviera por el calor del sol. Fue a la escalera principal y bajó a los niveles comunitarios del barco, donde el ambiente era mucho más alegre: conversaciones, risas... Al pasar junto a las tiendas, los cafés y los bares de vinos, le sonrió más de un hombre; a pesar de su timidez, y de cierta dificultad para relacionarse, Inge era guapa, con una ascendencia sueca inconfundible.

Ya llevaba dos meses trabajando para la vieja, y no se parecía en nada a lo que había imaginado. Inge se había quedado huérfana de pequeña, y había tenido una infancia protegida, en colegios de monjas. Cuando llegó la hora de buscar trabajo, consiguió un empleo de cuidadora a través de una agencia asociada al colegio. Parecía ideal. Hablaba perfectamente inglés, y el colegio le había dado unas referencias buenísimas. Ser cuidadora le aseguraba el alojamiento y la manutención, a ella que no tenía techo propio, pero lo mejor de todo era que viajar con una señora rica le permitiría ver el mundo, con el que tan a menudo había soñado despierta.

Sin embargo, la realidad no podía ser más distinta. Cualquier cosa que hiciese recibía las críticas de su jefa. Inge no recordaba haber oído una sola palabra elogiosa. Cuando estaba despierta, la vieja requería una atención constante, y exigía ver satisfecho inmediatamente cualquier capricho. Inge no tenía permiso para alejarse de su lado ni un solo momento. Era como estar en la cárcel (condenada a dos años, según el contrato). El único momento de libertad era de noche, tarde, cuando dormía la vieja; y siempre se despertaba al amanecer, quejosa y llena de exigencias.

Inge paseó por todas partes, impregnándose de música, conversaciones, imágenes y olores. Tenía una imaginación muy viva (su única vía de escape era soñar despierta), pero al menos el *Britannia* cumplía con creces sus expectativas. Nunca había visto nada tan bonito. Se paró en la entrada de un lujoso casino para ver cómo jugaban y lucían sus mejores galas los ricos y poderosos. El espectáculo le hizo olvidar el infierno que soportaba durante el día.

Se quedó un poco más en la entrada, hasta que hizo el esfuerzo de seguir caminando. Ya era tarde, muy tarde, y también ella tenía que descansar; la vieja no le dejaba hacer la siesta, ni tomarse un miserable respiro. Sin embargo, volvería la noche siguiente para impregnarse de lo que veía, imágenes que alimentarían sus sueños y sus fantasías, los cuales, a su vez, la ayudarían a pasar los días. Sueños de cuando ella también pudiera viajar con el mismo lujo y la misma elegancia, sin que la coartasen la pobreza o la crueldad; de cuando tuviese un marido, y un armario lleno de vestidos bonitos. Por muy rica que fuese, ella siempre hablaría amablemente a

sus criados, y les trataría con bondad, porque recordaría que también eran seres humanos.

El agente especial Pendergast se deslizaba en silencio por los opulentos espacios públicos del *Britannia*, absorbiendo hasta el último detalle con sus ojos grises, mientras trazaba mentalmente el plano del barco. Llevaba casi tres horas caminando por salones, spas, restaurantes, pubs, casinos, centros comerciales y grandes teatros. Con su traje negro de impecable corte, se fundía con los esmóquines de la multitud, y si por algo destacaba era por su pelo, de un rubio casi blanco, y por su pálida tez.

Sabía que su objetivo estaba despierto, y que rondaba por alguna parte. Finalmente le encontró a las cuatro de la mañana, vagando sin rumbo por la cubierta 7, la más alta de las comunitarias, por un laberinto de salones y galerías, en dirección al centro del barco. Sobre sus cabezas había casi mil cien compartimentos para pasajeros. Para amortizar el enorme coste de construir un barco tan gigantesco y de estructura tan pesada, la *North Star* había reducido al mínimo los camarotes individuales y había convertido todos los alojamientos con vistas al mar en espaciosas (y caras) suites dotadas de balcones privados. Los balcones exigían colocar los camarotes lo más arriba posible de la superestructura del barco, muy por encima de las olas y la espuma, por lo que no había quedado más remedio que situar los espacios públicos en las cubiertas inferiores.

Ya no había tanta gente. El barco se balanceaba con parsimoniosa pesadez, en vaivenes lentos y profundos que duraban varios minutos. Las olas que llegaban procedían de una tormenta situada muy al este. Era perfectamente posible que muchos pasajeros se estuvieran arrepintiendo de la opípara cena que habían disfrutado horas atrás. El objetivo del detective parecía ser uno de ellos.

Pendergast se paró a consultar un mapa desplegable del barco, que a esas alturas ya estaba cubierto de anotaciones en una caligrafía muy pulcra (la suya). Al mirar a su alrededor, vio lo que buscaba: una escotilla de acceso a la cubierta de paseo. Aunque en el *Britannia* hubiera otros niveles con terrazas, balcones públicos y piscinas, sólo la cubierta 7 disponía de un paseo que daba la vuelta a todo el barco. Precisamente ahí estaba su objetivo, abriendo la escotilla y saliendo al aire libre.

Al llegar a la puerta, Pendergast tomó un trago de bourbon de una petaca de plata, y lo paladeó un momento antes de tragárselo. Después abrió la puerta, y al salir se encontró de cara con una tempestad, o al menos eso parecía. El viento le golpeó el rostro, a la vez que sacaba su corbata de debajo de la chaqueta, y la hacía revolotear a sus espaldas. Pese a hallarse ocho niveles por encima de la superficie del mar, el aire estaba lleno de vapor de agua. Pendergast tardó un momento en darse cuenta de que la proximidad de la tormenta no era la única causa; el barco se

movía a más de treinta nudos, lo que de por sí ya creaba una tempestad en cualquier cubierta al aire libre, incluso en un mar sin viento. Se confirmaban las palabras del primer oficial, LeSeur: «Los cruceros huyen de las tormentas, mientras que nosotros no nos desviamos; nosotros nos metemos de cabeza».

Vio a su objetivo junto a la baranda, a unos cincuenta metros de distancia, a sotavento. Se acercó a él, saludando jovialmente con la mano.

—¿Jason? ¿Jason Lambe?

El hombre se volvió.

—¿Qué?

Tenía la cara verdosa.

Pendergast se le echó encima, cogiéndole una mano.

—¡Pero si eres tú! ¡Dios mío! ¡Ya me había parecido reconocerte durante la cena! ¿Cómo estás, hombre?

Sacudió la mano, aprisionando la izquierda del hombre en un saludo entusiasta, al mismo tiempo que le obligaba a acercarse aún más.

—Pues... bien. —Jason Lambe no parecía estar nada bien—. Perdona, pero ¿le conozco?

—¡Pendergast! ¡Aloysius Pendergast! ¡Del colegio de Riverdale!

Pendergast le pasó un brazo por los hombros y se los apretó con entusiasmo, a la vez que le echaba el aliento en la cara, administrándole una buena dosis de olor a bourbon. Lambe se quedó como una estatua. Después hizo un esfuerzo para soltarse de aquel abrazo repugnante y pegajoso.

—No conozco a ningún Pendergast —dijo, dudando.

—¡Vamos, hombre! ¡Recuerda los viejos tiempos, Jason! ¡La coral y el baloncesto en la universidad!

Otro apretón, más fuerte que el primero.

Lambe empezaba a estar harto. Se retorció con todas sus fuerzas para huir del agente, que era como una lapa.

—¿Qué pasa, Jason, que a tu edad ya chocheas?

Pendergast le manoseó afectuosamente la parte superior del brazo.

Al final Lambe logró soltar su mano y dio un paso hacia atrás.

—Oiga, Pendergast, ¿por qué no vuelve a su camarote y duerme la mona? No tengo ni la menor idea de quién es usted.

—¿Así tratas a los viejos amigos? —se quejó Pendergast.

—Te lo diré aún más claro: ¡que te vayas de una jodida vez!

Lambe pasó de largo y entró de nuevo en el barco, aunque seguía pareciendo mareado.

Pendergast se apoyó en la baranda y, tras algunas convulsiones de risa muda, se irguió, carraspeó, se arregló el traje y la corbata, se limpió las manos con un pañuelo de seda y (con una mueca ceñuda de desprecio) se sacudió el polvo con unos golpecitos de sus dedos perfectamente cuidados. A continuación dio un paseo por cubierta. El balanceo del barco aún era más pronunciado que antes. Caminó hacia la proa, encorvado contra el viento, con una mano en la baranda.

Miró hacia arriba, hacia las hileras superpuestas de balcones; todos estaban vacíos. Parecía el

colmo de la ironía: el grueso del pasaje del *Britannia* pagaba un considerable suplemento por una suite con balcón, pero la extraordinaria velocidad del buque prácticamente les impedía usarlo.

Casi tardó diez minutos en recorrer el barco en toda su longitud. Se paró un momento al llegar a la popa, relativamente en calma. Después se acercó a la baranda y contempló la estela: cuatro líneas de espuma blanca se hundían en un mar furioso. El agua y la espuma levantadas por el viento y por las olas había empezado a condensarse en una fina bruma, que envolvía el barco como un húmedo sudario fantasmal.

La sirena del barco emitió una nota lúgubre. Pendergast se volvió y se apoyó en la baranda, pensativo. En las cubiertas situadas por encima de él se alojaban con todo lujo dos mil setecientos pasajeros; y muy por debajo de sus pies, en los profundos espacios situados bajo el nivel del agua, se hallaban las habitaciones de las mil seiscientas personas de ambos sexos que cobraban por satisfacer cualquier capricho de aquellos pasajeros.

Más de cuatro mil personas; y entre ellas había un extraño asesino, así como el objeto misterioso por el que había matado.

Resguardado a sotavento, sacó la lista del bolsillo, cogió una pluma estilográfica y, despacio, tachó el nombre de Jason Lambe. Su evaluación del estado físico de Lambe (hecho con bastante exhaustividad gracias al pretexto del reencuentro de borracho) le había convencido de que con los poco musculosos brazos de Lambe y su constitución enclenque, habría sido incapaz, no ya de superar a Ambrose por la fuerza, sino de cometer una acción tan salvaje y violenta.

Quedaban seis.

Se oyó de nuevo la sirena. Mientras sonaba, Pendergast se quedó inmóvil. Después se irguió y escuchó atentamente. Por unos instantes le había parecido oír un grito, superpuesto al aullido de la sirena. Esperó varios minutos, pero sólo se oía el viento. Arrebujado en su chaqueta, se dirigió hacia la escotilla de entrada, y volvió al calor del barco, que se agradecía. Ya era hora de retirarse por aquella noche.

Un sol desvaído intentaba atravesar las nieblas del este del horizonte, mientras los rayos acuosos del amanecer bañaban el barco en una luz amarilla. Gordon LeSeur salió del salón de oficiales y pisó la mullida moqueta del pasillo de la cubierta 10. Había algunos pasajeros frente a los ascensores. Les dio los buenos días con jovialidad. Ellos le saludaron con la cabeza, con las caras algo verdosas. LeSeur, que llevaba veinte años sin marearse, intentó compadecerse de ellos, pero le costaba. Los pasajeros mareados se ponían de mal humor, y esta mañana estaban de un humor de perros.

Por un momento, se permitió pensar con nostalgia en la Royal Navy. Normalmente, él era una persona alegre y sin complicaciones, pero empezaba a cansarse de la ostentosa vida de crucero, sobre todo de las payasadas de los pasajeros mimados que (con la divisa de «por algo he pagado») se lanzaban a una orgía de comida, bebida, juego y sexo. Luego estaban los pasajeros americanos que siempre hacían el mismo estúpido comentario sobre que se parecía a Paul McCartney, y querían saber si eran parientes, cuando él, con Paul McCartney, tenía tanto parentesco como la reina Isabel con sus perros corgi. Quizás había hecho mal en no seguir los pasos de su padre en la marina mercante. Así habría podido trabajar tranquilamente en un superpetrolero, afortunadamente sin pasajeros.

Sonrió, arrepentido. ¿Qué le pasaba? A esas alturas del crucero, todavía era muy pronto para esas reflexiones.

Mientras seguía caminando hacia la popa, sacó la radio de su funda, sintonizó la frecuencia del barco y pulsó el botón de transmisión.

—Es la suite 1046, ¿verdad?

—Sí —contestó Kemper, arañando el altavoz con su acento de Boston—. Un tal señor Evered, Gerald Evered.

—De acuerdo.

Guardó la radio al llegar a la puerta. Carraspeó, se arregló el uniforme y levantó una mano para dar un solo golpe.

Le abrió enseguida un hombre de casi cincuenta años. LeSeur se fijó automáticamente en los detalles: gran barriga, poco pelo, traje caro y botas de vaquero. No se le veía mareado, ni de mal humor; lo que parecía era asustado.

—¿El señor Evered? Soy el primer oficial. Tengo entendido que quería hablar con algún responsable.

—Pase.

Evered le hizo entrar y cerró la puerta. LeSeur echó un vistazo al camarote. La puerta del armario estaba abierta. Vio trajes y vestidos. En el suelo del lavabo había toallas, señal de que aún no habían pasado a limpiar la habitación. Qué raro, porque la cama estaba perfecta... Lo cual significaba que no había dormido nadie en ella. Sobre la almohada había un sombrero de vaquero.

—Mi mujer ha desaparecido —dijo Evered, con un acento marcadamente texano que no sorprendió a LeSeur.

—¿Desde cuándo?

—Anoche no volví al camarote. Quiero que registren el barco.

LeSeur compuso rápidamente su expresión más compasiva.

—No sabe cuánto lo lamento, señor Evered. Haremos todo lo posible. ¿Puedo hacerle unas preguntas?

Evered sacudió la cabeza.

—No tengo tiempo para preguntas. Ya he esperado demasiado. ¡Tienen que organizar la búsqueda!

—Señor Evered, me sería de grandísima ayuda disponer de alguna información previa. Siéntese, por favor.

Evered titubeó, pero acabó sentándose al borde de la cama, tamborileando con los dedos en sus rodillas.

LeSeur se sentó cerca, en una butaca, y sacó una libreta. Había comprobado que siempre iba bien tomar notas. Parecía tranquilizar a la gente.

—¿Cómo se llama su mujer?

—Charlene.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Ayer, hacia las diez y media de la noche, o puede que a las once.

—¿Dónde?

—Aquí, en nuestro camarote.

—¿Salió?

—Sí.

Un titubeo.

—¿Adónde iba?

—No sabría decírselo.

—¿No dijo que se fuera de compras, o al casino, o algo así?

Otro titubeo.

—Verá, es que nos habíamos peleado.

LeSeur asintió con la cabeza. Conque de eso se trataba...

—¿Ya les había ocurrido alguna vez, señor Evered?

—¿Que si nos había ocurrido el qué?

—Que su esposa se fuera después de una pelea.

Evered se rió amargamente.

—¿Pues claro! Como a todo el mundo, ¿no?

Al primer oficial nunca le había pasado, pero prefirió no decirlo.

—¿Es la primera vez que pasa la noche fuera?

—Sí. Al final siempre vuelve con el rabo entre las piernas. Por eso les he llamado. —Se pasó un pañuelo por la frente—. Bueno, creo que ya podrían empezar la búsqueda.

LeSeur sabía que tendría que usar todas sus artes para lograr que se olvidara de la búsqueda. El *Britannia* era demasiado grande para registrarlo a fondo; además, aunque quisieran no había bastante personal. Los pasajeros no podían ni sospechar lo reducidas que eran las plantillas de seguridad de los transatlánticos.

—Perdone que se lo pregunte, señor Evered —dijo con toda la suavidad que pudo—, pero ¿usted y su mujer... se llevan bien normalmente?

—¿Eso qué puñetas tiene que ver con que haya desaparecido? —se irritó el pasajero, que estuvo a punto de levantarse de la cama.

—Tenemos que plantearnos todas las posibilidades, señor Evered. Podría seguir enfadada y sentada en cualquier sofá.

—¡Claro, eso es lo que digo! ¡Vayan a buscarla!

—Es lo que vamos a hacer. Empezaremos llamándola por la megafonía.

LeSeur ya se había hecho una idea bastante clara de la situación. Llegado a la madurez, aquel matrimonio tenía problemas conyugales, y el crucero era un intento de recuperar un poco de magia. Quizás había pillado al marido cepillándose a alguien en la oficina, o tal vez era ella quien se había sentido tentada por algún vecino... En suma, que habían emprendido un viaje romántico por mar para arreglar las cosas, y en vez de encontrar algo de magia, lo que hacían era discutir por todo el Atlántico.

Evered volvió a poner mala cara.

—Nos peleamos, pero no era nada grave. Es la primera vez que no vuelve en toda la noche. ¡Llame a su gente de una vez, caramba, y empiece una...!

—Señor Evered —le interrumpió LeSeur con habilidad—, ¿le importa que le diga una cosa? Es para tranquilizarle.

—¿Qué?

—Hace muchos años que trabajo en barcos de pasajeros, y esto es algo que veo constantemente: una pareja discute, y uno de los dos se va. No es como si su mujer se hubiera ido de casa, señor Evered. Estamos en el *Britannia*, el barco de pasajeros más grande del mundo, y a bordo hay cientos o miles de cosas que pueden haberla distraído. Es posible que esté en uno de los casinos, que como sabe están abiertos toda la noche, o en el balneario, o de compras... Puede que se haya parado a descansar los pies en algún sitio y se haya quedado dormida. Hay docenas de áreas de descanso a bordo. También puede ser que se haya encontrado con alguien, con una conocida, o...

Decorosamente, LeSeur dejó la frase a medias; sabía que no hacía falta decir más.

—¿O qué? ¿Acaso insinúa que mi mujer puede haberse ido con otro hombre?

Evered se levantó de la cama, con la rabia triste de un hombre maduro.

LeSeur también se levantó, con una sonrisa desarmante.

—No me ha entendido bien, señor Evered; le aseguro que lo último que pretendía era insinuar

algo así, pero ya he visto la misma situación cien veces, y al final siempre se arregla. Siempre. Tranquilo, su mujer sólo se está divirtiendo. Emitiremos un par de anuncios por megafonía, y le pediremos que se ponga en contacto con nosotros o con usted. Le aseguro que volverá. Oiga, ¿por qué no pide que les traigan un desayuno para dos al camarote? Me apuesto lo que quiera a que su mujer llegará antes. Les mandaré una botella de Veuve Clicquot, invitación de la casa.

Evered respiraba con dificultad, haciendo un esfuerzo para controlarse.

—Mientras tanto, ¿tiene alguna foto de su mujer que pueda darme? Tenemos las de identificación para el embarque, claro, pero siempre va bien tener más de una imagen. Las haré circular entre nuestro personal de seguridad para que estén atentos.

Evered se volvió y entró en el baño. LeSeur oyó una cremallera, y un ruido como si buscara dentro de algo. Evered salió al cabo de un minuto con una foto en la mano.

—No se preocupe, señor Evered, el *Britannia* es uno de los lugares más seguros del mundo.

El texano miró a LeSeur con cara de pocos amigos.

—Espero por su bien que sea verdad.

LeSeur sonrió a la fuerza.

—Entonces, decidido, encargue el desayuno para dos, y que pasen un buen día.

Salió del camarote.

Se detuvo a mirar la foto en el pasillo, y se llevó una sorpresa al ver que la señora Evered estaba bastante buena; no como para caerse de espaldas, por supuesto que no, pero tampoco para echarla de la cama: una docena de años más joven que su marido, delgada, rubia, con formas, y en bikini. Ahora estaba todavía más seguro de lo sucedido: aquella buena señora se había ido cabreada, y estaba con algún desconocido. Sacudió la cabeza. Los cruceros de lujo eran como grandes orgías flotantes. Por lo visto, algo le pasaba a la gente cuando dejaba de pisar tierra firme. Empezaban a comportarse como sibaritas. Si el señor Evered no era tonto, saldría a hacer lo mismo. El barco estaba lleno de viudas ricas.

Se rió en voz baja al pensarlo. Después se guardó la foto en el bolsillo, decidido a enviarla a los de seguridad; a fin de cuentas, Kemper y sus chicos eran unos entendidos en materia de mujeres estupendas, y seguro que les gustaría alegrarse la vista con la escultural señora Evered.

19

El despacho del jefe de seguridad estaba en la central de seguridad, un laberinto de salas de techo bajo situado en la cubierta A, justo en la línea de flotación del *Britannia*. Para llegar hasta allí, Pendergast tuvo que preguntar. Primero pasó por un control vigilado, después por una serie de celdas de detención, luego por un vestuario con duchas, y finalmente por una gran sala circular llena de monitores de circuito cerrado que recogían las imágenes de cientos o miles de cámaras de seguridad distribuidas por todo el barco. Tres empleados miraban con aburrimiento y sin prestar mucha atención las paredes de pantallas planas. Al fondo había una puerta de imitación de madera, cerrada, con el rótulo «KEMPER». Pendergast observó detenidamente que la mítica ebanistería de la nave no se extendía bajo cubierta.

Llamó a la puerta.

—Adelante —dijo una voz.

Entró y cerró la puerta. Patrick Kemper estaba al otro de una mesa, hablando por teléfono. Era un hombre bajo y fornido, de cabeza grande y pesada, orejas carnosas y apretadas, peluquín castaño y facciones constantemente contraídas con una expresión de victimismo. Su despacho destacaba por su desnudez: aparte de una foto enmarcada del *Britannia* y de algunos carteles promocionales internos de la North Star, prácticamente no había decoración, ni muebles. Según el reloj de la pared del fondo, eran las doce en punto del mediodía.

Colgó el teléfono.

—Siéntese.

—Gracias. —Pendergast se sentó en una de las dos sillas no acolchadas que había frente a la mesa—. ¿Quería verme?

La expresión de Kemper se volvió aún más sufrida.

—No exactamente. Lo ha pedido Hentoff.

Pendergast hizo una mueca al oír su acento.

—De modo que el director del casino ha aceptado mi pequeña propuesta. Magnífico. Estaré encantado de devolverles el favor esta misma noche, cuando aparezcan los contadores de cartas para un nuevo trabajito nocturno.

—Deje los detalles para cuando vea a Hentoff.

—Qué amable.

Kemper suspiró.

—Ahora mismo estoy muy ocupado, por lo que espero que no nos extendamos mucho. ¿Qué

necesita exactamente?

—Acceso a la caja fuerte central del barco.

La actitud cansada del jefe de seguridad se evaporó de golpe.

—Ni hablar.

—Ah... y yo que creía que habíamos hecho un trato.

La mirada de Kemper se volvió incrédula.

—Está prohibido que los pasajeros entren en la caja fuerte, y aún más que cotilleen.

La respuesta de Pendergast se hizo esperar, pero fue muy comedida.

—No cuesta mucho imaginar qué le ocurriría a un jefe de seguridad responsable de pérdidas por un millón de dólares en los casinos durante sólo siete días de crucero. Una cosa es que quien dirija los casinos sea Hentoff, y otra que en términos de seguridad todo el... peso lo lleve usted.

Pasó un buen rato, durante el cual lo único que hicieron fue mirarse. Kemper se humedeció los labios.

—Los únicos que pueden abrir la caja fuerte son el primer oficial, el segundo capitán y el capitán —dijo en voz baja.

—Pues entonces le propongo que llame por teléfono a quien prefiera de los tres.

Durante un minuto, Kemper siguió escrutando a Pendergast, hasta que (sin apartar la vista) cogió el teléfono y marcó un número. Hubo una breve conversación en murmullos. Cuando Kemper colgó el auricular, su expresión seguía siendo algo crispada.

—Nos reuniremos ahí mismo con el primer oficial.

Tardaron cinco minutos en llegar a la caja fuerte, situada un nivel por debajo de la cubierta B, dentro de una zona blindada del barco que también albergaba el sistema principal de control y las granjas de servidores que controlaban la red interna del *Britannia*. Por debajo de la línea de flotación era más pronunciada la vibración de los motores diésel. El primer oficial ya esperaba en el control de seguridad; canoso, con su uniforme immaculado, daba perfectamente el tipo de alto oficial de navío.

—Éste es el señor Pendergast —dijo Kemper, en un tono que no tenía nada de cortés.

LeSeur asintió con la cabeza.

—Nos conocimos anoche, en la mesa de Roger Mayles.

Pendergast esbozó una sonrisa.

—Me precede mi fama, gracias al bueno del señor Mayles. La situación, señores, es la siguiente: un cliente me ha encargado que encuentre un objeto que le fue robado. Del objeto en cuestión sé tres cosas: que es una pieza tibetana única, que está en algún lugar de este barco y que su actual dueño (que, dicho sea de paso, también está en el barco) ha asesinado a alguien para conseguirlo.

Se tocó el bolsillo delantero de la americana.

—Mi lista de sospechosos contiene tres nombres de pasajeros que, según el señor Mayles, consignaron artículos en la caja fuerte del barco; artículos que, si son tan amables, quisiera inspeccionar someramente.

—¿Por qué? —preguntó Kemper—. Cada suite tiene su propia caja fuerte. Si es verdad lo que dice, el ladrón no escondería aquí lo que robó.

—Se trata de un objeto de más de un metro de longitud, demasiado grande, por lo tanto, para las cajas fuertes de los camarotes, excepto las de las suites más amplias.

LeSeur frunció el entrecejo.

—Seré breve, señor Pendergast. Puede mirar, pero no tocar. Señor Kemper, traiga a uno de sus hombres, por favor. Me gustaría tener tres pares de ojos como testigos.

Cruzaron el control de seguridad y entraron en un pasillo corto que terminaba ante una puerta sin letrero. El primer oficial metió una mano en un bolsillo, sacó una llave con una cadena de acero y abrió la cerradura de la puerta. Kemper la empujó y entraron.

Detrás había una sala pequeña, pero con la pared del fondo totalmente ocupada por una puerta de caja fuerte, redonda y de acero pulido. LeSeur esperó la llegada de uno de los vigilantes del puesto de control para sacar otra llave del bolsillo e introducirla en una cerradura de la puerta redonda. Acto seguido repitió el proceso con una tarjeta de identificación, que deslizó en un lector de tarjetas situado al lado de la puerta. Lo siguiente que hizo fue aplicar la palma de la mano a un escáner de huellas que se encontraba al lado de la ranura para tarjetas. Se oyó un ruido metálico, y encima de la puerta se encendió una luz roja.

LeSeur se acercó a la rueda con números situada en la otra punta de la puerta de la cámara, y la giró varias veces en ambos sentidos, escondiéndosela a los otros ocupantes de la sala. La luz de encima de la puerta se puso verde. El primer oficial hizo girar una rueda situada en el centro. La gigantesca puerta se abrió.

El interior estaba iluminado por una luz verdosa. Al otro lado de la puerta había una cámara de casi cuatro metros de lado. La parte trasera estaba protegida con una cortina de acero, tras la cual se encontraban las cajas de metal extraíbles, que llegaban hasta la altura del hombro. Las dos paredes laterales estaban ocupadas íntegramente por cajas fuertes, algunas bastante grandes, con paneles frontales a los que la luz tenue arrancaba un vago resplandor. Cada una tenía una ranura en el centro, con un número grabado en el acero, justo encima.

—Una caja fuerte para cajas fuertes —dijo Pendergast—. Impresionante.

—Exacto —dijo LeSeur—. ¿A quién buscamos?

Pendergast sacó el papel de su bolsillo.

—El primero es Edward Robert Smecker, lord Cliveburgh. —Leyó durante un momento—. Parece ser que tras agotarse la fortuna de sus antepasados, recurrió a maneras muy creativas de llegar a fin de mes. Es un asiduo de la *jet set*, y siempre está por Mónaco, Saint-Tropez, Capri y la Costa Esmeralda. Por donde va tienden a desaparecer las joyas. Nunca se ha recuperado ninguna de las que se supone que ha robado, y nunca han conseguido pillarle. Se da por supuesto que vuelve a cortar las piedras preciosas y funde el metal para hacer lingotes.

El primer oficial se volvió hacia un terminal que estaba en la pared más próxima y pulsó algunas teclas.

—Es el número 236. —Se acercó a una pequeña caja fuerte—. Aquí dentro no cabría el objeto que ha comentado.

—Quizá pueda reducirse su tamaño cortándolo o doblándolo. ¿Tendría la amabilidad de abrirla?

Tensando los labios de un modo casi imperceptible, LeSeur introdujo una llave y la giró. Al

abrirse la puerta apareció un maletín grande de aluminio, con un cierre de ruedas numeradas.

—Interesante —dijo Pendergast.

Al principio merodeó por las inmediaciones de la puerta abierta, como un gato; después empezó a mover las ruedas con la máxima delicadeza, una tras otra, con un dedo largo y fino.

—¡Eh, un momento! —exclamó Kemper—. Le he dicho que no toque nada.

—¡Ah!

Pendergast levantó la tapa del maletín. Dentro había numerosos ladrillos de papel de aluminio y celofán, todos revestidos con una gruesa capa de cera.

—Madre mía... —dijo Kemper—. Espero que no sea lo que parece.

Sacó una navaja del bolsillo y la hundió en las capas de cera y papel de aluminio. Al moverla, dejó a la vista un polvo blanco y grumoso. Introdujo la punta de un dedo en el polvo, y lo probó.

—Cocaína —dijo.

—Parece —murmuró Pendergast— que el bueno de lord Cliveburgh se ha embarcado en un nuevo negocio, aún más lucrativo.

—¿Qué hacemos? —dijo LeSeur, mirando fijamente el polvo blanco.

—De momento nada —dijo Kemper, a la vez que cerraba el maletín y giraba la combinación—. Tranquilos, esto no irá a ninguna parte. Avisaremos por radio a la aduana estadounidense. Cuando lleguemos a puerto, Cliveburgh recogerá su equipaje y le pillarán allí mismo, en el muelle, con el material encima, pero fuera del barco.

—Muy bien —dijo LeSeur—, pero ¿cómo explicamos que lo hemos abierto...?

—No hace falta —dijo Kemper en tono cortante—. Déjeme a mí los detalles.

—¡Menudo golpe de suerte! —dijo Pendergast, muy animado, mientras el ambiente se volvía más y más lóbrego—. ¡Parece que mi presencia es de lo más afortunada!

Al parecer era el único en ver las cosas de ese modo.

—El siguiente de mi lista es la estrella de cine, Claude Dallas.

LeSeur se fijó en que Kemper había empezado a sudar. Si llegaba a saberse... Se volvió hacia el terminal sin querer pensarlo.

—Número 822.

Se acercaron a una caja fuerte de mayor tamaño.

—Prometedor —murmuró Pendergast.

LeSeur la abrió con su llave. Dentro había varios baúles viejos cubiertos de pegatinas con destinos como Río de Janeiro, Phuket y Goa. Los cierres estaban protegidos con candados del tamaño de un puño.

—Hummm —dijo Pendergast.

Se inclinó hacia un baúl, acariciándose la barbilla con curiosidad.

—Señor Pendergast... —dijo el jefe de seguridad, en tono de advertencia.

Pendergast tendió dos manos esbeltas, una de ellas con un instrumento pequeño y brillante, y palpó el candado, moviéndolo entre los dedos. Se abrió con un click.

—El señor Dallas debería cambiar de candado —dijo.

Antes de que Kemper o LeSeur tuvieran tiempo de protestar, lo retiró, abrió el cierre y levantó la tapa.

Encima de todo había un traje de goma, unos cuantos látigos de crin de caballo trenzada, cadenas, esposas, cuerdas y varios artilugios de cuero y hierro cuya utilidad saltaba inmediatamente a la vista.

—Qué curioso —dijo Pendergast, acercando las manos.

Esta vez LeSeur no dijo nada al ver cómo sacaba una capa y un traje de Superman de licra, con la entrepierna cortada. Pendergast los examinó cuidadosamente, quitó algo del hombro, lo metió en un tubo de ensayo (aparecido de la nada) y volvió a dejar suavemente la prenda en su lugar.

—No creo que sea necesario mirar las otras cajas del señor Dallas.

—No lo es en absoluto —dijo secamente LeSeur.

—Y el último —dijo Pendergast— es Felix Strage, director del departamento de arte griego y romano del Metropolitan. Regresa de un viaje bastante desagradable a Italia, durante el cual las autoridades italianas le interrogaron acerca de una serie de adquisiciones que su museo realizó durante los años ochenta, piezas antiguas compradas de manera ilegal.

LeSeur miró un buen rato, duramente, a Pendergast, hasta que se volvió otra vez hacia el teclado.

—Número 597 —comentó—. Que quede algo claro antes de abrir la caja fuerte: usted no toca nada. Ya se encargará el señor Wadle de la manipulación. —Hizo una señal con la cabeza al vigilante—. Si abre cualquier cosa que contenga, su investigación terminará inmediatamente, antes de tiempo. ¿Me explico?

—Perfectamente —contestó el agente con afabilidad.

LeSeur se acercó a una de las cajas fuertes de la hilera inferior de la pared derecha, una de las mayores de toda la cámara acorazada, y buscó una llave distinta. Después se arrodilló, abrió la cerradura de la puerta de acero y tiró de ella. Dentro había tres cajas de madera grandes y anchas. La caja fuerte era bastante profunda, y había demasiada poca luz para tratar de distinguir los objetos.

Pendergast escudriñó las cajas sin moverse. Después de un momento se volvió, sacando un destornillador de su bolsillo.

—¿Señor Wadle?

El vigilante miró dubitativamente a Kemper, que le hizo un gesto seco con la cabeza.

Wadle cogió la herramienta, desatornilló un lado de la caja (ocho tornillos en total) y la retiró. Dentro había plástico de burbujas y espuma protectora. Apartó el plástico, y al quitar dos bloques de espuma dejó a la vista una vasija griega.

Pendergast sacó una linterna de bolsillo y la enfocó en la caja abierta.

—Humm. Parece un cáliz-crátera. Auténtico, no cabe duda. Al parecer el doctor Strage ha vuelto a las andadas, y sigue robando piezas antiguas para el museo. —Se irguió, guardó la linterna en un bolsillo y se apartó de la pared de cajas fuertes—. Gracias por su tiempo y su paciencia, señores.

LeSeur asintió. Kemper no dijo nada.

—Y ahora, disculpen que me vaya tan deprisa.

Hizo una inclinación y salió de la cámara.

Dentro del ascensor, mientras subía hacia la cubierta 12, Pendergast sacó la lista del bolsillo e hizo dos rayas, una sobre lord Cliveburgh y la otra sobre Dallas. Sobre Strage no hizo ninguna.

20

Caminando por un elegante pasillo, con Marya Kazulin a su lado, Constance Greene sintió una emoción poco habitual: la del misterio, el engaño y la investigación.

—Le sienta perfecto el uniforme —susurró Kazulin, con mucho acento.

—Gracias por traérmelo a mi suite.

—De nada. Lo único que nos sobra es uniformes. Bueno, tal vez ropa sucia...

—No estoy demasiado acostumbrada a utilizar este tipo de zapatos.

—De trabajo, como llevan enfermeras. Tienen suelas blancas, como las deportivas.

—¿Deportivas?

—¿No se dice así? —Marya frunció el entrecejo—. Bueno, acuérdesse de que al ser camarera no puede hablar con pasajeros menos en camarotes, limpiando. Si cruzamos a alguien, no mire a los ojos. Apártese y mire suelo.

—De acuerdo.

La llevó por un recodo y una escotilla en la que no había nada escrito. Al otro lado había un cuartito para la ropa de cama, y un par de ascensores de servicio. Marya se acercó y pulsó el botón de bajada.

—¿Con quién quiere hablar?

—Con las que limpian las suites más grandes, los dúplex y los tríplex.

—Son las que hablan inglés mejor. Como yo.

Se abrió la puerta del ascensor y entraron.

—¿Hay empleados que no hablen inglés? —preguntó Constance.

Marya pulsó el botón de la cubierta C. El ascensor empezó a bajar.

—Mayoría de personal no habla inglés. Prefiere así la empresa.

—¿Sueldos más bajos?

—Sí, eso y que, como no puede hablar entre nosotros, no puede hacer sindicato. No puede protestar por condiciones de trabajo.

—¿Qué les pasa a las condiciones de trabajo?

—Ya verá usted misma, señorita Greene, pero ahora debe tener mucho cuidado; si la pillan, a mí me despiden y dejan en Nueva York. Tiene que hacer como si es extranjera, y hablar mal inglés. Tenemos que buscar idioma que nadie más lo hable, para que no hagan preguntas. ¿Sabe algo más que inglés?

—Sí. Italiano, francés, latín, griego, alemán...

Marya se rió, esta vez sinceramente.

—¡Pare, pare! Creo que no hay ninguno empleado alemán. Será alemana.

Las puertas se abrieron en la cubierta C. Constance y Marya salieron. La diferencia entre las cubiertas de pasajeros y las de servicio saltaba enseguida a la vista. No había ni moqueta ni cuadros ni maderas nobles. Más bien parecía un pasillo de hospital, un lugar claustrofóbico de metal y linóleo. Los fluorescentes escondidos en el techo, detrás de paneles, lo bañaban todo de una luz cruda. Se respiraba un aire enrarecido, desagradablemente caliente y saturado de olores: pescado hervido, suavizante para ropa, aceite de motor... Allí abajo se oía mucho más el profundo latido de los motores diésel. Había un constante trajín de empleados, algunos de uniforme y otros con camisetas o chándales sucios.

Marya la guió por el estrecho pasillo, a ambos lados del cual se sucedían puertas numeradas sin ventanas, que imitaban la textura de la madera.

—Esta cubierta es de los dormitorios —explicó en voz baja—. Compañeras mías de habitación limpian algunos camarotes grandes. Hable con ellas. Diremos que es amiga que conozco de lavandería. Acuérde que es alemana, y que habla mal inglés.

—Me acordaré.

—Necesitamos razón para que usted pregunte.

Constance pensó un poco.

—¿Y si digo que limpio los camarotes pequeños, y que quiero subir de categoría?

—Vale, pero no insista mucho, aquí gente es capaz de dar puñaladas en la espalda por conseguir trabajo con mejores propinas.

—Entendido.

Marya cambió de pasillo y se detuvo frente a una puerta.

—Ésta mi habitación —dijo—. ¿Preparada?

Constance asintió con la cabeza. Marya respiró hondo y abrió.

La habitación del otro lado tenía el tamaño de una celda de cárcel, unos cuatro metros por tres. En la pared del fondo había seis armarios pequeños. No había sillas, mesas ni cuarto de baño. Las paredes de la izquierda y la derecha estaban ocupadas por literas espartanas; tres por lado. En la cabecera de cada litera había un pequeño estante con una lámpara. Constance se fijó en que todos estaban llenos de libros, fotos de seres queridos, flores secas, revistas... Una pequeña y triste impronta de la persona que ocupaba la litera.

—¿Aquí dentro duermen seis? —preguntó con cierta incredulidad.

Marya asintió con la cabeza.

—No tenía ni idea de que estuvieran tan apretados.

—Esto nada. Debería ver cubierta E, donde es que duerme el personal SCP.

—¿SCP?

—Sin Contacto con los Pasajeros. Los que lavan ropa, limpian sala de las máquinas y preparan comida. —Marya sacudió la cabeza—. Como una cárcel. Pasan tres o cuatro meses sin ver la luz de día, ni respirar aire fresco. Trabajan seis días cada semana, y diez horas cada día. La paga es veinte a cuarenta dólares al día.

—¡Pero eso es menos que el salario mínimo!

—¿Salario mínimo de dónde? Aquí estamos en ninguna parte, en medio de mar. Aquí no hay leyes salariales. El barco es registrado en Liberia. —Miró a su alrededor—. Mis compañeras ya han ido a comedor. Vamos a buscar.

Seguida de cerca por Constance, recorrió un itinerario complicado por pasillos estrechos que olían a sudor. El comedor de empleados estaba en el centro del barco. Era una sala grande y con el techo bajo, donde el personal (todos de uniforme) se agrupaba en mesas largas como de cafetería, con la cabeza inclinada sobre el plato. Cuando se sumaron a la cola del bufé, Constance miró a su alrededor y se quedó impactada por la sencillez de la sala, en las antípodas de los opulentos comedores y majestuosos salones de los que disfrutaban los pasajeros.

—¡Cuánto silencio! —dijo—. ¿Por qué no habla nadie?

—Porque todos son cansados. Y por lo de Juanita, la criada que volvió loca.

—¿Loca? ¿Qué le pasó?

Marya sacudió la cabeza.

—Alguna vez pasa, pero normalmente al final de viaje largo. Juanita volvió loca... se arrancó los ojos.

—Dios mío... ¿Tú la conocías?

—Un poco.

—¿Parecía que tuviera problemas?

—Todos tenemos problemas —dijo Marya con seriedad—. Si no, no aceptaríamos trabajo así.

Eligieron entre una variedad de platos muy poco apetitosos: cortes grasientos de carne curada, col aguada, arroz blando, pastel de carne pegajoso y anémicas porciones de bizcocho. Marya se dirigió a una de las mesas que tenían cerca, donde dos de sus compañeras de dormitorio daban apáticos bocados. Se las presentó a Constance: una griega joven y morena que se llamaba Nika, y Lourdes, una filipina de mediana edad.

—A tú nunca te había visto —dijo Nika con mucho acento.

—Es que me tocan los camarotes de la cubierta 8 —contestó Constance, sin olvidarse del suyo, el alemán.

La mujer asintió.

—Pues ten cuidado, que no es tu comedor. No dejes que te vea ella.

Señaló con la cabeza a una mujer baja, hirsuta y maciza, rubia teñida, con el pelo muy crespo, que lo observaba todo desde el fondo, ceñuda, en un rincón.

Hablaron de esto y de lo otro, en una extraña mezcla de idiomas profusamente aliñada de palabras en inglés, que parecía ser la lengua franca de las cubiertas de servicio del *Britannia*. El principal tema de conversación era la criada que se había vuelto loca y se había mutilado a sí misma.

—¿Dónde está? —preguntó Constance—. ¿Se la llevaron del barco en transporte médico?

—Demasiado lejos de tierra para un helicóptero —dijo Nika—. La han encerrada en el enfermería, y ahora tengo que hacer yo la mitad de las habitaciones suyas. —Puso mala cara—. Yo ya sabía siempre que Juanita se meterá en líos. Siempre hablando de qué veía en las habitaciones de pasajeros, y entrando donde no podía entrar... Una buena camarera no ve nada, no acuerda de nada, sólo hace su trabajo y no abre boca.

Constance se preguntó si Nika había cumplido alguna vez el último requisito.

Nika siguió hablando.

—¡Cómo hablaba ayer en la comida! Todo rato que si en este camarote había correas de cuero en la cama, y un vibrador en el cajón... ¿Para qué mira en armario? La curiosidad mató al gato. Y ahora tengo yo que limpiar mitad de las habitaciones tuyas. Este barco es barco de Jonás.

Apretó la boca en una mueca de reprobación, a la vez que se apoyaba en el respaldo con los brazos cruzados. Ya estaba dicho.

Hubo murmullos y gestos de aquiescencia.

Nika, envalentonada, separó los brazos y volvió a abrir la boca.

—También ha desaparecido un pasajero en barco. ¿Vosotras sabíais? Quizá saltó. ¡Os digo que este barco es barco de Jonás!

Constance se apresuró a intervenir, para poner coto a la avalancha de palabras.

—Me ha dicho Marya que trabajas en los camarotes más grandes —dijo—. ¡Qué suerte! A mí sólo me tocan los estándar.

—¿Suerte? —Nika la miró con incredulidad—. Para mí es doble trabajo.

—Pero hay mejores propinas, ¿no?

Resopló.

—Los ricos son que dan menos propina. Siempre quejando, y quieren todo perfecto. Hoy el ρυπαρός de tríples ya me hace ir tres veces para hacerle otra vez la cama.

La suerte sonreía a Constance. Sólo había dos suites tríples, y una de ellas la ocupaba uno de los integrantes de la lista de Pendergast (Scott Blackburn, el multimillonario de la informática).

—¿Te refieres al señor Blackburn?

Nika sacudió la cabeza.

—No. ¡Blackburn aún peor! Tiene propia camarera, que le hace la cama. ¡Y ella me trata como si yo soy su criada! Ese tríples también lo lleva yo, gracias a Juanita.

—¿Se ha traído a su propia criada? —preguntó Constance—. ¿Por qué?

—¡Se trae todo! La cama, las alfombras, los cuadros... Hasta piano. —Nika sacudió la cabeza—. ¡Bah! ¡Qué cosas feas! Feas ρυπαρός.

—¿Perdón?

Constance fingió desconocer la palabra.

—Los ricos son locos.

Nika dijo otra palabrota en griego.

—¿Y su amigo del camarote de al lado, Terrence Calderón?

—¡Ah, ése muy bien! Me da buena propina.

—¿También limpias su camarote? ¿Se ha traído sus cosas?

Nika asintió con la cabeza.

—Algunas. Muchas antigüedades, francesas, preciosas.

—Cuanto más ricos, peores son —dijo Lourdes, que hablaba muy bien el inglés, con poquísimo acento—. Ayer por la noche estaba en la suite de...

—¡Eh! —tronó alguien a sus espaldas.

Al volverse, Constance vio a la supervisora con las manos en sus anchas caderas, y una

mirada dura.

—¡De pie!

—¿Me lo dice a mí? —respondió Constance.

—¡He dicho que de pie!

Se levantó tranquilamente.

—Es la primera vez que te veo —dijo hoscamente la supervisora—. ¿Cómo te llamas?

—Rülke —dijo Constance—, Leni Rülke.

—¿Dónde trabajas?

—En los camarotes de la cubierta 8.

Las facciones carnosas de la supervisora mostraron una mezcla de triunfo y amargura.

—Ya me lo parecía. Sabes perfectamente que aquí no puedes comer. Baja al bar de la cubierta D, que es el que te toca.

—¿En qué se diferencian? —preguntó Constance con afabilidad—. La comida de aquí no es mejor.

En el rostro de la supervisora, la incredulidad sustituyó al triunfo.

—Pero ¡serás impertinente!

Y le dio a Constance una sonora bofetada en la mejilla derecha.

Era la primera bofetada que recibía Constance en su vida. Al principio se quedó muy rígida. Después dio impulsivamente un paso, apretando el tenedor. Algo en sus movimientos hizo que la supervisora abriera mucho los ojos y retrocediera.

Constance dejó lentamente el tenedor sobre la mesa, pensando en Marya y en su pacto de silencio, y bajó la vista. Marya las miraba fijamente a ambas, con la cara pálida. Las otras dos mujeres no apartaban la vista del plato.

A su alrededor volvió el murmullo de conversaciones apáticas, interrumpido por el altercado. Constance miró otra vez a la supervisora para acordarse de su cara; después, con la mejilla ardiendo, se alejó de la mesa y salió del bar.

21

Cuando el primer oficial, Gordon LeSeur, entró en el monástico despacho de Kemper, empezaba a estar preocupado. La pasajera seguía sin aparecer. Su marido había exigido hablar con todos los responsables. El comodoro Cutter llevaba ocho horas encerrado en su camarote, con uno de sus ataques de mal humor. Como LeSeur no estaba dispuesto a molestarle, ni por Evered ni por nadie, había dejado de guardia al tercer oficial y había convocado a la reunión al segundo capitán, Carol Mason.

Evered daba las pocas vueltas que le permitía el despacho, con la cara congestionada y la voz temblorosa. Parecía al borde de la histeria.

—Ya son más de las cuatro —le dijo a Kemper—. ¡Han pasado más de ocho horas desde que les avisé de la desaparición de mi mujer, por Dios!

—Es un barco muy grande, señor Evered —contestó Kemper, el jefe de seguridad—, y hay muchos sitios donde podría...

—Otra vez el mismo cuento —dijo Evered, levantando la voz—. ¡La cuestión es que aún no ha vuelto! Ya he oído los avisos por megafonía, como todo el mundo, y he visto la foto en las pantallas, pero no es normal; mi mujer no pasaría tanto tiempo fuera sin decirme nada. ¡Quiero que registren el barco!

—Le aseguro que...

—¡Ni asegurar ni leches! Puede haberse caído, y estar herida. Quizá no la oyen ni puede llamar por teléfono. Puede haberse... —Se paró a respirar hondo, a la vez que barría una lágrima con un movimiento brusco del dorso de la mano—. Tienen que llamar a la Guardia Costera y a la policía, y pedirles que vengan.

—Señor Evered —dijo la capitana Mason, poniéndose discretamente al frente para alivio de LeSeur—, estamos en pleno Atlántico, y aunque la policía o la Guardia Costera tuvieran jurisdicción (que no la tienen), no podrían venir. Hágame caso: tenemos soluciones de una eficacia más que comprobada para este tipo de problemas. Las probabilidades de que su mujer, por alguna razón, no quiera que la encuentren son casi del cien por cien. Debemos plantearnos la posibilidad de que esté con otra persona.

El dedo de Evered tembló al señalar a LeSeur.

—Ya le he dicho a él esta mañana que mi mujer no es de ésas. Además, no pienso consentir insinuaciones, ni de usted ni de nadie.

—Yo no insinúo nada, señor Evered —dijo Mason, firme y serena—; lo único que digo es que

no hay ninguna razón para ponerse nerviosos. Estadísticamente, está usted más seguro en este barco que en su propia casa. Se lo digo yo. Lo cual no impide que no nos tomemos la seguridad en serio, y dadas las características del problema, organizaremos un registro del barco. Ahora mismo. Lo supervisaré personalmente.

La voz grave y competente del segundo capitán, y sus palabras tranquilizadoras, tuvieron el efecto deseado. Evered seguía congestionado y jadeante, pero al cabo de un rato tragó saliva y asintió.

—Es lo que pedía desde el principio.

Tras la marcha de Evered, nadie dijo nada. Al final, el jefe de seguridad suspiró profundamente y se volvió hacia Mason.

—¿Y bien, capitán?

Mason miraba la puerta abierta, pensativa.

—¿Habría algún modo de obtener un informe psiquiátrico sobre la señora Evered?

Silencio.

—¿No pensará que...? —preguntó Kemper.

—Siempre es una posibilidad.

—Legalmente, tendríamos que pedírselo a su marido. Es un paso que me resisto a dar hasta que estemos del todo seguros de que ella ya no... de que ya no está en el barco. ¡Qué putada! Con la baja moral de la tripulación a causa de lo ocurrido a la camarera loca... Espero que la encontremos. De verdad se lo digo.

Mason asintió con la cabeza.

—Yo también. Por favor, señor Kemper, organice una búsqueda de nivel dos. —Miró rápidamente a LeSeur—. Gordon, me gustaría que colaborase personalmente con el señor Kemper.

—Por supuesto, señor —dijo LeSeur.

Se estremeció por dentro. Las búsquedas de nivel dos se extendían por todo el espacio público sin excepción, incluidos los dormitorios de los empleados y toda la parte del barco que quedaba por debajo de la línea de flotación; todo, en suma, excepto los camarotes. Incluso si se movilizaba a todo el personal de seguridad, tardarían como mínimo un día entero. Además, en la parte más inferior del barco había espacios que no se podían registrar debidamente.

—Lo siento, Gordon —dijo ella al ver su expresión—, pero es un paso que hay que dar. Son las normas.

«Las normas», pensó LeSeur, taciturno. En el fondo no era más que eso, un simple trámite oficial. Los camarotes de los pasajeros sólo podían examinarse con una búsqueda de nivel tres, lo cual debía autorizar personalmente el comodoro Cutter. LeSeur nunca había estado en ningún barco donde se llevara a cabo una búsqueda de nivel tres, ni siquiera si saltaba alguien; que era lo que en su fuero interno creía que había hecho la señora Evered: saltar. Los pasajeros no eran conscientes de los numerosos suicidios en alta mar, sobre todo en viajes inaugurales de lujo, que daban ganas de despedirse por todo lo alto. Era una ironía, ya que lo único que conseguían los suicidas era que la empresa propietaria del crucero les escondiese debajo de la alfombra, e

hiciera todo lo posible para que la noticia no llegase a oídos del resto de los pasajeros. En vez de irse por la puerta grande, la señora Evered se exponía a encontrarse a más de quinientas millas de distancia de cualquier costa, y a mil brazas de profundidad...

Llamaron a la puerta, interrumpiendo las reflexiones de LeSeur. Al volverse vio a un empleado de seguridad.

—¿Señor Kemper?

—¿Qué?

—Dos cosas, señor —dijo nerviosamente el recién llegado.

Permaneció a la espera, cambiando de postura.

—¿Qué pasa? —le espetó Kemper—. ¿No ve que estoy en una reunión?

—Es que la camarera que se volvió loca... hummm... acaba de suicidarse.

—¿Cómo?

—Ha conseguido quitarse las correas, y...

El empleado no pudo seguir.

—¿Y qué?

—Ha arrancado una astilla de madera de la cama y se la ha clavado en una órbita. Se la ha hundido hasta el cerebro.

Un momento de silencio, mientras digerían la información. Kemper sacudió la cabeza.

—Señor Kemper —dijo LeSeur—, creo que podría ser oportuno hablar con el pasajero de la última suite que limpió antes de perder el juicio. Quizá tuvieran algún encontronazo, o un accidente... En una ocasión estuve en un crucero donde un pasajero violó brutalmente a la camarera que había entrado a limpiar.

—Lo haré.

—Tenga cuidado.

—Por supuesto.

Otro silencio. Kemper volvió a mirar al empleado nervioso.

—Ha dicho dos cosas.

—Sí, señor.

—Y ¿cuál es la otra? —preguntó de malos modos.

—Es que me gustaría que viera algo.

—¿Qué?

El empleado titubeó.

—Preferiría que lo viera directamente. Podría pertenecer a la pasajera desaparecida.

—¿Dónde está? —le interrumpió con energía Mason.

—En la cubierta exterior, a popa del centro comercial St. James.

—Usted primero —dijo Mason, toda eficiencia—. Iremos juntos.

Antes de llegar a la puerta, Kemper lanzó una mirada a LeSeur.

—¿Viene?

—Sí —contestó LeSeur muy a su pesar, sintiendo un nudo en el estómago.

La cubierta estaba mojada, sin pasajeros; los pocos valientes que se atrevían a salir solían dirigirse al paseo ininterrumpido que les brindaba la cubierta 7, justo encima. El fuerte viento

llenaba el aire de espuma, arrancada a la proa del barco. La chaqueta de LeSeur tardó muy poco en quedar empapada.

El empleado se acercó a la borda.

—Está aquí abajo —dijo, señalando al otro lado.

LeSeur llegó hasta la baranda, donde ya se encontraban Kemper y Carol Mason, y se asomó. Siete cubiertas más abajo, el agua chocaba iracunda contra el flanco liso del barco.

—¿Qué tenemos que ver? —preguntó Kemper.

—Allá, señor. Me he fijado durante una inspección visual del casco. ¿Ve que debajo de la baranda, justo a la izquierda de aquel imbornal, la madera está un poco rota?

LeSeur se asomó un poco más, aferrado a la baranda, hasta que lo vio: un arañazo de unos quince centímetros en la teca brillante que quedaba escondido por la junta.

—Si ya hubiera estado ayer, cuando zarparamos, me habría dado cuenta. Estoy seguro, señor.

—Tiene razón —dijo Mason—. Este barco es tan nuevo que aún no puede tener este tipo de defectos. —Miró atentamente—. Además, o mucho me equivoco o hay algo enganchado a la parte que ha saltado; algo casi del mismo color que la madera.

LeSeur miró con más atención. Faltaba poco para el anochecer, y el casco de estribor estaba poco iluminado, pero le pareció que también lo veía.

Mason se volvió hacia el empleado de seguridad.

—A ver si puede cogerlo.

El empleado asintió con la cabeza. Se tumbó en la cubierta, metió la cabeza por debajo de la baranda y, mientras LeSeur y Kemper le sujetaban los pies, bajó la mano por el casco. Movi6 el brazo, gruñendo. Justo cuando LeSeur pensaba que ya no se podía mojar más, oyó la voz del empleado:

—¡Ya lo tengo!

Lo subieron a bordo. Cuando se levantó, tenía la mano cerrada para proteger algo. La abrió despacio, rodeado por todos los demás.

En su palma había un pequeño ovillo de hilos apelmazados y mojados. LeSeur oyó que Mason aguantaba la respiración, y en ese mismo instante se dio cuenta de que todos los hilos estaban conectados a algo que parecía un trocito de piel. Comprendió, estremecido, que no eran hilos, sino pelos, pelos de aspecto humano, y de color rubio platino.

—Señor Kemper —dijo Mason en voz baja, inexpresivamente—, ¿tiene la foto de la desaparecida?

Kemper sacó de su bolsillo una cartera, la abrió, buscó la foto y se la dio al segundo capitán, que la observó atentamente antes de volver a mirar los pelos en la mano del empleado.

—Mierda —murmuró.

El agente especial Pendergast cerró la puerta de su camarote y se alejó por el pasillo. Iba muy elegante, con un esmoquin negro, lo que junto con su paso decidido y la hora que era (las ocho) indicaba claramente que salía a cenar.

Sin embargo, aquella noche Pendergast no tenía planeado ir a cenar; aprovecharía esas horas para asuntos personales.

Llegó a unos ascensores y pulsó el botón de subida. Cuando se abrió una de las puertas, entró y apretó el botón de la cubierta 13. En menos de treinta segundos ya estaba recorriendo a toda prisa otro pasillo, en dirección a proa.

La mayoría de los pasajeros estaban cenando, o en los casinos, o bien viendo algún espectáculo. Pendergast sólo se cruzó con dos personas, una camarera y un sobrecargo. Más adelante, el pasillo cambiaba dos veces de sentido, una a la derecha y otra a la izquierda, hasta desembocar en el pasillo transversal de proa, mucho más corto, con sólo dos puertas a mano izquierda: las dos de la suite real del barco.

Pendergast se acercó a la primera, donde ponía «SUITE RICARDO II», y llamó. Como no contestaba nadie, sacó de la bolsa una tarjeta electromagnética. Un cable en espiral conectaba la tarjeta a un palmtop escondido en la bolsa. Pendergast introdujo la tarjeta en la ranura de la puerta, y tras examinar la pequeña pantalla del ordenador pulsó unos números en el teclado. Se oyó un pitido electrónico. El LED rojo de la cerradura se puso verde. Después de una última mirada al pasillo, Pendergast entró, cerró la puerta y escuchó atentamente. Ya se había cerciorado de que Lionel Brock estaba cenando. La suite estaba vacía, silenciosa y oscura.

Dio unos pasos, usando la linterna que acababa de sacar de su bolsillo. Las cuatro suites reales no eran tan grandes como los apartamentos dúplex y tríplex, pero ocupaban la mitad de la superestructura de proa de las cubiertas 12 y 13, con vistas al castillo de proa. Según el plano de la cubierta que había consultado Pendergast, se componían de un salón grande, un comedor, una cocina pequeña, un aseo y dos dormitorios con baño adjunto.

Cruzó el salón, deslizando la luz de la linterna por las superficies. Todo se veía como nuevo. La camarera acababa de pasar. La papelera estaba vacía. Lo único que llamaba la atención era una almohada con la funda recién cambiada en un lado del sofá de piel. Según el informe de pasajeros, el único ocupante de la suite era Brock. Quizá tenía hemorroides.

La única señal de presencia humana era una botella de Taittinger sin abrir dentro de una cubitera de pie, con el hielo medio derretido.

Pendergast se puso unos guantes de látex. Al registrar los cajones de las mesitas de noche sólo encontró folletos del barco y mandos a distancia para la tele y el DVD. Apartó los cuadros de la pared, pero no encontró nada detrás. Entonces se acercó al ventanal del fondo y corrió discretamente la cortina. Abajo, a muchísima distancia, la proa del *Britannia* surcaba olas coronadas de espuma. El tiempo había ido empeorando, y ahora el lento cabeceo del barco era más fuerte.

Se apartó de la ventana para ir a la cocina. Tampoco parecía que la hubieran usado. Se notaba que Brock comía y cenaba en los muchos restaurantes del barco. En la nevera sólo había otras dos botellas de champán. Abrió de prisa los cajones, pero sólo encontró cubiertos y copas. Después sometió el comedor y el aseo a un rápido registro. Lo último fue el armario ropero, pero no había nada interesante en ningún sitio.

Volvió al salón, y se paró a escuchar. Todo estaba en silencio. Echó un vistazo a su reloj; eran más de las ocho. Brock tenía reserva en el turno de las ocho en el King's Arms. Tardaría como mínimo una hora y media en volver.

Los dormitorios estaban a estribor; había dos puertas, una de ellas abierta. Empezó por esta última. Antes de cruzarla, se paró otra vez a escuchar. El dormitorio se parecía bastante al suyo: una gran cama con dosel barroco, dos mesitas de noche, un armario grande, un escritorio con su silla, un armario empotrado y una puerta, sin duda la del baño. Se notaba que era donde dormía Brock.

Tardó quince minutos en registrarlo todo a fondo. Después entró en el lavabo compartido y examinó rápidamente los productos de baño. Tampoco esta vez descubrió nada; sólo la confirmación de algo que ya sospechaba: la colonia preferida de Brock era Floris Elite.

Al fondo del lavabo había un pequeño vestidor, con una puerta que daba al segundo dormitorio. Pendergast cogió el pomo con la intención de no buscar muy a fondo, porque cada vez parecía más evidente que si Brock era culpable de algo, sería necesario buscar las pruebas en algún otro lugar del *Britannia*.

No se abría.

Frunció el entrecejo y regresó al salón para probar con la otra puerta del segundo dormitorio. Tampoco se abría.

Qué raro...

Se arrodilló para examinar el mecanismo con la linterna; era una simple clavija que no ofrecería resistencia. Metió una mano en el bolsillo y sacó una ganzúa parecida a un cepillito de dientes de alambre. La insertó en la cerradura. Se oyó casi enseguida un suave clic, señal de éxito. Giró el pomo y abrió la puerta de la habitación a oscuras.

—Si se mueve, le mato —dijo una voz ronca.

Pendergast se quedó quieto.

De detrás de la puerta salió un hombre con una pistola en la mano. Al fondo de la oscuridad se oyó una voz adormilada de mujer.

—¿Qué pasa, Curt?

En vez de contestar, el hombre hizo señas a Pendergast con la pistola; luego cruzó la puerta y la cerró con pestillo. Era moreno de pelo y piel, con cicatrices de acné, guapo al estilo de los

gánsteres, y muy musculoso. Su porte era de boxeador, pero saltaba a la vista que para ser tan corpulento tenía una gran agilidad de movimientos. No era camarero; no llevaba uniforme, sino un traje negro que visiblemente tenía cierta dificultad en contener sus anchos hombros.

—Bueno, tío, ¿quién eres y qué haces aquí?

Pendergast sonrió y señaló un sillón con la cabeza.

—¿Puedo? Es que llevo todo el día de pie.

Curt se quedó en el mismo sitio, poniendo mala cara mientras Pendergast se acomodaba en el sillón y cruzaba elegantemente las piernas.

—Te he hecho una pregunta, hijo de puta.

Pendergast extrajo la botella de champán del hielo derretido, dejó caer el agua sobrante y descorchó la botella con un diestro giro de muñeca. En un lado había dos copas de champán. Las llenó hasta el borde.

—¿Le apetece? —preguntó.

El hombre levantó la pistola.

—Se me está acabando la paciencia. Tienes un problema, y se está agravando.

Pendergast tomó un sorbo.

—Pues entonces ya somos dos. Si se sentara, podríamos hablar cómodamente de nuestros problemas.

—Yo no tengo ninguno. Tú sí. Tú tienes un problema que te cagas.

—Soy perfectamente consciente de mi problema. Mi problema es usted; me está apuntando a la cabeza con una pistola, y parece estar perdiendo la calma. Sí, está claro que es un verdadero problema. —Pendergast tomó otro sorbo y suspiró—. Delicioso.

—Te queda sólo una oportunidad para decirme quién eres antes de que estampe tus sesos en la pared.

—Antes de eso, permítame señalar que su problema es mucho más grave que el mío.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

Pendergast señaló la puerta del dormitorio con la cabeza.

—¿El señor Brock sabe que se acuesta con una señora en su suite?

Un titubeo incómodo.

—Al señor Brock no le importa que traiga chicas.

Pendergast arqueó las cejas.

—Puede que no... y puede que sí, pero además, si intenta manchar la pared con lo que sea, tendrá la desgracia de convertirse en el centro de atención del barco. Si tiene suerte, le acusarán de asesinato; si no, los sesos que adornen la pared serán los suyos. Le aviso de que yo también voy armado.

Otro titubeo.

—Voy a llamar a seguridad.

Pendergast bebió otro sorbo.

—Piénselo mejor, señor Curt.

El hombre le clavó un poco la pistola.

—Me llamo Johnson, Curtis Johnson, no «señor Curt».

—Disculpe, señor Johnson. Aunque fuera verdad que al señor Brock no le importa que traiga chicas durante sus horas de trabajo, si llama a seguridad podrían hacer preguntas sobre lo que guarda el señor Brock en el dormitorio que usa usted como nido de amor. Por si fuera poco, no sabe ni quién soy ni para qué he venido. Podría ser perfectamente un empleado de seguridad. Por lo tanto, señor Johnson, repito que los dos tenemos un problema. Yo espero que exista una manera de que los resolvamos con inteligencia, y en beneficio de ambos.

Introdujo lentamente dos dedos en el bolsillo de su esmoquin.

—Las manos a la vista.

Al sacarlos, sujetaban un pequeño fajo de billetes nuevos de cien dólares.

Curt enrojeció de desconcierto, apretando la pistola con sus dedos de salchicha.

Pendergast agitó el dinero.

—Baje la pistola.

El hombre bajó la pistola.

—Adelante, cójalos.

Curt le arrebató los billetes y se los metió en el bolsillo.

—Tendremos que darnos prisa, señor Johnson, para que el señor Brock no me encuentre al volver.

—Sal ahora mismo por piernas.

—¿Acepta mi dinero, pero me sigue echando? Qué poco deportivo.

Pendergast se levantó con un suspiro y se volvió como si fuera a irse, pero el movimiento se aceleró súbitamente y se convirtió en un lanzamiento: la copa de champán fue hacia la cara de Johnson, mientras el puño izquierdo se estampaba en su muñeca con otro movimiento simultáneo y velocísimo. La pistola rebotó en la alfombra y quedó en el centro de la sala. Cuando Johnson se lanzó gritando en su busca, Pendergast le hizo una zancadilla y le puso en la oreja su Les Baer 1911, a la vez que le clavaba una rodilla en la base de la espalda.

—*Doucement*, señor Johnson. *Doucement*.

Al cabo de un buen rato, Pendergast se puso de pie.

—Ya puede levantarse.

El hombre se quedó sentado, frotándose la oreja. Después se levantó. Su cara era una masa oscura.

Pendergast volvió a guardar el arma debajo de la chaqueta y dio unos pasos por la sala para recoger la pistola de Johnson.

—Una Walther PPK. Supongo que es un admirador de James Bond. Quizá tengamos menos en común de lo que creía.

Se la lanzó a Johnson, que la cogió, sorprendido, y se quedó sujetándola en la mano sin saber qué hacer.

—Sea listo y guárdesela.

Johnson enfundó el arma.

—Bueno, señor Johnson —dijo Pendergast amablemente—, puede elegir entre dos opciones: ser amigo mío, hacerme un favorcito de nada y ganarse otros mil, o seguir erróneamente leal a un zopenco que desprecia a todo el mundo, le paga mal, le despedirá en cuanto se entere de su

indiscreción y no se acordará nunca más de usted. ¿Y bien, señor Johnson? ¿Qué elige?

El hombre se quedó mirando a Pendergast. Después de un buen rato asintió secamente.

—Estupendo. Abra el dormitorio del fondo, amigo mío, no hay tiempo que perder.

Johnson se volvió y descorrió el pestillo de la puerta del dormitorio. Pendergast entró con él.

—Pero ¿qué demonios pasa, Curt?

En la cama había una mujer con una melena enorme, que se aguantaba la sábana hasta la barbilla.

—Vístete y sal.

—Pero si tengo la ropa en la otra punta de la habitación —dijo ella—, y no llevo nada encima...

—¿Y eso a quién carajo le importa? —dijo Johnson con rudeza—. Vamos, vete.

—¿Sabes qué te digo? Que eres un desgraciado.

Johnson movió la pistola.

—¡Vamos!

La mujer bajó de la cama, con un vaivén de sus grandes pechos, cogió la ropa al vuelo y se escondió en el baño.

—¡Desgraciado! —se oyó en sordina.

Pendergast miró a su alrededor. Como ya había constatado, el dormitorio servía de almacén: había media docena de cajas grandes de madera a la vista, todas con el sello de «FRÁGIL», que ocupaban gran parte de la habitación.

—¿Sabe qué hay dentro de las cajas?

—Ni idea —dijo Johnson.

—Pero ¿le pagan para vigilarlas?

—Bingo.

Pendergast se paseó un momento por delante de ellas, hasta arrodillarse frente a la más próxima y sacar de la bolsa un destornillador.

—¡Eh! ¿Qué haces?

—Nada, sólo echar un vistazo. Lo dejaremos todo como estaba. Nadie se enterará.

No tardó casi nada en quitar un lado de la caja y dejar a la vista un fieltro verde y el relleno. Entonces cogió un cuchillo y seccionó muy cuidadosamente varias capas de relleno, fieltro y trozos de poliestireno cortados a medida, hasta que aparecieron cuadros al óleo apilados. Teniendo en cuenta que las otras cinco cajas tenían exactamente las mismas dimensiones, Pendergast dedujo que también estaban llenas de pinturas.

Metió la linterna en el agujero del relleno y la movió en todos los sentidos. En total había ocho cuadros sin enmarcar. A juzgar por lo que vio, todos eran de pintores impresionistas de segunda fila: Charles-Théophile Angrand y Gustave Caillebotte. También había dos obras de expresionismo alemán, una de ellas, si no se equivocaba, de Jawlensky y la otra de Pechstein. Evidentemente, los cuadros estaban destinados a la galería de Brock en la calle Cincuenta y siete.

Reconoció enseguida los estilos de todos los pintores, pero no los cuadros, al menos por lo que veía de ellos. En el mejor de los casos eran obras poco conocidas de la producción de cada autor.

Volvió a meter la mano en la bolsa, esta vez para sacar un pequeño estuche de piel. Abrió la cremallera, apoyó el estuche en el suelo y sacó varias herramientas: una lupa de joyero, unas pinzas y un escalpelo. Las puso sobre la caja más próxima. Lo siguiente en aparecer fueron varios tubos de ensayo con tapón.

Johnson se balanceaba incómodo sobre sus pies.

—No sé qué haces, tío, pero más vale que te des prisa.

—Tranquílcese, señor Johnson. Su jefe todavía tardará un poco en volver de la cena. Casi he terminado.

Pendergast se arrodilló frente a la caja más cercana y se concentró en el cuadro de Jawlensky. Cogió las pinzas y arrancó unas cuantas hebras de la parte trasera del lienzo, donde estaba clavado al bastidor. A continuación cogió a la vez las pinzas y el escalpelo para raspar un pequeño grumo de pintura amarilla del borde del cuadro y meterlo en la probeta. Después hizo lo mismo con el Pechstein y con varias obras más.

Miró su reloj. Las nueve menos cuarto.

Arregló la caja para disimular el corte, volvió a fijar la tapa con los tornillos y se levantó, sonriendo.

—Señor Johnson —dijo—, disculpe por haber interrumpido su velada.

—Ya, ya... Oye, aún no me has dicho quién eres ni qué estás haciendo.

—Ni lo haré, señor Johnson.

Pasaron al salón. Pendergast se volvió hacia su anfitrión.

—Tenemos el tiempo justo para disfrutar de otra copa.

Rellenó las dos. Johnson apuró la suya de un trago, y la dejó en su sitio. Pendergast se la bebió más despacio, antes de sacar otro fajo de billetes del bolsillo.

—Lo prometido —dijo.

Johnson los cogió sin decir nada.

—Ha hecho bien.

Pendergast sonrió y, tras una pequeña inclinación, se fue a toda prisa.

23

Al volver a la suite, Constance encontró a Pendergast inclinado ante diversos instrumentos químicos. Le vio mojar un bastoncito de algodón en un frasco con un líquido claro y aplicarlo a un trocito de pintura en una probeta. El fragmento se ennegreció enseguida.

Pendergast repitió la misma prueba con otros tubos de ensayo. Al final levantó la cabeza.

—Buenas noches, Constance.

—¿Algún resultado?

El agente señaló las pruebas con la cabeza.

—Ciertamente. Todas estas muestras de pintura indican niveles inaceptables de plomo. El señor Brock tiene seis cajas de cuadros impresionistas en su segundo dormitorio, y si el resto son como éstos, absolutamente todos son falsos. Brock debe de tener tratos con un falsificador europeo (alguien de notable talento), a quien paga para imitar la obra de artistas menores. Seguro que después los intercala con los cuadros auténticos de artistas importantes. La verdad es que es un plan bastante inteligente; nadie pondría en duda la autenticidad de los cuadros de segunda fila de un marchante conocido por vender lo mejor y más escrupulosamente comprobado en obras de primera fila.

—Muy inteligente, sí —dijo Constance—, pero a mí me parece que un hombre así no se arriesgaría tanto por un objeto tibetano.

—Exacto. Podemos descartarle. —Pendergast sacó su lista con un ruido de papeles—. También he tachado a Lambe. Está más blando que la masa de pan.

—¿Cómo lo has conseguido? ¿Haciéndote pasar por médico?

—Uf... Mejor no te lo cuento. También he borrado de la lista a Claude Dallas, así como a lord Cliveburgh, que está demasiado ocupado con el tráfico de cocaína. Strage exporta ilegalmente vasos griegos extremadamente valiosos e indudablemente auténticos, lo cual, si bien disminuye las posibilidades de que también esté haciendo contrabando con el Agoyzen, no nos permite descartarle del todo. Por tanto, nos quedan tres: Blackburn, Calderón y Strage. —Miró a Constance con sus ojos plateados—. ¿Cómo ha ido tu aventura bajo cubierta?

—He conocido a la mujer que limpia el trípex de Blackburn. Por suerte (al menos para nosotros) ha relevado a otra empleada que sufrió un ataque psicótico poco después de zarpar y que se ha suicidado.

—¿De verdad? —dijo Pendergast con súbito interés—. ¿Ha habido un suicidio a bordo?

—Eso dicen. Dejó de trabajar antes de hora, volvió a su camarote y le dio un ataque. Más

tarde se clavó un trozo de madera en el ojo, y murió.

—Qué raro... Y la mujer que limpia el trípex de Blackburn, ¿qué dice?

—Blackburn se ha traído a su propia criada, que por lo visto es una prepotente. Aparte de esto se ha hecho redecorar la suite para el viaje, con muebles y obras de arte de su propiedad.

—Incluida, supongo, su colección de arte asiático.

—Sí. La misma camarera limpia la suite de Calderón, que es la contigua. Parece que se ha traído muchas antigüedades francesas. Según ella, es tan amable como odioso es Blackburn, y le dio una buena propina.

—Magnífico.

La mirada de Pendergast se volvió distante durante un rato; luego recuperó poco a poco la concentración.

—Blackburn encabeza claramente nuestra lista. —Metió la mano en el bolsillo y sacó otro fajo de billetes nuevos—. Tendrás que ocupar temporalmente el puesto de la camarera del barco asignada a las habitaciones de Blackburn y Calderón. Entra cuando la suite esté vacía.

—Blackburn no deja que la camarera del barco entre cuando no está la criada.

—Da igual. Si te pillan, siempre puedes atribuirlo a un error burocrático. Ya sabes qué buscar. Yo te aconsejaría ir esta noche, a última hora. Me he fijado en que a Blackburn le gusta el bacará. Lo más probable es que esté en el casino.

—De acuerdo, Aloysius.

—Ah... y tráeme su basura, por favor.

Constance arqueó fugazmente las cejas. Después asintió y se fue hacia la escalera con la intención de cambiarse para la cena.

—Constance...

Se volvió.

—Ten cuidado, por favor. Blackburn es uno de nuestros principales sospechosos, lo cual significa que podría ser un asesino sin piedad, y tal vez un psicópata.

24

S cott Blackburn se detuvo en la entrada de Oscar's para abrocharse los botones de su traje a medida de Gieves & Hawkes, arreglarse la corbata de color malva y mirar la sala. Eran las nueve menos cuarto y ya había empezado el segundo turno: un desfile de camareros delgados, elegantes y extranjeros llevaban a toda prisa los segundos platos bajo campanas plateadas, que una vez en la mesa retiraban simultáneamente para (con un camarero detrás de cada comensal) mostrar lo que había debajo.

Blackburn se acercó tranquilamente a su mesa, con una mueca sardónica en los labios. Sus dos acompañantes ya se habían sentado. Se levantaron obsequiosamente a su llegada. ¿Cómo no, si Blackburn había invertido varios cientos de millones en sus respectivas empresas y era miembro del comité de compensación de sus consejos directivos? Ya había dos botellas de borgoña vacías en la mesa, entre restos dispersos de *hors d'œuvres*, antipasti y un primer plato compuesto por un ave de tamaño mediano, que podía ser pichón o faisán. Al sentarse, Blackburn cogió una botella y miró la etiqueta.

—Richebourg Domaine de la Romanée-Conti del 78 —dijo—. Os estáis puliendo todo lo bueno, tíos. —Se volvió para echar lo poco que quedaba en su copa—. ¡Y sólo me dejáis el poso!

Lambe y Calderón profirieron reverenciales risas. Lambe le hizo señas a un camarero.

—Traiga otra igual de nuestra bodega privada —dijo—. Una de las que ya están abiertas.

—Ahora mismo, señor.

El camarero se alejó, silencioso como un murciélago.

—¿Qué celebramos? —preguntó Blackburn.

—Oh, nada, un capricho que nos damos —dijo Lambe, encogiendo sus hombros fofos y caídos.

Blackburn se fijó en que ya no tenía la cara tan verdosa. Al parecer, el alfeñique se estaba acostumbrando al mar.

—¿Por qué no? —dijo—. Este viaje está resultando aún más interesante de lo que preveía. Entre otras cosas, anoche me encontré con una ex novia y estuvo de lo más servicial. Al menos al principio.

La reacción de sus dos oyentes fue una estruendosa carcajada.

—¿Y luego? —preguntó Lambe, inclinándose con curiosidad.

Blackburn sacudió la mano y se rió.

—No sé si me gustó más el polvo o la pelea de después. ¡Qué gata salvaje! ¡Madre mía!

Más risas adulatoras.

El camarero reapareció con la botella, y una copa limpia. Lambe le indicó que diera a probar el vino a Blackburn, que removió el líquido en la copa, lo olió brevemente, volvió a remover, introdujo la nariz e inhaló el buqué. Después se apoyó en el respaldo con los ojos entornados, disfrutando del aroma. Al cabo de un rato se llevó la copa a los labios, sorbió una pequeña cantidad, se la pasó por la lengua y aspiró un poco de aire por los labios, haciendo burbujas en el vino antes de tragárselo. Finalizado el ritual, dejó la copa sobre la mesa y despidió al camarero con un gesto de la mano.

—¿Qué, qué te parece? —preguntó ansiosamente Lambe.

—Fantástico.

Se relajaron.

Blackburn volvió a levantar la copa.

—Además, resulta que tengo que anunciaros algo.

Los dos amigos se volvieron hacia él, expectantes.

—Llenas las copas.

Lo hicieron con presteza.

—Como ya sabéis, desde que vendí Gramnet por dos mil millones he estado picoteando por ahí en busca de algo nuevo para entretenerme, y creo que ya lo he encontrado.

—¿Se puede contar? —preguntó Calderón.

Blackburn disfrutó alargando la pausa.

—Tiene que ver con bases de datos visuales en la red. —Sonrió—. Al vender Gramnet me quedé con los derechos de mis algoritmos de compresión de imagen. Introduciré contenidos de imagen en los escritorios de todo el mundo, mil veces más atractivos que los que corren por ahí.

—Pero Google lleva años trabajando con tecnología de comparación de imágenes —dijo Lambe—, y parece que no hay manera...

—Yo usaré una tecnología totalmente distinta: los codos, como toda la vida. Tengo a miles de programadores e investigadores que puedo poner a trabajar en ello veinticuatro horas al día. Montaré la base de datos multimedia *on-line* más grande de la web.

—¿Cómo?

—Las imágenes se pueden linkear igual que las páginas web. La gente que busca imágenes parecidas salta de una imagen a la siguiente. No analices los metadatos o las imágenes; analiza los links. Cuando los tengas en tu propia base de datos, podrás utilizar miles de millones, o billones, de links generados por el usuario. Luego cogeré las imágenes propiamente dichas, con una resolución muy alta, y usaré algoritmos para comprimir las. Tengo una docena de granjas de servidores inactivas, esperando que las llenen con datos como éstos.

—Pero ¿y los derechos de las imágenes? ¿Cómo lo solucionarás?

—A la mierda los derechos. El *copyright* está muerto. Estamos hablando de la red. La información debería ser de libre acceso. Lo está haciendo todo el mundo. ¿Por qué no yo?

Se hizo un silencio reverente.

—Para empezar, tengo una gran baza. —Levantó la copa con una risa gutural—. ¡Y qué baza! Bebió un sorbo de trescientos dólares, y cerró los ojos de puro placer orgiástico.

—¿Señor Blackburn? —dijo casi en su oído una voz grave y deferente.

Blackburn se volvió, molesto porque interrumpieran su placer. Era un hombre con un traje bastante anodino, un individuo bajo, feo y con acento de Boston.

Blackburn frunció el entrecejo.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Pat Kemper, y soy el jefe de seguridad del *Britannia*. ¿Podemos hablar en privado?

—¿Seguridad? ¿Qué ocurre?

—No se preocupe, es pura rutina.

—Todo lo que tenga que decirme pueden oírlo mis amigos.

Kemper vaciló un momento.

—De acuerdo. ¿Le importa que me siente?

Tras echar un vistazo a la sala, ocupó una silla a la derecha de Blackburn.

—Perdone que interrumpa su cena. —El acento de Kemper ya empezaba a dar dentera a Blackburn. Su aspecto y su forma de hablar eran de policía—. Pero el protocolo me obliga a hacerle algunas preguntas. Son sobre la primera empleada que limpiaba su suite, Juanita Santamaría.

—¿La camarera? —Blackburn frunció el entrecejo—. Yo tengo mi propia criada. Se supone que es ella quien supervisa a los empleados del barco.

—Santamaría limpió dos veces su habitación. La segunda fue durante la primera noche del viaje, hacia las ocho y media. Entró a abrir las camas. ¿Recuerda que entrase en su suite?

—¿Ayer a las ocho y media de la noche? —Blackburn se apoyó en el respaldo y bebió un poco más de vino—. No había nadie. Mi criada estaba en la enfermería a causa de un mareo, vomitando sin cesar, y yo estaba cenando. Además, he dado instrucciones muy estrictas de que no entre nadie en mi suite si no lo supervisa alguien.

—Lo siento mucho, pero ¿no le consta que esa noche pudiera pasar algo dentro de la suite? Un incidente, o un encuentro entre la camarera y otra persona... A menos que rompiese algo, o... robase algo...

—¿Por qué? ¿Le ha ocurrido algo?

El jefe de seguridad titubeó.

—Pues la verdad es que sí. La señorita Santamaría tuvo una crisis poco después de salir de la suite, y se ha quitado la vida. El caso es que nadie de los que la conocían, empezando por sus compañeras de dormitorio, notaron nada raro previamente. Dicen que era una persona bien adaptada y religiosa.

—Es lo que siempre se dice de los asesinos en serie o los suicidas —se burló Blackburn.

—También han comentado que aquel día, cuando se fue a trabajar, la señorita Santamaría estaba de buen humor.

—Yo no puedo ayudarles —dijo Blackburn, mientras removía el vino y se llevaba la copa a la nariz—. En la suite no había nadie. Tampoco había nada roto ni faltaba nada, y le aseguro que lo sabría, porque tengo muy controladas mis cosas.

—¿Algo que pudiera ver o tocar la señorita Santamaría? ¿Algo que pudiera haberla asustado?

Blackburn detuvo bruscamente su ritual y dejó la copa a medio camino de sus labios. La bajó después de un rato, sin haberla probado.

—¿Señor Blackburn? —insistió Kemper.

Blackburn se volvió a mirarle.

—Rotundamente no —dijo con una voz aguda, fría—. Nada. Ya le he dicho que no había nadie. Mi criada estaba en la enfermería, y yo cenando. Lo que le ha pasado a esa mujer no tiene ninguna relación conmigo ni con mi suite. De hecho, ni siquiera estaba autorizada a entrar.

—Muy bien —dijo Kemper, levantándose—. Ya lo suponía, pero ya sabe, el protocolo... Si no lo siguiera, la North Star me despellejaría. —Sonrió—. No se hable más del asunto, señores. Gracias por su paciencia, y que pasen una buena velada.

Saludó a los tres con la cabeza y se fue deprisa.

Tras verle circular entre las mesas, Lambe se volvió hacia Blackburn.

—¿Qué me dices, Scott? ¡Misterios bajo cubierta!

Adoptó una actitud melodramática.

Blackburn no contestó.

El camarero se acercó sin hacer ruido.

—¿Me permiten que les enumere los platos especiales del día?

—Sí, por favor, tengo hambre atrasada de dos días.

Lambe se frotó las manos.

Blackburn se levantó de golpe, echando la silla hacia atrás.

—¿Scott? —dijo Calderón, mirándole con cara de preocupación.

—No tengo hambre.

Estaba pálido.

—Oye, Scotty... —empezó a decir Lambe—. ¡Espera, tío! ¿Adónde vas?

—Al camarote.

Blackburn se volvió sin decir nada más, y salió del restaurante.

25

Es horrible lo que cuenta —dijo la persona amable y atractiva con la que conversaba Inge—. ¿Serviría de algo si hablara yo con la señora?

—¡No, no! —contestó ella, horrorizada por la propuesta—. No, por favor, tampoco es tan grave, de verdad... Ya estoy acostumbrada.

—Como quiera, pero si cambia de opinión, dígamelo.

—Es usted muy amable. La verdad es que se agradece poder hablar con alguien.

Se calló, visiblemente sonrojada.

A Inge Larssen nunca le había ocurrido nada igual; en su angustiada timidez, siempre había vivido muy enclaustrada, y sin embargo acababa de abrir su alma a alguien a quien sólo conocía desde hacía media hora.

Según el gran reloj de bordes dorados que pendía de la pared empapelada del salón Chatsworth, eran las diez menos cinco. Al fondo, en un rincón, había un cuarteto de cuerda que no se hacía oír demasiado. De vez en cuando pasaba una pareja cogida del brazo o de la mano. La luz de la sala procedía de un millar de finas velas que llenaban el aire de un resplandor suave y dorado. Inge no recordaba haber estado en ningún sitio tan bonito.

Quizá fuera la magia del lugar, y de la noche, lo que le había hecho bajar la guardia; a menos que se tratase de algo tan sencillo como que su nueva amistad era una persona alta, segura de sí misma, que irradiaba confianza.

En la otra punta del sofá, su confidente cruzó lánguidamente las piernas.

—¿O sea que siempre ha vivido en conventos?

—Casi siempre; desde los seis años, cuando murieron mis padres en un accidente de coche.

—¿Y no tiene familia? ¿Ningún hermano?

Inge sacudió la cabeza.

—No, nadie; bueno, mi tío abuelo, que es quien me hizo ingresar en el colegio del convento de Evedal, y no en una escuela pública, pero ya está muerto. Tengo algunas amigas del colegio, que en cierto modo casi son como mi familia. También está mi jefa...

«Mi jefa —pensó—. ¿Por qué no podré trabajar para una persona como ésta?» Quiso seguir hablando, pero al final se calló, notando que se ruborizaba.

—Iba a decir algo.

Inge se rió, avergonzada.

—No, nada.

—Dígamelo, por favor, me encantaría oírlo.

—Es que... —Volvió a titubear—. Como usted es una persona tan importante, con tanto éxito y tanto... Ya lo sabe todo acerca de mí. Ahora... tenía la esperanza de oír su historia.

—Hay muy poco que contar —fue la respuesta, algo seca.

—En serio. Me encantaría saber cómo consiguió lo imposible, y llegar donde está. Es que... no sé... un día me gustaría...

Un breve silencio.

—Lo siento —se apresuró a decir Inge—. No tenía derecho a preguntar. Lo siento. —De repente se sentía incómoda—. Ya es tarde. Tengo que acostarme. La señora a la que cuido... si se despierta y no me encuentra, tendrá miedo.

—Tonterías —dijo su nueva amistad, recuperando la calidez de antes—. Le contaré mi vida con muchísimo gusto. Vamos a dar una vuelta por cubierta, aquí el ambiente está muy cargado.

A Inge no se lo parecía, pero no dijo nada. Fueron al ascensor y subieron cuatro niveles, hasta la cubierta 7.

—Voy a enseñarle algo que seguro que nunca ha visto —dijo su acompañante, precediéndola por el pasillo.

Pasaron al lado del restaurante Hyde Park (muy tranquilo, a aquellas horas de la noche) y llegaron a una gruesa escotilla.

—Podemos salir por aquí.

Lo cierto era que Inge nunca había estado en la cubierta. Hacía bastante frío. El viento gemía al recorrer el barco, mientras el pelo y los hombros de Inge se llenaban de gotas de agua. La escena no podía ser más espectacular. Sobre la luna, amarillenta, corrían nubes de tormenta. El gigantesco buque se abría camino entre olas muy altas. Arriba, y abajo, la luz de infinidad de ventanas y ojos de buey convertía la espuma del mar en oro líquido. Era todo de un romanticismo inverosímil.

—¿Dónde estamos? —murmuró.

—En la cubierta de paseo. Venga, quiero enseñarle una cosa. —Su acompañante la llevó a la baranda de popa, en la punta del barco—. En noches oscuras, como hoy, se ve brillar el plancton en la estela del barco. Fíjese, es increíble.

Inge se inclinó, asiendo con fuerza la baranda. Tenía el mar a sus pies, formando remolinos en la popa. En efecto: millones de luces titilaban en la cremosa estela. El mar vibraba de fosforescencia, todo un mundo de color de perla, distinto a todo, al que la propulsión del barco infundía una vida pasajera.

—Es precioso —susurró, mientras el aire frío la hacía tiritar.

La respuesta fue una mano que se posó suavemente en su hombro, tirando de ella.

Inge sólo se resistió un momento. Después se dejó llevar, agradeciendo el calor. Mientras contemplaba el resplandor de la estela, que parecía de otro mundo, también sintió una mano en el otro hombro. La presión se hizo más firme.

Y de pronto, en un solo y brutal estirón, sintió que la levantaban del suelo y la echaban por la borda.

Una larga y confusa ráfaga de aire, seguida bruscamente por un terrible impacto, el de su

cuerpo contra el agua gélida.

Se retorció sobre sí misma, desorientada por el agua, y aturdida y dolorida por el impacto. Después, con la ropa y los zapatos como pesos muertos, se impulsó hacia arriba y salió a la superficie escupiendo agua, agitando las manos como si pretendiese escalar hacia el cielo.

Al principio, las ideas se le atropellaron en la mente, sin orden ni concierto, y se preguntó cómo se había caído (si había cedido la baranda, o algo así), pero después recuperó la lucidez.

«No me he caído. Me han tirado.»

Se quedó estupefacta. No podía ser verdad. Miró a su alrededor con desesperación, moviendo instintivamente las piernas. La popa del barco ya se alejaba en la noche, como una gran torre luminosa. Quiso gritar, pero enseguida se le llenó la boca con el remolino de la estela. Tosió y se debatió, intentando mantenerse a flote. El frío del agua la paralizaba.

—¡Socorro! —gritó, con una voz tan débil y ahogada que casi ni ella misma la oyó por encima del viento, del ruido de los motores y del fuerte silbido de las burbujas que creaba la estela del barco.

Escuchó el lejano griterío de las gaviotas que seguían al barco día y noche.

Era un sueño. Tenía que serlo. Pero el agua estaba tan fría, tanto... Sus brazos y piernas doloridos, que forcejeaban, se volvieron de plomo.

La habían tirado del barco.

Contempló horrorizada el racimo de luces, cada vez más pequeño. Por las ventanas de popa podía verse el enorme salón de baile Jorge II de la cubierta 1, con puntos negros que se movían contra el resplandor de la luz: gente.

—¡Socorro!

Intentó agitar la mano, pero se hundió, y le costó regresar a la superficie.

«Quítate los zapatos y nada.»

Sólo tardó un momento en quitarse los ridículos zapatos de tacón bajo que le hacía ponerse su jefa, pero no sirvió de nada. Ya no sentía los pies. Braceó un par de veces sin fuerzas, pero era inútil intentar nadar. Todas sus fuerzas se consumían en lograr mantener la cabeza por encima del agua.

El *Britannia* empezaba a desaparecer en la niebla nocturna que flotaba sobre el mar. Las luces estaban perdiendo intensidad. Ya no se oían gritos de gaviotas. Lentamente, también se disipó el silbido de las burbujas, y el color verde de la estela. El agua quedó negra, tan negra como profunda.

Las luces se apagaron. Poco después dejó de oírse la lejana pulsación de los motores.

Inge contempló horrorizada el espacio abandonado por las luces y los sonidos. Todo estaba negro. Mantuvo la vista fija, porque le daba demasiado miedo mirar hacia otra parte, como si seguir localizando el punto exacto fuera su última esperanza. A su alrededor, el mar estaba oscuro y lleno de olas. La luna se asomó por detrás de unas nubes que se deslizaban por el cielo, volviendo fugazmente plateada la capa de niebla del mar, que volvió a oscurecerse cuando el astro se escondió otra vez tras una nube. Inge subió y bajó a merced de las olas.

Mientras se esforzaba por ver algo en la oscuridad llena de niebla, se le echó encima la cresta de una ola, que la empujó hacia abajo. Inge agitó los brazos. A su alrededor no había nada,

absolutamente nada, sólo negrura, y un frío terrible e implacable.

Sin embargo, mientras se resistía, tuvo la sensación de que el tremendo frío se convertía lentamente en un calor inexplicable. Sus brazos y sus piernas desaparecieron. A medida que pasaban los segundos, sus movimientos se volvieron más lentos, hasta que el simple hecho de moverse requirió de toda su fuerza de voluntad. Luchó encarnizadamente por seguir a flote, pero todo su cuerpo se había convertido en un pesado saco inútil. Empezó a darse cuenta de que no estaba en el mar, sino en su cama, durmiendo. Todo había sido una pesadilla. Se sintió abrumada de alivio y gratitud. Al cambiar de postura, sintió la cama caliente y blanda, un calor oscuro en el que se hundió. Suspiró. En ese momento sintió algo sólido y pesado en el pecho, un peso descomunal, y una chispa de comprensión se abrió camino con dificultad por su conciencia: no, no estaba en la cama, ni era un sueño; se hundía de verdad en las profundidades negras e infinitas del norte del Atlántico, y sus pulmones no daban más de sí.

«Me han asesinado», fue el último pensamiento que pasó por su cerebro en el momento en el que se hundía. Respiró una vez más, expulsando por la boca el último suspiro que le quedaba, en una erupción de horror silencioso más intensa que el más salvaje de los gritos.

26

Cuando Kemper llegó a la central de seguridad, eran las once y cuarto. La puerta estaba entreabierta. Oyó conversaciones animadas, y lo que parecían discretos aplausos en el puesto de seguimiento. Con una mano empujó la puerta.

Las paredes de la sala circular estaban tapizadas por cientos de pantallas de vídeo, cada una de las cuales mostraba imágenes por circuito cerrado de algún lugar del barco. Todos los empleados de guardia estaban reunidos frente a una sola pantalla, hablando y riéndose, tan enfrascados en lo que veían que no se dieron cuenta de la llegada de Kemper. El parpadeo azulado de los monitores iluminaba al grupo. Olía a los restos de pizza olvidados en varias cajas manchadas de aceite que se amontonaban en un rincón.

—¡Eso, abuela, bien adentro! —exclamó alguien.

—¡Hasta la empuñadura!

—¡Qué marcha tiene la vieja!

Se oyeron gritos, silbidos y risas. Un empleado se contoneó lascivamente.

—¡Así me gusta, chaval! ¡Cabalga, vaquero, cabalga!

Kemper se acercó.

—¿Se puede saber qué ocurre?

Se apartaron inmediatamente de la pantalla de circuito cerrado, dejando a la vista a dos pasajeros con sobrepeso que mantenían vigorosas relaciones sexuales en un pasillo apartado y poco iluminado.

—¡Será posible! —Kemper se volvió—. Señor Wadle, ¿no se supone que es usted el supervisor del turno?

Miró uno a uno a los empleados, que se cuadraron ridículamente.

—Sí, señor.

—¿Desaparece una pasajera, se suicida una empleada, estamos perdiendo una fortuna en el casino y no se les ocurre nada mejor que mirar el Viagra Show? ¿Les parece gracioso?

—No, señor.

Kemper sacudió la cabeza.

Wadle señaló el interruptor con el que se apagaba el monitor.

—¿Quiere que...?

—No. Cada vez que se apaga la pantalla, queda registrado, y podría levantar sospechas. Limítense a... apartar la vista.

Alguien se aguantó la risa. Kemper no pudo evitar que se le contagiara.

—Bueno, bueno, ya se han divertido. Ahora, todos a sus puestos.

Cruzó el puesto de seguimiento y entró en su pequeño despacho del fondo. Poco después sonó el interfono.

«Un tal Pendergast quiere verle.»

Kemper sintió que se le agriaba el humor. Al cabo de un rato entró el investigador privado.

—¿También ha venido para ver el espectáculo? —preguntó Kemper.

—El caballero en cuestión ha estudiado el Kama Sutra. La postura, si no me equivoco, se llama «batiendo nata».

—No tenemos mucho tiempo —contestó Kemper—. De momento esta noche llevamos perdidos otros doscientos mil en el Covent Garden. Creía que iba a ayudarnos.

Pendergast se sentó y cruzó una pierna encima de la otra.

—A eso venía. ¿Puede darme fotos de los ganadores de esta noche?

Kemper le tendió un fajo de fotos borrosas, que Pendergast hojeó.

—Interesante. No es el mismo grupo que la noche pasada. Tal como suponía.

—¿O sea?

—Se trata ciertamente de un grupo numeroso y organizado. Los jugadores cambian cada noche. La clave está en los observadores.

—¿Observadores?

—Señor Kemper, me sorprende su ingenuidad. Aunque el sistema sea complejo, los principios son simples. Los observadores se mezclan con la gente y vigilan el juego en las mesas donde más se apuesta.

—¿Quiénes narices son esos observadores?

—Podría ser cualquiera: una anciana en una máquina tragaperras estratégicamente situada, un empresario achispado que habla muy alto por el teléfono móvil... Hasta un adolescente con acné que lo mira todo boquiabierto. Los observadores están muy bien entrenados, y en muchos casos incluso crean un personaje como tapadera de sus actividades. Cuentan las cartas, pero no juegan.

—¿Y los jugadores?

—Un observador puede tener entre dos y cuatro jugadores a su cargo. Los observadores hacen un seguimiento de todas las cartas que se juegan en una mesa, y las «cuentan», lo cual suele consistir en asignar números negativos a las cartas bajas y números positivos a los dieces y a los ases. Lo único que deben recordar es un solo número, la suma en cada momento. Cuando la relación entre cartas altas y bajas que quedan en la baraja pasa de cierto punto, las probabilidades benefician temporalmente a los jugadores. En el blackjack, las cartas altas perjudican al crupier. Cuando un observador detecta este cambio en alguna mesa, hace una señal acordada a uno de los jugadores, que se sienta en la mesa y empieza a apostar fuerte; o, si el jugador ya está en la mesa, sube de golpe las apuestas. Cuando la proporción vuelve a la normalidad, o queda por debajo, otra señal del observador indica al jugador que es hora de irse, o de volver a las apuestas bajas.

Kemper cambió de postura, inquieto.

—¿Cómo podemos pararlo?

—La única contramedida de eficacia comprobada es identificar a los observadores y

ponerlos... de patitas en la calle.

—Eso no podemos hacerlo.

—Será por eso que están aquí, y no en Las Vegas.

—¿Qué más?

—Combinar las cartas en sabots de ocho barajas y repartir sólo un tercio del sabot antes de volver a barajar.

—Nosotros usamos sabots de cuatro barajas.

—Otro motivo por el que atraen a los contadores. Podría pararles los pies dando instrucciones a sus crupieres de que barajen cada vez que se siente un nuevo jugador o suba de golpe las apuestas.

—Ni hablar. Se jugaría más despacio y bajarían los beneficios; además, los jugadores con más experiencia se quejarían.

—No cabe duda. —Pendergast se encogió de hombros—. Naturalmente, ninguna de estas contramedidas resuelve el problema de recuperar el dinero.

Kemper le miró con ojos sorprendidos.

—Ah, pero ¿hay alguna manera de recuperarlo?

—Es posible.

—Pero no podemos hacer trampas.

—Ustedes no.

—Tampoco podemos permitir que las haga usted, señor Pendergast.

—¡Pero, señor Kemper! —contestó Pendergast en tono falsamente ofendido—. ¿He dicho yo algo de hacer trampas?

Kemper no respondió.

—Una característica de los contadores de cartas es que siempre siguen el mismo sistema. Cuando un jugador normal pierde mucho dinero suele abandonar la partida. Los contadores de cartas profesionales no. Lo cual nos beneficia. —Pendergast miró su reloj—. Las once y media. Quedan tres horas de juego intenso por delante. Señor Kemper, tenga la amabilidad de extenderme una línea de crédito de medio millón.

—¿Ha dicho medio millón?

—No me gustaría nada quedarme corto justo en el momento más interesante.

Kemper reflexionó unos instantes.

—¿Nos devolverá el dinero?

Pendergast sonrió.

—Lo intentaré.

Kemper tragó saliva.

—De acuerdo.

—Tendrá que pedirle al señor Hentoff que avise a los supervisores y a los crupieres de que quizá me vean jugar de manera excéntrica, por no decir sospechosa, aunque siempre me mantendré dentro de los límites de la legalidad. Me sentaré a la izquierda del crupier y no apostaré en el cincuenta por ciento de las manos, aproximadamente; por lo tanto, le ruego que avise a sus hombres de que no me cambien de mesa si no juego. Hentoff debería dar instrucciones a sus

crupieres de que me dejen cortar siempre que resulte normal, sobre todo al principio, cuando me siento. Parecerá que bebo mucho; asegúrese, por tanto, de que sólo me traigan tónica cada vez que pida un gin-tonic.

—De acuerdo.

—¿Sería posible levantar el tope de apuestas en una de las mesas donde se juega fuerte?

—¿Qué quiere decir? ¿Que no haya un máximo?

—Exacto. Así nos aseguraremos de que los contadores se fijen en la mesa, y será mucho más eficaz para la devolución del dinero.

Kemper sintió que le caía una gota de sudor por la frente.

—Por último, le ruego que pida al señor Hentoff que asigne un crupier con las manos pequeñas y los dedos finos a la mesa elegida. Cuanta menos experiencia tenga, mejor. Que ponga la carta de corte muy alta en el sabot.

—¿Debo preguntar por qué? —dijo Kemper.

—No, no debe.

—Señor Pendergast, si le pillamos haciendo trampas será una situación muy incómoda para ambos.

—No haré trampas. Le doy mi palabra.

—¿Se puede saber cómo influirá en el juego, si ninguno de los jugadores llega a tocar las cartas?

Pendergast sonrió enigmáticamente.

—Hay maneras de lograrlo, señor Kemper. ¡Ah, sí! También necesitaré una ayudante, una de las camareras, una persona invisible, discreta e inteligente que me traiga las bebidas y esté a mi disposición para una serie de... ¿cómo decirlo?... de encargos poco habituales que podría hacerle de repente. Deberá cumplirlos sin preguntas ni vacilaciones.

—Más vale que salga bien.

Pendergast hizo una pausa.

—Por descontado que, si tuviera éxito, esperaré otro favor a cambio.

—Por descontado —dijo Kemper.

Pendergast se levantó y se dispuso a salir del despacho y entrar en la central de seguimiento. Justo antes de que se cerrara la puerta, Kemper le oyó exclamar con meloso acento sureño:

—¡Que me aspen si no es la postura del apadravyas! ¡A la edad que tienen!

La anciana del camarote 1039 se giró un poco en la cama, mascullando en sueños. Poco después volvió a girarse, y sus murmullos se volvieron más inquietos. Había algo que no la dejaba dormir, unos golpes fuertes e insistentes.

Abrió los ojos.

—¿Inge? —graznó.

La única respuesta fue otro golpe.

Levantó una mano huesuda para coger la barra de hierro que se extendía a lo largo de todo el cabezal, y muy despacio, dolorosamente, se sentó en la cama. Había estado soñando algo bastante bonito sobre Monty Hall y su concurso, la puerta número dos y la vaselina. Se pasó la lengua por los labios resecos, intentando recordar los detalles, pero ya se estaban perdiendo en una bruma de recuerdos huidizos.

—¿Dónde estará esta chica? —masculló, sintiendo una punzada de miedo.

Se oyeron más golpes. Llegaban de fuera del dormitorio.

Bajo incontables capas de raso y algodón apareció una mano arrugada que se acercó a la mesita de noche, cogió una dentadura postiza y la ajustó a unas encías anémicas. Después, la misma mano buscó a tientas, abriéndose y cerrándose, hasta que se contrajo en torno al puño de un bastón. Entre gruñidos e imprecaciones, la anciana se puso de pie. Se notaba el movimiento del barco. No despegó ni un momento la mano de la pared al ir hacia la puerta del dormitorio.

—¡Inge! —gritó.

Tuvo otro ataque de miedo. Aborrecía no poder valerse sola, y le asustaba y avergonzaba su fragilidad. Siempre había sido independiente, y ahora aquella maldita vejez, aquella horrible dependencia de los demás...

Encendió la luz y miró a su alrededor, intentando dominar el miedo. ¿Dónde demonios estaba la chica? ¿No le daba vergüenza dejarla sola? ¿Y si se caía? ¿Y si tenía un infarto? Te compadeces de una chica, le das trabajo y ¿cómo te lo paga? Con falta de respeto, de lealtad y de obediencia. Seguro que Inge estaba tonteando con algún empleadillo del barco. Pues ya se le había agotado la paciencia. En cuanto el barco atracase en Nueva York, echaría con cajas destempladas a esa pequeña bruja. Sin previo aviso ni carta de recomendación. Tendría que volver a Suecia usando sus encantos, golfa, más que golfa.

Se paró a descansar en la puerta, apoyando todo su peso en el marco. Desde ahí se oían más los golpes. Procedían de la puerta principal de la suite. También se oía una voz.

—¡Petey! ¡Eh, Pete!

Una voz en sordina, en el pasillo.

—¿Qué? —exclamó la anciana—. ¿Quién es? ¿Qué quiere?

Los golpes cesaron.

—¡Vamos, Pete! —contestó la voz—. No esperaremos toda la noche.

—¡Eh, Petey, mueve el culo y sal! —dijo otra voz de borracho al otro lado de la puerta—. ¿Te acuerdas de las tías que hemos conocido esta noche en Trafalgar's? Pues han vuelto al club después de que te fueras, y desde entonces no hemos parado de darle al champán. Ahora están en mi cuarto, con un pedo de la hostia. Vamos, tío, es tu oportunidad para un buen polvo. La rubia alta tiene un par de tetas que...

La anciana empezó a temblar de rabia e indignación. Se cogió con más fuerza al marco de la puerta.

—¡Dejadme en paz! —gritó a pleno pulmón—. ¡Fuera de aquí!

—¿Qué? —dijo la primera voz, algo desconcertada.

—¡Fuera de aquí, he dicho!

Una pausa, seguida por una risita.

—¡Mierda! —dijo la segunda voz—. ¡Rog, la hemos cagado!

—¡Qué va, tío! Estoy seguro de que dijo la 1039.

—¡Voy a llamar a seguridad! —dijo la anciana con su voz estridente.

Al otro lado de la puerta, en el pasillo, se oyó una explosión de carcajadas, seguida por pasos que se alejaban.

La anciana se apartó jadeando de la puerta y se apoyó en el bastón para mirar en el salón. En efecto, no había dormido nadie en el sofá. El reloj marcaba las once y media. La habían abandonado. Estaba sola.

Se volvió despacio y regresó con gran esfuerzo al dormitorio, con el corazón latiéndole muy deprisa. Después de sentarse en la cama, y de dejar el bastón al lado, se giró hacia la mesita de noche, cogió el teléfono y marcó el cero.

—Centralita del barco —dijo una voz agradable—. ¿Qué desea?

—Páseme con seguridad —graznó la anciana.

28

Anh Minh vio al jugador justo después de que llegara a las mesas de blackjack del casino Mayfair. El señor Pendergast. Era el nombre que le había dado el señor Hentoff. Con su esmoquin negro, parecía un enterrador. Al verle parado en la puerta, paseando la mirada de sus ojos claros por la sala poco iluminada y elegantemente decorada, tuvo un ligero escalofrío. Muy fuerte tenía que jugar para que el señor Hentoff le asignase una camarera en exclusiva. Se acordó de las extrañas instrucciones que había recibido.

—¿Le apetece beber algo? —preguntó acercándose a él.

—Un gin-tonic, por favor.

Al regresar con la bebida (sólo tónica, tal como le habían indicado), encontró al extraño personaje en las mesas de apuestas altas, en compañía de un hombre joven, rubio y muy acicalado, que llevaba un traje negro. Se acercó y esperó pacientemente con la bebida en la bandeja.

—Total —decía en aquel momento el jugador (con un acento totalmente distinto)—, que le di al tío veintidós mil seiscientos diez dólares, contantes y sonantes, en billetes de cien: uno, dos, tres, cuatro... y al llegar a cinco salió uno de veinte. Fue cuando me di cuenta de que me habían estafado. ¡Habían rellenado el fajo de cien con billetes de veinte! ¡Qué cabreo pillé! De veinte, y algunos de diez, y hasta de cinco y de uno.

—Perdone —dijo el joven, repentinamente enfadado—, pero me importan una mierda sus billetes de cien, de veinte o de lo que sea.

Se alejó deprisa, con mala cara, moviendo los labios como si hablara solo.

Pendergast se volvió sonriendo hacia Anh.

—Gracias.

Cogió el vaso y dejó un billete de cincuenta en la bandeja, mientras sus ojos recorrían nuevamente la sala.

—¿Quiere que le traiga algo más?

—Sí. —Bajó la voz, indicando algo con un pequeño movimiento de los ojos—. ¿Ve a aquella mujer de allí? ¿La del vestido suelto hawaiano, un poco gruesa, que se pasea por las mesas de apuestas altas? Pues me gustaría hacer un pequeño experimento. Cambie este billete de cincuenta y llévele un montón de billetes y monedas sobre su bandeja; dígale que es el cambio de la copa que había pedido. Ella le dirá que no ha pedido nada. Usted finja no entenderla, y empiece a contar el dinero. Suéltele todos los números que pueda. Si esa mujer es lo que creo, quizá se enfadará como el joven con quien he estado hablando, o sea, que no se ponga nerviosa.

—De acuerdo.

—Gracias.

Anh fue a la caja y cambió el billete de cincuenta por diversos billetes y monedas. Lo puso todo en la bandeja y se acercó a la mujer del vestido suelto.

—Su cambio, señora.

—¿Qué?

La mujer la miró distraídamente.

—Su cambio. Diez libras, cinco libras, dos de una libra...

—Yo no he pedido nada de beber.

Intentó irse. Anh la siguió.

—Su cambio. Uno de diez libras y tres de una libra, que suman trece libras, veinticinco peniques...

La mujer soltó un silbido de exasperación.

—¿Acaso no me ha oído? Yo no he pedido ninguna bebida.

Anh persiguió a la mujer.

—La bebida son seis libras con setenta y cinco peniques, por tanto su cambio asciende a trece libras con veinticinco peniques.

—¡Idiota! ¡Incompetente! —estalló la mujer, volviéndose hacia ella en un remolino de colores; se acercó con la cara congestionada.

—Lo siento mucho.

Anh Minh se batió en retirada con la bandeja de dinero, seguida por la mirada hostil de la mujer. Cuando volvió a la barra, llenó un vaso con tónica y cubitos y puso una rodaja de limón. Encontró a Pendergast paseando entre la multitud, atento a todo.

—¿Una copa, señor?

Él la miró. Anh tuvo la impresión de que era una mirada divertida. Pendergast habló rápido y en voz baja.

—Aprende deprisa. Bien, ¿ve a aquel hombre sentado a la izquierda del crupier en la mesa de su derecha? Pues échele encima esta bebida, necesito su asiento. Ahora.

Anh se dio ánimos y caminó hacia la mesa indicada.

—Su bebida, señor.

—Gracias, pero no he...

Sacudió la bandeja. La bebida se derramó en la entrepierna del hombre, que se levantó como impulsado por un resorte.

—¡Pero, bueno...!

—¡Oh, cuánto lo siento, señor!

—¡Mi esmoquin nuevo!

—¡Perdone! ¡Lo siento mucho!

El hombre sacó un pañuelo del bolsillo del pecho y lo usó para sacudirse los cubitos y el líquido. Pendergast se acercó sigilosamente, dispuesto a cogerle el asiento.

—¡Lo siento mucho! —repitió Anh.

—¡Bueno, vale, no pasa nada! —El hombre se volvió hacia la crupier—. Me voy.

Recogió las fichas y se fue hecho una furia, momento en el que Pendergast se deslizó rápidamente en su asiento. La crupier barajó las cartas, las dejó encima de la mesa y le dio a Pendergast la carta de corte. Pendergast la introdujo en la baraja. La crupier cortó y cargó el sabot, introduciendo la carta de corte más abajo de lo normal.

Anh Minh se quedó cerca, preguntándose cuál sería la siguiente locura que le pediría Pendergast.

Aloysius Pendergast miró a los jugadores con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Cómo va la noche? ¿Hay suerte?

El chino de la derecha de la crupier (su objetivo) no se dio por aludido. Las dos mujeres maduras del medio, que parecían hermanas, saludaron discretamente con la cabeza.

—¿Está repartiendo buenas cartas? —preguntó a la crupier, una mujer menuda.

—Se hace lo que se puede —respondió ella con indiferencia.

Al echar un rápido vistazo a la sala, Pendergast se dio cuenta de que la mujer del vestido suelto hawaiano, que fingía hablar por un teléfono móvil, se estaba fijando en su mesa. Espléndido.

—Presiento que tendré suerte.

Dejó una ficha de diez mil libras en el círculo de apuestas, y otra delante, para la crupier.

Las dos mujeres se quedaron mirando las fichas un momento y luego colocaron las suyas, más modestas, de mil libras. El chino empujó una ficha hacia el círculo de apuestas: también de mil.

La crupier repartió las cartas.

Pendergast se quedó con dos ochos. Las dos mujeres jugaron. El objetivo de Pendergast sacó un doce y se pasó con una figura. La crupier sacó un veinte en tres cartas, y recogió el dinero de los cuatro.

En ese momento volvió la camarera con otra bebida, y Pendergast tomó un buen trago.

—Qué suerte más perra —dijo al dejarlo sobre un posavasos y coger más fichas.

Jugaron varias manos, hasta que Pendergast dejó de apostar.

—¿Su apuesta, señor?

—Ésta me la salto —dijo Pendergast. Se volvió hacia Anh Minh—. Tráeme otro gin-tonic —dijo con voz pastosa—. Muy seco.

La camarera se fue.

El chino volvió a apostar, esta vez cinco mil. Su rostro de hombre maduro y cansado mantenía exactamente la misma expresión de antes. Esta vez paró en quince; la crupier sacó un seis y se pasó.

El sabot se fue vaciando. Pendergast vio con el rabillo del ojo que en la mesa contigua estaba ganando otro jugador marcado, al que vigilaba el joven rubio. El truco consistiría en obligar al de la mesa de Pendergast a perder más dinero, para compensar. El grupo de cartas que había detectado en el momento de barajar no estaba lejos, y era muy prometedor.

Saltaba a la vista que la observadora del vestido hawaiano también estaba atenta a la partida. Ahora que faltaba poco para que apareciese el grupo de naipes detectado por Pendergast, la

cuenta que llevaba el agente ya era de once positivos. Su objetivo colocó un montón de fichas en el interior del círculo de apuestas: cincuenta mil.

Se oyó un murmullo.

—¡Si él puede, yo también, qué diablos! —dijo Pendergast, poniendo otros cincuenta. Guiñó un ojo a su objetivo y levantó el vaso—. Por nosotros, amigo.

Cada una de las dos señoras apostó mil. Se procedió al reparto de cartas.

Pendergast se paró en dieciocho.

El objetivo sacó doce, pidió otra carta cuando la crupier mostraba un cinco (infringiendo la estrategia básica) y recibió un ocho.

Un «¡ooooh!» brotó entre la gente.

Las dos mujeres sacaron diversas cartas bajas, hasta que una de ellas pasó de veintiuno. Entonces la crupier completó su mano: tres, cinco, seis, cinco. Diecinueve. Ganaba el objetivo de Pendergast.

Jugaron algunas manos más, en las que la mayoría de las cartas que salían del sabot eran bajas. La cuenta de Pendergast no dejaba de aumentar. Aún quedaban por repartir muchos de los dieces, y la mayoría de los ases. Por si fuera poco, todos ellos estaban metidos en el grupo de cartas que él, con su aguda vista y su memoria prodigiosa, había seguido meticulosamente. Por ello, y por lo que había podido ver cuando la crupier barajaba y cortaba las cartas, supo la situación exacta de siete naipes en el grupo, lo que le permitió hacer una certera suposición acerca de la situación de muchas más. Su cuenta secundaria de ases estaba en tres. Había otros trece, dos de los cuales tenía localizados. Si sabía hacerlo, era su oportunidad. Todo dependía de controlar bien las cartas.

Durante aquella mano tendría que pasarse en cuatro cartas.

Apostó mil.

Su objetivo puso cien mil.

Otro «¡ooooh!» de la multitud.

A Pendergast le dieron catorce.

A su objetivo le dieron quince. La carta boca arriba de la crupier era un diez.

Pendergast pidió. Un cinco: diecinueve. Justo cuando la crupier iba a repartir al siguiente jugador, Pendergast dijo:

—Deme otra.

Se pasó de veintiuno.

Se oyeron silbidos de burla, susurros y una risa despectiva. Pendergast bebió un trago, y al mirar de reojo a su objetivo descubrió que le observaba con cierto desprecio.

Su objetivo pidió una carta, y recibió un ocho. Se había pasado. La crupier recogió sus cien mil.

Gracias a un rápido cálculo mental, Pendergast supo que la cuenta parcial ya era de veinte, y el total aún más alto. Algo casi inaudito. La crupier ya había repartido el setenta y cinco por ciento de las cartas, pero de momento sólo habían salido tres ases. El resto estaba concentrado en el grupo de cartas restante. Se trataba de una combinación a la que no podía resistirse ningún contador de cartas. Si el objetivo seguía el Criterio de Kelly (y, si era mínimamente listo, debía de

seguirlo), apostaría mucho dinero, muchísimo. Pendergast sabía que en aquel momento la clave para controlar la partida era parar las cartas buenas a la vez que dejar que corrieran las malas. El problema eran las dos mujeres que había entre su objetivo y él; las cartas que recibieran, cómo las jugaran y las complicaciones que pudiera comportar.

—¿Señoras? ¿Señores? —preguntó la crupier, invitándoles con un gesto a hacer sus apuestas.

Pendergast apostó cien mil. El chino colocó un montón de fichas: doscientos cincuenta mil. Las dos señoras apostaron sus respectivos mil, y se miraron riendo.

Pendergast levantó una mano.

—No reparta todavía. Yo esto no puedo hacerlo sin otra copa.

La crupier pareció alarmarse.

—¿Desea interrumpir la partida?

—Necesito una copa. ¿Y si pierdo?

El objetivo no parecía contento.

La crupier miró inquisitivamente al vigilante que rondaba en las inmediaciones de la mesa. Recibió su permiso con un gesto de la cabeza.

—Está bien, haremos una breve pausa.

—¿Camarera!

Pendergast hizo chasquear los dedos.

Anh Minh llegó corriendo.

—¿Señor?

—¡Algo de beber! —reclamó él, dándole un billete de cincuenta, que se le cayó al suelo.

Justo cuando la camarera se agachaba para recogerlo, él se levantó.

—¡No, no, ya lo recojo yo!

Cuando sus cabezas estuvieron cerca, Pendergast dijo:

—Llévese de la mesa a las dos señoras. Ahora mismo.

—Sí, señor.

Pendergast se levantó con el billete en la mano.

—¡Aquí está! ¡Quédate con el cambio, pero no te atrevas a volver sin la bebida!

—Sí, señor.

Anh se fue a toda prisa.

Pasó un minuto. Otro. Ya había corrido la voz de lo que se apostaba, y se estaba formando un corro de público bastante nutrido alrededor de la mesa. La gente cada vez se impacientaba más, por no hablar del objetivo. El centro de todas las miradas eran los inestables montones de fichas sobre el fieltro verde.

—¡Paso! —gritó alguien.

Hentoff, el director del casino, se abrió camino entre la gente. Se detuvo ante las dos mujeres de la mesa de Pendergast y les sonrió efusivamente, abriendo los brazos.

—¿Josie y Helen Roberts? ¡Es su día de suerte!

Ellas se miraron.

—¿De verdad?

Hentoff les pasó un brazo por la espalda a cada una e hizo que se levantaran.

—Cada día organizamos una pequeña lotería, en la que se introducen automáticamente los números de todos los camarotes. ¡Y han ganado ustedes!

—¿Qué hemos ganado?

—¡Masajes de noventa minutos con Raúl y Jorge, un tratamiento de lujo en el spa, una cesta de productos de belleza y una caja de Veuve Clicquot! —Eché un vistazo a su reloj—. ¡Uy! ¡Si no nos damos prisa Raúl y Jorge se irán! ¡Ya llevábamos un rato buscándolas!

—Es que estábamos a punto de...

—Tenemos que darnos prisa. El premio sólo es válido durante un día. Aquí pueden volver siempre que quieran. —Le hizo señas a la crupier—. Cámbieles las fichas.

—¿Con las apuestas encima de la mesa, señor?

—He dicho que les cambie las fichas.

La crupier obedeció. Hentoff se llevó a las dos mujeres, cogidas por el hombro. Poco después llegó Anh Minh con la bebida.

Pendergast se la bebió de golpe y dejó ruidosamente el vaso sobre la mesa. Después miró a su alrededor con una amplia sonrisa.

—Perfecto, ya he recuperado fuerzas.

La crupier pasó la mano por encima de la mesa, preguntó si había más apuestas y repartió las cartas. Pendergast recibió dos ases, y los separó. Su objetivo recibió dos sietes, que también separó. La carta boca arriba de la crupier era una reina.

El objetivo colocó otra pila de fichas para la segunda mano. Había medio millón encima de la mesa. Pendergast añadió su segunda apuesta, con lo que elevó la cifra hasta doscientos mil.

La crupier le repartió sus dos cartas: un rey y una jota. Dos blackjacks.

La gente empezó a aplaudir, pero dejó de hacerlo de golpe cuando la crupier se volvió hacia el objetivo y repartió una carta sobre cada siete.

Otros dos sietes, tal como esperaba Pendergast.

—¡Lástima que no sea una partida de póquer! —dijo gritando.

Su objetivo volvió a separar los sietes (no le quedaba más remedio), y apostó a regañadientes otros dos montones de fichas. Ahora tenía delante un millón de libras.

La crupier repartió cuatro cartas: jota, diez, reina y as.

El público esperaba. Reinaba un silencio fuera de lo común.

La crupier giró su carta oculta... y apareció un diez.

La gente soltó un suspiro colectivo al darse cuenta de la situación. Esta vez no hubo aplausos, sino sólo un murmullo agudo y excitado. Casi se podía palpar el regodeo en la desgracia ajena.

Pendergast se levantó de la mesa, recogió sus ganancias y le hizo otro guiño al chino, que parecía una estatua mientras veía cómo se llevaban sus fichas para contarlas y guardarlas.

—Unas veces se gana y otras se pierde —dijo, sacudiendo alegremente sus fichas.

Al salir del casino, vio fugazmente a Hentoff, que le miraba con la boca totalmente abierta.

Cuando el primer oficial, LeSeur, entró en el puente, justo antes de medianoche, percibió enseguida la tensión. Volvía a estar presente el comodoro Cutter, con sus recios brazos cruzados por encima del fornido pecho, y una impasibilidad absoluta en sus facciones rosadas y carnosas. El resto de la dotación del puente estaba en sus puestos, en un ambiente de silencio y nerviosismo.

Pero no era sólo la presencia de Cutter lo que cargaba el aire de tensión. LeSeur estaba al corriente de que a pesar de la búsqueda de nivel dos no habían conseguido localizar a la señora Evered. Su marido se había vuelto incontrolable. No se estaba quieto ni un momento, e insistía constantemente en que su mujer era incapaz de saltar, y en que la habían asesinado o secuestrado. Su comportamiento empezaba a alarmar al resto de los pasajeros, y ya circulaban rumores. Para colmo de males, el suicidio truculento e inexplicable de la camarera tenía muy asustada a la tripulación. Al investigar discretamente la coartada de Blackburn, LeSeur había comprobado que se sostenía; a esas horas el multimillonario estaba cenando, efectivamente, y su criada personal se hallaba en la enfermería.

Estaba meditando en esos problemas cuando llegó al puente el oficial de guardia para relevar al anterior. Mientras los dos hablaban en voz baja sobre el cambio de turno, LeSeur se acercó sin prisas al puesto de control, donde estaba la capitán Mason, pendiente de los aparatos electrónicos. Mason se volvió, le saludó con la cabeza y prosiguió con su trabajo.

—¿Rumbo, velocidad y condiciones? —preguntó Cutter al nuevo oficial de guardia.

Era una consulta meramente formal. LeSeur estaba seguro, no sólo de que Cutter ya sabía las respuestas, sino de que en caso contrario le habría bastado un vistazo al ECDIS para conseguir toda la información necesaria sobre el rumbo y las condiciones meteorológicas.

—Posición: latitud 9 grados 50,36 minutos Norte, longitud 2 grados 43,08 minutos Oeste. Rumbo verdadero dos cuatro uno. Velocidad veintinueve nudos —contestó el oficial de guardia—. Estado del mar cuatro, viento de veinte a treinta nudos en la popa de estribor, olas de entre dos metros y medio y tres y medio. Presión barométrica: 29,96, en descenso.

—Imprímame nuestra posición.

—Sí, señor.

El oficial de guardia pulsó unas teclas y al instante empezó a salir un papel fino por una ranura situada en el lateral de la consola. Cutter lo arrancó y le echó un vistazo antes de guardarlo en un bolsillo de su uniforme inmaculadamente planchado. LeSeur ya sabía qué haría con el documento:

en cuanto volviera a su camarote lo compararía con la posición relativa del *Olympia* en su travesía del año anterior, la del récord.

Al otro lado de los grandes ventanales que ocupaban toda la parte delantera del puente, el frente se acercaba, y el mar empezaba a agitarse visiblemente. Era una borrasca que avanzaba despacio, y que por tanto les acompañaría durante la mayor parte del viaje. Al hender las olas, la afilada proa del *Britannia* levantaba enormes cortinas de agua y espuma que, tras alcanzar alturas de hasta quince metros, caían sobre las cubiertas exteriores de popa. El barco había iniciado un movimiento de vaivén muy pronunciado.

La mirada de LeSeur recorrió los paneles de control y observó que los estabilizadores sólo estaban desplegados a medias, con lo cual se sacrificaba la comodidad de los pasajeros en aras de la velocidad. Supuso que eran órdenes de Cutter.

—¿Dónde está Kemper? —preguntó Cutter al otro lado del puente.

—Debe de estar a punto de llegar, señor.

Cutter no contestó.

—Dadas las circunstancias, propongo estudiar seriamente la...

—Primero quiero oír el informe —interrumpió Cutter.

Mason volvió a quedarse callada. LeSeur tuvo claro que había llegado en plena polémica sobre algo.

Se abrió otra vez la puerta del puente y entró Kemper, el jefe de seguridad.

—Ah, señor Kemper, por fin llega —dijo Cutter sin mirarle—. Su informe, por favor.

—Hemos recibido la llamada hace unos cuarenta minutos, señor —dijo Kemper—. Era la ocupante de la suite 1039, una mujer de edad avanzada que quería denunciar la desaparición de su acompañante.

—¿De quién se trata?

—De una joven sueca, Inge Larssen. Hacia las nueve de la noche acostó a la anciana, y se supone que después se acostó ella, pero unos pasajeros borrachos que llamaban a la puerta, confundiendo de camarote, despertaron a la anciana. Fue entonces cuando vio que la señorita Larssen no estaba. La hemos estado buscando desde entonces, pero no aparece.

El comodoro Cutter se volvió despacio hacia el jefe de seguridad.

—¿Nada más, señor Kemper? El capitán Mason me había dado a entender que era algo grave.

—Nos ha parecido que al tratarse de la segunda desaparición, señor...

—¿No había dejado bien claro que las vicisitudes de los pasajeros no son de mi incumbencia?

—No le habría molestado, señor, pero hemos emitido un aviso por megafonía y hemos registrado a fondo los espacios públicos, sin resultado, como ya le he dicho.

—Es evidente que está con algún hombre.

Cutter volvió a orientar hacia los ventanales su robusto cuerpo.

—El señor Kemper tiene razón. Ya es la segunda desaparición —dijo Mason—, lo cual creo que justifica que le informemos a usted, señor.

Cutter siguió sin decir nada.

—Además, como ya le comunicó el señor Kemper, al investigar la primera desaparición encontramos muestras coincidentes de pelo y piel en la cubierta de paseo de babor.

—Eso no demuestra nada. Podrían proceder de cualquier parte. —Cutter hizo un gesto medio irritado, medio despectivo con el brazo—. Además, ¿qué pasa si saltó? Sabe tan bien como yo que un barco en alta mar es un palacio flotante del suicida.

Las desapariciones en el mar no tenían nada de raro, eso LeSeur ya lo sabía (eso y el celo con el que siempre las encubría la tripulación), pero la respuesta era tan despiadada que pareció tomar por sorpresa hasta a la propia Mason. La capitán se quedó callada unos treinta segundos, hasta que carraspeó y volvió a la carga.

—Señor —dijo, respirando hondo—, debemos plantearnos la remota posibilidad de que dos desapariciones indiquen la presencia a bordo de un psicópata.

—¿Y yo qué quiere que haga?

—Mi consejo, con todo respeto, es que nos planteemos desviarnos hacia el puerto más cercano.

Cutter se quedó mirándola por primera vez, con unos ojos que eran como dos trozos de carbón en la carne rosada y llena de venas. Contestó despacio, con voz gélida.

—Es un consejo que me parece poco meditado y desprovisto de valor, capitán Mason. Estamos en el *Britannia*.

El nombre del barco quedó flotando en el aire como si lo explicase todo.

Mason respondió en voz baja, sin ninguna agitación.

—Sí, señor.

Fue lo último que dijo antes de pasar al lado de Cutter y salir del puente.

—Son todas unas histéricas —murmuró entre dientes Cutter.

Sacó el papel impreso de su bolsillo y lo miró otra vez, frunciendo aún más el entrecejo. Al parecer no estaba satisfecho con la posición del barco, incluso sin haberla comparado con los datos de navegación del *Olympia*. Se volvió directamente hacia el timonel, haciendo caso omiso del oficial de guardia.

—Aumente la velocidad a toda máquina.

—A toda máquina, sí, señor.

A LeSeur ni se le ocurrió abrir la boca para protestar. Ya sabía que no serviría de nada, de nada en absoluto.

Exactamente a las doce y veinte, Constance Greene salió del puesto de camareras de popa estribor de la cubierta 9 y empujó el carrito de la limpieza por la blanda moqueta en dirección al tríplex Peshurst. Durante casi dos horas había matado el tiempo doblando sábanas y distribuyendo los botellines de elixir dental y champú en los estuches de regalo, mientras esperaba a que Scott Blackburn saliera de la suite para dirigirse al casino. Sin embargo, la puerta no había querido abrirse en toda la tarde, y sólo hacía un momento que Blackburn se había decidido a salir. Tras una rápida mirada a su reloj de pulsera, fue a toda prisa por el pasillo hacia el ascensor abierto.

Constance detuvo el carrito delante de la suite y dedicó un momento a arreglarse y a alisarse el uniforme de camarera, hecho lo cual sacó la tarjeta que le había dado Pendergast y la deslizó por la ranura. La cerradura se abrió. Constance empujó la puerta y tiró lo más sigilosamente que pudo del carrito.

Después de cerrar la puerta sin hacer ningún ruido, se quedó en la entrada para hacerse una idea de la suite. El Peshurst era uno de los dos tríplices de lujo del *Britannia*: doscientos cincuenta metros cuadrados que destacaban por su espaciosidad y sus servicios. Los dormitorios estaban en los pisos de arriba. Delante de Constance estaban la sala de estar, el comedor y la cocina.

«Tráeme su basura», había dicho Pendergast. Constance entornó los ojos.

No sabía cuánto tiempo pensaba permanecer Blackburn en el casino (suponiendo que fuese efectivamente allí adonde iba), pero había que partir de la premisa de que no demasiado. Consultó su reloj: las doce y media. Se dio un cuarto de hora.

Empujó el carrito por el parquet del vestíbulo, mirando a ambos lados con curiosidad. Aparte del revestimiento de maderas nobles, idéntico al de la suite que compartían ella y Pendergast, todo era radicalmente distinto. Blackburn había adornado prácticamente todas las superficies con objetos de su colección. En el suelo había alfombrillas tibetanas de seda y lana de yak, y en las paredes, cuadros cubistas e impresionistas con grandes marcos. Más adelante, en un rincón de la sala de estar, había un piano Bösendorfer de caoba. Las abundantes mesitas y las estanterías que cubrían una de las paredes estaban llenas de ruedas de oración, armas rituales, cajas decorativas de oro y plata y una gran profusión de esculturas. Encima de la chimenea había un mandala grande e intrincado; al lado, un armario de teca maciza reflejaba la poca luz de la suite.

Dejó el carrito y se acercó al armario cruzando la sala de estar. Al principio, pensativa,

acarició la madera pulida. Después abrió la puerta. Dentro había una gran caja fuerte de acero, que casi ocupaba todo el interior.

Retrocedió, examinándola. ¿Era lo bastante grande como para que cupiera el Agozen?

Llegó a la conclusión de que sí, de que cabía. Entonces cerró la puerta del armario y sacó un trapo del bolsillo del delantal para frotar los bordes que había tocado. Un objetivo cumplido. Miró por segunda vez a su alrededor, tomando nota mentalmente de todas las piezas de la colección de Blackburn, nutrida y muy ecléctica.

Al volver hacia el carrito, se detuvo al pie de la escalera. Había oído algo en el piso de arriba. Se quedó a la escucha sin mover un solo músculo. Otra vez. Era un ronquido apagado que salía de la puerta abierta de un dormitorio, en el primer rellano.

De modo que quedaba alguien en la suite... Probablemente la criada personal de Blackburn. Las cosas se complicaban.

Empujó el carrito por el vestíbulo, con el cuidado necesario para que la escoba y la mopa no hicieran ruido en sus soportes. Tras aparcarlo en medio de la sala de estar, procedió rápidamente a vaciar las papeleras y los ceniceros en la bolsa vacía de basura que había colgado en el carrito. Después entró en la cocina y en el comedor para repetir la operación, dejando el carro donde estaba. Prácticamente no había nada que tirar. Se notaba que la criada de Blackburn había hecho una limpieza a fondo.

Volvió a la sala de estar y se quedó pensando. No se atrevía a subir al piso de arriba para el resto de la basura. Despertaría a la criada, y probablemente tendría lugar una escena desagradable. De hecho ya había conseguido la información más importante: la situación y dimensiones de la caja fuerte de Blackburn y un rápido inventario de su colección. Quizá fuera mejor irse.

Mientras se decidía, observó algo curioso: frente a la pulcritud absoluta y reluciente de las mesas y los objetos de arte, y lo vacías que estaban las papeleras y las basuras, sorprendía la cantidad de polvo que había en el suelo, sobre todo alrededor de las molduras. Al parecer la habilidad de la criada de Blackburn no incluía el uso de la aspiradora. Se puso de rodillas y pasó un dedo por la base de la moldura de caoba. No era polvo, sino serrín.

Alzó la vista hacia la aspiradora que colgaba del carrito de la limpieza. Si la encendía, seguro que despertaría a la criada. Pero qué remedio... Se acercó al carrito, descolgó la aspiradora del gancho, sacó la bolsa vieja y la cambió por una nueva. Después se aproximó a la pared más cercana de la sala de estar, se puso de rodillas, encendió la aspiradora e hizo varias pasadas rápidas por el borde del suelo, aspirando todo el polvo que le fue posible.

Casi enseguida se oyó un golpe sordo en el piso de arriba.

—¿Hola? —dijo una mujer con voz de sueño—. ¿Quién es?

Constance fingió no oír nada a causa del ruido. Fue al centro de la sala y se puso de rodillas para pasar la aspiradora varias veces por la parte superior de las molduras. Siguió por las alfombras del vestíbulo, buscando pelos y fibras.

Al cabo de un minuto se oyó otra vez la voz, mucho más fuerte.

—¡Eh! ¿Qué hace?

Constance se levantó, apagó la aspiradora y se volvió. En el primer escalón había una mujer

baja y con forma de melón, de unos treinta años, roja de cara, envuelta en una toalla enorme que sujetaba con un antebrazo fofo.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó de nuevo.

Constance hizo una reverencia.

—Perdone que la despierte, señora —dijo, adoptando su acento alemán—. Es que la criada que suele limpiar la suite ha tenido un accidente, y la estoy sustituyendo.

—¿Pero si es más de medianoche! —dijo con voz chillona la mujer.

—Lo siento, señora, pero es que me dijeron que limpiase la suite en cuanto se quedara vacía.

—¿El señor Blackburn dio órdenes concretas de que en esta suite ya no hubiera servicio de limpieza!

En aquel momento se oyó algo fuera: el sonido de una tarjeta introducida en una ranura, seguido por el clic de una cerradura al abrirse. La criada, sonrojada y boquiabierta, subió corriendo hacia su cuarto. Poco después se abrió la puerta principal, y entró Blackburn con varios periódicos enrollados debajo del brazo.

Constance le miró sin moverse, con la aspiradora portátil en una mano.

Él se paró a observarla fijamente, entrecerrando los ojos. Después, con calma, se volvió hacia la puerta, dio dos vueltas al pestillo, cruzó el recibidor y dejó los periódicos sobre una mesita.

—¿Quién es usted? —preguntó, dándole la espalda.

—Con permiso, señor, soy su camarera —dijo ella.

—¿Camarera?

—La nueva —prosiguió—. Juanita, la chica que limpiaba esta suite, ha tenido un accidente, y ahora me han encargado...

Blackburn se volvió y se quedó mirándola. Constance no terminó la frase. Había algo en la expresión de Blackburn, en sus ojos, que la impresionó: una determinación tan dura y limpia como el acero pulido, teñida de algo parecido al miedo, o incluso a la desesperación.

Lo intentó otra vez.

—Lamento haber venido tan tarde, pero además de los camarotes de Juanita sigo limpiando los míos, y se me acumula el trabajo. Creía que no había nadie. Si no, no...

De repente, una mano salió disparada, y la agarró por la muñeca. Blackburn la estrujó cruelmente y arrastró a Constance, cortándole el aliento de dolor.

—Y una mierda —dijo en una alarmante voz baja, a pocos centímetros de su cara—. Esta misma tarde he dado órdenes muy claras de que mi suite sólo la limpie mi asistente personal.

Apretó más.

Constance reprimió un gemido.

—Por favor, señor... No me lo había dicho nadie. Si no quiere que le limpien las habitaciones, me iré.

Blackburn la miró fijamente. Ella apartó la vista. La presión se volvió todavía más fuerte; Constance pensó que le destrozaría la muñeca. De pronto, Blackburn la empujó brutalmente, y ella cayó al suelo, mientras la aspiradora rebotaba varias veces por la alfombra.

—Vete de una puta vez —rugió Blackburn.

Constance se levantó, cogiendo la aspiradora y alisándose el uniforme, y pasó al lado de

Blackburn para colgar la aspiradora en su gancho y llevarse el carrito hacia la entrada de la suite. Abrió el pestillo, salió con el carrito por delante y, tras una sola y disimulada mirada a Blackburn, que ya subía por la escalera gritando a su criada por haber dejado que entrase en la suite una desconocida, se fue por el pasillo.

31

La mesa de cerezo pulido del comedor de la suite Tudor estaba cubierta de algo tan inverosímil como una bolsa grande de basura de plástico claro, de la que salían diversos desperdicios: papeles arrugados, bolas de pañuelos de papel, ceniza de cigarrillo... Pendergast daba vueltas a su alrededor como un gato inquieto, con las manos en la espalda; de vez en cuando se inclinaba para examinar algo, pero en ningún momento acercaba la mano para tocar o palpar. Constance estaba sentada cerca, en un sofá, mirándole. Llevaba uno de los vestidos elegantes que se había comprado en el barco.

—¿Dices que te ha echado? —murmuró Pendergast por encima del hombro.

—Sí.

—Es un maleducado. —Dio otra vuelta a la mesa y se paró a mirar a Constance—. ¿No hay nada más?

—No he tenido tiempo de ir a la parte de arriba de la suite. Como estaba la criada... Lo siento, Aloysius.

—No lo sientas. Lo he dicho por decir. Lo importante es que sabemos las dimensiones y la situación de la caja fuerte, y además me has hecho un resumen excelente de su colección. Lástima que no parezca contener el Agoyzen.

Metió una mano en el bolsillo, sacó unos guantes de látex, se los puso y empezó a examinar la basura. Primero cogió de la mesa una botella vacía de agua con gas, la inspeccionó y la dejó. Siguió varias etiquetas de tintorería, una colilla y ceniza, una tarjeta de visita arrugada, una pequeña servilleta de papel sucia, un tapón de champán, una caja rota de CD, un folleto del barco rasgado por la mitad, un agitador para cóctel, una caja vacía de cerillas Swan Vesta y media docena de cerillas de madera usadas. Lo revisó todo con gran cuidado. Tras soltar el último artículo, dio otra vuelta a la mesa con las manos en la espalda, se paró a examinar diversas piezas con la lupa y se irguió con un suspiro.

—Lo guardaremos donde no lo vea la mujer de la limpieza —dijo—. Por si quisiéramos volver a examinar algo.

Se quitó los guantes y los dejó sobre la mesa.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Constance.

—Ahora debemos buscar la forma de ver qué hay dentro de la caja fuerte. Preferiblemente cuando Blackburn no esté.

—Quizá sea difícil. Es como si tuviera miedo de algo, porque parece que se resiste a

ausentarse mucho rato de la suite, y no deja entrar a nadie.

—De cualquier otra persona diría que le han asustado las dos desapariciones de las que me has informado, pero no del señor Blackburn. Lástima que no haya reducido más deprisa mi lista. Ayer me habría sido relativamente fácil examinar sus habitaciones. —Pendergast miró a Constance—. Por otro lado, no podemos olvidar que, aunque Blackburn sea el principal sospechoso, también debemos examinar las habitaciones de Calderón y Strage, como mínimo para descartarles.

Se acercó al aparador para servirse una copa de Calvados. Sentado en el sofá, hizo girar con suavidad el aguardiente, se lo acercó a la nariz, bebió un poco y suspiró, entre satisfecho y apenado.

—Bueno, querida, muchas gracias —dijo—. Lamento que te hayan agredido. Me aseguraré a su debido tiempo de que Blackburn lo pague.

—Yo lo único que lamento es que...

Constance se calló de golpe.

—¿Qué pasa?

—Casi lo olvido. He traído algo más de su suite. He usado la aspiradora para recoger unas extrañas muestras de polvo.

—¿Por qué extrañas?

—Teniendo en cuenta que hay una criada fija, y que salta a la vista que Blackburn es un tirano de tres al cuarto, me ha parecido raro que hubiera tanto polvo en la sala.

—¿Polvo? —repitió Pendergast.

Constance asintió con la cabeza.

—La mayoría cerca de las paredes, debajo de la boiserie. De hecho parecía serrín.

Pendergast se había levantado.

—¿Dónde está la bolsa de la aspiradora, Constance?

Lo dijo con calma, pero sus ojos plateados brillaban de entusiasmo.

—Allí, al lado de la puerta...

Antes de que las palabras acabaran de salir de la boca de Constance, Pendergast ya estaba en la puerta principal. Cogió la bolsa, sacó un plato limpio de un armario de la cocina y volvió a la mesa. Sus movimientos eran extremadamente minuciosos. Sacó del bolsillo una navaja, cortó con cuidado la bolsa de la aspiradora y la vació despacio en el plato. Después se ajustó una lupa de joyero en un ojo y empezó a separar los residuos con la cuchilla de la navaja, trocito a trocito, como si examinase cada mota por separado.

—¿Sabes, Constance? —murmuró al inclinarse hacia la mesa hasta que su cara estuvo a pocos centímetros del tablero—. Creo que tienes razón. Es serrín.

—¿Restos de la construcción?

—No, serrín fresco; y si es lo que creo... —Cogió algo con unas pinzas y se irguió—. Entonces no tendremos que perder el tiempo con Calderón ni con Strage.

Constance miró la cara de Pendergast, pálida y ansiosa. Ella no tenía la menor idea de que podía ser aquel serrín.

Mientras ella se levantaba y se acercaba, Pendergast buscó un cenicero y una cerilla. Después

le hizo señas de que se colocara más cerca. Al ver las pinzas encima del cenicero, Constance distinguió fugazmente el brillo de un minúsculo cristal marrón.

—Atenta —dijo él en voz baja—, porque no durará mucho.

Encendió la cerilla, y esperó a que se apagara el fogonazo inicial para aplicar la llama al cristal.

Mientras miraban, la llama creció y desprendió humo. A continuación, Constance percibió un olor tenue que se esparció fugazmente por el camarote: un aroma exótico y complejo, como de almizcle y mirra, peculiar y un poco embriagador. Inconfundible, también.

—Conozco este olor —musitó.

Pendergast asintió con la cabeza.

—El olor del monasterio interior de Gsalrig Chongg. Un tipo especial de incienso que sólo fabrican ellos, y que se usa para luchar contra una especie de carcinoma de una voracidad única en el mundo.

—¿Carcoma? —repitió Constance.

—Sí.

Se volvió hacia el montoncito de la mesa.

—¿Quieres decir que este serrín...?

—Exacto. Algunas carcinomas de esa especie deben de haber subido a bordo dentro de la caja donde estaba guardado el Agoyzen. Blackburn no le ha hecho ningún favor a la línea North Star introduciéndolas en el *Britannia*. —Se volvió hacia Constance, sin que sus ojos hubieran perdido el brillo de entusiasmo—. Ya tenemos al culpable. Ahora lo único que falta es sacarle de su guarida y abrir su caja fuerte.

Scott Blackburn se acercó a la puerta de su suite, y tras colgar el cartelito de «NO MOLESTEN» en el exterior, cerró por dentro. Cuando llegó a su vestidor, dos pisos más arriba, se arrancó la corbata; también se quitó el traje y la camisa, y lo tiró todo a un rincón para que lo recogiese su criada. Lo último que se quitó fueron los pantalones. Se quedó un momento frente al espejo de cuerpo entero, flexionando los músculos y mirando su torso sin excesiva atención. Después sacó una túnica Toray color azafrán de un cajón cerrado con llave y se la puso despacio: primero la túnica interior y después la exterior. Era una seda tan fina, que resbalaba por su piel como el mercurio. Distribuyó los pliegues, dejando al descubierto un hombro y un brazo musculosos.

Entró en su salón privado, cerró la puerta y se quedó en el centro, absorto, rodeado por su colección de arte asiático. Sabía que debía calmar su mente, muy agitada por lo que había oído durante la cena: por lo visto, el día anterior una camarera había entrado en su habitación, después se había vuelto loca y se había suicidado. Más tarde el interrogatorio del jefe de seguridad, supuestamente de rutina... Y ahora pillaba en su suite a otra camarera del barco, pese a haber dado órdenes estrictas al director y a la jefa del servicio de limpieza. ¿Coincidencia?

¿O lo estaban investigando? ¿Habrían seguido sus movimientos, sus actividades, sus... adquisiciones?

Hacía tiempo, durante su ardua escalada hasta la cima de la jerarquía de Silicon Valley, Blackburn había aprendido a fiarse de su paranoia; había aprendido que si su intuición le decía que alguien iba a por él, solía ser así. Y en aquel barco del que no podía salir, donde no podía recurrir a sus habituales medidas de seguridad, se hallaba en una insólita situación de vulnerabilidad. Corrían rumores de que había una especie de investigador privado a bordo, un pasajero excéntrico, llamado Pendergast, que buscaba a un ladrón y asesino.

¿Y si aquel desgraciado le estaba investigando a él?

No podía saberlo con seguridad, pero cuantas más vueltas le daba, más probable le parecía. No podía permitirse ese riesgo. Se jugaba demasiado. A su adversario (a quien no podía llamar de otro modo si estaba en lo cierto) tendría que dispensarle un trato especial.

Un trato muy especial.

Apagó todas las luces de la sala y se quedó a oscuras, con todos los sentidos en estado de alerta. Lo primero que hizo fue escuchar atentamente, aislando todos los sonidos, hasta los más nimios: desde la vaga palpitación de los motores, en lo más profundo del acero remachado, hasta

el gemido del viento y del mar. Los golpecitos de la lluvia en el cristal, los sollozos de su criada en su dormitorio, las pisadas sordas en el pasillo... Sintonizó con las sensaciones de su cuerpo, sus pies descalzos sobre la felpa, el aroma a sándalo y cera de abeja del camarote, la sensación provocada por el profundo y grávido vaivén del barco.

Inhaló y exhaló. Había que expulsar temporalmente a los tres enemigos: el odio, el deseo y la confusión. Todo tenía que estar en calma. El más poderoso de los tres enemigos era el odio, que en aquel momento casi asfixiaba a Blackburn en su triunfal abrazo.

Con un férreo dominio de sí mismo, se acercó a un caballete situado junto a la pared del fondo. Encima había algo envuelto en un velo de la seda más fina. Había sido una imprudencia no dejarlo en la caja fuerte desde el principio, pero le daba mucha rabia tenerlo encerrado cuando lo necesitaba tan a menudo. Su criada personal tenía instrucciones terminantes de no levantar el velo bajo ningún concepto, ni mirar qué había debajo. Blackburn estaba seguro de que no lo haría. Había tardado años en encontrar a una persona de plena confianza, y tan carente de imaginación y de curiosidad, como aquella mujer. Sin embargo, quien sí debía de haber levantado el velo era la primera camarera del barco, la suicida, y ahora, si eran ciertas las sospechas de Blackburn, y ese tal Pendergast le buscaba, ni siquiera la caja fuerte sería suficientemente segura. De todos era sabido lo fácil que resultaba forzar las cajas fuertes de hotel, defecto que probablemente se extendiese a las de barco, aunque fuesen las de un barco tan grande como aquél. Estaban diseñadas para disuadir únicamente a ladrones de poca monta.

Tendría que encontrar un escondrijo mejor.

Evitando escrupulosamente cualquier contacto visual, levantó la tela de seda que tapaba el objeto y lo situó en el centro de la sala. Después distribuyó ceremoniosamente treinta y seis velas de mantequilla por una gran bandeja de plata, y las puso ante el objeto para iluminarlo mejor, siempre apartando la vista. También puso manojos de varillas de incienso en dos turíbulos de oro muy adornados, uno a cada lado del objeto.

Las velas de mantequilla parpadeaban e iluminaban la sala con su inconfundible luz dorada y temblorosa. El siguiente paso fue colocar una estera de seda delante de las velas y adoptar la posición del loto. Cerró los ojos y entonó un cántico, un murmullo grave en el que un oyente atento habría reconocido una sucesión de sonidos extraños y siempre iguales, sin principio ni final. El olor cálido y animal de las velas de mantequilla llenó paulatinamente el aire, mientras el cántico subía y bajaba, creando el peculiar efecto polifónico tibetano que recibe el nombre de *sygyt*: hacer sonar dos notas a la vez con la misma voz, efecto popularizado por los monjes Tengyo, entre quienes había estudiado él.

Tras media hora de cánticos con los ojos cerrados, la derrota de los enemigos era total. La mente de Blackburn se había vaciado de cualquier odio y deseo, y estaba receptiva a lo que tenía delante. Abrió los ojos de golpe, desorbitadamente, y fijó la mirada en el objeto iluminado por las velas.

Fue como si recibiera una descarga eléctrica. Su cuerpo se tensó y los músculos sobresalieron; se le pusieron rígidos los tendones del cuello, y su arteria carótida palpó visiblemente. Aun así, el cántico se mantenía firme y cada vez más rápido, pasando a los registros más agudos, y alcanzando una intensidad que no tenía ningún parecido con los tonos normales de

la voz humana.

Miró, miró y miró. Empezó a penetrar en la sala un olor singular, nauseabundo y terroso, como de hongos en putrefacción. Era como si se espesara el aire, como si se llenara de un humo que se acumuló aproximadamente un metro por delante de Blackburn, cuajando como una nata oscura y viscosa hasta formar algo denso, casi sólido. Y entonces...

Empezó a moverse.

Estaba siendo un viaje lleno de primeras veces, pensó Betty Jondrow, de Paradise Hills, Arizona, mientras esperaba en el vestíbulo lleno de dorados del teatro Belgravia, con su programa de mano. El día anterior, ella y su hermana gemela Willa habían ido al Sedona SunSpa® para hacerse un tatuaje en las nalgas: ella una mariposa, y Willa un abejorro. Las dos se habían comprado ajorcas para los tobillos con diamantes de verdad en Regent Street, uno de los dos centros comerciales de lujo del barco, y se los ponían cada noche. ¿Quién podría creer, pensó Betty, que entre las dos hermanas hubieran dado a luz a ocho bebés de más de cuatro kilos, y que pudieran presumir de ver corretear a once nietos? Menos mal que nunca se habían abandonado, como tantas antiguas compañeras de instituto. Betty estaba muy orgullosa de que a los sesenta y tres años todavía le cupiera el vestido del baile de final de curso del instituto, una prueba que repetía religiosamente cada año, en el aniversario del baile.

Volvió a mirar a su alrededor, y a consultar su reloj. Casi la una de la madrugada. ¿Dónde demonios estaba Willa? Hacía como mínimo una hora y media que había ido a comprar pilas para la cámara. Tal vez más.

Y eso que era Willa la que tenía tantas ganas de conocer a Braddock Wiley, la estrella de cine. Uno de los grandes atractivos del crucero (y una de las razones de que viajaran en él) era el estreno en pleno Atlántico de la última película de terror de Wiley. Estaba previsto para las diez, pero el actor (al menos según los rumores) estaba ligeramente mareado a causa del mal tiempo.

Volvió a mirar a la gente, pero no encontró a Willa. Bueno, pues si tardaba mucho, Betty no tendría más remedio que conocer a Wiley por ambas. Sacó del bolso un pequeño espejo y, tras mirarse la cara, se retocó las comisuras de los labios con un pañuelo. Después cerró el espejo y lo guardó.

De repente se movieron las primeras filas, señal de que la espera de Betty no había sido en vano. Ahí estaba Braddock Wiley en carne y hueso, guapísimo con una blazer azul de marinero, un fular en el cuello y pantalones de color crema. Llegó al vestíbulo con varios oficiales del barco, y no se le veía nada mareado.

Nada más ver al grupo de mujeres, sonrió y se acercó.

—¡Buenas noches, chicas! —saludó, mientras buscaba una pluma en el interior de la americana, y ellas, riéndose ruborizadas, le tendían los programas de mano.

Se abrió paso, hablando con todas, firmando programas y dejándose hacer fotos. Era aún más guapo en persona que en la pantalla. Betty se quedó al margen, con la esperanza de que en el

último momento apareciese su hermana, pero al final Wiley llegó ante ella.

—La última, pero como si fuera la primera —dijo con un guiño, cogiéndole una mano y estrechándola afectuosamente entre las suyas—. Me habían dicho que en el barco habría mujeres guapas, pero hasta ahora no me lo creía.

—¡Vamos, señor Wiley! —manifestó Betty con una sonrisa pícar—. Seguro que no lo dice en serio. Piense que tengo seis nietos.

Él abrió mucho los ojos, sorprendido.

—¿Seis nietos? ¡Nunca lo habría dicho!

La estrella de cine hizo otro guiño.

Betty Jondrow no supo qué contestar. Se sonrojó hasta la raíz del pelo, y por primera vez en medio siglo tuvo la deliciosa sensación de volver a ser la colegiala vergonzosa, virginal y confundida que daba la mano al capitán del equipo de fútbol.

—Dame, que te lo firmo —dijo Wiley, cogiéndole el programa.

Lo firmó con un ademán teatral y se fue, despidiéndose del grupo con un último gesto de la mano.

Betty levantó el programa y vio la dedicatoria: «A mi abuela favorita y más ardiente. Con cariño y besos en la boca, Brad Wiley».

Le temblaban las manos. Era uno de los mejores momentos de su vida. Dios, cuando lo viera Willa...

Tras el paso del actor, el vestíbulo del teatro empezó a llenarse de espectadores vestidos de gala. Betty se recuperó. Más le valía no perder tiempo y encontrar dos buenas butacas. Aunque Willa se hubiera perdido a Braddock, todavía estaba a tiempo de ver el estreno.

Enseñó la entrada al acomodador, entró y encontró el asiento perfecto, justo delante. Ocupó el de al lado con el bolso. El teatro Belgravia era un local impresionante, que ocupaba gran parte de la proa de las cubiertas 2 a 5; un espacio muy oscuro, decorado con buen gusto en azul con fluorescentes ámbar, dotado de butacas mullidas y cómodas, un escenario amplio y una platea profunda. A pesar de que tenía capacidad para quinientos espectadores, y de que era muy tarde, tardó poco en llenarse. Poco después bajó la intensidad de las luces, y Braddock Wiley protagonizó otra aparición en el proscenio, delante del telón, sonriendo a los focos. Habló un poco de la película, contó algunas anécdotas graciosas sobre el rodaje en Nueva York, dio las gracias a los productores, los actores y los guionistas, así como al director y al técnico de efectos especiales, y se fue lanzando un beso al público. Mientras sonaban los aplausos, apareció proyectado el logo de la 20th Century Fox. Fue la señal para que se abriera el telón.

El público estuvo a punto de gritar. Betty Jondrow se tapó la boca. Justo delante de la pantalla, iluminado por un foco, colgaba un efectista maniquí, que representaba con gran realismo a una mujer muerta y ensangrentada. El golpe teatral, destinado para dar emoción al estreno, despertó murmullos de entusiasmo entre el público. Habían escondido el maniquí detrás del telón para sorprender a los espectadores. Era de un realismo asombroso, casi... excesivo.

Apareció el título de la película: *EL DISECCIONADOR*, con unas letras que iluminaban grotescamente el cadáver, y la palabra «DISECCIONADOR» justo en el pecho (y, efectivamente, parecía salido de una chapucera intervención quirúrgica). La yuxtaposición, repugnante pero

ingeniosa, fue acogida con exclamaciones de admiración.

De pronto, Betty se inclinó hacia delante. La ropa que llevaba el maniquí le sonaba de algo. Aquel vestido de seda y lentejuelas manchado de sangre, los zapatos negros de tacón, el pelo rubio corto...

Se aferró a la butaca de enfrente para levantarse.

—¡Willa! —gritó, señalando con el dedo—. ¡Dios mío! ¡Es Willa! ¡Es mi hermana! ¡Alguien la ha asesinado!

Emitió un chillido penetrante que recorrió todo el teatro. Después se desplomó en la butaca, desmayada. La imagen de la pantalla parpadeó y se apagó. En ese momento, todo el público se levantó de golpe y huyó en estampida hacia las salidas traseras, entre gritos y alaridos.

Faltaba poco para mediodía. Mientras esperaba en el despacho del responsable médico, Patrick Kemper intentó prepararse para lo que se avecinaba. Como jefe de seguridad del crucero, con treinta años de experiencia, creía haberlo visto todo, incluido un asesinato, pero aquello iba más allá de un simple crimen; quinientos pasajeros habían presenciado algo de una brutalidad salvaje. A bordo empezaba a cundir el pánico, y no sólo entre los pasajeros, sino entre el servicio, todavía inquieto por el suicidio.

No tenía más remedio que aceptar la terrorífica realidad: había un asesino psicópata en el *Britannia*, y él no disponía ni remotamente de los recursos necesarios para enfrentarse con él. En Boston, cuando era policía, tenían brigadas enteras sólo para recoger pruebas: los chicos de los pelos y las fibras, los toxicólogos, los de las huellas dactilares, los de balística, los de ADN... En cambio los recursos del *Britannia* brillaban por su ausencia. Cero. Y el único ex policía del equipo de seguridad, aparte de él, procedía de la policía militar de una base aérea alemana.

Kemper tenía a su derecha a Carol Mason, la segundo capitán, a quien agradecía su serenidad; al otro lado se encontraba LeSeur, que parecía más afectado, pero quien más lo estaba era el jefe del servicio médico del barco, un especialista en medicina interna del hospital Johns Hopkins, muy capaz pero a punto de jubilarse, a quien le iban como un guante las características de la medicina de barco (baja intensidad y poca acumulación de pacientes).

De repente apareció el comodoro Cutter, tan impoluto como de costumbre, con una inexpresividad de granito. Kemper miró disimuladamente su reloj: las doce en punto.

Cutter fue al grano.

—¿Señor Kemper? Su informe.

Kemper carraspeó.

—La víctima es Willa Berkshire, de Tempe, Arizona. Se quedó viuda hace poco, y viajaba con su hermana, Betty Jondrow. Parece que la mataron de un golpe de machete, que formaba parte del atrezo que se guarda detrás del escenario, en unos armarios cerrados con llave.

Cutter frunció el entrecejo.

—¿Atrezo?

—Sí. Aún no sabemos si el asesino lo afiló, o si ya se lo encontró así. Parece que nadie se acuerda del estado en el que estaba el arma. El asesinato se produjo justo entre bastidores. Había mucha sangre. Al parecer la hora de la muerte fue entre media hora y veinte minutos antes de que subiera el telón; al menos es la última vez que vieron viva a la señora Berkshire. Después del

crimen, el asesino usó diversas poleas y ganchos para izar el cadáver. Parece, aunque aquí ya nos movemos en el terreno de las hipótesis, que a la víctima la atrajeron entre bastidores con algún señuelo, que la mataron de un solo cuchillazo y que la izaron muy deprisa. Es posible que todo el proceso no durase más de veinte minutos.

—¿Un señuelo?

—Es una zona de acceso restringido. El asesino tenía la llave. Digo «señuelo» porque parece difícil que un pasajero se metiera entre bambalinas sin una buena razón.

—¿Algún sospechoso?

—Todavía no. Hemos interrogado a la hermana, pero solamente dice que habían quedado con bastante antelación en el teatro para intentar conseguir un autógrafo de Braddock Wiley. No conocían a nadie más en todo el barco. Tampoco habían hecho amistades. Dice que lo que querían era estar juntas, no conocer a hombres, ni hacer amigos. Dice que no tienen enemigos, y que no habían tenido ningún incidente o altercado a bordo. Resumiendo: parece que a Berkshire la eligieron al azar.

—¿Alguna señal de violación o agresión sexual?

—No soy médico, capitán.

Cutter se volvió hacia el responsable del servicio sanitario.

—¿Doctor Grandine?

El médico carraspeó.

—Capitán, es algo horrible. Estamos todos tan impresionados...

La respuesta fue una seca repetición.

—¿Alguna señal de violación o agresión sexual?

—Tenga en cuenta que en el barco no tenemos instrumental para hacer una autopsia. En todo caso, yo no estoy cualificado para ello. Mi formación en medicina forense es mínima, y quedó obsoleta hace muchos años. Hemos preparado el cadáver para que sea sometido a un examen médico cuando lleguemos a puerto. Yo no he examinado el cadáver en detalle. Cualquier intento en ese sentido sólo entorpecería la labor del forense.

Cutter miró fijamente al médico, con un brillo en los ojos que indicaba claramente lo poco que le valoraba.

—Muéstreme el cadáver.

Su petición fue acogida con un silencio incrédulo.

—De acuerdo, pero le advierto que no es muy agradable.

—Doctor, limite sus comentarios a los hechos.

—Claro, claro...

El médico abrió con mucha reticencia una puerta del fondo del despacho. Entraron todos en una salita que, entre otras cosas, servía de depósito de cadáveres del barco. Olía intensamente a productos químicos. En la pared del fondo había nueve cajones de acero inoxidable para cadáveres. Parecía un número muy alto, pero Kemper ya sabía que en los barcos moría mucha gente, sobre todo teniendo en cuenta el promedio de edad de los pasajeros de cruceros, y su propensión, una vez a bordo, a excederse en todo lo referente a comida, bebida y sexo.

El médico abrió con llave uno de los compartimentos centrales, y al tirar del cajón dejó a la

vista una bolsa semitransparente de plástico para cadáveres. Kemper vio que contenía algo borroso y rosado. Se le hizo un nudo en la boca del estómago.

—Ábralo.

Kemper ya había examinado el cuerpo anteriormente, aunque no sabía muy bien qué buscar, y lo último que le apetecía era volver a verlo.

El médico titubeó y abrió la cremallera. El comodoro separó las solapas y apareció el cadáver desnudo. Ante ellos se abría una herida enorme, una raja que partía el pecho en dos y llegaba hasta el corazón. De pronto olía a formol.

Kemper tragó saliva.

Oyeron a sus espaldas una voz refinada.

—Discúlpenme, señoras y señores...

Cuál no fue la sorpresa de Kemper al volverse y reconocer a Pendergast en la puerta.

—¿Se puede saber quién es éste? —dijo el comodoro.

Kemper fue rápidamente a su encuentro.

—Señor Pendergast, estamos en una reunión estrictamente privada. ¡Debe irse enseguida!

—¿De verdad? —dijo con voz melosa Pendergast.

A Kemper se le pasaron las náuseas, sustituidas por la irritación. Era la gota que colmaba el vaso.

—Pendergast, no pienso decírselo otra vez...

Se quedó boquiabierto, con la frase en los labios. Pendergast había sacado su cartera; la abrió ágilmente y mostró una placa dorada del FBI.

—¿Por qué no le acompaña a la salida? —preguntó el comodoro.

Kemper no tenía palabras. No encontraba ninguna.

—Tenía la esperanza de realizar este viaje de incógnito, como quien dice —explicó Pendergast—, pero parece que ha llegado el momento de que le ofrezca mi colaboración, señor Kemper; profesional, esta vez. La triste realidad es que estoy especializado en este tipo de casos.

Pasó de largo ante Kemper y se acercó al cadáver con toda la calma del mundo.

—¡Señor Kemper, le he dicho que saque de aquí a este hombre de inmediato!

—Lo siento mucho, comodoro, pero parece que es un agente federal...

A Kemper volvieron a faltarle las palabras.

Pendergast mostró a todos su placa, antes de seguir examinando el cadáver.

Aquí no tiene jurisdicción —replicó el comodoro—. Estamos en aguas internacionales, a bordo de un barco inglés matriculado en Liberia.

Pendergast se irguió.

—Completamente cierto. Soy consciente de que no tengo autoridad en el barco, y de que mi presencia depende por entero de la buena voluntad de todos ustedes, pero me sorprendería que rechazasen mi ayuda, teniendo en cuenta que ninguno de los presentes muestra el menor conocimiento de cómo actuar frente a esto. —Señaló el cadáver con la cabeza—. ¿Qué impresión darán si más tarde llegara a saberse que los oficiales del barco rechazaron la ayuda de un agente especial del FBI con grandes conocimientos en obtención de pruebas y tareas forenses? —Sonrió con frialdad—. Si aceptan mi ayuda, al menos tendrán a alguien a quien echar la culpa, ¿no creen?

Paseó por la sala su mirada de ojos claros.

Nadie dijo nada.

Pendergast juntó las manos en la espalda.

—Doctor, debería hacer frotis vaginales, anales y orales de la víctima y comprobar si existen restos de semen.

—Frotis —repitió el médico en voz baja.

—Supongo que tiene a mano bastoncitos para las orejas y un microscopio, ¿verdad? Me lo imaginaba. Y seguro que sabe reconocer una célula de espermatozoos. Con una gota de Eosin Y aparecerán los perfiles. En segundo lugar, una completa inspección visual de las zonas vaginal y anal debería poner de manifiesto cualquier hinchazón, rojez o herida reveladoras. Es esencial saber lo antes posible si se trata de un crimen sexual o... de algo distinto. Y otra cosa: extraiga sangre y haga un análisis de alcohol en sangre.

Se volvió hacia Kemper.

—Señor Kemper, yo en su lugar pondría inmediatamente bolsas de plástico en las manos de la víctima, sujetadas a las muñecas con gomas elásticas. Si la víctima se resistió, las uñas podrían contener restos de piel o algún pelo.

Kemper asintió con la cabeza.

—Lo haré.

—¿Han guardado la ropa de la víctima?

—Sí, en bolsas de plástico herméticas.

—Magnífico. —Pendergast se puso frente al grupo para dirigirles unas palabras—. Hay algunas verdades desagradables que es necesario exponer. Han desaparecido dos personas, y ahora esto. A mi juicio, las desapariciones están relacionadas con este asesinato. Lo cierto es que el viaje en este barco para encontrar un objeto robado cuya sustracción también acabó en asesinato, y no me sorprendería que el responsable de las cuatro atrocidades fuera la misma persona. En suma, que de momento todas las pruebas apuntan a la presencia de un asesino en serie en este barco.

—Señor Pendergast... —quiso protestar Kemper.

Pendergast levantó una mano.

—Déjeme terminar, si es tan amable. Un asesino en serie en plena escalada. A las dos primeras víctimas se conformó con tirarlas por la borda, pero a ésta... no. Con ésta ha sido mucho más cruel, lo que está en realidad más en consonancia con el primer asesinato que estoy investigando. ¿Por qué? Eso aún está por ver.

Otro silencio.

—Como bien ha señalado usted, el asesino tenía la llave del teatro, pero no se precipite concluyendo que se trata de un miembro de la tripulación.

—¿Quién ha dicho que fuera un miembro de la tripulación...? —preguntó Kemper.

Pendergast hizo un gesto con la mano.

—Tranquilícese, señor Kemper, si estoy en lo cierto el asesino no pertenece a la tripulación; sin embargo, es posible que se haya hecho pasar por uno de sus miembros y haya conseguido un pase para las zonas de acceso restringido. Yo propondría, como hipótesis de trabajo, que a Willa

Berkshire la llevaron detrás del escenario con la promesa de que conocería a Braddock Wiley. Lo cual significa que el asesino iba vestido como alguien que tiene cierta autoridad.

Se volvió hacia el comodoro.

—¿Dónde estamos, si me permite la pregunta?

Tras mirarle fijamente, el comodoro se volvió hacia Kemper.

—¿Piensa dejar la seguridad del barco en manos de este... pasajero?

Su voz tenía la dureza del acero.

—No, señor, pero con todo mi respeto le aconsejo que acepte su ayuda. Ya ha... colaborado con nosotros antes.

—¿Conoce a este hombre, y ha usado sus servicios?

—Sí, señor.

—¿En calidad de qué?

—En el casino —dijo Kemper—. Nos ayudó con el problema de los contadores de cartas.

No añadió que Pendergast se había ido con un cuarto de millón de libras, suma pendiente de recuperar.

El comodoro hizo un gesto asqueado con la mano, como si quisiera distanciarse bruscamente de aquel problema.

—De acuerdo, señor Kemper. Ya sabe que como capitán de este barco no me ocupo de nada que no sean los aspectos náuticos. —Se acercó a la puerta y miró por encima del hombro—. Pero se lo advierto, señor Kemper, ahora todo recae sobre sus hombros. Absolutamente todo.

Se volvió y salió.

Pendergast miró a Mason.

—¿Puedo preguntarle cuál es la situación actual del *Britannia* respecto a tierra firme?

—Estamos aproximadamente a unas seiscientos sesenta y cinco millas al este del cabo Flemish, y a mil millas al nordeste de St. John's, Terranova.

—¿St. John's es el puerto más cercano?

—Ahora sí —contestó Mason—. Hace unas horas habría sido Galway Harbour, en Irlanda. Estamos a media travesía.

—Lástima —murmuró Pendergast.

—¿Por qué lo dice? —preguntó la capitán.

—Porque tengo la certeza de que el asesino atacará de nuevo. Pronto.

Como director del Aberdeen Bank and Trust Ltd., Gavin Bruce consideraba (y no como una suerte) que su experiencia en controlar situaciones imposibles, y en poner orden con firmeza, era muy grande. Durante su carrera se había hecho cargo nada menos que de cuatro bancos en caída libre; los había reflotado y había logrado invertir la tendencia. Antes de eso había sido oficial en la marina de Su Majestad, y había entrado en combate en las Malvinas, experiencia de gran utilidad; sin embargo, jamás se había enfrentado a nada tan extraño ni aterrador como aquello.

Bruce viajaba con otros dos representantes del Aberdeen Bank and Trust, Niles Welch y Quentin Sharp, también con experiencia en la marina, aunque ahora llevasen impecables trajes de banquero al estilo de la City. Hacía años que trabajaban con él; Bruce les conocía bien, y eran buena gente, hombres de una pieza. El crucero había sido un regalo de una clienta, Emily Dahlberg, en recompensa por sus servicios. Últimamente, los clientes ricos parecían pensar que los banqueros les debían algo; en cambio Emily entendía lo importante que era alimentar una relación de confianza mutua, a la antigua usanza, y esa confianza, Bruce se la había pagado a su vez ayudándola a superar dos divorcios difíciles y un caso complicado de herencia. Bruce, que también era viudo, agradecía mucho sus atenciones, y su regalo.

Lástima que todo pareciera echarse a perder.

Desde el descubrimiento del asesinato en el teatro Belgravia (del que había sido testigo la noche anterior), Bruce tenía muy claro que la situación superaba al personal del barco. Aparte de no tener ni idea de cómo investigar el crimen, o buscar al asesino, se les veía incapaces de reaccionar ante el miedo y el pánico que empezaban a extenderse, y no sólo entre los pasajeros, sino también (para contrariedad de Bruce, que lo había observado) entre el personal. Él había estado en suficientes barcos para saber que quienes trabajaban en el mar a menudo se obcecaban con ideas y supersticiones muy peculiares. El *Britannia* se había convertido en un frágil cascarón, y Bruce tenía la seguridad de que bastaría otro impacto para sembrar el caos.

Por eso después de comer se había reunido con Welch, Sharp y la señora Dahlberg (esta última había insistido en participar), y como no podía ser menos, habían elaborado un plan. Ahora, mientras caminaban por los mullidos pasillos, a Bruce, que encabezaba el grupo, le reconfortó un poco saber que estaban poniendo el plan en práctica.

La pequeña comitiva fue subiendo cubiertas hasta llegar a un pasillo de proa que conducía al puente, donde les detuvo un vigilante de aspecto nervioso, con los ojos llorosos y el pelo

cortísimo.

—Venimos a ver al comodoro Cutter —dijo Bruce, mostrando su tarjeta.

El vigilante la cogió y le echó un vistazo.

—¿Podría decirme de qué se trata?

—Del asesinato. Dígame que somos un grupo de pasajeros preocupados, y que deseamos verle ahora mismo. —Tras un momento de vacilación, Bruce añadió, ligeramente avergonzado—: Soy ex capitán de la Royal Navy.

—Sí, señor. Un momento, señor.

El vigilante se fue y cerró la puerta tras él. Bruce esperó impaciente, con los brazos cruzados sobre el pecho. Pasaron cinco minutos antes de que volviera.

—Si tienen la amabilidad de acompañarme...

Le siguieron por una escotilla que les llevó a una zona del barco mucho más funcional, con suelos de linóleo, paredes pintadas de gris, apliques de falsa madera y fluorescentes. Poco después les hicieron pasar a una sala de reuniones espartana, con una sola hilera de ventanas orientada a estribor, por donde se veía un mar tormentoso e infinito.

—Siéntense, por favor. Dentro de un instante vendrá la segundo capitán Mason.

—Hemos pedido ver al capitán del barco —contestó Bruce—, que es el comodoro Cutter.

Nervioso, el vigilante se pasó una mano por el pelo.

—El comodoro no puede atenderles. Lo siento. La segundo capitán Mason es el siguiente en el mando.

Bruce miró inquisitivamente a su pequeño grupo.

—¿Insistimos?

—Me temo que no serviría de nada, señor —dijo el vigilante.

—De acuerdo, pues que venga la segundo capitán.

No se sentaron. Al cabo de un momento apareció en la puerta una mujer con un uniforme immaculado, y el pelo recogido debajo de una gorra. En cuanto se recuperó de la sorpresa de ver a una mujer, Bruce se quedó impresionado por su actitud tranquila y seria.

—Siéntense, por favor —dijo ella, ocupando la presidencia de la mesa como si fuera lo más natural (otro pequeño detalle que recibió inmediatamente la aprobación de Bruce).

El banquero fue directo al grano.

—Capitán Mason, somos clientes y representantes de uno de los mayores bancos del Reino Unido. Sólo se lo comento para que se haga una idea de nuestras credenciales. Personalmente, pertencí a la Royal Navy y he sido capitán del *Sussex*. Hemos venido porque tenemos la sensación de que el barco se enfrenta a una emergencia que tal vez supere la capacidad de actuación de la tripulación.

Mason escuchaba.

—Los pasajeros están muy nerviosos. Probablemente sabrá que algunos ya han empezado a encerrarse en sus camarotes. Corre la voz de que hay un asesino al estilo de Jack *el Destripador* a bordo.

—Lo sé perfectamente.

—Por si no se ha dado cuenta, la tripulación está asustada —intervino Emily Dahlberg.

—De ese problema también somos conscientes, y estamos tomando medidas para resolver la situación.

—¿De verdad? —preguntó Bruce—. Pues entonces, capitán Mason, ¿puedo preguntarle dónde está el personal de seguridad del barco? De momento ha sido prácticamente invisible.

Mason les miró en silencio, uno a uno.

—Les seré franca, la razón de que vean tan poca seguridad es que hay muy poca, al menos en relación con el tamaño del *Britannia*. Hacemos todo lo posible, pero este barco es muy grande, y en él viajan cuatro mil trescientas personas. Todo el personal de seguridad trabaja las veinticuatro horas del día.

—Dice que hacen todo lo posible, pero ¿por qué no ha dado media vuelta el barco? La única posibilidad que vemos nosotros es volver a puerto lo antes posible.

Las palabras de Bruce parecieron turbar a la capitán Mason.

—El puerto más cercano es St. John's, en Terranova; por lo tanto, sería adonde iríamos en caso de desviarnos. Pero no nos desviaremos. Seguimos hacia Nueva York.

Bruce se quedó de piedra.

—¿Por qué?

—Son las órdenes del comodoro, que tiene... razones de peso.

—¿Cuáles?

—En este momento estamos navegando muy cerca de una gran borrasca situada sobre los Grand Banks. Desviándonos hacia St. John's, nos internaríamos en ella. En segundo lugar, desviarnos hacia St. John's también nos haría cruzar la corriente de Labrador durante la temporada de icebergs de julio, lo cual, pese a no ser peligroso, nos obligaría a aminorar la velocidad. Por último, con el desvío sólo ganaríamos un día. El comodoro es del parecer de que es más conveniente tocar tierra en Nueva York, teniendo en cuenta... los recursos policiales que podríamos necesitar.

—Hay un psicópata a bordo —dijo Emily Dahlberg—. Durante ese día de más, podría ser asesinada otra persona.

—En todo caso, son las órdenes del comodoro.

Bruce se levantó.

—Pues entonces insistimos en hablar directamente con él.

La capitán Mason también se levantó, momento en el que la máscara de profesionalidad cayó fugazmente; Bruce atisbo un rostro cansado, demacrado e insatisfecho.

—Ahora mismo no se puede molestar al comodoro. Lo siento muchísimo.

Bruce la miró con mala cara.

—Nosotros también. Le aseguro que esta negativa del comodoro a recibirnos no quedará sin consecuencias. En el presente y en el futuro. No somos personas con quienes se pueda jugar.

Mason tendió la mano.

—Comprendo su punto de vista, señor Bruce, y haré todo lo posible por transmitir al comodoro sus palabras, pero estamos en un barco, tenemos un capitán, y ese capitán ha tomado una decisión. Usted, que también ha sido capitán, seguro que me entiende.

Bruce despreció la mano que le tendía.

—Olvida algo: aparte de ser sus pasajeros, y clientes, estamos a su cargo. Se puede hacer algo, y nosotros pensamos hacerlo.

Hizo señas al resto del grupo de que le siguieran, y dio media vuelta para irse.

Paul Bitterman salió del ascensor y se cogió a la baranda cromada para no caerse. El *Britannia* se movía mucho, pero no era el único problema; Bitterman estaba tratando de contrarrestar la combinación de una cena demasiado pesada y nueve copas de champán.

Sin soltar la baranda, parpadeó y miró a ambos lados del elegante pasillo de la cubierta 9 para orientarse. Después se puso una mano delante de la boca y soltó un eructo con un asqueroso sabor a caviar, paté trufado, *crème brûlée* y champán seco. Se rascó sin darse cuenta. No le acababa de cuadrar lo que veía.

Tardó más o menos un minuto en saber por qué. En vez de usar el ascensor de costumbre, el de babor, la neblina del champán le había hecho coger el de estribor, y ahora lo veía todo al revés. En fin, nada más fácil de solucionar. Buscó en su bolsillo la tarjeta de la suite 961, mientras canturreaba una melodía cualquiera. Finalmente soltó la baranda y (con equilibrio algo precario) tomó la dirección que le parecía correcta, pero sólo hasta que vio que el orden de los números no era el que le convenía.

Se paró y se volvió. Otro eructo, pero esta vez no se molestó en taparse la boca. Regresó sobre sus pasos. Decididamente, tenía la cabeza muy embotada. Intentó despejarse reconstruyendo mentalmente los hechos que (por primera vez en sus cincuenta y tres años de vida) le habían llevado a un estado muy próximo a la ebriedad.

Todo había empezado unas horas antes. Llevaba todo el día mareado, sin probar bocado, y sin que parecieran surtir efecto los medicamentos sin receta que ofrecía la farmacia del barco. Al final se había ido a la enfermería, y el médico le había recetado un parche de escopolamina. Después de ponérselo donde le habían dicho (detrás de la oreja) se había ido a hacer la siesta a su camarote.

Fuese por haber pasado tan mala noche, fuese porque el parche le daba sueño, se había levantado a las nueve y cuarto de la noche con el mareo superado, afortunadamente, la boca seca y un hambre canina. Atrás quedaba su hora habitual de cenar, que era a las ocho, pero había bastado una simple llamada a recepción para que le reservaran mesa en el Kensington Gardens para el último turno de la noche, el de las diez y media.

El Kensington Gardens había resultado muy de su agrado. Era moderno, juvenil y más en la onda que el restaurante donde solía cenar, bastante estirado; por si fuera poco, permitía contemplar a algunas féminas de muy buen ver, y se comía estupendamente. Lo sorprendente era que no estaba lleno, más bien medio vacío. Muerto de hambre, Paul Bitterman había pedido

chateaubriand para dos y se había comido toda la ración. Ni una botella de champán entera había logrado saciar su sed. El sumiller, muy atento, había estado encantado de servirle otra.

La conversación de la mesa de al lado era un poco extraña: una pareja que, con semblante preocupado, hablaba de un cadáver a bordo. Por lo visto Bitterman se había perdido una noticia importante a causa de la larga siesta. Mientras avanzaba despacio y con cuidado por el pasillo de la cubierta 9, decidió que lo primero que haría el día siguiente sería ponerse al día.

Pero había otro problema: ahora los números de las habitaciones iban en el sentido correcto (954, 956), pero todos eran pares.

Se paró para pensar, cogiéndose otra vez con mucha fuerza a la baranda. A este paso nunca encontraría la 961. De repente se le escapó una carcajada. «¡Paul, tío, que no estás usando el coco!» Había salido por el lado de estribor, y los camarotes impares, como el suyo, estaban todos en el de babor. ¿Cómo se le podía haber olvidado? Tendría que encontrar un pasillo perpendicular. Siguió caminando, con una ligera oscilación. Ahora el embotamiento de la cabeza quedaba compensado por una sensación deliciosa en los brazos y las piernas, como si estuviera flotando. Decidió beber vino espumoso más a menudo, por muy diácono que fuese; aunque sería del nacional, por descontado, ya que el viaje le había tocado en la rifa de la YMCA, y él, con su sueldo de profesor, no podía permitirse botellas de champán francés.

Vio que la hilera de puertas se interrumpía a mano izquierda: era la entrada a uno de los vestíbulos del centro del barco. Por ahí seguro que se iba al pasillo de babor, y a su suite. Cruzó la puerta, dando tumbos.

El espacio consistía en una batería de ascensores, frente a una sala de estar acogedora, con estanterías de roble y sillones de orejas. A aquellas horas de la noche no había nadie. Titubeó. Notó un olor como de humo. Se le pasó un poco la mezcla de euforia y de pereza. Había participado en bastantes simulacros para saber que el mayor peligro en un barco eran los incendios. De todos modos, se trataba de un olor muy poco habitual. Parecía incienso, más en concreto los palitos que había olido en un restaurante nepalí de Chinatown, en San Francisco.

Cruzó despacio el vestíbulo, hacia el pasillo de babor. El silencio era casi absoluto. No sólo oía el profundo latido de los motores diésel del barco, sino que lo notaba, muy por debajo de sus pies. El olor se había intensificado, y mucho; era el mismo perfume peculiar y almizclado de antes, pero sumado a otros olores más densos, y mucho más desagradables: hongos, moho y algo que no acababa de reconocer. Se detuvo un momento, frunciendo el entrecejo. Tras echar otro vistazo al vestíbulo, entró en el pasillo de babor.

Se le pasó la borrachera de golpe.

El origen del olor estaba frente a él: una nube de humo negro que le cerraba el paso, pero que no se parecía a ningún humo que hubiera visto antes. Era de una extraña opacidad, con un color denso, gris oscuro, y una superficie externa como tramada que (por alguna razón, extraña e inquietante) le recordó un tipo de tela.

La respiración de Paul Bitterman se interrumpió sonoramente. Algo pasaba, algo grave.

Se suponía que el humo flotaba en el aire, cambiaba de forma y se descomponía en volutas irregulares, mientras que aquella nube (del tamaño de una persona) se quedaba en el mismo sitio, sin moverse, con una extraña maldad, como si le plantase cara. Era tan regular y homogénea que

parecía sólida, como una entidad orgánica. El hedor era tan fuerte que casi no le dejaba respirar. Era algo imposible, de otro mundo.

Sintió que el miedo le aceleraba repentinamente el pulso. ¿Eran imaginaciones suyas o aquella nube tan espesa también tenía forma de persona? Algunas protuberancias parecían brazos. También había una cabeza en forma de cilindro, con rostro incluido, y unas piernas muy raras que se movían como si bailasen. Dios santo... No parecía un hombre, sino un demonio.

Fue entonces cuando aquella cosa adelantó despacio sus brazos desiguales, y, con una determinación horrible y ondulante, se empezó a mover hacia Bitterman, que gritó:

—¡No! ¡¡No!! ¡No te acerques! ¡¡No te acerques!!

Una sucesión de gritos desesperados provocó que rápidamente se abrieran las puertas de varios camarotes en el pasillo de babor de la cubierta 9. Hubo un breve momento de silencio eléctrico. Después, voces, chillidos, el golpe sordo de un cuerpo que se desplomaba desmayado sobre la moqueta, y abundantes portazos. Bitterman no oyó nada; su atención estaba completamente centrada en aquella cosa monstruosa que se acercaba, y se acercaba...

Hasta pasar de largo.

La mirada escrutadora de LeSeur fue de Hentoff a Kemper, y viceversa. Empezaba a estar molesto con el comodoro por haberle endosado aquel problema. A fin de cuentas él era un oficial del barco, no un empleado del casino. Además, el problema, lejos de solucionarse, no hacía más que empeorar, y él, con un asesinato que podían llegar a ser tres, tenía asuntos más peligrosos y alarmantes a los que hacer frente. Volvió a mirar insistentemente a Hentoff y a Kemper.

—A ver si lo entiendo —dijo—. ¿Me están diciendo que Pendergast consiguió que los contadores de cartas perdiesen un millón de libras en las mesas de blackjack, y que de paso se embolsó casi trescientas mil?

Hentoff asintió con la cabeza.

—Más o menos.

—Pues me parece que acaban de desplumarles, señor Hentoff.

—No, señor —dijo Hentoff con cierta frialdad—. Pendergast tenía que ganar para que perdieran ellos.

—Explíquese.

—Pendergast empezó con una técnica que consiste en observar todo un sabot, memorizar las posiciones de determinadas cartas o secuencias básicas y seguirlas visualmente mientras baraja el crupier. También logró ver la última carta, y como le ofrecieron cortar, pudo ponerla dentro de la baraja justo en el lugar que quería.

—Parece imposible.

—Son técnicas difícilísimas, pero muy conocidas. Parece que él las domina casi mejor que nadie.

—Pero eso no explica que Pendergast tuviera que ganar para hacerles perder.

—Sabiendo dónde estaban determinadas cartas, y combinándolas con un sistema de recuento, pudo controlar qué cartas se iban a los demás jugadores; podía entrar y salir a voluntad de la partida... y pedir cartas innecesariamente.

LeSeur, que empezaba a entenderlo, asintió con la cabeza.

—Tenía que parar las cartas buenas para que corrieran las malas. La única manera de que perdiesen los otros era ganar.

—Ya lo entiendo —dijo malhumoradamente—. ¿Y ahora quieren saber qué hacemos con las ganancias de Pendergast?

—Exacto.

Reflexionó un momento. El quid de la cuestión era cómo reaccionaría el comodoro Cutter, porque tarde o temprano se enteraría. La respuesta era que mal; y menos comprensiva aún sería la dirección de la empresa. En suma, que no había más remedio que recuperar el dinero.

Suspiró.

—Tienen que recuperar el dinero, por el bien de todos nosotros dentro de la compañía.

—¿Cómo?

Apartó su rostro cansado.

—Ustedes recuperérenlo.

Media hora después, Kemper, seguido por Hentoff, pisaba la moqueta del pasillo de la cubierta 12 con la sensación de que su traje oscuro empezaba a pegársele al cuerpo por culpa del sudor. Se detuvo ante la puerta de la suite Tudor.

—¿Seguro que es un buen momento? —preguntó Hentoff—. Son las once de la noche.

—No me ha dado la sensación de que LeSeur quiera que esperemos —contestó Kemper—. ¿A usted sí?

Se volvió hacia la puerta y llamó.

—Adelante —dijo a lo lejos una voz.

Al entrar, encontraron a Pendergast y a la joven que viajaba con él (Constance Greene, una sobrina suya o algo por el estilo) sentados a la mesa del salón, con una luz tenue, ante lo que quedaba de una cena elegante.

—Ah, señor Kemper... —dijo Pendergast, mientras se levantaba y apartaba una ensalada de berros—. Y el señor Hentoff. Les esperaba.

—¿De veras?

—Por supuesto. Aún tenemos asuntos pendientes. Siéntense, por favor.

Kemper, ligeramente incómodo, tomó asiento en el sofá. Hentoff lo hizo en una silla, mientras miraba al agente Pendergast y a Constance Greene como si intentase averiguar su verdadera relación.

—¿Les apetece tomar una copa de oporto? —preguntó Pendergast.

—No, gracias —dijo Kemper, y tras un silencio incómodo añadió—: Quería volver a darle las gracias por encargarse de los contadores de cartas.

—No hay de qué, en absoluto. ¿Están siguiendo mi consejo sobre cómo evitar que vuelvan a ganar?

—Sí, gracias.

—¿Y funciona?

—De mil maravillas —dijo Hentoff—. Cada vez que entra en el casino un observador, le mandamos a una camarera para que le dé conversación, siempre sobre algo relacionado con números. Se están volviendo locos, pero no pueden evitarlo.

—Magnífico. —Pendergast miró inquisitivamente a Kemper—. ¿Querían algo más?

Kemper se frotó la sien.

—Verá... quedaba pendiente lo del... dinero...

—¿Se refiere a éste?

Pendergast señaló con la cabeza el escritorio, donde hasta entonces Kemper no había visto un montón de sobres muy llenos, atados con gruesas gomas elásticas.

—Si es lo que ganó en el casino, sí.

—¿Y hay algo «pendiente» al respecto?

—Usted trabajaba para nosotros —dijo Kemper, aunque se dio cuenta de la endeblez del argumento antes de pronunciarlo—. Por derecho, las ganancias pertenecen a su jefe.

—Yo no tengo ningún jefe —dijo Pendergast con una sonrisa glacial—. Salvo el gobierno federal, naturalmente.

Su mirada plateada puso a Kemper angustiosamente incómodo.

—Doy por supuesto, señor Kemper —añadió Pendergast—, que se da cuenta de que fueron ganancias obtenidas legalmente. El conteo de cartas y las otras técnicas que usé son legales. Pregúnteselo al señor Hentoff. Ni siquiera tuve que recurrir al crédito que me ofreció usted.

Kemper miró a Hentoff, que asintió, contrariado.

Otra sonrisa.

—¿Y bien? ¿Responde eso a su pregunta?

Ante la idea de informar de aquello a Cutter, Kemper sacó fuerzas de flaqueza.

—No, señor Pendergast. Consideramos que es dinero de la casa.

Pendergast fue al escritorio, cogió uno de los sobres, sacó un buen fajo de billetes de una libra y pasó un dedo lentamente por el lomo.

—Señor Kemper —dijo, sin volverse—, en circunstancias normales nunca me plantearía ayudar a recuperar dinero a un casino en contra de jugadores que ganan a la banca. Mis simpatías irían del lado opuesto. ¿Sabe por qué les ayudé?

—Para que le ayudáramos nosotros.

—Cierto, pero sólo en parte. Fue porque creía que había un asesino peligroso a bordo, y porque, por la seguridad del barco, debía identificarle (con la ayuda de ustedes) antes de que volviera a matar. Por desgracia, parece que se me adelanta.

El abatimiento de Kemper aumentó. No conseguiría recuperar el dinero, el crucero era un desastre desde cualquier punto de vista y toda la culpa se la echarían a él.

Pendergast se volvió y pasó de nuevo el dedo por el fajo de billetes.

—¡Anímese, señor Kemper! Todavía pueden recuperar el dinero. Es hora de solicitar el pequeño favor que les pedí.

Por alguna razón, sus palabras lograron cualquier cosa menos animar a Kemper.

—Querría registrar el camarote y la caja fuerte de Scott Blackburn, lo cual requiere una tarjeta para la caja fuerte y media hora de margen para trabajar.

Una pausa.

—Creo que podemos conseguirlo.

—Hay un inconveniente. En estos momentos, Blackburn está atrincherado en su habitación y no hay forma de que salga.

—¿Por qué? ¿Le preocupa el asesino?

Pendergast volvió a sonreír. Fue una sonrisa leve, irónica.

—Lo dudo, señor Kemper. Esconde algo, y yo debo encontrarlo. Por lo tanto, habrá que hallar la manera de sacarle de su camarote.

—No puede pedirme que maltrate a un pasajero.

—¿Maltratar? ¡Qué ordinariéz! Una forma más elegante de lograr su salida sería activar las alarmas antiincendios del lado de proa estribor de la cubierta 9.

Kemper frunció el entrecejo.

—¿Quiere que dé una falsa alarma de incendio? Ni hablar.

—Es necesario.

Pensó un momento.

—Supongo que podríamos organizar un simulacro.

—No saldría por un mero simulacro. El único modo de desalojarle es una evacuación forzosa.

Kemper se pasó una mano por el pelo húmedo. ¡Qué manera de sudar, por Dios!

—Quizá pueda accionar una alarma antiincendios sólo en ese pasillo.

Esta vez fue Constance Greene quien habló.

—No, señor Kemper —dijo con un acento extraño, antiguo—. Lo hemos investigado a fondo, y debe disparar una alerta central. Una caja de aviso de incendio con el cristal roto sería demasiado fácil de descubrir. Necesitamos media hora en la suite de Blackburn. También tendrán que desconectar temporalmente el sistema de aspersores, y eso sólo puede hacerse desde el sistema central de control de incendios.

Kemper se levantó, inmediatamente seguido por Hentoff.

—Imposible. Me están pidiendo una locura. Lo más grave que puede pasarle a un barco, aparte de hundirse, es un incendio. Que un oficial dispare aposta una falsa alarma... Sería una falta grave por mi parte, tal vez un delito. ¡Vamos, señor Pendergast, usted es del FBI! ¡Ya sabe que no puedo hacerlo! ¡Tiene que haber otra forma!

Esta vez la sonrisa de Pendergast casi fue triste.

—No hay ninguna otra.

—Pues no pienso hacerlo.

Pendergast pasó el dedo por el fajo de billetes. Kemper pudo olerlo. Era como hierro oxidado.

Contempló el dinero.

—Es que no puedo.

Hubo un momento de silencio. Después Pendergast se levantó, fue al escritorio, abrió el primer cajón, dejó en su interior el fajo de billetes y guardó los demás, los que aún estaban encima de la mesa. A continuación, con estudiada lentitud, cerró el cajón, se volvió hacia Hentoff y asintió.

—Nos veremos en el casino, señor Hentoff.

Esta vez el silencio fue más largo.

—¿Piensa... jugar? —preguntó despacio Hentoff.

—¿Por qué no? —Pendergast abrió las manos—. Al fin y al cabo estamos de vacaciones. Y ya sabe cuánto me gusta el blackjack. Había pensado enseñar a Constance.

Hentoff miró a Kemper, alarmado.

—Siempre me dicen que aprendo rápido —dijo Constance.

Kemper volvió a pasarse una mano por el pelo húmedo. Notaba cómo las gotas de sudor resbalaban por sus axilas. Cada vez era peor.

El ambiente de la sala se volvió tenso. Al final Kemper expulsó todo el aire que guardaba en los pulmones.

—Los preparativos serán un poco largos.

—Lo entiendo.

—Organizaré una alarma de incendios general en la cubierta 9 mañana por la mañana a las diez. Es lo máximo que puedo hacer.

Pendergast asintió escuetamente.

—Pues habrá que esperar hasta mañana. Confiemos en que para entonces todavía esté todo... controlado.

—¿Controlado? ¿Qué quiere decir?

Pendergast se limitó a hacerles sendas reverencias antes de sentarse y seguir con la cena.

Maddie Edmondson arrastraba los pies por el pasillo central de la cubierta 3, muerta de aburrimiento. Era medianoche. Sus abuelos le habían regalado el viaje para su decimosexto cumpleaños, y al principio parecía buena idea, pero nadie le había avisado de que aquel barco sería un infierno flotante. En todos los sitios realmente divertidos (las discotecas y los clubes donde iban los veinteañeros, y los casinos) se prohibía la entrada a las chicas de su edad, y en los espectáculos a los que podía asistir parecía que todo el público pasara de los cien años. El espectáculo de magia de Antonio, los mimos del Blue Man Group, Michael Bublé cantando a Frank Sinatra... De chiste. Maddie ya había visto todas las películas, y las piscinas estaban cerradas a causa del mal tiempo; en los restaurantes la comida era demasiado elaborada, y el mareo le impedía disfrutar de las pizzerías y las hamburgueserías. Lo que le quedaba era escuchar las orquestinas de las zonas de descanso, rodeada de octogenarios que se pasaban el día ajustándose los sonotones.

Lo único interesante de todo el viaje, de momento, era el extraño ahorcamiento del teatro Belgravia. ¡Menudo flipe! Todas las viejas gritando apoyadas en bastones, los viejos carraspeando y arrugando sus cejas peludas, los oficiales y los marineros corriendo como gallinas decapitadas. A Maddie le daba igual lo que dijeran. Seguro que era un truco, un montaje publicitario para la nueva película. En la vida real nadie moría así. Sólo en las películas.

Pasó junto a la entrada de lamé dorado y cristal verde del Trafalgar's, el club más marchoso del barco. El interior, oscuro, escupía un monótono latido de música house a todo volumen. Se paró a mirar. En medio de unas miasmas de humo y luz parpadeante, evolucionaban figuras esbeltas de universitarios y profesionales jóvenes. En la entrada estaba el portero de rigor, delgado, guapo y con esmoquin, aunque no dejaba de ser un portero, y como tal, ansioso por impedir que los menores como Maddie entraran a divertirse.

Se alejó por el pasillo, taciturna. Los clubes y los casinos estaban a reventar. Lo que se echaba de menos, en cambio, era una parte de la multitud teñida de azul que solía invadir las zonas de paseo y las tiendas. Seguro que estaban en sus camarotes, escondidos debajo de la cama. ¡Vaya chiste! Maddie esperó que no se hicieran realidad los rumores sobre un toque de queda. Eso sí que sería el acabóse. Total, por un truco... Porque había sido un truco, ¿no?

Bajó en ascensor a la siguiente cubierta y se paseó por las tiendas de Regent Street, el centro comercial de lujo. Después subió por una escalera. Sus abuelos ya estaban en la cama. En cambio ella no tenía nada de sueño. Ya llevaba una hora paseando sin rumbo por el barco, arrastrando los

pies por la moqueta. Suspirando, se sacó unos auriculares del bolsillo, se los metió en las orejas y puso a Justin Timberlake en el iPod.

Llegó a un ascensor, subió y pulsó un botón al azar, con los ojos cerrados. El ascensor bajó un poco y se paró. Salió a otro de los interminables pasillos del barco, algo más estrecho que los demás. Subió el volumen del reproductor de música y empezó a caminar. Tras doblar una esquina, abrió de una patada una puerta con un letrero que no se molestó en leer. Bajó unos escalones de dos en dos y siguió caminando. El pasillo volvía a cambiar de dirección. De repente, justo en la esquina, tuvo la sensación de que la seguían.

Se detuvo y se volvió para ver quién era, pero el pasillo estaba completamente vacío. Retrocedió unos pasos y se asomó a la esquina. Nada.

Debía de haber sido algún ruido del barco, que a esas profundidades repiqueteaba y vibraba como una cinta de correr gigante.

Reanudó su paseo, pegada a la pared. De vez en cuando se empujaba con un hombro y se deslizaba por el lado opuesto. Faltaban cuatro días para llegar a Nueva York. Se moría de ganas de volver a casa y ver a sus amigos.

Otra vez tuvo la sensación de que la seguían.

Paró de golpe. Esta vez se quitó los auriculares, pero tampoco vio nada al mirar a su alrededor. Por cierto, ¿dónde estaba? Sólo era otro de tantos pasillos con moqueta, rodeado de lo que parecían salas privadas de reuniones... Lo más curioso de todo era la ausencia de gente.

Se echó el pelo hacia atrás con impaciencia. ¡A ver si resultaría que estaba empezando a asustarse, como los carcamales! Al mirar por el cristal de una puerta, vio una mesa larga llena de ordenadores. Una sala de internet. Se le ocurrió entrar y navegar un poco, pero no acabó de decidirse. Seguro que todas las webs que valían la pena estaban bloqueadas.

Justo cuando se apartaba de la ventana, vio con el rabillo del ojo que algo se movía; alguien se había escondido en la esquina que acababa de cruzar. Ya no había ninguna duda.

—¡Eh! —exclamó—. ¿Quién es?

No hubo respuesta.

Sería alguna criada. Estaban por todo el barco. Maddy siguió caminando, pero más deprisa que antes, con los auriculares en la mano. De todos modos aquella zona del barco era deprimente. Más valía subir otra vez a las tiendas. Caminó, buscando uno de los planos de situación. Habría jurado que oía el roce de unos pies en la moqueta, superpuesto al rumor del barco.

Tonterías. Aceleró un poco más. Dos recodos después seguía sin encontrar ni un triste plano, ni una zona que reconociese. Todo eran pasillos sin final. La diferencia, se fijó, era que la moqueta había sido sustituida por el linóleo.

Supuso que había entrado en una de las zonas de acceso restringido del barco; debía de haberse saltado el aviso de «Prohibido el paso». Quizás estuviera en la puerta que había abierto con el pie. En todo caso no pensaba volver por el mismo camino. Ni hablar.

Sí, estaba claro que se oían pasos, cada vez menos sigilosos, y acompasados a los suyos. ¿Y si la estaba siguiendo un perverso? Quizá fuera el momento de correr. A correr no le ganaba ningún viejo perverso. Llegó a una puerta lateral. La cruzó y bajó por una escalera metálica que daba a otro pasillo largo. Oyó un eco de pisadas en el metal de los peldaños.

Fue entonces cuando echó a correr.

El pasillo se acababa a la vuelta de la esquina, en una puerta con un letrero en rojo:

ACCESO SÓLO TÉCNICOS

Agarró el pomo. Cerrada. Se volvió sin respirar, presa del pánico. Oía el eco de unos pies corriendo en el pasillo. Volvió a sacudir el pomo desesperadamente, a la vez que gritaba. Su iPod se cayó del bolsillo y se deslizó por el suelo, sin que le hiciera el menor caso.

Se volvió de nuevo, buscando otra puerta, con los ojos como platos; una salida de incendios, lo que fuese...

Los pasos se acercaban más y más, corriendo. De repente apareció alguien en la esquina.

Maddie pegó un brinco, sobresaltada, a la vez que se le formaba un grito en la garganta, pero luego, al ver quién era, empezó a sollozar de alivio.

—¡Menos mal que es usted! —dijo—. Creía... que me seguía alguien. No sé... Me he perdido. Del todo. Menos mal que es usted...

El cuchillo apareció tan rápido que no le dio tiempo a gritar.

LeSeur estaba al fondo del puente, junto a Mason, mirando al comodoro Cutter, que iba arriba y abajo con las manos en la espalda frente al puesto de control, en paralelo a los monitores de pantalla plana. El comodoro ponía cuidadosamente un pie delante del otro, con estudiada lentitud. Al caminar por toda la anchura del puente, la silueta de su cuerpo saltaba de pantalla en pantalla. Lo que no se movía eran sus ojos, fijos al frente, sin mirar los monitores ni al oficial de guardia, desplazado e incómodo en un lado del puente.

LeSeur echó un vistazo a las pantallas del radar y del sistema meteorológico. El barco navegaba por el borde sur de un gran frente borrascoso, su característica más inusual era que se movía en sentido horario. La parte positiva era que navegaban con el viento en popa; la negativa era que eso significaba desplazarse con mar de popa. Los estabilizadores ya llevaban varias horas totalmente extendidos. Aun así, el barco daba unos lentos bandazos rotativos que con toda seguridad empeorarían el malestar de los pasajeros. Volvió a mirar los monitores. La altura de las olas era de nueve metros, la velocidad del viento de cuarenta nudos, y en el radar se apreciaba mucha dispersión. A pesar de todo, el comportamiento del buque era excelente. No pudo evitar una punzada de orgullo.

De repente apareció a su lado Kemper; su cara se veía de un azul espantoso a la luz artificial de las pantallas. Parecía tener mil cosas en la cabeza.

—Disculpe un momento, señor —murmuró.

LeSeur miró a Mason y le hizo una señal con los ojos. Siguieron a Kemper a una de las alas cubiertas del puente. Llovía con fuerza contra las ventanas, formando grandes cortinas de agua. Al otro lado, todo estaba negro.

Kemper dio una hoja de papel a LeSeur, sin decir nada. La luz era escasa. Aun así, el primer oficial hizo una lectura rápida.

—Madre mía... ¿Dieciocho denuncias más de desaparición?

—Sí, señor, pero si llega al final verá que ya han aparecido dieciséis. En cuanto alguien sale diez minutos de su camarote, su marido o su mujer avisa a seguridad. La cuestión es que se está agravando la situación. Empieza a cundir el pánico entre los pasajeros, y mis subordinados están prácticamente paralizados.

—¿Y las dos personas que no han aparecido?

—Una es una chica de dieciséis años. Lo han denunciado sus abuelos. La otra, una mujer con alzheimer incipiente.

—¿Cuánto tiempo llevan desaparecidas?

—La chica tres horas y la mujer mayor apenas una hora.

—¿Lo considera motivo de preocupación?

Kemper vaciló.

—A la mujer no. Yo creo que se habrá desorientado, y que quizá se habrá quedado dormida en cualquier parte. En cambio la chica... sí, sí que me preocupa. Hemos emitido avisos frecuentes por megafonía, y hemos registrado todos los espacios públicos. También tenemos esto.

Dio otra hoja a LeSeur.

La incredulidad del primer oficial aumentó a medida que leía.

—¡Caramba! ¿Es verdad? —Puso un dedo en el papel—. ¿Un monstruo rondando por el barco?

—En la cubierta 9 hay seis personas que dicen haberlo visto. Una especie... no sé de qué. Una cosa cubierta de humo, o hecha de un humo denso. Hay varias versiones. Es todo muy confuso.

LeSeur devolvió las dos hojas a Kemper.

—Esto es absurdo.

—Pero muestra el grado de histeria; lo cual, para mí, es un fenómeno muy preocupante, mucho... Histeria colectiva en un crucero en pleno Atlántico... La cuestión es que no tengo bastante personal para ocuparme de todo. Estamos desbordados.

—¿Hay algún modo de asignar temporalmente funciones de seguridad a otros trabajadores del barco? ¿De sacar de sus puestos habituales a algunos técnicos de confianza?

—Lo prohíbe el reglamento —dijo la segundo capitán, hablando por primera vez—. El único que podría anular la prohibición es el comodoro Cutter.

—¿Podemos intentarlo? —preguntó Kemper.

Mason lanzó una mirada serena hacia el centro del puente, donde se paseaba Cutter.

—No es un buen momento para pedir nada al comodoro, señor Kemper —dijo, lacónica.

—¿Y si cerramos los casinos y asignamos al personal de Hentoff a seguridad?

—La dirección de la empresa nos lincharía. El cuarenta por ciento del margen de beneficios sale de los casinos. Además, son crupieres y vigilantes. No están formados para nada más. Sería como asignar este trabajo a los camareros.

Otro largo silencio.

—Gracias por su informe, señor Kemper —dijo Mason—. Nada más, de momento.

Kemper se despidió con la cabeza y dejó solos en el puente a LeSeur y Mason.

—Capitán Mason... —dijo finalmente LeSeur.

—Dígame, señor LeSeur.

Mason se volvió para mirarlo, las duras facciones de su rostro estaban tenuemente iluminadas.

—Perdone que saque otra vez la misma cuestión, pero ¿ha vuelto a plantearse la posibilidad de un desvío hacia St. John's?

El silencio que siguió a la pregunta se alargó casi un minuto.

—Oficialmente no, señor LeSeur —contestó por fin la capitán Mason.

—¿Sería una insolencia preguntar por qué?

LeSeur vio que Mason se lo pensaba mucho antes de dar una respuesta.

—El comodoro ya ha dado órdenes firmes al respecto —dijo por último la capitán.

—Pero ¿y si la chica desaparecida... es otra víctima?

—El comodoro Cutter no da muestras de cambiar de postura.

LeSeur sintió que crecía la rabia en su interior.

—Perdone que le sea tan franco, capitán, pero hay un brutal asesino merodeando por el barco. Si es cierto lo que dice el tal Pendergast, ya ha matado a tres personas. Los pasajeros se están poniendo paranoicos. La mitad de ellos se ha escondido en los camarotes, y el resto se emborracha en los salones y casinos. Y ahora parece que se está desencadenando una histeria colectiva porque hay una especie de monstruo en el barco. Nuestro jefe de seguridad prácticamente ha reconocido que la situación se le va de las manos. Dadas las circunstancias, ¿no le parece que deberíamos plantearnos muy seriamente desviarnos?

—Desviar el barco significaría adentrarnos en la tormenta.

—Ya, ya lo sé, pero prefiero capear una borrasca que hacer frente a una multitud descontrolada de pasajeros y empleados.

—Lo que pensemos usted y yo carece de importancia —dijo fríamente Mason.

A pesar del tono de la capitán, LeSeur vio que no había sido insensible al último argumento. Los oficiales de barco eran muy conscientes de su inferioridad numérica. Aparte de un incendio en alta mar, otro de sus grandes miedos era el malestar entre los pasajeros (o algo peor que el malestar).

—Usted es el segundo capitán —insistió—, la segunda persona en la cadena de mando. Es quien está en mejor situación para influir en el comodoro. No podemos seguir así. Tiene que convencerle de que cambie el rumbo.

Mason le miró con unos ojos transidos de cansancio.

—Pero ¿no lo entiende, señor LeSeur? Al comodoro Cutter nadie puede hacerle cambiar de idea. Es así de sencillo.

LeSeur la miró fijamente, jadeando. Era increíble. Una situación inverosímil. Miró el ala, y el puente principal. Cutter seguía caminando, absorto en su mundo interior, con una expresión que era una máscara inescrutable. A LeSeur le recordó al capitán Bligh de *Rebelión a bordo*, constantemente en sus trece, mientras el barco se sumía inexorablemente en el caos.

—Si hay otro asesinato...

No terminó la frase.

Fue Mason quien habló.

—Señor LeSeur, si hay otro asesinato a bordo (Dios no lo quiera), nos replantaremos la cuestión.

—¿Replantarnos la cuestión? Con toda franqueza, ¿qué sentido tiene seguir hablando? Si hay otro...

—No me refería a más discusiones inútiles. Me refería al artículo V.

LeSeur se quedó mirándola. El artículo V permitía destituir a un capitán en alta mar por abandono del deber.

—¿No estará proponiendo...?

—Nada más, señor LeSeur.

LeSeur vio que Mason se giraba y volvía al centro del puente, donde se paró a hablar con el oficial del control con la misma calma que si no hubiera sucedido nada.

El artículo V. Mason tenía agallas. Pues si no había más remedio, adelante. Aquello se estaba convirtiendo en un tira y afloja, no sólo por el buen gobierno del *Britannia*, sino por la supervivencia.

Kemper salió de la central de informática y procesamiento de datos de la cubierta B para ir a los ascensores más próximos. Había tardado casi toda la noche en organizar la falsa alarma. Pocas cosas eran más difíciles que modificar los sistemas de gestión de seguridad del barco sin dejar rastro, excepto desconectar el sistema de aspersores. Se dijo con pesar que no estaba tan lejos la época en la que los únicos sistemas electrónicos presentes a bordo de los transatlánticos eran el radar y las comunicaciones. Ahora parecía que hubieran convertido todo el barco en un sistema gigante e interconectado. Era como un enorme ordenador flotante.

Llegó el ascensor. Kemper subió y pulsó el botón de la cubierta 9. Disparar una falsa alarma en un barco donde ya imperaba el nerviosismo, y cuyo capitán se negaba a aceptar la realidad (en el mejor de los casos, ya que también era posible que estuviera mal de la cabeza), aparte de hacerlo en plena tormenta en medio del Atlántico, rozaba la locura. Como se enterara alguien, no sólo se quedaría sin trabajo, sino que probablemente se pudriría en la cárcel. Le pareció increíble haberse dejado convencer por Pendergast.

Pero sólo hasta que se acordó de la dirección de la empresa.

La puerta del ascensor se abrió en la cubierta 9. Kemper salió y miró su reloj: las nueve y cuarto. Con las manos en la espalda, y una sonrisa en el rostro, se paseó por el pasillo de estribor saludando y sonriendo a los pasajeros que volvían del desayuno. La cubierta 9 era una de las más lujosas del barco. Rezó por que, tras un esfuerzo tan minucioso por su parte, no se disparasen los aspersores. Sería un desastre muy ruinoso para la North Star, teniendo en cuenta que algunos camarotes y suites estaban decorados por los propios pasajeros, con antigüedades, cuadros y esculturas de muchísimo valor.

Empezando por el trípex de Blackburn.

Miró otra vez el reloj, fingiendo normalidad. Las nueve y cincuenta y ocho. Hentoff ya debía de estar al final del pasillo de la cubierta 9, con un vigilante, listo para entrar en acción.

¡iiiiiiii! La alarma antiincendios reverberó como un grito por el elegante pasillo, seguida por una voz grabada, muy afectada:

«Atención, esto es un aviso de incendio. Todos los pasajeros deben evacuar inmediatamente la zona. Personal del barco a sus puestos. Por favor, sigan las instrucciones situadas en las puertas de los camarotes, o las órdenes del personal antiincendios. Atención, esto es un aviso de incendio. Todos los pasajeros...»

Se abrieron puertas a ambos lados del pasillo, y empezaron a salir pasajeros, algunos vestidos

y otros en camisión o camiseta. Kemper se maravilló de su rapidez de reacción. Casi parecía que estuviesen esperándolo.

—¿Qué ocurre? —preguntó alguien—. ¿Qué ha pasado?

—¿Un incendio? —dijo otra voz entrecortada, al borde del pánico—. ¿Dónde?

—¡Escúchenme! —gritó Kemper, acercándose por el pasillo—. ¡Que no cunda el pánico! ¡Por favor, salgan de sus camarotes y aléjense de aquí! ¡Reúnanse en el salón de proa!

«... Atención, esto es un aviso de incendio...»

Una mujer alta y corpulenta, con un voluminoso camisión, salió de un camarote y se le echó encima con los brazos abiertos.

—¿Un incendio? ¡Dios mío! ¿Dónde?

—Tranquila, señora. Haga el favor de ir hacia el salón de proa, no pasará nada.

Le rodearon más personas.

—¿Adónde vamos? ¿Dónde está el incendio?

—¡Vayan hacia el final del pasillo, y reúnanse en el salón!

Kemper se abrió camino. De momento no salía nadie del triplex de Blackburn. Vio a Hentoff, que llegaba corriendo con el vigilante, apartando pasajeros.

—¡Pepys! ¡Mi Pepys!

Una mujer, que iba a contracorriente de la multitud, pasó rozando a Kemper y se metió otra vez en su suite. El vigilante quiso detenerla, pero Kemper sacudió la cabeza. Reapareció poco después, con un perro.

—¡Pepys! ¡Menos mal!

Kemper miró de reojo al director del casino.

—El triplex Penhurst —murmuró—. Tenemos que asegurarnos de que se desocupe.

Mientras Hentoff se apostaba a un lado de la puerta, el vigilante aporreó la madera brillante.

—¡Alarma de incendio! ¡Salgan todos!

Nada. Hentoff miró a Kemper, que asintió con la cabeza. El vigilante sacó una tarjeta maestra y la pasó por el lector. La puerta se abrió con un clic. Entraron los dos.

Kemper se quedó esperando en la puerta. Poco después oyó voces dentro de la suite. Una mujer con uniforme de criada salió corriendo del triplex y se fue por el pasillo. El siguiente en aparecer fue Blackburn, sujeto por el vigilante.

—¡No me toques con tus sucias manos, hijo de puta! —gritó exasperado.

—Lo siento, pero son las normas —dijo el vigilante.

—¿Qué coño va a haber un incendio! ¡Si ni siquiera huele a humo!

—Son las normas, señor —repitió Kemper.

—¡Pues al menos cierren mi puerta con llave!

—La normativa antiincendios prohíbe cerrar puertas durante una emergencia; y ahora, si hace el favor de ir al salón de proa, donde se han reunido los pasajeros...

—¡No pienso dejar abierto mi camarote!

Blackburn se soltó e intentó meterse otra vez en su suite.

—Señor —dijo Hentoff, cogiéndole por la chaqueta—, si no nos acompaña tendremos que detenerle.

—¡Pues deténgame!

Blackburn intentó darle un puñetazo, pero Hentoff lo esquivó. Después el millonario se lanzó hacia la puerta, y Hentoff se le echó encima sin pensárselo dos veces. Rodaron por el suelo, los dos con traje, hasta que se oyó una tela que se rompía.

Kemper se acercó corriendo.

—¡Espósale!

El vigilante sacó unas esposas PlastiCuffs, y en el momento en el que Blackburn se ponía sobre Hentoff e intentaba levantarse, le tiró hábilmente al suelo, juntó sus manos y se las esposó en la espalda.

Blackburn se resistía, temblando de rabia.

—¿Sabén quién soy? ¡Pagarán por este...!

Trató de incorporarse.

En ese momento intervino Kemper.

—Señor Blackburn, sabemos perfectamente quién es. Y ahora escúcheme bien, si es tan amable. O se dirige pacíficamente al salón de proa, o le haré encerrar en la cárcel del barco, y no saldrá hasta que toquemos puerto. En ese momento será entregado a las autoridades locales, acusado de agresión.

Blackburn le miró fijamente, resoplando.

—Pero si se tranquiliza y sigue las órdenes, le quitaré ahora mismo las esposas y olvidaremos este ataque no provocado a personal del barco. Si es una falsa alarma, volverá a estar en su suite dentro de media hora. ¿Qué elige?

Tras algunos resoplidos Blackburn bajó la cabeza.

Kemper hizo señas al vigilante, que le quitó las esposas.

—Llévatelo al salón, y que no salga nadie en media hora.

—Sí, señor.

—Después, si dan la señal de que ha pasado el peligro, podrán volver a sus suites.

—Muy bien, señor.

El vigilante acompañó a Blackburn por el pasillo, ya vacío. Kemper y Hentoff se quedaron solos, en silencio. Menos mal que no se habían disparado los aspersores. Los preparativos de Kemper no habían sido en vano. Llegaron los bomberos, arrastrando mangueras y el resto del equipo. Entraban y salían de los camarotes, buscando el fuego. Había que seguir el protocolo, aunque empezara a estar claro que probablemente había sido una falsa alarma.

Kemper miró a Hentoff, y dijo en voz baja:

—Mejor que nos vayamos, no quiero estar aquí cuando Pendergast...

—No lo digas.

Hentoff se alejó por el pasillo, como si no viera momento de irse.

En la otra punta del barco, siete cubiertas más abajo, Emily Dahlberg salió del Café Soho después de un desayuno ligero, que había consistido en té y bollos, y se internó por la zona comercial que recibía el nombre de Regent Street. Prefería aquella concentración de tiendas de lujo a la otra, la de la cubierta 6: St. James. Gracias a la decoración, el pasillo parecía la auténtica Regent Street de cien años atrás. Habían hecho un gran trabajo, con farolas de gas de verdad, adoquines y tiendecitas elegantes de ropa en ambos lados. Emily llegaba justo a tiempo; a diferencia de los casinos y los clubes, abiertos a todas horas, Regent Street tenía un horario más normal. Eran las diez. Justo empezaban a abrir las tiendas y a encender las luces, mientras el personal retiraba las rejas metálicas.

Las diez. Faltaba una hora y media para que llegase el momento de reunirse otra vez con Gavin Bruce, y planear el siguiente movimiento.

Se acercó al primer escaparate y echó un vistazo. Conocía bien la auténtica Regent Street, y no era tan cara como aquellas tiendas. Increíble, pensó al mirar por el escaparate: mil cien libras por un vestido de cóctel color gris ostra, un poco ahuecado, que en Londres valía una tercera parte. Por alguna razón, en los cruceros quedaba en suspenso el sentido común.

Sonrió vagamente al pasear por la falsa avenida, mientras pensaba en otras cosas. Lo más curioso fue que a pesar del pánico, la confusión y el temor que reinaban, le vino a la memoria el elegante señor Pendergast. No le había visto desde la cena inaugural, aparte de cruzárselo una vez en el casino, pero era una presencia constante en sus pensamientos: cincuenta y un años de vida, y tres maridos, a cual más rico, pero nunca había conocido a nadie tan intrigante como Aloysius Pendergast. Lo más raro de todo era que no sabía qué le llamaba tanto la atención de aquel hombre. Bueno, en realidad sí; lo sabía desde la primera mirada, y las primeras palabras melosamente surgidas de sus labios...

Se paró a admirar un top de Cornelli con lentejuelas, mientras sus pensamientos tomaban derroteros vagamente deliciosos y sensuales antes de volver al presente. Sus primeros dos maridos eran de la aristocracia inglesa, terratenientes chapados a la antigua que se habían asustado de su competencia y de su independencia. Sólo en el tercero, un magnate de la industria cárnica estadounidense, había encontrado Emily a alguien que estuviera a su altura. Por desgracia había muerto en sus brazos de una embolia, en el transcurso de una cópula particularmente vigorosa. Emily se había embarcado en el *Britannia* con la esperanza de encontrar a un cuarto marido (la vida era corta, y le aterrorizaba pasar su vejez sola con sus caballos), pero con todo el

lío del asesinato las perspectivas parecían francamente malas.

Bueno, daba igual. En Nueva York asistiría a la fiesta del Guggenheim, a la juerga de la revista *Elle*, a la cena de gala del Metropolitan Club y a toda una serie de actos en los que podría conocer a buenos candidatos. Pensó que hasta era posible que se viese obligada a rebajar sus exigencias... pero sólo un poco.

O bien pensado, tal vez no... Estaba segura, por ejemplo, de que con el señor Pendergast no haría falta rebajar ninguna exigencia; al menos todo lo segura que podía estar sin haberle quitado la ropa.

Vio que la gente caminaba sin prisas. Había menos de la habitual, sin duda a causa de la mala mar, las desapariciones y el asesinato; a menos que estuvieran todos durmiendo la mona, porque Emily estaba sorprendida de la cantidad de alcohol que había visto consumir la noche anterior en los restaurantes, los clubes y los salones.

Se acercó a otra tienda de lujo, la última del centro comercial, que abría sus puertas en aquel momento. Aguardó sin prisas a que subieran la persiana con un ruido horrible (lo que en Regent Street tenía encanto, en un barco era sencillamente detestable) y se llevó la agradable sorpresa de ver aparecer el cristal blindado de una pequeña peletería. Ella no llevaba pieles, pero sabía reconocer una buena pieza y disfrutaba viéndolas. En el escaparate, un empleado ajustaba minuciosamente un abrigo largo de piel que se había movido un poco del maniquí, uno de esos maniqués antiguos de mimbre. Dahlberg se quedó admirando el abrigo, muy completo. «Con esto no se pasaría frío ni en un gulag siberiano», pensó, sonriendo.

Entre ajustes y estirones, el empleado empezó a ponerse nervioso. En un momento dado se dio cuenta de que estaban mal abrochados los botones, y puso los ojos exageradamente en blanco. Los desabrochó y abrió las solapas. De repente se derramó un líquido espeso del maniquí, seguido por lo que parecía una cuerda entre blanca y rojiza. Evidentemente, el empleado notó que tenía las manos mojadas, porque se las acercó a la cara. Estaban rojas, de un rojo viscoso que sólo podía ser sangre.

Sangre...

Emily Dahlberg se tapó la boca. Más violenta fue la reacción del empleado, que al echarse hacia atrás resbaló en el suelo manchado de sangre, perdiendo el equilibrio. Gritó, agitó los brazos y se aferró al maniquí. Entonces se cayó todo al suelo, el empleado, el abrigo y el maniquí; al abrirse el chaquetón dejó a la vista un cadáver.

Pero no, Emily Dahlberg vio que no era un cadáver, al menos completo, sino una maraña de órganos rojos, blancos y amarillos que salían de un agujero practicado de cualquier manera en el torso de mimbre del maniquí. Durante un momento no pudo moverse; se quedó boquiabierto del susto y de incredulidad. Había visto bastantes escenas sanguinarias en la planta cárnica familiar, del brazo de su tercer marido, para saber que aquellos órganos no eran de ganado. Los de ganado eran más grandes. Se trataba de algo totalmente distinto...

De repente se dio cuenta de que sus brazos y sus piernas volvían a responder. Justo cuando se giraba y se iba por donde había venido, caminando con paso algo inestable por Regent Street, oyó gritos a sus espaldas, pero no miró ni una sola vez hacia atrás.

A las diez y tres minutos, en un pasillo de la cubierta 9 donde no había ni un alma, se entreabrió la puerta de un cuadro eléctrico. La alarma antiincendios había dejado de ulular, pero el mensaje de emergencia seguía repitiéndose sin descanso por el sistema interno de megafonía del barco. De un lado llegaban las voces de los responsables de control de incendios, cada vez más apagadas; del otro, un vago y confuso rumor procedente del salón de proa. Tras un breve titubeo, Pendergast salió de la oscuridad del cuadro eléctrico como una araña de su guarida. Lo primero que hizo fue mirar atentamente hacia ambos lados del pasillo, con su suelo de moqueta y su papel de pared. Después, con rapidez felina, se acercó a la puerta principal del tríplex Penhurst, la abrió, entró y activó la cerradura de seguridad.

Permaneció un momento en la entrada, sin moverse. Al fondo, en el salón, las cortinas corridas tapaban una oscura mañana de tormenta. Sólo una luz muy tenue se filtraba en el silencio del camarote. Pendergast oía la vaga pulsación de los motores, y la lluvia y el viento que azotaban las ventanas. Inhaló con todos los sentidos en alerta máxima, y a duras penas detectó un ligero rastro del mismo olor a cera, humo y resina descrito por el taxista; un olor que él conocía del monasterio interior de Gsalrig Chongg.

Echó un vistazo a su reloj: veinticuatro minutos.

El tríplex Penhurst era una de las dos suites más grandes del barco. Más que un camarote parecía un elegante apartamento, con tres dormitorios y gimnasio en los pisos de arriba, y salón, cocina, comedor y balcón en el de abajo, conectados mediante una escalera de caracol. Abandonó el recibidor y penetró en la oscuridad del salón. La penumbra estaba llena de vagos reflejos de plata, oro, turquesa y barniz. Al encender las luces, le deslumbró un momento la excepcional y ecléctica colección de arte que apareció ante sus ojos: cuadros cubistas de la primera época de Braque y Picasso, mezclados indiscriminadamente con obras maestras de la pintura y la escultura asiáticas, procedentes de la India, el sudeste de Asia, el Tíbet y la China. También había otros tesoros: una mesa cubierta de antiguas piezas inglesas de plata repujada y cajas de rapé de oro, varias estanterías con monedas de oro de la antigua Grecia y una extraña colección que parecía estar compuesta de agujas de toga y cintos romanos.

La colección, en su conjunto, era propia de un coleccionista dotado de muy buen ojo, gusto irrefutable y recursos económicos ilimitados, pero sobre todo de un hombre culto y con criterio, con unos intereses y conocimientos que iban mucho más allá de los simples negocios.

Se preguntó si aquélla podía ser la misma persona que había mutilado a Jordan Ambrose

después de su muerte, de una manera gratuita y sádica. Una vez más, pensó en la incoherencia psicológica que se apreciaba en todos los aspectos del asesinato de Ambrose.

Fue directamente al gran armario de teca del fondo del salón, donde Constance le había informado que estaba la caja fuerte de la suite. Lo abrió, sacó la tarjeta magnética que le había proporcionado Kemper y la deslizó en la ranura. Poco después la puerta se abrió un poco, con un suave clic.

La abrió del todo y miró dentro. En ese momento salió una vaharada de resina y humo. Lo único que contenía la caja fuerte era una caja de madera larga y rectangular, cubierta de inscripciones tibetanas descoloridas.

La levantó con el máximo cuidado, reparando en lo poco que pesaba. Estaba tan llena de agujeros de insecto que parecía una esponja reseca, a punto de deshacerse y soltar polvo al menor contacto. Deshizo el antiguo cierre de latón y levantó la tapa con cautela. Se le partió en las manos. Retiró las piezas cuidadosamente y escrutó el interior de la caja.

Estaba vacía.

Sonó el timbre de seguridad del puente, señal de que estaba entrando alguien. Poco después apareció en la escotilla Kemper; su aspecto impactó a LeSeur: tenía la cara gris, el pelo lacio y la ropa arrugada. Parecía no haber dormido en una semana.

—¿Qué ocurre, señor Kemper? —preguntó LeSeur, tras echar una mirada involuntaria al comodoro Cutter, que seguía en el puente, paseándose de nuevo.

El barco navegaba con el piloto automático, un maridaje de software, mecánica y tecnología por satélite que sólo podía calificarse como un prodigio de la ingeniería naval. Era capaz de mantener el rumbo mejor que cualquier piloto humano y ahorrar cantidades significativas de combustible. El problema, pensó LeSeur, era que el piloto automático aún tenía puesto el rumbo hacia Nueva York.

—Han encontrado a la chica desaparecida —dijo Kemper en voz baja—. Al menos una parte.

Hubo un momento de silencio. Al intentar asimilar la información, LeSeur sintió una brusca oleada de espanto.

—Una parte —repitió después de un rato, como si se le hubiera secado la garganta.

—Han aparecido partes de cuerpo humano (entrañas y vísceras) dentro de un maniquí de una de las tiendas de Regent Street. Más o menos a la misma hora, uno de mis equipos de búsqueda ha encontrado rastros de sangre, una pulsera aplastada y sangre coagulada, entre otras cosas... en la baranda de popa babor de la cubierta 1.

—O sea, que el resto lo tiraron por la borda —dijo LeSeur, en voz muy baja.

Estaba soñando. Aquello era una pesadilla. Tenía que serlo.

—Eso parece, señor. En la cubierta B ha aparecido el iPod de la chica, al otro lado de la escotilla que da a la zona de máquinas. Parece que fue donde la abordaron, antes de llevársela, o arrastrarla, a la cubierta 1, matarla y descuartizarla en la cubierta exterior y echarla luego por la borda, conservando algunos... esto... trofeos. A su vez, estos últimos fueron llevados a la peletería de Regent Street y metidos en un maniquí.

—¿Ya lo saben los pasajeros?

—Sí. Parece que las noticias vuelan. Se lo están tomando bastante mal.

—¿Cómo de mal?

—He presenciado varios ataques de histeria. Ha habido que reducir a un hombre en el casino Covent Garden. Ya le avisé de lo peligrosa que puede ser la histeria. Mi consejo es que el comodoro declare un código ISPS de nivel uno, y que se tomen medidas inmediatas para aumentar

la seguridad en el puente.

LeSeur se volvió hacia el segundo oficial.

—Active las escotillas de seguridad en todos los accesos al puente. Que no entre nadie sin permiso.

—Sí, señor.

Miró otra vez al jefe de seguridad.

—Ya le comentaré al comodoro lo del código ISPS. ¿Alguna pista sobre el asesinato?

—No, sólo que llama la atención la facilidad con la que el asesino se mueve por el barco. Hasta tiene las llaves de Máquinas y de la peletería de Regent Street.

—Pendergast dijo que el asesino se las había ingeniado para conseguir un pase de seguridad.

—O una llave maestra —dijo Kemper—. Se hicieron a decenas.

—¿Motivo?

—Podría ser un psicópata completamente descontrolado, o bien alguien con un objetivo concreto.

—¿Un objetivo? ¿Por ejemplo?

Kemper se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Sembrar el pánico en el barco?

—Pero ¿por qué?

Como el jefe de seguridad no contestaba, LeSeur asintió con la cabeza.

—Gracias, señor Kemper. ¿Tendría la amabilidad de acompañarme, mientras informo al comodoro?

Kemper tragó saliva y asintió. LeSeur se acercó al comodoro y se interpuso en su camino.

—¿Comodoro Cutter?

Cutter interrumpió sus pasos y levantó despacio su voluminosa cabeza.

—¿Qué sucede, señor LeSeur?

—El señor Kemper acaba de informarme de otro asesinato a bordo. Una chica joven.

Al oírlo, los ojos de Cutter brillaron ligeramente antes de volver a su falta de lustre. Miró al jefe de seguridad.

—¿Señor Kemper?

—Señor, esta mañana, a primera hora, ha sido asesinada una joven de dieciséis años en la cubierta 1. Algunas partes de su cuerpo han sido puestas en un maniquí de una de las tiendas de Regent Street; las han descubierto en el momento de abrir la tienda. Se está extendiendo la noticia por el barco, y empieza a cundir el pánico entre los pasajeros.

—¿Sus hombres lo están investigando?

—Mis hombres, señor, apenas dan abasto intentando mantener el orden, contestar a las denuncias de desaparición y tranquilizar a los pasajeros. Con todo respeto, no estamos en situación de buscar pruebas, interrogar a los sospechosos o llevar a cabo una investigación.

Cutter siguió mirándole.

—¿Algo más, señor Kemper?

—Yo aconsejaría declarar un código ISPS de nivel uno en el barco.

Los ojos enfocaron brevemente a LeSeur antes de posarse en el oficial de guardia.

—¿Señor Worthington? —dijo en voz alta Cutter—. ¿Tiempo estimado para Nueva York?

—Manteniendo la velocidad y el rumbo actuales, sesenta y seis horas, señor.

—¿Y para St. John's?

—Veintitrés horas, señor, siempre que mantengamos la velocidad.

Se hizo un prolongado silencio sobre el puente. La luz tenue de los instrumentos hacía brillar los ojos de Cutter, que se volvió hacia el jefe de seguridad.

—Señor Kemper, declare un código 1. Quiero que cierre dos de los casinos y la mitad de los clubes nocturnos. También quiero que elija las tiendas y los bares que hayan obtenido menos beneficios, y que reasigne a los empleados al mantenimiento del orden en el barco, en la medida en que lo permitan su formación y sus capacidades. Cierre las salas de juego, los gimnasios, los teatros y los spas, y en la medida de lo posible, también en este caso, reasigne al personal a funciones de seguridad.

—Sí, señor.

—Clausure las zonas que puedan contener pruebas forenses de este crimen y de los demás. No quiero que entre nadie en ellas, ni siquiera usted.

—Ya está hecho, señor.

Se volvió.

—Señor LeSeur, entre las diez de la noche y las ocho de la mañana regirá el toque de queda hasta que desembarquemos. Durante esos períodos todos los pasajeros quedarán recluidos en sus camarotes. Ajuste los turnos de los restaurantes para que el último termine a las nueve y media.

—Sí, señor.

—Se cancelará todo el servicio de habitaciones, y el resto de servicios a los pasajeros. El personal de limpieza reducirá al mínimo sus tareas. Todo el personal permanecerá en sus habitaciones cuando no esté trabajando o en el comedor. Sin excepciones. Señor LeSeur, tome las medidas pertinentes para reducir el movimiento en el barco, salvo el del personal imprescindible.

—Sí, señor.

—Ocúpese de que se emita un comunicado a los pasajeros, para informarles de que se declara una emergencia ISPS y para transmitir mis órdenes. Se castigará severamente cualquier infracción. No se permitirán excepciones a las reglas, por muy rica o... influyente que sea o pretenda ser la persona en cuestión.

Esta vez el silencio fue larguísimo. LeSeur esperaba la orden más importante de todas.

—Nada más, señor LeSeur.

LeSeur no se movió.

—Perdone la pregunta, capitán Cutter, pero va a desviarse hacia St. John's, ¿verdad?

Los ojos de Cutter se enfriaron al mirarle.

—No.

LeSeur tragó saliva.

—¿Por qué no, señor?

—No tengo por costumbre explicar mis decisiones a los subordinados.

LeSeur volvió a tragar saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta, pero sin conseguirlo.

—Con su permiso, comodoro...

Cutter le interrumpió.

—Señor LeSeur, llame al puente al segundo capitán, y usted permanezca en sus habitaciones hasta nueva orden.

—Sí, señor.

—Nada más. Señor Kemper, usted también puede salir del puente.

Sin decir nada más, Cutter reanudó su ir y venir.

Con mucho, muchísimo cuidado, Pendergast sacó la caja medio deshecha. Después se acercó una lupa de joyero a un ojo, y usó unas pinzas para remover los residuos del interior (insectos muertos, partículas de resina, serrín y fibras) y depositar las sustancias elegidas en diversos pequeños tubos de ensayo que sacó de los bolsillos de su chaqueta. Al terminar, volvió a poner en su sitio la tapa de la caja, recomponiéndola con minuciosidad, y la dejó en la caja fuerte, dentro del rectángulo de serrín de donde la había levantado. Por último cerró la caja fuerte, introdujo la tarjeta en la cerradura, cerró el armario de teca y retrocedió.

Miró su reloj. Quedaban diecinueve minutos.

Fuera cual fuese el objeto, Blackburn lo había escondido en algún otro lugar de la suite.

Miró por el salón, examinando cada objeto. Muchos de ellos podían descartarse de antemano, porque superaban las dimensiones de la caja, pero también había bastantes que podían caber dentro de ella, aunque fuera con dificultad; demasiados para poder examinarlos detenidamente en un cuarto de hora.

Subió la escalera y registró los dormitorios, los baños y el gimnasio. Reparó en que Blackburn sólo había redecorado el salón; con la única excepción de un juego de sábanas de seda con el monograma grande y ostentoso de una «B», las habitaciones de arriba conservaban la decoración original.

Volvió al salón y se quedó en el centro, mientras sus ojos plateados se fijaban en todos los objetos. Aunque eliminase los que no eran ni tibetanos ni indios, o posteriores al siglo XIII, seguían quedando demasiados. Había una lanza ritual de hierro con ataujías de oro y plata, una daga phur-bu de oro macizo cuya hoja triangular salía de la boca de Makara, varias ruedas de oración de marfil y plata exquisitamente labradas con mantras, un dorje ritual de plata con incrustaciones de turquesa y coral, y varios thangkas y mandalas antiguos.

Todo ello extraordinario, pero ¿cuál de ellos era el Agoyzen (si alguno lo era), aquel objeto terrible y prohibido que expurgaría la Tierra de la plaga humana?

Su mirada se posó en las extraordinarias pinturas thangka que se sucedían en las paredes: imágenes de divinidades y demonios tibetanos con bordes de ricos brocados de seda, usados como objetos de meditación. La primera imagen, exquisita, representaba al bodhisattva Avalokiteshvara, el Buda de la Compasión; le seguía una feroz imagen del demonio Kalazyga, con colmillos, tres ojos y un tocado hecho de calaveras, bailando salvajemente en medio de un fuego. Pendergast examinó los thangkas con la lupa. Después arrancó un hilo de seda del borde de cada

uno y también los examinó.

El siguiente paso fue acercarse al mayor de los mandalas, que estaba colgado sobre la chimenea de gas. Era una pieza deslumbrante, una representación intrincada y metafísica del cosmos que al mismo tiempo era una imagen mágica del estado interior del Buda iluminado, a la vez que el esquema de un templo o de un palacio. Los mandalas estaban destinados a la contemplación; eran accesorios para la meditación, con proporciones de un equilibrio mágico, y cuya finalidad era purificar y sosegar la mente. Quedarse mirando un mandala era experimentar, aunque sólo fuese un momento, la nada que se halla en el corazón de la iluminación.

Aquel mandala era de una calidad fuera de lo común. Al observarlo, la visión de Pendergast quedó atraída casi magnéticamente por el centro del objeto, mientras sentía la paz y la libertad de los apegos que emanaban de él, tan familiares.

¿Sería el Agoyzen? No. Allí no había amenaza ni peligro algunos.

Miró su reloj. Blackburn regresaría en doce minutos. Ya no tenía tiempo de examinar objetos concretos. Volvió al centro de la sala y se quedó pensando.

El Agoyzen estaba en el salón. De eso estaba seguro. Sin embargo, también lo estaba de que seguir buscando equivalía a perder un tiempo muy valioso. Se acordó de una máxima budista: «Cuando dejes de buscar, encontrarás».

Se sentó en el sofá de Blackburn, exageradamente mullido, y cerró los ojos. Lentamente, con calma, vació su mente. Cuando alcanzó la paz mental, cuando dejó de importarle encontrar el Agoyzen, abrió los ojos y volvió a mirar la sala, manteniendo el vacío en su mente y la inactividad del intelecto.

Su mirada se dirigió hacia un magnífico cuadro de Georges Braque, discretamente colgado en un rincón. Conservaba un vago recuerdo de aquella pieza: era una de las primeras obras maestras del cubista francés, subastada hacía poco tiempo en Christie's de Londres y adquirida (recordó) por un comprador anónimo.

Se dio el gusto de examinar el cuadro relajadamente, sin moverse del sofá.

Siete minutos.

LeSeur interceptó a la capitán Mason justo cuando cruzaba la escotilla de seguridad del puente exterior. Al ver su cara, Mason se paró.

—Capitán Mason... —fue lo único que consiguió decir LeSeur.

Ella le miró sin dejar traslucir sus emociones. Seguía ofreciendo una imagen de calma y compostura, con el pelo recogido debajo de la gorra de capitán, hasta la última hebra. Lo único que delataba su profundo cansancio eran los ojos.

Miró hacia el puente por la escotilla interior, y tras un rápido vistazo profesional, que le permitió formarse una idea del estado de las operaciones, prestó atención a LeSeur.

—¿Quería decirme algo, señor LeSeur?

Su voz era de una neutralidad muy estudiada.

—¿Ya se ha enterado del último asesinato?

—Sí.

—El comodoro Cutter se niega a desviarse hacia St. John's. Mantenemos rumbo a Nueva York. Sesenta y cinco horas y pico.

Mason no dijo nada. Cuando LeSeur se volvió para marcharse, sintió el peso de su mano en un hombro, lo que le sorprendió un poco. Era la primera vez que Mason le tocaba.

—Oficial LeSeur —dijo ella—, quiero que me acompañe cuando hable con el comodoro.

—Me han echado del puente, señor.

—Considérese readmitido. Y haga el favor de llamar al puente a los oficiales segundo y tercero, así como al señor Halsey, el ingeniero jefe. Les necesitaré como testigos.

LeSeur sintió que se le aceleraba el corazón.

—Sí, señor.

No hicieron falta más de cinco minutos para reunir discretamente a los oficiales y a Halsey, y volver al puente. Encontraron a Mason en la escotilla de seguridad. LeSeur vio por encima del hombro de la capitán que el comodoro todavía daba vueltas frente a los ventanales del puente. Caminaba aún más despacio que antes, poniendo un pie delante del otro con una precisión excepcional. Iba con la cabeza baja, ajeno a todos y a todo. Al oírles entrar, se detuvo y alzó la vista. LeSeur era consciente de que la imagen de todo el personal del puente formando a sus espaldas no podía pasar desapercibida a Cutter.

Los ojos acuosos del capitán repartieron su atención entre Mason y LeSeur.

—¿Qué hace aquí el primer oficial, capitán? Acabo de decirle que se fuera.

—Le he pedido que volviera al puente, señor.

Hubo un largo silencio.

—¿Y estos otros oficiales?

—A ellos también se lo he pedido.

Cutter insistió en mirarla fijamente.

—Se está insubordinando, capitán.

Mason contestó tras una pausa.

—Con todo respeto, comodoro Cutter, solicito que justifique su decisión de mantener el rumbo a Nueva York en lugar de desviarnos hacia St. John's.

La mirada de Cutter se endureció.

—Ese asunto ya lo habíamos zanjado. Se trata de un desvío innecesario y desacertado.

—Disculpe, señor, pero la mayoría de sus oficiales (así como una delegación de pasajeros de especial relieve, si se me permite decirlo) no están de acuerdo.

—Repito: se está insubordinando. A partir de este momento queda relevada del mando. —Cutter se volvió hacia los dos empleados de seguridad que montaban guardia junto a la escotilla del puente—. Llévense del puente a la capitán Mason.

Los dos vigilantes se acercaron a Mason.

—Acompáñenos, por favor —dijo uno de ellos.

Mason no les hizo caso.

—Comodoro Cutter, usted no ha visto lo que yo. Lo que nosotros. A bordo de este barco hay cuatro mil trescientos pasajeros y tripulantes aterrorizados. El personal de seguridad es insuficiente para hacer frente a una situación de esta magnitud, como no tiene inconveniente en reconocer el propio señor Kemper. La situación, por otro lado, se agrava por momentos. El control del barco, y por lo tanto su seguridad, corren un riesgo inminente. Insisto en que nos desviemos al puerto más cercano, St. John's. Cualquier otro rumbo pondría el barco en peligro e incurriría en negligencia según el artículo V del Código Marítimo.

LeSeur casi no podía respirar. Esperaba una explosión de ira, o una fría negativa al estilo del capitán Bligh, pero lo que hizo Cutter fue del todo inesperado. Pareció que todo su cuerpo se relajase. Rodeó la consola y se apoyó en el borde, juntando las manos. Había cambiado por completo de actitud.

—Capitán Mason, estamos todos bastante tensos. —Miró a LeSeur—. Es posible que también me haya precipitado en responderle a usted, señor LeSeur. Si los barcos tienen un comandante, y si sus órdenes nunca se cuestionan, es por una razón. No podemos permitirnos la distracción ni el lujo de empezar a discutir entre nosotros, debatir nuestros argumentos y votar como un comité. Sin embargo, dadas las circunstancias, voy a explicar mi razonamiento. Lo diré una sola vez, y espero... —Su voz se endureció de nuevo al mirar a los oficiales del puente y al ingeniero jefe—. Espero que presten atención. Todos ustedes deben aceptar la antigua y consagrada inviolabilidad de la prerrogativa del capitán de tomar decisiones a bordo de su barco, incluso en situaciones de vida o muerte, como es la presente. De mis posibles errores habrá tiempo de ocuparse una vez que lleguemos a puerto.

Se irguió.

—Estamos a veintidós horas de St. John's, pero sólo si mantenemos esta velocidad. Si nos desviásemos, nos meteríamos en el centro de la tormenta. En vez de un mar de popa, quedaríamos sujetos a un mar de costado, y después, al cruzar los Grand Banks, a un mar de proa. Suerte tendríamos si mantuviéramos veintidós nudos. Según este cálculo, St. John's no queda a veintidós horas, sino a treinta y dos, y eso a condición de que no empeore la tormenta. No me parece nada descabellado calcular cuarenta horas para llegar hasta St. John's.

—Sigue siendo un día menos...

El capitán levantó una mano, muy serio.

—Si no le importa... Por otro lado, un rumbo directo a St. John's nos aproximaría peligrosamente a Eastern Shoal y a las Carrion Rocks. Por lo tanto, deberíamos calcular una trayectoria que esquivara todos esos obstáculos, lo cual nos haría perder como mínimo una o dos horas más. En total son cuarenta y dos horas. Los Grand Banks están abarrotados de pesqueros. Algunos de los más grandes capearán la tormenta en alta mar echando el ancla y sin moverse; por lo tanto, tendrían prioridad en cualquier encuentro. Reduciendo dos nudos la velocidad y teniendo que hacer maniobras, perderíamos algunas horas más. Aunque estemos en julio, aún no ha terminado la temporada de icebergs, y tenemos constancia de que hace poco se han visto algunos de pequeño tamaño en los márgenes externos de la corriente de Labrador, al norte de Eastern Shoal. Añadamos otra hora. En consecuencia, no estamos a veintidós horas de St. John's, sino a cuarenta y cinco.

Hizo una pausa teatral.

—El *Britannia* se ha convertido en el escenario de un asesinato, y todos sus pasajeros y tripulantes, en sospechosos. Sea cual sea el puerto al que lleguemos, el barco quedará retenido por las autoridades, y no recuperará la libertad hasta que se haya procedido a un examen forense completo y se haya interrogado a todos los pasajeros y a todo el personal. St. John's es una ciudad pequeña y provinciana de una isla del Atlántico, con una dotación policial minúscula, y un pequeño destacamento de la Policía Montada. No dispone ni de lejos de los recursos necesarios para una recogida de pruebas eficaz. El *Britannia* podría permanecer semanas, o incluso más de un mes, en St. John's, al igual que su tripulación y muchos pasajeros, lo que haría perder cientos de millones de dólares a la compañía. El elevado número de pasajeros de este barco colapsaría la ciudad.

Miró al grupo, que guardaba silencio, y se humedeció los labios.

—En cambio Nueva York tiene las infraestructuras necesarias para llevar a cabo una investigación criminal y forense como Dios manda. Las molestias, para los pasajeros, serán mínimas, y lo más probable es que el barco quede en libertad al cabo de unos días. Lo más importante es que la investigación tendrá a su disposición lo último en tecnología. Encontrarán al asesino y le juzgarán. —Cutter cerró despacio los ojos, y volvió a abrirlos. Fue un gesto lento y extraño, que provocó un escalofrío a LeSeur—. ¿Me he explicado bien, capitán Mason?

—Sí —dijo ella, con una voz fría como el hielo—, pero permítame señalar un dato que se le ha pasado por alto, señor: el asesino ha matado cuatro veces en cuatro días; una vez al día, con precisión cronométrica. Las veinticuatro horas de más a Nueva York equivalen a una muerte suplementaria. Una muerte innecesaria. Una muerte de la que usted será personalmente

responsable.

El silencio fue terrible.

—¿Qué más da que se moleste a los pasajeros? —añadió Mason—. ¿O que el barco pueda quedar retenido en puerto? ¿O que la compañía pierda millones de dólares? ¿Qué más da si lo que está en juego es una vida humana?

—¡Es verdad! —dijo LeSeur, con más fuerza de lo que pretendía. Le produjo una vaga sorpresa reconocer su propia voz, pero estaba totalmente harto (de los asesinatos, de la burocracia del barco y de que no se hiciera otra cosa que hablar de los beneficios de la compañía) y no pudo aguantarse—. En el fondo todo gira alrededor de lo mismo, del dinero. Al final se reduce todo a eso, al dinero que pueda perder la compañía si el barco se queda unas semanas sin poder salir de St. John's. ¿Qué queremos salvar, el dinero de la compañía o la vida de una persona?

—Señor LeSeur —dijo Cutter—, lo que dice está fuera de lugar...

Pero LeSeur le interrumpió.

—La última víctima ha sido una chica inocente de dieciséis años. ¡Una niña, por Dios! Una niña que viajaba con sus abuelos. ¡Secuestrada y asesinada! ¿Y si fuera hija suya? —Se volvió hacia los demás—. ¿Dejaremos que vuelva a ocurrir? Si seguimos el rumbo que aconseja el comodoro Cutter es muy probable que condenemos a una muerte horrible a otro ser humano.

Vio que los oficiales del puente asentían. La compañía despertaba una gran hostilidad. Mason había puesto el dedo en la llaga. El único que permanecía impassible era Halsey, el ingeniero jefe.

—No me deja elección, señor —dijo Mason, sin levantar la voz, pero con una elocuencia medida, casi feroz—. O cambiamos de rumbo, o me veré obligada a invocar el artículo V.

Cutter se quedó mirándola.

—Sería muy poco recomendable.

—Es lo último que me gustaría hacer, pero si sigue negándose a entrar en razón no me dejará otra alternativa.

—¡Y una mierda!

La palabrota, que llamaba la atención en labios del comodoro, provocó una extraña sorpresa en todo el puente.

—¿Comodoro? —dijo Mason.

Cutter no contestó. Se había puesto a mirar por las ventanas del puente, con la vista fija en un punto indeterminado del horizonte. Movía los labios, pero sin hablar.

—¿Comodoro? —repitió Mason.

No hubo respuesta.

—Muy bien. —Mason se volvió hacia los presentes—. Como segundo de a bordo del *Britannia*, me acojo al artículo V en contra del comodoro Cutter por abandono del deber. ¿Quién me apoya?

El corazón de LeSeur latía con tal fuerza que su caja torácica parecía a punto de reventar. Cuando miró a su alrededor, sólo vio miradas de miedo e indecisión. Dio un paso al frente.

—Yo —dijo.

P endergast continuaba mirando el Braque. Poco a poco se fue abriendo paso en su conciencia una pregunta, una duda acuciante que aumentó hasta llenar el vacío creado en su mente e irrumpir en su pensamiento consciente.

El cuadro tenía algo raro.

No era una falsificación. Su autenticidad era tan incuestionable como el hecho de que se trataba del mismo cuadro adjudicado cinco meses atrás en la subasta de invierno de Christie's. Aun así, había algo que no cuadraba. Le habían cambiado el marco, pero no era lo único...

Se levantó y se acercó a pocos centímetros de su superficie. Después retrocedió despacio, sin apartar ni un momento la vista. De repente lo supo: faltaba una parte de la imagen. El cuadro había perdido cuatro o cinco centímetros en el lado derecho, y como mínimo siete en el borde superior.

Se quedó mirándolo, sin moverse. Estaba seguro de que en Christie's lo habían vendido intacto. Sólo había una explicación: que el propio Blackburn lo había mutilado por algún motivo.

Respiró más despacio mientras procesaba aquel extraño hecho: un coleccionista de arte había mutilado un cuadro que le había costado más de tres millones de dólares.

Lo descolgó de la pared y lo giró. El lienzo lo habían forrado recientemente, como era de esperar en un cuadro recortado. Se agachó para husmear el lienzo y reconoció el olor a pegamento. Muy fresco, mucho más que cinco meses. Apretó con una uña. El pegamento se había secado hacía muy poco. No podía hacer más de dos días que habían forrado el cuadro.

Miró su reloj: cinco minutos.

Posó rápidamente el cuadro sobre la gruesa moqueta, por el lado pintado. Después sacó una navaja del bolsillo, la introdujo entre el lienzo y el bastidor, y apretó con extremado cuidado, dejando a la vista el lado interno del lienzo. Le llamó la atención una tira oscura y suelta de seda antigua.

El forro era falso. Había algo escondido debajo, algo tan valioso que Blackburn había recortado un cuadro de tres millones de dólares para ocultarlo.

Examinó rápidamente el falso forro. Se mantenía tenso a causa de la presión entre el lienzo y el bastidor. Lentamente y con precaución, arrancó el lienzo de un lado del bastidor, desprendió el forro y repitió la misma operación en los otros tres lados. Sin levantar el cuadro de la moqueta, cogió entre el pulgar y el índice las esquinas del forro, que ya estaban sueltas, y lo apartó.

Entre el falso forro y el auténtico había una pintura sobre seda, cubierta con una tela suelta, también de seda. La sostuvo a cierta distancia y la dejó en el suelo. Después apartó la tela.

Durante un momento su mente se quedó en blanco. Era como si una inesperada ráfaga de viento hubiera levantado el polvo que pesaba sobre su cerebro, dejando a su paso una pureza cristalina. La imagen se ensambló en su conciencia, a medida que recuperaba la actividad intelectual. Era un mandala tibetano antiquísimo, de una complejidad asombrosa, extraordinaria, inabarcable. Aquella fantasía geométrica, intrincada hasta extremos enloquecedores, se componía de un torbellino de formas enlazadas, con ribetes dorados y plateados; una paleta inquietante y turbadora de colores sobre un espacio negro. De hecho parecía una galaxia, con miles de millones de estrellas girando alrededor de una entidad en rotación, algo de una densidad y un poder excepcionales...

Sintió que la entidad del centro del extraño dibujo atraía su mirada y tras fijarla en ella descubrió que ya no podía apartarla. Tras un primer esfuerzo, todavía débil, realizó otro más energético, mientras se maravillaba de que aquella imagen tuviese el poder de cautivar de igual modo su mente y su mirada. Había sido todo tan rápido, tan furtivo, por decirlo de algún modo, que no había podido prepararse. El agujero negro del centro del mandala parecía vivo, palpitante, como algo que hirviese de la forma más repulsiva imaginable, abriéndose como un pútrido orificio. Tuvo la sensación de que en el centro de su frente se había abierto un agujero equivalente, y de que los incontables recuerdos, experiencias, opiniones y pareceres que componían una personalidad tan única como la suya estaban siendo retorcidos y alterados; de que su propia alma estaba siendo extraída del cuerpo y engullida por el mandala, en cuyo interior él se convertía en el mandala, y el mandala en él. Era como si se estuviese transfigurando en el cuerpo metafísico del Buda iluminado. Pero no era el Buda.

Ahí estaba lo terrorífico del caso, lo pura, implacable, inexorablemente terrorífico.

Se trataba de otro ser universal, el antibuda, la manifestación física de la maldad en estado puro. Y estaba ahí, con él, en aquel cuadro. En aquella habitación...

Y en su cabeza...

Los últimos ecos de la voz de LeSeur dejaron paso al aullido del viento, al impacto de la lluvia en las ventanas del puente de mando y a los pitidos electrónicos del sistema ECDIS y el radar.

Nadie decía nada. De repente a LeSeur le entró pánico. Se había precipitado en echarse al ruedo antes que nadie. Acababa de dar un paso hacia el suicidio laboral.

Al final el oficial de guardia, un marinero gruñón de la vieja escuela, dio un paso hacia delante. Con la mirada baja y las manos cruzadas sobre el uniforme, parecía la encarnación del valor y el aguante. Carraspeó y tomó la palabra.

—La principal responsabilidad de un capitán son las vidas de las personas que están a bordo, ya sean tripulantes o pasajeros.

Cutter le miró fijamente, mientras se le hinchaba y se le deshinchaba el pecho.

—Estoy de acuerdo con usted, capitán Mason. Tenemos que llevar el barco a puerto.

Al final alzó la vista, enfrentándose a Cutter. El capitán sostuvo su mirada con tal ferocidad, que era como una agresión física. El oficial de guardia volvió a mirar el suelo, pero no retrocedió.

El siguiente en dar un paso al frente fue el segundo oficial, seguido por los otros dos. También lo hizo Halsey, el ingeniero jefe, sin decir nada. Formaban un grupo muy unido en medio del puente, un grupo de personas nerviosas e incómodas que rehuían la terrible mirada del comodoro. Kemper, el jefe de seguridad, parecía clavado al suelo, con sus facciones carnosas crispadas de ansiedad.

La capitán Mason se volvió hacia él y dijo con frialdad, como si fuera algo obvio:

—Ésta es una acción legal ajustada al artículo V. Es imprescindible su consentimiento, señor Kemper. Debe tomar ahora mismo una decisión. Si no manifiesta estar de acuerdo con nosotros, significará que apoya al comodoro, en cuyo caso seguiremos hasta Nueva York, y usted asumirá la responsabilidad de todo lo que suceda.

—Es que... —graznó Kemper.

—Esto es un motín —dijo Cutter, con una voz áspera, grave, amenazadora—. Un motín puro y duro. Si lo secunda, Kemper, será culpable de haberse amotinado en alta mar, lo cual es un delito grave. Me ocuparé de que caiga todo el peso de la ley sobre su cabeza. No volverá a pisar la cubierta de un barco en toda su vida. Y al resto les digo lo mismo.

Mason dio un paso hacia Kemper, a la vez que suavizaba un poco el tono.

—Está entre la espada y la pared, aunque no sea culpa suya. Por un lado corre el riesgo de ser

acusado de motín, y por el otro, de homicidio por negligencia. La vida es dura, señor Kemper. Elija.

El jefe de seguridad respiraba tan deprisa que casi hiperventilaba. Miró a Mason, luego a Cutter, y otra vez a Mason, moviendo los ojos como si buscara alguna escapatoria, pero no había ninguna. Las palabras salieron atropelladamente.

—Tenemos que llegar lo antes posible a puerto.

—Eso es una opinión, no una declaración —dijo Mason con serenidad.

—Estoy... de acuerdo con usted.

Mason miró al comodoro.

—¡Es usted una vergüenza para el uniforme que lleva, y para mil años de tradición marítima! —rugió Cutter—. ¡No se saldrá con la suya!

—Comodoro Cutter —dijo Mason—, en virtud del artículo V del Código Marítimo queda usted relevado del mando. Le doy la oportunidad de salir dignamente del puente. De lo contrario ordenaré que se lo lleven.

—Pero... pero ¡será zorra! ¡Ésta es la prueba de que en el puente de un barco no hay sitio para las mujeres!

Cutter se le echó encima con un rugido inarticulado, y le cogió las solapas del uniforme, pero inmediatamente le sujetaron dos miembros de seguridad. Entre maldiciones, golpes al aire y rugidos de oso, fue reducido en el suelo, y esposado.

—¡Bruja! ¡Ojalá te pudras en el infierno!

Llamaron a más vigilantes. Costó mucho reducir al comodoro, pero al final se lo llevaron a la fuerza. La escalera tembló un buen rato con sus imprecaciones, hasta que se hizo el silencio.

LeSeur miró a Mason, y le sorprendió ver que casi no podía disimular su sentimiento de victoria. La capitán miró su reloj.

—Hago constar para el diario de a bordo que el mando del *Britannia* ha sido transferido del comodoro Cutter al segundo capitán, Carol Mason, a las diez y cincuenta minutos, hora de Greenwich. —Se volvió hacia Kemper—. Señor Kemper, necesitaré todas las llaves, contraseñas y códigos de acceso del barco y de todos los sistemas electrónicos y de seguridad.

—Sí, señor.

Miró al piloto.

—Y ahora, si es tan amable, reduzca la velocidad a veinticuatro nudos y ponga rumbo a St. John's, Terranova.

La puerta se abrió sin hacer ruido. Constance se levantó del diván, aguantando la respiración. Pendergast cruzó sigilosamente el umbral y se acercó lentamente al pequeño mueble bar, donde cogió una botella y examinó la etiqueta. Después de destaparla con un ruidito de corcho, sacó una copa y se sirvió un jerez tranquilamente. Se llevó la botella y la copa al sofá. Una vez sentado, dejó la botella sobre una mesita, se apoyó en el respaldo y examinó el color del jerez a contraluz.

—¿Lo has encontrado? —preguntó Constance.

Pendergast asintió con la cabeza, sin dejar de examinar el color del jerez. Después tomó la copa de un trago.

—Ha empeorado la tormenta —dijo.

Constance lanzó una mirada hacia las puertas de cristal que daban al balcón, azotadas por la espuma. Llovía tanto que ya no se veía el mar, sólo una superficie gris que se iba convirtiendo en negra.

—¿Bueno, qué...? —Intentó disimular la emoción—. ¿Qué era?

—Un antiguo mandala. —Pendergast se sirvió otro jerez y levantó la copa hacia Constance—. ¿No me acompañas?

—No, gracias. ¿Qué tipo de mandala? ¿Dónde estaba escondido?

De tan lacónico, a veces era exasperante.

Pendergast bebió sin prisas y exhaló.

—Nuestro hombre lo había escondido detrás de un cuadro de Braque. Lo recortó y volvió a tensar el lienzo para esconder el Agoyzen por detrás. Un Braque precioso, de la primera época cubista, destrozado sin remedio. Qué lástima... De hecho llevaba poco tiempo escondido. Es evidente que se enteró de que la criada se había vuelto loca después de limpiar su camarote. Hasta es posible que estuviera al corriente de mi interés por él. La caja estaba dentro de la caja fuerte. Por lo visto no le pareció lo suficiente segura para el mandala. El tiempo le ha dado la razón. A menos que sólo quisiera tenerlo siempre a mano...

—¿Qué aspecto tenía?

—¿El mandala? La habitual disposición en cuatro partes de cuadrados y círculos que encajan entre sí, realizada en el antiguo estilo Kadampa, extremadamente complicada, aunque de muy poco interés para quien no sea coleccionista o no forme parte de un grupo supersticioso de monjes tibetanos. ¿Me harías el favor de sentarte, Constance? No es agradable hablar con alguien que está

de pie cuando se está sentado.

Constance se dejó caer en el asiento.

—¿Ya está? ¿Sólo un mandala antiguo?

—¿Estás decepcionada?

—Bueno, pensaba que nos las tendríamos que ver con algo fuera de lo común, quizás incluso... —Titubeó—. No sé, algo con poderes casi sobrenaturales.

Pendergast emitió una risita seca.

—Me parece que te tomaste tus estudios en Gsalrig Chongg demasiado literalmente.

Bebió un poco más de jerez.

—¿Dónde está? —preguntó ella.

—De momento lo he dejado donde estaba. Con Blackburn no corre peligro, y ahora ya sabemos dónde está. Se lo quitaremos al final del viaje, en el último minuto, cuando no tenga tiempo de reaccionar.

Constance se apoyó en el respaldo.

—No acabo de creerlo. Sólo una pintura thangka...

Pendergast volvió a observar el jerez.

—Nuestro pequeño encargo por amor al arte toca a su fin. Ahora sólo queda el problema de despojar a Blackburn de las posesiones que no le pertenecen, lo cual, como ya he dicho, es una nimiedad. Ya tengo claros casi todos los detalles. Espero que no tengamos que matarle, aunque tampoco lo consideraría una gran pérdida.

—¿Matarle? ¡Pero Aloysius! Eso sí que espero poder evitarlo.

Pendergast arqueó las cejas.

—¿En serio? Creía que a estas alturas ya te habrías acostumbrado...

Constance se quedó mirándolo, perpleja.

—¿Qué quieres decir?

Pendergast sonrió y volvió a bajar la vista.

—Perdona, Constance, ha sido una falta de delicadeza. No, no mataremos a Blackburn. Encontraremos otro modo de arrebatarle su precioso juguete.

Se hizo un largo silencio, durante el cual Pendergast saboreó el jerez.

—¿Has oído los rumores de motín? —dijo Constance.

Parecía que Pendergast no la oyera.

—Acaba de contármelo Marya. Parece que la segundo capitán ha tomado el mando, y que ahora ya no vamos hacia Nueva York, sino hacia Terranova. El pánico se ha generalizado. Van a declarar un toque de queda, y se supone que a mediodía harán un anuncio importante por megafonía. —Constance miró su reloj—. Falta una hora.

Pendergast dejó la copa vacía sobre la mesa y se levantó.

—Estoy un poco cansado. Creo que voy a echarme un rato. ¿Podrías ocuparte de que a las tres, cuando me levante, tenga listo un desayuno de huevos Benedict y té verde Hojicha, recién hecho y caliente?

Se dirigió hacia su dormitorio sin decir nada más, subiendo lentamente la escalera. Poco después su puerta se cerró, y la cerradura hizo un pequeño clic.

LeSeur llevaba una hora de guardia, en el turno de tarde. Estaba frente al terminal del sistema integrado del puente, con su enorme despliegue de chartplotters ECDIS e imágenes radar, siguiendo la trayectoria del barco por los Grand Banks, rumbo a St. John's. Apenas había tráfico marítimo (sólo algunos barcos grandes que salían de la tormenta), por lo que el avance había sido rápido.

Desde el cambio de mando, reinaba en el puente un silencio inquietante. Parecía que el peso de la nueva responsabilidad hubiera vuelto taciturna a la capitán Mason, que no había abandonado el puente desde el relevo de Cutter. LeSeur supuso que probablemente se quedaría en él hasta llevar el barco a puerto. Tras cambiar el nivel de emergencia al nivel 2 del código ISPS, Mason había ordenado que todos salieran del puente excepto el personal imprescindible: el oficial de guardia, el timonel y un solo vigía. LeSeur estaba gratamente sorprendido por el acierto de aquella decisión, que creaba un oasis de calma y de concentración normalmente ausente en los puentes más transitados.

Se preguntó cómo se tomaría la empresa que hubiera recurrido al artículo V y cómo incidiría en su carrera. Mal, seguro. Se consoló pensando que no había tenido alternativa. Lo que contaba era actuar correctamente. Era lo mejor que se podía hacer en la vida. Cómo se lo tomaran los demás... Eso ya no estaba en sus manos.

Su mirada experta recorrió los instrumentos electrónicos de la pantalla grande, el Trimble NavTrac y el Northstar 941X DGPS, las cuatro cartas electrónicas, el giroscopio, el radar, los indicadores de velocidad, el loran y las sondas de profundidad. Incluso a un oficial de sólo diez años atrás le habría costado mucho reconocer el puente. A pesar de todo, LeSeur seguía trazando la derrota como toda la vida, en una mesa de navegación, sobre papel, usando el magnífico juego de instrumentos de navegación, reglas paralelas y compases que le había regalado su padre. De vez en cuando, incluso, miraba el sol o las estrellas para establecer su posición. Era innecesario, pero le hacía sentirse vinculado a las grandes tradiciones de su profesión.

Echó un vistazo a los datos de velocidad y rumbo. Como de costumbre, el piloto automático estaba encendido. Había que reconocer que el *Britannia* estaba demostrando que navegaba mejor que la mayoría de los barcos, a pesar de un mar de costado con olas de diez metros y de un viento racheado de entre cuarenta y cincuenta nudos. Por supuesto, no eran muy agradables sus largos balanceos, pero en un crucero más pequeño seguro que habría sido muchísimo peor. Los veintidós nudos de velocidad del *Britannia* estaban superando las expectativas. Tardarían menos de veinte

horas en llegar a St. John's.

La discreción con la que Mason había tomado el mando aliviaba profundamente a LeSeur. A mediodía se había dirigido a todo el pasaje por el sistema de megafonía, para explicar que el mando ya no lo tenía el comodoro, sino ella. Serenamente, con una voz que infundía confianza, la capitán había declarado un estado de emergencia de nivel 2 en el código ISPS, y había explicado que se desviaban en dirección al puerto más cercano. También había pedido que los pasajeros pasaran casi todo el tiempo dentro de sus camarotes, para su propia seguridad, y que cuando salieran para ir a comer lo hicieran en grupos o parejas.

LeSeur miró el radar ARPA. De momento todo iba bien. No habían visto señales de hielo, y ninguno de los pocos barcos que quedaban en los Grand Banks se había cruzado en su camino. Retocó el dial del ECDIS para cambiar la escala a veinticuatro millas. Se estaban acercando a un punto de la ruta, donde el piloto automático corregiría el rumbo para evitar las Carrion Rocks a sotavento. Después de eso, todo recto hasta el puerto de St. John's.

Kemper apareció en el puente.

—¿Cómo va todo en las cubiertas de pasajeros? —preguntó LeSeur.

—Bien, dentro de lo que cabe. —Kemper vaciló—. He informado a la compañía del relevo.

LeSeur tragó saliva.

—¿Y?

—Ha habido muchos gritos, pero de momento todavía no hay reacción oficial. Han enviado a algunos ejecutivos a St. John's para esperarnos. Más que nada están alucinados. Lo que más les preocupa es la publicidad negativa. Cuando se entere la prensa de todo esto...

Kemper sacudió la cabeza, sin acabar la frase.

Un pitido suave del chartplotter indicó que habían llegado al punto de cambio de ruta. LeSeur percibió una vibración muy suave cuando el piloto automático hizo los ajustes para el nuevo rumbo. La pequeña modificación sufrida por el ángulo del barco respecto al mar había aumentado el balanceo.

—Nuevo rumbo, dos dos cero —murmuró a la segundo capitán.

—Reconociendo nuevo rumbo, dos dos cero.

El viento azotaba las ventanas del puente. Lo único que veía LeSeur era el castillo de proa, parcialmente envuelto en niebla. Más allá, un gris ilimitado.

Mason se volvió.

—¿Señor LeSeur?

—Sí, mi capitán.

—Me preocupa el señor Craik —dijo en voz baja.

—¿El primer oficial de radio? ¿Por qué?

—No estoy segura de que se ajuste al programa. Parece que se haya encerrado en la sala de radio.

Señaló con la cabeza una puerta al fondo del puente. LeSeur se sorprendió. Casi nunca la había visto cerrada.

—¿Craik? Ni siquiera sabía que estuviera en el puente.

—Tengo que cerciorarme de que todos los oficiales del puente estén trabajando en grupo —

añadió la capitana—. Hay una tormenta, más de cuatro mil pasajeros y tripulantes aterrorizados, y la travesía hasta St. John's no será un camino de rosas. No podemos permitirnos dudas o discrepancias entre los oficiales del puente. Ahora menos que nunca.

—Sí, señor.

—Necesito que me ayude. En vez de darle importancia, preferiría hablar discretamente con el señor Craik, él y yo a solas. Sospecho que podría tener la sensación de que les ha seguido la corriente a usted y los demás sólo porque le intimidaban.

—Me parece sensato, señor.

—El piloto automático está conectado, y aún faltan cuatro horas para las Carrion Rocks. Quiero que despeje el puente de mando para poder hablar con Craik sin que se sienta amenazado. Me parece particularmente importante que el señor Kemper también se vaya.

LeSeur titubeó. Según las normas, nunca podía haber menos de dos oficiales en el puente.

—Le relevo temporalmente del turno de guardia —dijo Mason—. A Craik se le podría considerar el segundo oficial del puente, con lo cual no se infringen las reglas.

—Sí, señor, pero dadas las condiciones meteorológicas...

—Entiendo su reticencia —dijo Mason—. Sólo pido cinco minutos. No quiero que el señor Craik tenga la sensación de que se han confabulado todos contra él. La verdad es que me preocupa un poco su estabilidad emocional. Actúe discretamente, sin contarle la razón a nadie.

LeSeur asintió con la cabeza.

—Sí, señor.

—Gracias, señor LeSeur.

LeSeur se acercó al vigía.

—Salga un momento conmigo a la escalera. —Hizo una señal con la cabeza al timonel—. Usted también.

—Pero...

—Órdenes del capitán.

—Sí, señor.

Volvió con Kemper.

—La capitán me releva unos minutos en el turno de guardia. Quiere que salgamos del puente.

La mirada de Kemper se hizo penetrante.

—¿Por qué?

—Órdenes —repitió LeSeur, esperando que su tono le disuadiera de hacer más preguntas.

Miró su reloj: cinco minutos. Empezaba la cuenta atrás. Se retiraron a la escalera, justo al otro lado de la escotilla del puente. LeSeur cerró la puerta y comprobó que no estuviera echada la cerradura.

—¿Qué pasa? —preguntó Kemper.

—Cosas del barco —repitió LeSeur, endureciendo aún más el tono.

Se quedaron en silencio. LeSeur echó un vistazo a su reloj. Dos minutos.

Alguien abrió la puerta del fondo de la escalera. LeSeur se quedó mirándolo. Era Craik.

—Creía que estaba en la sala de radio —dijo.

Craik le miró como si estuviera loco.

—Empiezo ahora el turno, señor.

—Pero la capitán Mason...

Le interrumpió la nota grave de una alarma, y una luz roja que parpadeaba. Por toda la escotilla del puente se oyeron suaves clics.

—Pero ¿qué ocurre? —preguntó el timonel.

Kemper miró fijamente la luz roja que parpadeaba encima de la puerta.

—¡Eh, alguien está iniciando un código ISPS de nivel 3!

Cogió el tirador de la puerta del puente e intentó abrirla.

—Se cierra automáticamente en caso de alerta —dijo Kemper—. Aísala el puente.

LeSeur sintió que se le helaba la sangre. En el puente no había nadie más que la capitán Mason. Se acercó al interfono.

—Capitán Mason, aquí LeSeur.

Silencio.

—¡Capitán Mason! Hay una alerta de seguridad de código 3. ¡Abra la puerta!

Tampoco esta vez hubo respuesta.

A la una y media, Roger Mayles se vio obligado a llevar a un grupo de pasajeros quisquillosos de la cubierta 10 al último turno de Oscar's. Llevaba más de una hora contestando preguntas (o mejor dicho esquivándolas) sobre qué pasaría cuando llegasen a Terranova: cómo se irían a sus casas, si les devolverían el dinero... A él nadie le había dicho nada. No tenía ni pajolera idea de nada. No podía contestar a nadie, pero aun así le habían ordenado que mantuviera la «seguridad», a saber qué quería decir eso...

Nunca le había ocurrido nada igual. Lo que más le gustaba de la vida en un barco era su previsibilidad. En cambio en aquel viaje todo había sido imprevisible, y ahora tenía la sensación de no dar más de sí.

Caminó por el pasillo con un rictus en la cara, a modo de sonrisa. Detrás, los pasajeros seguían con sus quejas de toda la mañana: devoluciones, demandas, vuelta a casa... A cada paso, Mayles percibía el lento balanceo del barco. Evitó a toda costa mirar los ventanales que se sucedían por un lado del pasillo, el de estribor. Estaba harto de la lluvia y del gemido del viento, harto de los golpes que daban las olas en el casco. La verdad era que el mar le daba miedo (se lo había dado siempre), y que nunca le había gustado mirar el agua desde el barco, ni siquiera con buen tiempo, por lo profundo y frío que parecía en todo momento; profundo, frío y tan, tan ilimitado... Desde el principio de las desapariciones tenía una pesadilla recurrente: se caía de noche en el Atlántico, y se mantenía a flote moviendo los pies mientras veía cómo se alejaban las luces del barco entre la niebla. Cada vez despertaba con las sábanas enroscadas, medio llorando.

No concebía peor forma de morir. Ninguna en absoluto.

Uno de los hombres del grupo aceleró el paso.

—Señor Mayles...

Mayles se volvió sin pararse, con la sonrisa tan tensa como siempre. No veía el momento de entrar en Oscar's.

—Dígame, señor...

—Wendorf, Bob Wendorf. Verá, tengo una reunión muy importante el día quince, en Nueva York, y necesito saber cómo iremos desde Terranova a Nueva York.

—Señor Wendorf, seguro que la compañía se ocupará de todo.

—Pero ¡maldita sea, eso no es una respuesta! Otra cosa: si cree que iremos a Nueva York en barco, se equivoca de cabo a rabo. Yo no pienso volver a pisar un barco en toda mi vida. Quiero un billete de avión en primera clase.

Un murmullo de asentimiento recorrió el grupo a sus espaldas. Mayles se detuvo y se volvió.

—Se da la circunstancia de que la compañía ya está fletando los aviones.

Lo decía por decir. A esas alturas, estaba dispuesto a contestar lo que fuera con la única intención de quitarse de encima a aquellos palurdos.

Una mujer con los dedos cargados de arrugas y de anillos se adelantó agitando unas manos moteadas por la vejez.

—¿Para los tres mil pasajeros?

—St. John's tiene aeropuerto internacional.

¿O no? Mayles no tenía ni idea.

Pero la mujer insistió, con su voz de sierra mecánica:

—Francamente, me parece intolerable esta falta de comunicación. ¡Hemos pagado un montón de dinero para hacer este viaje y merecemos saber qué ocurre!

«Usted, señora, lo que merece es una buena patada en su culo caído de vieja.» Mayles siguió sonriendo.

—La compañía...

—¿Y las devoluciones? —le interrumpió otra voz—. ¡Porque supongo que no creerán que vamos a pagar para que nos traten así...!

—La compañía se ocupará de todos —dijo Mayles—. Un poco de paciencia, por favor.

Se volvió de prisa para evitar más preguntas. Fue entonces cuando lo vio.

Era una... cosa, una especie de masa densa de humo en una esquina del pasillo, que se movía hacia ellos con una especie de asqueroso vaivén. Mayles la contempló paralizado. Era como una niebla oscura y maligna, con la diferencia de que parecía tener una textura, una textura como de tela, pero vaga, indefinida y más oscura hacia el centro, con relumbres imprecisos de sucia iridiscencia en su interior. Se acercaba ondulando, como si marcara músculos en toda su superficie.

Mayles no podía hablar ni moverse. «Así que es verdad —pensó—. Pero no puede ser... No puede ser...»

La cosa se deslizaba hacia él, con una espantosa determinación. Todo el grupo se detuvo de golpe. Una mujer reprimió un grito.

—¿Qué carajo es eso? —dijo una voz.

Retrocedieron muy juntos. Más de uno gritaba de miedo. Mayles no podía apartar la vista de aquella cosa. No podía moverse.

—Es algún fenómeno natural —dijo en voz alta Wendorf, como si quisiera convencerse a sí mismo—. Como las bolas de fuego.

La cosa se movía erráticamente por el pasillo, cada vez más cerca.

—¡Dios mío!

Roger Mayles percibió una confusa retirada general a sus espaldas, que derivó rápidamente en estampida. El guirigay de gritos y chillidos se alejó por el pasillo, pero él seguía sin poder moverse ni hablar. Era el único que se había quedado clavado al suelo.

Cuando tuvo más cerca aquella cosa, vio algo en su interior. Era una silueta achaparrada y fea, como de fiera salvaje, con unos ojos desquiciados...

«No, no, no, nooooo...»

De los labios de Mayles salió un lamento grave. La cosa seguía acercándose, hasta que empezó a percibir un aliento húmedo, como de moho, y un creciente hedor a mugre y hongos en putrefacción... En la garganta de Mayles, el lamento se convirtió en un gorgoteo de mucosidades. La cosa, mientras tanto, pasó de largo sin mirarle ni verle, como el soplo de aire húmedo de un sótano.

Lo siguiente que vio Mayles, esta vez desde el suelo, fue a un vigilante con un vaso de agua en la mano.

Abrió la boca, pero lo único que salió fue un suspiro que se abrió paso entre sus cuerdas vocales.

—¿Se encuentra bien, señor Mayles? —dijo el empleado.

Mayles hizo un ruido como el de un fuelle perforado.

—¿Señor Mayles?

Tragó saliva y movió las mandíbulas, que se le habían quedado pegadas.

—Estaba... aquí.

Un brazo fuerte le cogió por la chaqueta y le ayudó a sentarse.

—Me he cruzado con su grupo, que pasaba corriendo, histérico. No sé qué han visto, pero ahora ya no está. Hemos buscado en todos los pasillos adyacentes, y ya no está.

Mayles se inclinó, tragó saliva con angustia y a continuación (como si fuera una manera de exorcizar la presencia de la cosa) vomitó en la moqueta dorada.

Capitán Mason! —LeSeur hundió un dedo con fuerza en el botón del interfono—. ¡Hay una alerta de código 3! ¡Conteste, por favor!

—Señor LeSeur —dijo Kemper—, la capitán sabe perfectamente que hay un código 3. Lo ha activado ella.

LeSeur dio media vuelta y le miró fijamente.

—¿Está seguro?

Kemper asintió con la cabeza.

El primer oficial se volvió otra vez hacia la escotilla.

—¡Capitán Mason! —dijo a grito pelado por el interfono—. ¿Está bien?

No hubo respuesta. Dio un puñetazo en la escotilla.

—¡Mason!

Se volvió hacia Kemper.

—¿Cómo entramos?

—No se puede —dijo el jefe de seguridad.

—¡Y un cuerno! ¿Dónde está el control manual de emergencia? ¡Le ha ocurrido algo a la capitán Mason!

—El puente está tan acorazado como la cabina de un avión. Cuando se dispara la alarma desde dentro, se cierran todos los accesos. Totalmente. No puede entrar nadie, a menos que le deje pasar alguien desde el otro lado.

—¡Tiene que haber un sistema manual para anularlo!

Kemper sacudió la cabeza.

—Nada que pueda dejar entrar a terroristas.

—¿Terroristas?

La mirada de LeSeur era de incredulidad.

—Sí, terroristas. Las nuevas normas ISPS disponen todo tipo de medidas antiterroristas en los barcos. El transatlántico más grande del mundo... es un objetivo clarísimo. Le sorprenderían los sistemas antiterroristas que hay a bordo. Hágame caso, no se puede entrar ni con explosivos.

LeSeur se apoyó en la puerta, jadeando. Era incomprensible. ¿Qué le había ocurrido a Mason? ¿Un infarto, o algo por el estilo? ¿Estaría inconsciente? Miró las caras de nerviosismo y confusión que le observaban. Le estaban pidiendo autoridad, decisión.

—Sígueme al puente auxiliar —dijo—, y veremos qué muestra el circuito cerrado.

Salió corriendo, seguido por los demás. Al otro lado de una puerta había una escalerilla de servicio. Saltó los escalones metálicos de tres en tres. Al llegar al nivel inferior, abrió otra puerta y corrió por el pasillo, donde se cruzó con un marinero que pasaba una mopa. Llegaron a la escotilla de acceso al puente auxiliar. Al ver entrar al grupo, el vigilante que controlaba los monitores de seguridad puso cara de sorpresa.

—Conecte las cámaras del puente —le ordenó LeSeur—. Todas.

El vigilante tecléo una serie de órdenes. Rápidamente aparecieron en las pequeñas pantallas de circuito cerrado media docena de imágenes distintas del puente.

—¡Allí está! —dijo LeSeur, a punto de desfallecer de alivio.

La capitán Mason estaba al timón, de espaldas a la cámara, y parecía tan serena y compuesta como al despedirse de él.

—¿Por qué no nos oía por la radio? —preguntó LeSeur—. ¿Y tampoco los golpes?

—Sí que nos oía —dijo Kemper.

—Pero entonces ¿por qué...?

LeSeur se quedó callado. Su perfecta sintonía con el barco le había hecho percibir un cambio muy leve en la vibración y en las olas. Estaban virando.

—Pero ¿qué diablos ocurre?

También percibió un temblor inconfundible: el de los motores del barco al aumentar su velocidad. Un aumento considerable.

Se le empezó a formar en el pecho un nudo frío como el hielo. Al mirar la pantalla donde aparecían el rumbo y la velocidad, vio que los números se movían hasta estabilizarse en un nuevo rumbo verdadero: doscientos grados, con un aumento gradual de la velocidad.

Doscientos grados... Echó un rápido vistazo al chartplotter que tenía cerca, en un monitor de pantalla plana, y vio hasta el último detalle, a todo color: el pequeño símbolo del barco, la línea recta de su rumbo y los bajíos y rocas de los Grand Banks.

Sintió que le fallaban las rodillas.

—¿Qué pasa? —preguntó Kemper, muy atento a su cara sudorosa.

Siguió la mirada del primer oficial hasta el chartplotter.

—¿Qué...? —repitió—. Dios mío... —Observó fijamente la gran pantalla—. No me estará diciendo...

—¿Qué ocurre? —preguntó Craik al entrar.

—Que la capitán Mason ha aumentado la velocidad al máximo —dijo LeSeur. Su voz sonaba hueca, incluso en sus propios oídos—. Y ha cambiado el rumbo. Vamos derechos hacia las Carrion Rocks.

Volvió a fijarse en el monitor de circuito cerrado por donde se veía a Mason al timón. La cabeza de la capitán había girado un poco, permitiendo distinguir su perfil. LeSeur vio en sus labios una leve sonrisa.

Fuera, en el pasillo, Lee Ng dejó un momento de limpiar el suelo de linóleo para escuchar con atención. Pasaba algo gordo, pero de repente ya no se oían voces. En cualquier caso, seguro que

lo había entendido mal. Era un problema de idioma. A pesar de su empeño en estudiar inglés, aún no lo dominaba tanto como le habría gustado. A los sesenta años era difícil aprender una nueva lengua, sin contar toda la terminología náutica que ni siquiera figuraba en su diccionario vietnamita-inglés barato.

Siguió empujando la mopa. De pronto, el silencio que salía por la puerta abierta del puente auxiliar dio paso a un tumulto de voces. Lee Ng se acercó con sigilo, muy atento, bajando la cabeza y haciendo grandes movimientos semicirculares con la mopa. Hablaban en voz alta, con urgencia. Empezó a darse cuenta de que no lo había entendido mal.

El mango de la mopa chocó ruidosamente contra el suelo. Lee Ng retrocedió, primero un paso y después otro. Se volvió y empezó a caminar. De caminar pasó a correr. Durante la guerra se había salvado de más de una situación desesperada corriendo. Sin embargo, mientras corría se dio cuenta de que no era lo mismo. Allí no había donde refugiarse. No estaba el muro protector de la selva después del último arrozal.

Era un barco. No podía correr a ningún sitio.

Constance Greene había escuchado el anuncio de la capitán en funciones por el sistema de megafonía, aliviada de que finalmente el barco se desviase hacia St. John's, y tranquilizada por las rigurosas medidas de seguridad que se estaban tomando. Nadie mantenía ya la ficción de que aquello fuera un viaje de placer. Ahora lo importante era la seguridad, y la supervivencia. Pensó que quizá fuera el karma lo que hacía que algunos de aquellos ultraprivilegiados vislumbrasen qué era realmente la vida.

Miró su reloj. Las dos menos cuarto. Pendergast había dicho que no lo despertara hasta las tres, y Constance prefería dejarle dormir. Estaba claro que necesitaba descansar, aunque sólo fuera para quitarse de encima el arranque de mal humor que parecía sufrir. Nunca le había visto dormir de día, ni beber alcohol por la mañana.

Se acomodó en el sofá y abrió los ensayos de Montaigne para distraerse de las preocupaciones, pero justo cuando empezaba a perderse en los elegantes giros del francés se oyeron unos golpes suaves en la puerta.

Se levantó y fue a abrir.

—Soy Marya. Abra, por favor.

Constance abrió la puerta y dejó entrar a la camarera. Llevaba sucio el uniforme, normalmente impoluto, y el pelo despeinado.

—Siéntate, Marya, por favor. ¿Qué ocurre?

Marya se sentó, pasándose una mano por la frente.

—Esto es un инсане.

—¿Perdón?

—¿Cómo se dice? Un manicomio. Oiga, traigo noticias. Muy malas noticias. Se está extendiendo como fuego bajo cubierta. Rezo por que no sea verdad.

—¿El qué?

—Dicen que el capitán en funciones, la capitán Mason, se ha encerrado en el puente y que lleva el barco hacia rocas.

—¿Qué?

—Rocas. Las Carrion Rocks. Dicen que chocaremos con rocas en menos de tres horas.

—Me suena a rumor histérico.

—Está posible —dijo Marya—, pero lo cree toda la tripulación. Además, en el puente auxiliar pasa algo gordo. Van y vienen muchos oficiales, y ves mucho movimiento. También han

vuelto a ver a... ¿Cómo se dice? El fantasma. Esta vez ha sido un grupo de pasajeros, y el director del crucero.

Constance se quedó callada. Otra gran ola hizo temblar el barco, que dio un bandazo anómalo. Volvió a mirar a Marya.

—Espérame aquí, por favor.

Subió la escalera y llamó a la puerta de Pendergast. Normalmente contestaba enseguida, con una voz propia de alguien que llevaba varias horas despierto. Esta vez no fue así.

Otro golpe.

—¿Aloysius?

De dentro salió una voz grave, inexpresiva.

—Te había pedido que me despertaras a las tres.

—Es que tengo que contarte algo urgente.

Un largo silencio.

—Dudo que no pueda esperar.

—No puede, Aloysius.

Otro largo silencio.

—Bajo dentro de un momento.

Constance volvió a la sala de estar. Al cabo de varios minutos apareció Pendergast, con pantalones negros de vestir, una camisa blanca, almidonada, con los faldones fuera y los botones desabrochados, y una chaqueta negra y una corbata por encima de un hombro. Arrojó la chaqueta a la silla, y miró a su alrededor.

—¿Y mis huevos Benedict con té? —preguntó.

Constance se quedó mirándolo.

—Han cancelado el servicio de habitaciones. Sólo dan de comer por turnos.

—Seguro que Marya conseguirá improvisar algo mientras me afeito.

—No tenemos tiempo para comer —dijo Constance, irritada.

Pendergast entró en el baño, dejando la puerta abierta. Despojó de la camisa su cuerpo blanco y esculpido, y la dejó sobre la barra de la ducha. Después abrió el grifo y empezó a ponerse espuma por la cara. Por último cogió una navaja larga y recta y empezó a afilarla. Constance se levantó para cerrar la puerta, pero él le hizo una señal con la mano.

—Estoy esperando que me cuentes eso tan importante que ha interrumpido mi siesta.

—Marya dice que la capitán Mason, la que ha relevado a Cutter porque se negaba a cambiar de rumbo, se ha encerrado en el puente de mando, y que nos hará chocar contra un arrecife.

La navaja dejó de deslizarse por la larga y blanca mandíbula de Pendergast. Transcurrieron casi treinta segundos antes de que prosiguiese el afeitado.

—¿Y por qué lo hace?

—Nadie lo sabe. Parece que se ha vuelto loca.

—Loca —repitió Pendergast.

Dio una pasada tras otra, con una lentitud y precisión exasperantes.

—Por si fuera poco —dijo Constance— ha habido otro encuentro con aquella cosa, lo que llaman el fantasma de humo; lo han visto varias personas, incluido el director del crucero. Casi

parece que...

Se calló. No sabía cómo formularlo. Al final dejó la idea a un lado. Seguro que eran imaginaciones suyas.

El afeitado continuó en silencio. Sólo se oía el impacto lejano de las olas y el viento, y de vez en cuando alguna voz en el pasillo. Constance y Marya esperaban. Finalmente, Pendergast acabó de afeitarse, se pasó agua por la cara, cerró la navaja, se secó con una toalla (primero sin frotar y después frotando), se puso la camisa, se abrochó los botones y los gemelos de oro, se pasó la corbata por el cuello y se hizo el nudo con pocos y expertos gestos. Salió del lavabo.

—¿Adónde vas? —preguntó Constance, con exasperación y cierta dosis de miedo—. ¿Tienes alguna idea de lo que está ocurriendo?

Pendergast cogió la chaqueta.

—¿Cómo, pero aún no lo has deducido?

—¡Por supuesto que no! —Constance notó que perdía los estribos—. ¡No me digas que tú sí!

—Naturalmente.

Pendergast se puso la chaqueta y fue hacia la puerta.

—¿Qué?

Se detuvo.

—Tal como había supuesto, todo está relacionado: el robo del Agoyzen, el asesinato de Jordan Ambrose, las desapariciones y los asesinatos en el barco, y ahora la capitán loca que lleva el barco a los acantilados. —Se rió un poco—. Por no hablar de tu «fantasma de humo».

—¿Cómo? —preguntó Constance, exasperada.

—Tú tienes la misma información que yo, y me resulta tan cansino dar explicaciones... Además, todo eso ya no tiene importancia. —Hizo un gesto vago con la mano—. Si es cierto lo que dices, pronto todos nos hundiremos en el cieno del fondo del Atlántico, pero ahora mismo tengo que hacer algo importante. Volveré en menos de una hora. ¿Crees que al menos tendrás tiempo de conseguirme un simple plato de huevos Benedict y un té verde?

Se fue.

Constance siguió mirando fijamente la puerta mucho después de que se cerrara. Se volvió despacio hacia Marya, y tardó un poco en hablar.

—¿Qué pasa? —preguntó Marya.

—Tengo que pedirte un favor.

La camarera esperó.

—Quiero que me traigas lo antes posible a un médico.

Miró alarmada a Constance.

—¿Está enferma?

—No, pero creo que él sí.

Gavin Bruce y lo que había empezado a llamar su equipo estaban sentados en el salón central de la cubierta 8, hablando de la situación en el barco y de los pasos que podían dar. Aunque el toque de queda sólo se imponía por la noche, parecía que muchos pasajeros se hubieran refugiado en sus camarotes, fuera por miedo al asesino, fuera por cansancio después de una mañana sumamente tensa.

Bruce cambió de postura. A pesar de que el grupo hubiera fracasado en su misión de hablar con el comodoro Cutter, le satisfacía que le hubieran relevado del mando, siguiendo sus consejos. Tenía la sensación de que su intervención había servido de algo al fin y al cabo.

Era evidente que Cutter no estaba a la altura de las circunstancias. Pertenecía a un tipo de capitanes que Bruce conocía muy bien por su experiencia en la Royal Navy: comandantes que confundían la tozudez con la determinación, y «seguir el reglamento al pie de la letra» con la prudencia. Cuando la situación se volvía caótica, los hombres como él solían verse desbordados. La nueva capitán había resuelto perfectamente la transición. Sus palabras por el sistema de megafonía habían merecido la aprobación de Bruce. Todo muy profesional, muy controlado.

—Nos estamos metiendo de lleno en la tormenta —dijo Niles Welch, señalando con la cabeza la hilera de ventanas, por las que corría el agua.

—No me gustaría nada pasar por este trago en un barco más pequeño —contestó Bruce—. Parece mentira lo bien que navega este barco tan grande.

—Pero no como el destructor en el que fui guardamarina durante la guerra de las Malvinas —dijo Quentin Sharp—. ¡Qué nervio de barco!

—Me sorprende que la capitán haya aumentado la velocidad —dijo Emily Dahlberg.

—La entiendo perfectamente —contestó Bruce—. Yo, en su lugar, tendría ganas de llevar a puerto este barco gafado lo antes posible, sin pensar en la comodidad de los pasajeros; claro que, personalmente, quizá no le diera tanto a la palanca... El barco está recibiendo de lo lindo. —Miró a Dahlberg—. A propósito, Emily, quería felicitarte por cómo acabas de calmar a aquella chica histérica. Es la cuarta persona que tranquilizas en una hora.

Dahlberg cruzó las piernas con estilo.

—Estamos todos aquí para lo mismo, Gavin, para contribuir a mantener el orden, y ayudar en todo lo que podamos.

—Ya, pero yo no habría sido capaz. Creo que nunca he visto a nadie tan angustiado.

—Lo único que he hecho ha sido recurrir a mi instinto maternal.

—¿Si tú nunca has tenido hijos!

—Es verdad. —Dahlberg sonrió un poco—. Pero tengo mucha imaginación.

En el pasillo resonaron pasos y gritos atropellados.

—Otro grupo de borrachos idiotas no, por favor.

Las voces aumentaron de volumen, hasta que apareció un grupo de pasajeros revoltosos, encabezados por un hombre claramente borracho. Se habían dispersado, y daban golpes en las puertas de los camarotes, obligando a salir a sus ocupantes.

—¿Os habéis enterado? —vociferó el cabecilla, trabándose la lengua—. ¿Os habéis enterado?

El resto del grupo seguía golpeando puertas y gritando que saliese todo el mundo.

Bruce se incorporó.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Dahlberg bruscamente.

El borracho se paró, tambaleándose un poco.

Se oyó un coro de voces asustadas. El borracho agitó los brazos.

—¡La capitán se ha apoderado del puente de mando! ¡Va a estrellar el barco contra los Grand Banks!

Hubo una ráfaga de preguntas y gritos.

Bruce se levantó.

—Decir eso en un barco es muy incendiario. Más vale que pueda demostrarlo.

El hombre le miró, no muy dueño de sí.

—Pues ahora mismo lo demuestro. Te lo voy a demostrar, tío. En todo el barco se habla de lo mismo. Lo dice toda la tripulación.

—¿Es verdad! —dijo una voz al fondo—. ¡La capitán se ha encerrado a solas en el puente y ha puesto rumbo a las Carrion Rocks!

—Tonterías —dijo Bruce.

Sin embargo, le puso nervioso oír mencionar las Carrion Rocks. Las conocía muy bien de su época de marinero. Era un ancho grupo de rocas que salían como dientes de la superficie del Atlántico Norte; eran un grave peligro para la navegación.

—¿Es verdad! —se desgañitó el borracho, moviendo tanto los brazos que casi perdió el equilibrio—. ¡En todo el barco se habla de lo mismo!

Bruce vio que cundía el pánico.

—Amigos —dijo con firmeza—, es imposible. El puente de un barco así no puede controlarlo una sola persona. Además, seguro que hay mil maneras de recuperar el mando de un barco como éste, desde la sala de máquinas o desde los puentes secundarios. Se lo digo yo, que he sido comandante en la Royal Navy.

—¡Eso era antes, viejo carcamal! —exclamó el borracho—. Este barco está totalmente automatizado. ¡La capitán se ha amotinado, ha tomado el control y ahora quiere hundir el barco!

Llegó corriendo una mujer, que se aferró al traje de Bruce.

—¿Ha sido oficial de marina? ¡Pues haga algo, por amor de Dios!

Bruce se soltó y levantó las manos. Era un hombre que inspiraba respeto. Las voces asustadas remitieron un poco.

—¡Por favor! —dijo.

Se hizo el silencio.

—Mi equipo y yo vamos a averiguar si hay algo de cierto en ese rumor —añadió.

—¡Pues claro que...!

—¡Silencio! —Esperó un poco—. Si es así, tomaremos medidas, se lo prometo. Mientras tanto, lo mejor será que se queden aquí esperando instrucciones.

—Si mal no recuerdo —dijo Dahlberg—, en la sala Club de la cubierta 10 hay un monitor donde se ve la posición del barco en la ruta, incluido el rumbo y la velocidad.

—Perfecto —dijo Bruce—. Así podremos comprobarlo personalmente.

—¿Y luego? —prácticamente chilló la mujer que se le había cogido del traje.

Bruce se volvió hacia ella.

—Lo dicho: ustedes quédense aquí, y aconsejen lo mismo a cualquier persona que pase. Mantengan la calma, y no hagan correr el rumor. Lo que menos nos conviene es que cunda el pánico. Si es verdad, ayudaremos al resto de los oficiales a recuperar el mando del barco. Y a ustedes les mantendremos informados.

Acto seguido, miró a su pequeño grupo.

—¿Vamos a comprobarlo?

Se los llevó a paso ligero por el pasillo y la escalera. Era una historia descabellada, una locura. No podía ser verdad...

¿O sí?

En el puente auxiliar había mucha gente, y cada vez hacía más calor. LeSeur había convocado una reunión de emergencia de todos los jefes de departamento. Ya estaban llegando los directores de recepción y ocio, así como el sobrecargo, el contraamaestre y el jefe de camarotes. Después de una mirada a su reloj, LeSeur se secó la frente y, por enésima vez, miró la espalda de la capitán Mason en el monitor de circuito cerrado, erguida y serena en el timón, sin que se le saliera un pelo de la gorra. Habían pedido el rumbo del *Britannia* en el chartplotter principal NavTrac GPS, y ahí estaba, en preciosos colores electrónicos: el rumbo, la velocidad... y las Carrion Rocks.

Volvió a mirar a Mason, que seguía tan tranquila al timón. Le había ocurrido algo, algún problema médico; una embolia, drogas, o quizás una fuga disociativa. ¿En qué estaría pensando? Sus actos eran la antítesis de todo lo que representaba un capitán de barco.

Kemper estaba delante de un terminal de control, con auriculares. LeSeur le tocó. El jefe de seguridad se quitó los auriculares.

—Kemper, ¿está totalmente seguro de que nos oye?

—Están abiertos todos los canales. Hasta recibo un poco de *feedback* en los cascos.

LeSeur se volvió hacia Craik.

—¿Alguna respuesta a nuestra señal de auxilio?

Craik levantó la vista de su SSB con teléfono por satélite.

—Sí, señor. Ya ha contestado la guardia costera de Estados Unidos, y la de Canadá. El barco más cercano es el rompehielos *Sir Wilfred Grenfell*, procedente de St. John's, un patrullero de sesenta y ocho metros con nueve oficiales, once tripulantes, dieciséis literas y otras diez en el hospital del barco. Llevan rumbo de intercepción, y se cruzarán con nosotros unas quince millas náuticas al este-nordeste de las Carrion Rocks, aproximadamente a las... 15.45. No hay nadie lo suficientemente cerca como para alcanzarnos antes de la hora estimada de... humm... colisión.

—¿Qué planes tienen?

—Aún están valorando las opciones.

LeSeur se volvió hacia el tercer oficial.

—Que venga el doctor Grandine. Quiero asesoramiento médico sobre lo que le ocurre a Mason. Y pregúntele a Mayles si hay algún psiquiatra entre los pasajeros. Si lo hay, que también venga.

—Sí, señor.

A continuación, LeSeur se volvió hacia el ingeniero jefe.

—Señor Halsey, vaya personalmente a la sala de máquinas y desconecte el piloto automático. Si es necesario, corte cables o dele a los tableros con un mazo. Si no hay más remedio, desconecte uno de los módulos de propulsión.

El ingeniero jefe sacudió la cabeza.

—El piloto automático está protegido contra ataques. Está diseñado para contrarrestar cualquier sistema manual. Aunque se pudiera desconectar uno de los módulos, cosa que es imposible, lo compensaría el piloto automático. En caso de necesidad, el barco puede funcionar con un solo módulo.

—Señor Halsey, no me diga que es imposible antes de haberlo intentado.

—Sí, señor.

LeSeur se dirigió al oficial de radio.

—Intente ponerse en contacto con Mason en el canal 16 del VHF con su radio portátil.

—Sí, señor. —El oficial sacó su VHF de la funda, se lo acercó a la boca y pulsó el botón de transmisión—. Radio a puente, radio a puente, conteste, por favor.

LeSeur señaló el monitor de circuito cerrado.

—¿Han visto? —exclamó—. Se ve la luz verde de recepción. ¡Nos recibe con toda claridad!

—Es lo que le decía —contestó Kemper—. Oye hasta la última palabra.

LeSeur sacudió la cabeza. Hacía años que conocía a Mason, y era un ejemplo de profesionalidad; un poco estirada, con cierta obsesión por las normas y no exactamente cariñosa, pero una profesional de los pies a la cabeza, en cualquier circunstancia. Se estrujó el cerebro. Alguna manera tenía que haber de comunicarse con ella cara a cara. Le desesperaba tenerla siempre de espaldas.

Si la veía, quizá podría razonar con ella. O como mínimo entenderla.

—Señor Kemper —dijo LeSeur—, ¿verdad que justo debajo de las ventanas del puente hay una barra para sujetar el instrumental de limpieza?

—Creo que sí.

Cogió su chaqueta de una silla y se la puso.

—Voy a salir.

—¿Está loco? —preguntó Kemper—. De ahí a la cubierta hay más de treinta metros.

—Pienso mirarla a la cara y preguntarle qué narices pretende.

—¡Se expondrá de lleno a la tormenta!

—Segundo oficial Worthington, reléveme hasta que vuelva.

LeSeur salió corriendo por la puerta.

LeSeur estaba en la baranda delantera de babor de la plataforma de observación de la cubierta 13. El viento azotaba su ropa y la lluvia su cara mientras contemplaba el puente. Estaba situado en el nivel más alto del barco. Por encima sólo había chimeneas y mástiles. Las dos alas del puente se proyectaban tanto hacia babor y estribor que sus extremos sobresalían del casco. Por debajo de la pared de ventanas tenuemente iluminadas, LeSeur distinguía a duras penas la baranda, un solo tubo

de latón de dos o tres centímetros de grosor, fijado a unos quince centímetros de la superestructura del barco con soportes de acero. Entre la plataforma y el ala de babor había una escalera estrecha, que terminaba en la baranda que rodeaba el puente inferior.

Se acercó a ella con pasos inestables, y tras un momento de vacilación cogió el peldaño que quedaba a la altura de su hombro con la fuerza de un hombre que se ahoga. Vaciló por segunda vez, mientras los músculos de sus brazos y sus piernas empezaban a temblar ante el suplicio que se avecinaba.

Plantó un pie en el primer peldaño y empezó a subir. Algunas pequeñas gotas de agua caían sobre él; le sorprendió reconocer el sabor salado a sesenta metros de la superficie del mar, que no podía ver; se lo impedían la lluvia y la espuma, pero oía el impacto de las olas, incesantes, y notaba el temblor que provocaban en el casco. Parecían puñetazos de algún dios marino iracundo y herido. A aquella altura, los movimientos del barco eran mucho más pronunciados. Cada uno de los cabeceos de la nave se le clavaban a LeSeur en las entrañas.

¿Qué estaba haciendo? ¿Debía intentarlo? Kemper tenía razón: era una locura. Sin embargo, al hacerse la pregunta ya tuvo clara la respuesta. Tenía que mirarla a la cara.

Se asió con todas sus fuerzas a los escalones y empezó a subir, una mano tras otra, un pie tras otro. Las ráfagas de viento eran tan fuertes que de vez en cuando le obligaban a cerrar los ojos y subir a ciegas, apretando sus callosas manos de marinero como tornos en la pintura rugosa de los peldaños. Una ola particularmente grande hizo cabecear el barco. LeSeur tuvo la sensación de haberse quedado colgando en el vacío, y de que la fuerza de la gravedad le empujara hacia abajo, hacia el mar embravecido.

Una mano cada vez.

Al cabo de lo que le pareció un ascenso interminable, llegó a la baranda y levantó la cabeza hasta el nivel de las ventanas. Miró hacia el otro lado, pero estaba en un extremo del puente de babor, demasiado lejos para ver otra cosa que un vago resplandor de instrumentos electrónicos.

Tendría que desplazarse poco a poco hacia el centro.

Las ventanas del puente estaban levemente inclinadas. Encima de ellas se encontraba el reborde de la cubierta superior, con su propia baranda. LeSeur esperó un momento de calma entre las ráfagas de viento para levantarse y cogerse al borde superior, a la vez que plantaba los pies en la baranda de abajo. Se quedó un buen rato en el mismo lugar, con el corazón alborotado y una terrible sensación de vulnerabilidad. Pegado a las ventanas del puente, abierto de brazos y de piernas, acusaba aún más el cabeceo del barco.

Respiró hondo, entrecortadamente. Otra vez. Después empezó a reptar por la baranda, aferrándose al reborde con sus dedos ateridos, y haciéndose fuerte contra cada nueva ráfaga de viento. Sabía que de punta a punta del puente había cincuenta metros; por lo tanto, le quedaban veinticinco para quedar frente al timón.

Se movía despacio, deslizando un pie tras otro. Como la pintura de la baranda no era rugosa (no estaba pensada para que la tocara nadie), resbalaba una barbaridad. Siguió avanzando muy lentamente por la baranda pulida, prácticamente a pulso, sin apartar los dedos ni un momento del borde de la baranda superior. Recibió una ráfaga de viento huracanado que le arrancó los pies de la baranda, dejándole colgado durante un momento de terror sobre los grises remolinos del vacío.

Recuperó el apoyadero, pero volvió a titubear, tragando aire, con el corazón como un martillo y los dedos insensibles. Un minuto después se obligó a seguir.

Por fin llegó al centro del puente; y ahí estaba ella, la capitán Mason, al timón, mirándole tranquilamente.

LeSeur sostuvo su mirada, azorado por la normalidad de su expresión. Ni siquiera se la veía sorprendida por una aparición tan improbable como la de aquel fantasma con impermeable, pegado al lado menos indicado de las ventanas del puente.

Aumentó la presión de su mano izquierda en la baranda superior, a la vez que usaba la derecha para dar porrazos en el cristal.

—¡Mason! ¡¡Mason!!

Ella le miró, pero le dirigió una mirada ausente.

—¿Qué hace?

No hubo respuesta.

—¡Mason, por Dios, dígame algo!

LeSeur estampó el puño en el cristal con tal brutalidad que casi le dolió.

Ella seguía limitándose a mirarle.

—¡Mason!

Finalmente rodeó el timón y se acercó al cristal. Su voz alcanzó los oídos de LeSeur muy atenuada a través del cristal y a causa de los bramidos de la tempestad.

—La pregunta es qué hace usted, señor LeSeur.

—¿No se da cuenta de que con este rumbo chocaremos con las Carrion Rocks?

Otro temblor de labios, como anunciando una sonrisa. Mason dijo algo, pero LeSeur no pudo oírlo por culpa de la tormenta.

—¿No la oigo!

Se aferró al reborde, sin saber cuánto tiempo tardarían en fallarle los dedos, y él en caer en la furiosa espuma gris.

—He dicho... —La capitán se acercó al cristal, y habló más alto—. Que lo sé perfectamente.

—Pero ¿por qué?

Finalmente apareció la sonrisa, como el sol reflejándose en el hielo.

—He ahí la cuestión, ¿verdad, señor LeSeur?

LeSeur se pegó al cristal, en un esfuerzo por no perder pie. Sabía que no podría aguantar mucho más tiempo.

—¿Por qué? —gritó.

—Pregúnteselo a la compañía.

—Pero... ¡pero no puede estar haciéndolo adrede!

—¿Por qué no?

Logró evitar gritarle que estaba loca. Tenía que llegar a descubrir sus motivos y razonar con ella.

—Pero ¡por Dios! ¡No querrá matar de este modo a cuatro mil personas!

—No tengo nada ni contra los pasajeros ni contra la tripulación; pero voy a destruir el barco.

LeSeur no supo si lo que caía por su cara era lluvia o lágrimas.

—Escuche, capitán, si tiene problemas, personales o con la compañía, buscaremos la manera de solucionarlos, pero esto... Aquí viajan miles de personas inocentes, muchas mujeres y niños... Le ruego que no lo haga, por favor. ¡Por favor!

—Cada día muere gente.

—¿Qué es esto, algún tipo de ataque terrorista? Quiero decir... —Tragó saliva, intentando encontrar una manera neutra de exponerlo—. ¿Está representando algún... punto de vista político o religioso en particular?

La sonrisa de Mason se mantuvo fría, controlada.

—Ya que lo pregunta, la respuesta es no. Se trata de algo estrictamente personal.

—Si quiere destrozar el barco, párelo antes. ¡Al menos déjenos usar los botes salvavidas!

—Sabe perfectamente que aunque sólo redujera la velocidad, podrían mandar un equipo de las fuerzas especiales para sacarme de aquí. Seguro que la mitad de los pasajeros ya han enviado e-mails al exterior. No cabe duda de que se está preparando una reacción a gran escala. No, señor LeSeur, mi aliado es la velocidad, y el destino del *Britannia* son las Carrion Rocks. —Echó un vistazo al chartplotter del piloto automático—. Dentro de exactamente ciento cuarenta y nueve minutos.

LeSeur aporreó el cristal.

—¡No!

El esfuerzo casi le hizo caerse. Se recuperó como buenamente pudo, rompiéndose las uñas en el reborde mientras veía impotente cómo Mason se ponía otra vez al timón y fijaba los ojos en el gris de la tormenta.

Constance se incorporó al oír la puerta, que al abrirse dejó entrar los rumores del pánico: gritos, palabrotas, pasos rápidos... Pendergast entró y la cerró.

Cruzó el recibidor con algo grande y pesado sobre un hombro. Al tenerle algo más cerca, Constance vio que era una bolsa de lona de color marfil, envuelta con cordel. Pendergast se detuvo en la puerta de la cocina, descargó la bolsa del hombro, se limpió las manos de polvo y entró en la sala de estar.

—Por fin has hecho el té —dijo, mientras se servía una taza y se sentaba al lado, en un sillón de piel—. Magnífico.

Constance le miró con frialdad.

—Todavía estoy esperando que me expliques tu teoría.

Pendergast saboreó despacio un buen sorbo de té.

—¿Sabías que las Carrion Rocks son uno de los mayores peligros para la navegación de todo el norte del Atlántico? Hasta el punto de que, justo después de que se fuera a pique el *Titanic*, lo primero que pensaron fue que había chocado con ellas.

—Muy interesante.

Al verle sentado en el sillón tranquilamente, como si no hubiera crisis, Constance cayó en la cuenta de que quizá no la hubiera.

—Tienes un plan —dijo.

No era una pregunta, sino una afirmación.

—Efectivamente; y, ahora que lo pienso, quizá sea el momento de darte a conocer los detalles. Así más tarde nos ahorraremos esfuerzos, cuando quizá tengamos que reaccionar con cierta rapidez a una serie de situaciones cambiantes.

Tras paladear otro sorbo, dejó la taza y se levantó para ir a la cocina. Abrió la bolsa, sacó algo grande y retrocedió hacia la sala de estar para dejarlo en el suelo, entre él y Constance.

Ella lo observó con curiosidad. Era un contenedor reforzado de goma y plástico blancos, de algo más de un metro por un poco menos, cerrado con cuerdas de nailon. Llevaba varios adhesivos de advertencia. Vio que Pendergast quitaba las cuerdas de nailon y retiraba la placa frontal. Dentro había un artefacto de poliuretano amarillo fluorescente, muy doblado.

—Un artilugio flotante y autohinchable —añadió Pendergast—. Lo que se conoce vulgarmente como una «burbuja de supervivencia». Lleva equipo SOLAS B, radioemisor EPI, mantas y provisiones. Hay uno en cada bote salvavidas del *Britannia*. A uno de ellos le he... quitado peso.

La mirada de Constance fue del contenedor a Pendergast.

—Si finalmente los oficiales no pueden detener a la capitán, quizás intenten lanzar los botes salvavidas —dijo él—, lo cual, a esta velocidad, podría ser peligroso e incluso imprudente. Aunque si nosotros nos lanzamos al agua dentro de esto desde la popa del barco, correremos un riesgo mínimo. Naturalmente, deberemos elegir con cuidado el punto de la evacuación.

—Evacuación —repitió Constance.

—Obviamente, tendrá que ser desde una cubierta próxima a la línea de flotación. — Pendergast tendió la mano hacia una mesita para coger un folleto del barco y sacar una foto brillante del *Britannia*—. Yo aconsejaría este punto de aquí —dijo, señalando una hilera de ventanas grandes en la parte baja de popa—. Se trata del salón de baile Jorge II, que dado el estado de emergencia probablemente estará vacío. Podríamos tirar una silla o una mesa por la ventana, para hacer un agujero y lanzarnos al agua. Naturalmente, el equipo lo llevaremos escondido en aquella bolsa de lona para no llamar la atención. —Pensó un momento—. Sería sensato esperar unos treinta minutos, con lo cual nos acercáramos lo suficiente al lugar del impacto para quedar situados a distancia razonable de los barcos de rescate, pero no tanto como para que nos entorpeciese el pánico de última hora. Si nos lanzamos desde una de las ventanas laterales del salón de baile, aquí, o aquí, evitaremos lo peor de la estela del barco.

Dejó la foto en su sitio con un suspiro de satisfacción, como si estuviese muy contento de su plan.

—Hablas en plural —dijo Constance, despacio—. Refiriéndote a nosotros dos.

Pendergast la miró con cierta sorpresa.

—Sí, claro, pero no te preocupes; ya sé que dentro de esta caja parece muy pequeño, pero te aseguro que una vez hinchado habrá espacio para los dos. La burbuja está diseñada para que quepan cuatro personas; por lo tanto, estaremos bastante anchos.

Constance le observó con incredulidad.

—¿Propones salvarte tú y dejar que el resto muera?

Pendergast frunció el entrecejo.

—Constance, no consiento que me hables en ese tono.

Ella se levantó, con rabia.

—Eres un... —Se tragó la palabra—. Robar este dispositivo flotante de uno de los botes salvavidas... No has salido a buscar una manera de superar esta crisis, ni de salvar al *Britannia*. ¡Sólo estabas haciendo los preparativos para salvar el pellejo!

—Resulta que le tengo bastante apego a mi pellejo. Además, Constance, no debería tener que recordarte que también estoy proponiendo salvar el tuyo.

—Esto es impropio de ti —dijo ella, con una mezcla de incredulidad, sorpresa y rabia—. Es puro egoísmo. ¿Qué te ha pasado, Aloysius? Desde que has vuelto del camarote de Blackburn estás... raro. Como si no fueras tú.

Pendergast sostuvo mucho rato su mirada. Volvió a fijar la tapa del recipiente de plástico, se levantó y se acercó.

—Siéntate, Constance —dijo en voz baja.

Algo en su tono (algo extraño, algo completamente desconocido) hizo que a pesar de toda su

rabia, sorpresa e incredulidad Constance obedeciera de inmediato.

LeSeur se sentó en la sala de reuniones adyacente al puente auxiliar. Seguía empapado, pero ahora, en vez de tener frío, se ahogaba de calor, sofocado por el olor a cuerpos sudorosos. La sala, pensada para que cupiera media docena de personas, estaba a rebosar de oficiales y tripulantes de alta graduación, y aún no habían llegado todos.

Ni siquiera esperó a que tomaran asiento para levantarse, golpear la mesa con los nudillos y empezar a hablar.

—Acabo de hablar con Mason —dijo—, y me ha confirmado que su intención es hacer chocar el *Britannia* a velocidad máxima contra las Carrion Rocks. De momento no hemos conseguido entrar en el puente, ni anular el piloto automático. Por mi parte, tampoco he podido encontrar a un médico o a un psiquiatra lo suficientemente sereno como para hacer un diagnóstico de la capitán, o proponer una argumentación a la que pueda reaccionar.

Miró a su alrededor.

—He hablado varias veces con el capitán del *Grenfell*, el único barco que está lo bastante cerca para intentar rescatarnos. Han avisado a algunos barcos más (civiles y de la guardia costera), pero no llegarán antes de la hora estimada de colisión. La guardia costera canadiense también ha mandado dos aviones con la misión de observar y establecer comunicación. Tienen una flota de helicópteros en compás de espera, pero de momento todavía estamos fuera de alcance. Por ese lado no podemos esperar ayuda. En cuanto al *Grenfell*, no está equipado ni remotamente para hacer frente a cuatro mil trescientos evacuados.

Hizo una pausa y respiró hondo.

—Estamos en plena tormenta, con olas de doce metros y vientos de entre cuarenta y sesenta nudos, pero el problema más difícil de solucionar es la velocidad del barco en relación al agua: veintinueve nudos. —Se humedeció los labios—. Si no estuviéramos en movimiento, tendríamos varias opciones: trasladar a la gente al *Grenfell* o que nos abordaran las fuerzas especiales. Pero a veintinueve nudos no es factible lo uno ni lo otro. —Miró a su alrededor—. Resumiendo, necesito ideas ahora mismo.

—¿Y si anulamos los motores? —preguntó alguien—. Saboteándolos, como quien dice.

LeSeur miró al ingeniero jefe.

—¿Señor Halsey?

Halsey frunció el entrecejo.

—Tenemos cuatro motores diésel alimentados por dos turbinas de gas General Electric

LM2500. Si desconectamos uno, no pasará nada. Si desconectamos dos, y no apagamos las turbinas, habrá una explosión de gas comprimido.

—¿Entonces qué? ¿Desconectar primero las turbinas de gas? —preguntó LeSeur.

—Son motores de alta presión, que giran a tres mil seiscientas revoluciones por minuto. Cualquier intento de intervenir mientras esa desgraciada mantenga la velocidad al máximo sería un... suicidio. Arrancaríamos la parte inferior del barco.

—¿Y cortar los ejes? —preguntó un segundo oficial.

—No hay ejes —dijo el ingeniero jefe—. Cada módulo es un sistema de propulsión autónomo. Los motores diésel y las turbinas generan electricidad que alimenta los módulos.

—¿Bloquear la transmisión? —preguntó LeSeur.

—Lo he analizado, y en movimiento es inaccesible.

—¿Y si cortamos radicalmente toda la alimentación eléctrica de los motores?

El ingeniero jefe frunció el entrecejo.

—No se puede, por la misma razón por la que están acorazados el puente de mando y el piloto automático: miedo a un ataque terrorista. Los genios del Home Office decidieron diseñar un barco en el que los terroristas, si intentaran hacerse con el mando, no pudiesen parar o controlar el barco de ninguna manera. Querían a toda costa que los oficiales pudiesen encerrarse en el puente para lograr llevar el barco a puerto incluso si los terroristas se apoderaban de todo lo demás.

—Hablando del puente —dijo un tercer oficial—. Pero ¿y si hacemos un agujero en la escotilla de seguridad y bombeamos gas? Cualquier cosa que desplace el aire. ¡En la cocina, por ejemplo, hay varios botes de CO₂! Así la obligaríamos a salir.

—¿Y luego? Aún tendríamos conectado el piloto automático.

Hubo un breve silencio. El jefe de informática, Hufnagel, un hombre con gafas y bata de laboratorio, carraspeó.

—El piloto automático es un software como cualquier otro —dijo en voz baja—. Se puede piratear, al menos en teoría. Piratear y reprogramar.

LeSeur se giró a mirarle.

—¿Cómo? Tiene un cortafuegos.

—No hay ningún cortafuegos inexpugnable.

—Pues ponga ahora mismo al mejor de sus hombres manos a la obra.

—Es Penner, señor.

El jefe de informática se levantó.

—Infórmeme lo antes posible.

—Sí, señor.

LeSeur le vio salir de la sala de reuniones.

—¿Alguna otra idea?

—¿Y el ejército? —preguntó Crowley, otro tercer oficial—. Podrían mandar cazas y volar el puente con un misil. O hacer que un submarino desactivara la hélice con un torpedo.

—Está todo estudiado —contestó LeSeur—. Es imposible tener tanta puntería con un misil. Tampoco hay submarinos cerca, y teniendo en cuenta nuestra velocidad, tampoco podrían interceptarnos ni darnos alcance.

—¿Hay algún modo de lanzar los botes salvavidas? —preguntó una voz al fondo.

LeSeur miró al contramaestre, Liu.

—¿Es posible?

—A una velocidad de treinta nudos, con tantas olas... ¡Madre mía! No quiero ni imaginarlo.

—No quiero saber qué se imagina. Si hay alguna posibilidad, por remota que sea, quiero que la investigue.

—Sí, señor; averiguaré si es posible, pero para eso necesitaría toda una brigada de emergencia, y no hay nadie libre.

LeSeur soltó una sonora maldición. Lo que más falta les hacía era marineros con experiencia. El barco estaba lleno de inútiles, desde crupieres hasta cantantes, pasando por masajistas. Puro lastre.

—El que ha venido hace un rato... ¿Cómo se llamaba? Bruce. Estuvo en la Royal Navy, y sus amigos también. Vaya a buscarle y pídale ayuda.

—Pero si ya es viejo, tiene setenta y pico —protestó Kemper.

—Señor Kemper, he conocido a setentones salidos de la Royal Navy que le dejarían seco en dos segundos. —LeSeur se volvió hacia Crowley—. En marcha.

De la puerta llegó un vozarrón, con fuerte acento escocés.

—No hace falta que me busquen, señor LeSeur. —Bruce se abrió camino—. Gavin Bruce, para servirle.

LeSeur se volvió.

—Señor Bruce... ¿Ya está al corriente de la situación?

—Sí.

—Necesitamos saber si es posible lanzar los botes salvavidas con estas condiciones y a esta velocidad. ¿Tiene alguna experiencia en ello? Son un nuevo tipo de botes salvavidas, de caída libre.

Bruce reflexionó, acariciándose el mentón.

—Debería examinarlos de cerca. —Titubeó—. Podríamos soltarlos después de la colisión.

—No podemos esperar hasta después de la colisión. Chocar con un arrecife a treinta nudos... Sólo el impacto de por sí ya mataría o heriría a la mitad del pasaje.

Nadie dijo nada. Al cabo de un rato, Bruce asintió despacio.

—Señor Bruce, les doy plena autoridad a usted y a su grupo para encargarse de ello. Recibirán toda la información del señor Liu, el contramaestre, y la ayuda del tercer oficial. Ambos conocen a fondo las rutinas de evacuación.

—Sí, capitán.

LeSeur paseó su mirada por la sala.

—Una cosa más: necesitamos al comodoro Cutter. Conoce el barco mejor que ninguno de nosotros, y... es el único que sabe la secuencia numérica para anular un código 3. Le llamaré otra vez al puente.

—¿Como capitán? —preguntó Kemper.

LeSeur vaciló.

—Veremos qué dice.

Miró su reloj.

Ochenta y nueve minutos.

En el puente de mando, la capitán Carol Mason observaba con serenidad la pantalla de plasma de treinta y dos pulgadas del chartplotter Northstar 941X DGPS, que funcionaba con infonav 2.2. Le parecía un prodigio de la electrónica, una tecnología que volvía obsoletos todos los conocimientos, las matemáticas, la experiencia y la profunda intuición que en otros tiempos habían sido necesarios para el pilotaje y la navegación. Con aquel aparato, hasta un niño de doce años podía gobernar el *Britannia*, o casi: bastaba usar aquella carta de navegación tan grande y llena de colores, donde salían el barco y una línea que indicaba su rumbo, junto a una serie de señales que especificaban algo tan útil como su futura posición estimada a intervalos de diez minutos, y puntos de ruta para cualquier cambio de rumbo.

Eché un vistazo al piloto automático. Otro prodigio. Vigilaba constantemente la velocidad del barco, relativa y absoluta, las revoluciones del motor, el consumo de energía y los ángulos del timón y de los módulos, además de realizar un sinfín de ajustes tan sutiles que ni el más avezado de los oficiales habría sido capaz de percibir. Mantenía el rumbo y la velocidad del barco mejor que el más capacitado de los capitanes humanos, a la vez que ahorraba combustible, motivo por el que las normas estipulaban que el piloto automático sólo dejara de utilizarse en aguas interiores o costeras.

Diez años atrás, el puente de un barco como aquél habría exigido como mínimo la presencia de tres oficiales perfectamente formados, mientras que ahora sólo hacía falta uno... que se pasaba la mayor parte del tiempo sin nada que hacer.

Se fijó en la mesa de navegación de LeSeur, con sus cartas de papel, sus reglas paralelas, sus compases, sus lápices y marcadores y la caja con el sextante. Instrumentos muertos. Conocimientos muertos.

Rodeó el terminal del puente, y al volver al timón posó una mano sobre la elegante rueda de caoba. Puramente decorativa. A la derecha estaba la consola del timonel, desde donde se gobernaba realmente el barco: seis pequeños mandos, manipulados con un solo dedo, que controlaban los dos módulos de propulsión (dos fijos y dos rotatorios), así como las palancas de los motores. Con sus módulos de popa que giraban trescientos sesenta y cinco grados, el barco era tan maniobrable que podía atracar sin la ayuda de un solo remolcador.

Deslizó la mano por el barniz liso del timón, mientras sus ojos se alzaban hacia la pared de ventanas grises. Hacía más viento, pero llovía menos, y ahora se veía el contorno de la proa sufriendo el azote de unas espectaculares olas de más de diez metros, que bañaban las cubiertas

de proa con chorros de espuma, blancas explosiones a cámara lenta.

Mason sentía una especie de paz, un vacío absoluto, que iban más allá de todo lo que conocía. Su vida, por lo general, había sido tensa, por los reproches que se hacía a sí misma, la sensación de no estar a la altura, las dudas, la rabia y una ambición desmesurada, pero ahora no quedaba nada de todo ello, afortunadamente. Nunca le había costado tan poco tomar decisiones; ya no sentía las dudas angustiosas que siempre la habían atormentado después de las grandes elecciones de su carrera. Había tomado la decisión de destruir el barco; lo había hecho con calma, sin emoción, y ahora sólo faltaba cumplirla.

¿Por qué?, había preguntado LeSeur. Si no lo adivinaba por sí mismo, no sería Mason quien le diera la satisfacción de explicárselo. A ella le parecía obvio. Ni uno de los grandes transatlánticos, ni uno solo, había tenido a una mujer como capitán. ¡Qué tonta había sido al esperar que el *Britannia* rompiera esa maldita tradición! Era consciente (y no por vanidad) de que valía el doble que la mayoría del resto de capitanes: primera de su promoción en la academia naval de Newcastle, con una de las notas más altas de la historia del centro, su historial era perfecto, inmaculado. Hasta se había quedado soltera sólo para eliminar la cuestión de la baja por maternidad, y no por falta de oportunidades, que las había tenido, y muy buenas... Se había esmerado al máximo en cultivar las relaciones más beneficiosas dentro de la compañía, y en buscarse a los mejores protectores, siempre tomando la precaución de no parecer una arribista. Había cultivado asiduamente la actitud seca y profesional, pero no antipática, de los mejores capitanes, que siempre se alegraban sinceramente del éxito de sus iguales.

Su ascenso por el escalafón había sido fácil: segundo oficial, primer oficial y por último segundo capitán, cada cosa en su momento. Lógicamente, en todo ese camino no habían faltado comentarios desagradables, ni la molestia de que sus superiores hicieran avances sexuales; pero ella siempre se enfrentaba a ello con aplomo, sin escándalos ni quejas, respondiendo a la chocarrería de algunos superiores babosos con la mayor corrección y respeto, haciéndose la sorda a sus comentarios ofensivos y vulgares y a sus asquerosas proposiciones. A todos les trataba con buen humor, como si lo que salía de sus bocas fueran simples e ingeniosos comentarios.

Cuatro años atrás, al ser botado el *Oceania*, los que más números tenían para capitanearlo eran ella y otros dos segundos capitanes: Cutter y Thrale. Se había llevado el gato al agua el menos competente, Thrale, que además tenía problemas con el alcohol. A Cutter, mejor capitán, le había traicionado su forma de ser, susceptible y poco sociable; pero a ella se la habían saltado, pese a ser con diferencia la más capacitada de los tres. ¿Por qué?

Por ser mujer.

Pero lo peor no fue eso; lo peor fue que todos sus colegas se compadecieron de Cutter, cuando a muchos ni siquiera les caía bien. Todos le habían hecho saber discretamente que no estaban de acuerdo, que el cargo le correspondía legítimamente a él, y que la compañía se había equivocado. Todos le habían asegurado que la siguiente ocasión sería la suya.

En cambio con ella nadie había tenido el mismo gesto. Nadie la había compadecido. Todos daban por hecho que, como mujer, no se esperaba el nombramiento, y que éste superaba sus capacidades. La mayoría eran antiguos compañeros de la Royal Navy, algo vedado para ella. Nadie podía llegar a imaginar su dolor, la ofensa de saberse la mejor de los tres candidatos,

superior en antigüedad y calificaciones.

Debería haberlo comprendido entonces.

Y entonces llegó el *Britannia*: el transatlántico más grande y lujoso de la historia. Había costado casi mil millones de libras a la compañía, y lo lógico era que la eligiesen a ella. El mando del barco casi le correspondía por defecto...

Pues no, se lo había llevado Cutter; y para colmo a los jefes no se les había ocurrido nada mejor que pensar que Mason les agradecería la limosna de ser el segundo capitán.

Cutter no era tonto. Sabía perfectamente que el mando lo merecía ella. También sabía que era mejor capitán. De ahí su odio: se sentía amenazado. Ya antes de subir al barco había aprovechado cualquier ocasión para encontrarle defectos y rebajarla ante los demás. Pero no contento con ello, había dejado claro que, a diferencia de la mayoría de los capitanes del transatlántico, no se pasaría el día hablando con los pasajeros y presidiendo amenas cenas en la mesa del capitán, sino en el puente, usurpándole a ella el puesto que le correspondía.

Y por si le faltaba munición para humillarla, se la dio ella misma a la primera de cambio: la primera infracción de disciplina de toda su carrera, antes de que el *Britannia* abandonara el puerto. Entonces ya debería haber sabido que nunca sería capitán de un gran barco.

¡Qué raro que Blackburn hubiera reservado pasaje en el viaje inaugural del *Britannia*! Justamente el primer hombre que la había pedido en matrimonio, y a quien ella había rechazado por culpa de su ambición. Y qué irónico que hubiera amasado tantos millones durante la década transcurrida desde su relación.

¡Qué increíbles tres horas habían pasado juntos! Tenía grabado cada segundo en la memoria. El camarote de Blackburn era una maravilla. Había llenado la sala de estar con sus tesoros favoritos: cuadros que valían millones de dólares, esculturas, antigüedades únicas en el mundo... Pero lo que más le entusiasmaba era una pintura tibetana que por lo visto tenía desde hacía menos de veinticuatro horas. Dejándose llevar por la ilusión y el orgullo, la había sacado de la caja para desenrollarla en el suelo, a la vista de Mason, y ella, atónita, estupefacta y muda por lo que veía, se había arrodillado para contemplarla mejor, siguiendo con la vista y con los dedos hasta el último de sus infinitos detalles. La absorbía. Estallaba en su cerebro. Y ahí mismo, mientras ella miraba (hipnotizada y al borde del desmayo), Blackburn le había subido la falda por encima de las caderas, le había arrancado las bragas y la había montado como un semental embravecido. Mason nunca había tenido una relación sexual como aquélla. Siempre la recordaría, hasta el último detalle, hasta la más ínfima gota de sudor, hasta el más inaudible gemido, hasta el último choque de las carnes. Sólo de pensarlo sentía un hormigueo renovado de pasión.

Lástima que no pudiera repetirse.

Porque Blackburn, después, había enrollado la pintura mágica para guardarla de nuevo en la caja, y ella, todavía en la euforia del acto sexual, le había pedido que no lo hiciera, que la dejara verla una última vez. Al volverse, Blackburn debía de haber reconocido la avidez de su expresión, porque sus ojos se convirtieron inmediatamente en dos puntitos celosos y posesivos. Con palabras despectivas, le dijo que con una vez bastaba. Entonces a ella la invadió una rabia oscura y devoradora, y con la misma rapidez con la que había sucumbido al deseo sexual, empezaron a gritarse con una intensidad de la que Mason no se sabía capaz. La rapidez del cambio

de sus emociones le provocó una mezcla de sorpresa y euforia. Finalmente, Blackburn la echó de la suite. No, Mason ya no le dirigiría la palabra, ni volvería a ver la pintura.

Pero lo más irónico fue lo de después: el pasajero del camarote de al lado se había quejado de los gritos. La vieron salir del triplex, y alguien dio el parte. Era una oportunidad que Cutter no pudo desaprovechar. La humilló en el puente, en presencia de todos los oficiales. Seguro que a esas alturas ya constaba en su expediente, y llegaría a conocimiento de la compañía.

Las relaciones sexuales en el barco eran algo frecuente entre los oficiales y la tripulación, incluso los casados. Era tan fácil... Como pescar en una pecera. Sin embargo, nunca ocurría nada. ¿Por qué? Porque eran hombres, y entraba dentro de las previsiones que los hombres hicieran esas cosas, discretamente, en su tiempo libre, como ella. Pero claro, en el caso de las mujeres era distinto... Al menos la compañía parecía opinar así.

Era el final de su carrera. En adelante no podría esperar nada mejor que el mando de un crucero de dimensiones medianas, uno de esos que daban tumbos por el Mediterráneo o el Caribe, llenos a reventar de viejos gordos, de raza blanca y clase media, que sólo se embarcaban para comer y comprar. No ver nunca agua azul, huir de todas las tormentas...

Cutter. ¿Qué mejor manera de vengarse que quitarle el barco, destrozarlo y mandarlo al fondo del Atlántico?

Durante varios minutos, Constance miró cómo Pendergast iba arriba y abajo por la sala de estar de la suite Tudor. De vez en cuando el agente se paraba un instante como si quisiera decir algo, pero luego seguía caminando. Finalmente se volvió a mirarla.

—Me acusas de egoísmo, de querer salvarme sin pensar en el resto de ocupantes del *Britannia*. Dime una cosa, Constance: exactamente ¿a quién de los que van en el barco consideras digno de salvar?

Volvió a guardar silencio, esperando la respuesta con una chispa de diversión en los ojos. Aquello era lo último que Constance esperaba oír.

—Te he hecho una pregunta —dijo Pendergast al ver que no respondía—. ¿A quién de toda la gente vulgar, avariciosa y vil que viaja en el barco juzgas merecedor de ser salvado?

Constance siguió sin decir nada.

Al cabo de un momento, Pendergast se rió.

—¿Lo ves? No sabes qué contestar... porque no hay respuesta.

—No es verdad —dijo Constance.

—¿Verdad? Te engañas. «¿Qué es la verdad?, dijo Pilatos.» Tú misma, desde el momento de subir al barco, estabas asqueada de tantos excesos, y te horrorizaba la complacencia de los ricos y los privilegiados. Fuiste tú quien comentó la escandalosa desigualdad entre quienes sirven y quienes son servidos. Tu actitud durante la cena de la primera noche y tus réplicas a los filisteos insoportablemente torpes con quienes nos vimos obligados a cenar demostraban que ya habías emitido un juicio sobre el *Britannia*. Con razón. Te lo preguntaré otra vez, en otros términos: ¿no es este barco un monumento flotante a la codicia, la vulgaridad y la estupidez del ser humano? Este palacio de la más burda concupiscencia, ¿no merece sobradamente que lo destruyan?

Mostró las palmas de las manos, como si la respuesta fuera obvia.

Constance le miró, confundida. Sus palabras eran ciertas, en efecto; se había sentido asqueada por las ínfulas burguesas y el falso refinamiento de la mayoría de los pasajeros que había conocido. También le escandalizaban e indignaban las brutales condiciones de trabajo y de vida de la tripulación. Algunas de las cosas que decía Pendergast le llegaban incómodamente al alma, despertando y reforzando unos impulsos misántropos que albergaba desde hacía mucho tiempo.

—No, Constance —añadió Pendergast—; las únicas dos personas dignas de salvarse somos tú y yo.

Constance sacudió la cabeza.

—Tú estás hablando de los pasajeros, pero ¿y la tripulación? ¿Y los empleados? Lo único que intentan es ganarse la vida. ¿También se merecen morir?

Pendergast agitó una mano.

—No son más que una caterva de esclavos prescindibles, forman una parte de ese gran mar de gente de clase trabajadora que va y viene de las orillas del mundo como la marea de las playas, sin dejar ninguna huella.

—No puedes decirlo en serio. Para ti la humanidad lo es todo. Te has pasado la vida intentando salvar las vidas de los demás.

—Pues entonces he desperdiciado mi existencia en una tarea inútil, e incluso frívola. Lo único en lo que siempre estuvimos de acuerdo mi hermano Diógenes y yo fue en que no puede haber una disciplina más odiosa que la antropología. Imagínate dedicar toda la vida al estudio del hombre. —Cogió de la mesa la monografía de Brock, la hojeó y se la dio a Constance—. Echa un vistazo a esto.

Constance miró la página abierta. Contenía una reproducción en blanco y negro de una pintura al óleo: un ángel joven y bellissimo que se inclinaba hacia un hombre de expresión perpleja para guiar su mano por la página de un manuscrito.

—*San Mateo y el ángel* —dijo Pendergast—. ¿Lo conocías?

Constance le miró, perpleja.

—Sí.

—Entonces ya sabes que en este mundo hay pocas imágenes tan sublimes como ésta. Ni más hermosas. Fíjate en la expresión de intenso esfuerzo del rostro de Mateo, como si cada palabra del Evangelio que escribe brotase con dificultad de todas las fibras de su ser; y compárala con la actitud lánguida del ángel que le ayuda, con la inclinación de la cabeza, con la postura medio ingenua y medio coqueta de sus piernas, con la sensualidad casi escandalosa de su cara... Observa cómo se nos echa encima el pie izquierdo de Mateo, sucio de polvo, casi rompiendo el plano de la pintura. ¡No me sorprende que el cliente rechazase el cuadro! Ahora bien, aunque el ángel parece afeminado, sólo hay que contemplar el poder y la gloria de sus magníficas alas para recordar que estamos en presencia de lo divino. —Hizo una pausa—. Constance, ¿sabes por qué es la única reproducción de la monografía en blanco y negro?

—No.

—Porque no existe ninguna foto en color de la obra. El cuadro fue destruido. Sí, esta esplendorosa plasmación del genio creador fue borrada de la faz de la Tierra por una bomba durante la Segunda Guerra Mundial. Y ahora respóndeme a una cosa: si yo tuviera que elegir entre este cuadro y las vidas de un millón de personas inútiles, ignorantes y efímeras (la humanidad que tanto me importa, según tú), ¿cuál crees que habría elegido para que pereciese en aquella explosión?

Constance miró a Pendergast, horrorizada.

—¿Cómo puedes decir algo tan repugnante? ¿Qué te da derecho a decirlo? ¿Qué te hace a ti tan diferente?

—¡Constance, querida! Ni por asomo pienses que me creo mejor que el resto de la gente. Soy tan culpable de los defectos intrínsecos al bestial ser humano como el que más, y uno de esos

defectos es el interés personal. Soy digno de salvarme porque quiero seguir viviendo, y porque estoy en situación de influir en que así sea. Ahora ya no se trata de que las cosas vayan a peor, sino de que navegamos a toda máquina hacia la catástrofe. Además, a efectos prácticos, ¿qué podría hacer yo para salvar el barco? Esto es un sálvese quien pueda, como todas las catástrofes.

—¿Crees de verdad que podrías dormir tranquilo si abandonarás a su suerte a todas estas personas?

—Por supuesto que sí, y tú también.

Constance vaciló.

—Yo no estoy tan segura —murmuró.

Lo más turbador era que en las profundidades de su ser hallaba algo enormemente seductor en las palabras de Pendergast.

—A nosotros, toda esta gente no nos importa nada. Son como los muertos que aparecen en la prensa. Saldremos de esta Gomorra flotante y volveremos a Nueva York. Así de sencillo. Y una vez allí nos dedicaremos a pasatiempos intelectuales, de filosofía, poesía y conversación. Como lugar de retiro, reflexión y reclusión, a Riverside 891 no le falta de nada. —Pendergast hizo una pausa—. Además, ¿no era así como hacía las cosas tu primer tutor, y pariente lejano mío, Enoch Leng? Sus crímenes eran mucho más abyectos que este pequeño acto nuestro de egoísmo, y sin embargo logró tener una vida de comodidades físicas y satisfacción intelectual. Una vida muy, muy larga. Sabes que es cierto, Constance; tú estuviste con él desde el principio hasta el final.

Volvió a asentir, como si fuera la puntilla de su argumentación.

—Sí, es verdad, estaba con él. Vi cómo los remordimientos de conciencia devoraban poco a poco su serenidad mental, al igual que la carcoma se come la madera podrida. Al final quedaba tan poco del hombre brillante que había sido, que casi fue una bendición que... —No pudo seguir, pero ya estaba decidida: sabía que el mensaje nihilista de Pendergast no podía convencerla—. Aloysius, me da igual lo que digas. Esto está mal, horriblemente mal. Tú siempre has ayudado a los demás. Es a lo que has dedicado toda tu carrera.

—¿Justamente! ¿Y qué he conseguido? ¿He sacado algún fruto, más allá de la frustración, el arrepentimiento, la alienación, la mortificación, el dolor y las reprimendas? ¿Crees que si me fuera del FBI alguien lamentaría mi ausencia? El único amigo que tenía allí sufrió una muerte muy desagradable, en parte por incompetencia mía. No, Constance. Al final he aprendido una amarga verdad. En todo este tiempo no he hecho nada más que trabajar en vano (la infructuosa labor de Sísifo) para intentar salvar lo que es irremediablemente insalvable.

Dicho esto último, volvió a tomar asiento en el sillón de piel y cogió la taza de té.

Constance le miró, horrorizada.

—Éste no es el Aloysius Pendergast que conozco. Has cambiado. Desde que has vuelto del camarote de Blackburn haces cosas extrañas.

Pendergast bebió otro sorbo de té y resopló despectivamente por la nariz.

—Te contaré lo que ha ocurrido: al final se me ha caído la venda de los ojos. —Dejó la taza con cuidado encima de la mesa y se inclinó hacia delante—. Me ha mostrado la verdad.

—¿El qué?

—El Agoyzen. Es un objeto realmente notable, Constance, un mandala que permite atisbar la

auténtica verdad que hay en el centro del mundo: la verdad pura y sin adulterar. Una verdad tan poderosa que destruiría un cerebro débil, pero que para los que somos intelectualmente fuertes es una revelación. Ahora me conozco: sé quién soy, pero lo más importante es que sé qué quiero.

—¿No recuerdas lo que decían los monjes? El Agozzen es malvado, un instrumento oscuro de venganza cuya finalidad es limpiar el mundo.

—Sí. Una formulación un poco ambigua, ¿no crees? «Limpiar» el mundo. Naturalmente, yo no lo usaré para eso, sino que lo instalaré en la biblioteca de nuestra mansión de Riverside Drive, donde podré pasarme la vida contemplando sus prodigios. —Pendergast se apoyó en el respaldo, cogiendo otra vez la taza—. Por lo tanto, el Agozzen irá conmigo en la cabina flotante, al igual que tú, suponiendo que mi plan te parezca aceptable.

Constance tragó saliva. No contestó.

—Se nos está acabando el tiempo. Ha llegado el momento de que te decidas, Constance: ¿estás conmigo... o contra mí?

Y mientras bebía otro sorbo, sus ojos claros de gato la observaron con calma por encima del borde de la taza.

LeSeur había decidido que lo mejor era ir solo.

Se detuvo ante la puerta lisa de metal del camarote del comodoro Cutter, intentando calmar sus músculos faciales y acompasar la respiración. Cuando se sintió lo más sereno posible, dio un paso y llamó a la puerta con dos golpecitos rápidos.

Le abrieron tan deprisa que casi dio un respingo. Aún le sorprendió más ver al comodoro vestido de civil, con traje gris y corbata. El ex capitán estaba en el umbral, con su fría mirada fija en algún punto situado por encima y entre los ojos de LeSeur, mientras su cuerpo de baja estatura proyectaba una solidez granítica.

—Comodoro Cutter —dijo LeSeur—, vengo en mi autoridad de capitán del barco en funciones para... pedirle ayuda.

La insistente mirada de Cutter era como un dedo hincado en el centro de la frente.

—¿Puedo pasar?

—Si quiere...

Se apartó. El camarote, que LeSeur veía por primera vez, era tan espartano como cabía prever: funcional, pulcro e impersonal. No había fotos de familia, ni recuerdos navales o náuticos; ni rastro de los accesorios masculinos que solían hallarse en los camarotes de capitán, como un humidificador de puros, un mueble bar o sillones de piel de color caoba.

Cutter no le invitó a sentarse. Él también se quedó de pie.

—Comodoro —empezó a decir lentamente LeSeur—, ¿cuánto sabe de la situación actual del barco?

—Únicamente sé lo que he oído por megafonía —dijo Cutter—. No ha venido nadie a verme. Nadie se ha molestado en hablar conmigo.

—¿Entonces no sabe que la capitán Mason se ha adueñado del puente y del barco, ha aumentado la velocidad al máximo y está decidida a estrellar el *Britannia* contra las Carrion Rocks?

La boca de Cutter tardó un segundo en pronunciar la respuesta.

—No.

—No se nos ocurre ninguna manera de impedirselo. Ha cerrado el puente con un código 3. Chocaremos contra las rocas dentro de algo más de una hora.

Al oírlo, Cutter dio un paso hacia atrás, se tambaleó y recuperó el equilibrio. Se le veía ligeramente más pálido. No dijo nada en absoluto.

LeSeur le contó rápidamente los detalles. Cutter escuchaba sin interrumpirle, ni delatar ninguna emoción.

—Comodoro —concluyó LeSeur—, los únicos que conocen la secuencia numérica para anular una alerta de código 3 son usted y el segundo capitán. Aunque consiguiéramos entrar en el puente y arrestar a Mason, no podríamos recuperar el control del piloto automático sin invalidar el código 3. Esos códigos los conoce usted. Nadie más.

Silencio. Al final Cutter dijo:

—La compañía tiene los códigos.

LeSeur hizo una mueca.

—Dicen que los están buscando. Francamente, la situación entre los directivos es caótica. Parece que nadie sabe dónde están, y todos se echan la culpa mutuamente.

La cara del capitán se congestionó. LeSeur se preguntó cuál sería la causa. ¿Miedo por el barco? ¿Rabia contra Mason?

—No se trata sólo del código, señor. Usted conoce mejor que nadie el barco. Tenemos entre manos una crisis, y hay cuatro mil vidas en juego. Sólo nos quedan setenta minutos antes de chocar contra las Carrion Rocks. Le necesitamos.

—Señor LeSeur, ¿me está pidiendo que retome el mando de este barco?

Lo preguntó con mucha calma.

—Si es necesario, sí.

—Dígalo.

—Comodoro Cutter, le estoy pidiendo que retome el mando del *Britannia*.

Los ojos oscuros del capitán brillaron. Sus siguientes palabras fueron dichas en voz baja, con emoción.

—Señor LeSeur, usted y los oficiales del puente se han amotinado. Son el tipo de persona más inmundo que puede existir en alta mar. Algunos actos son de tal abyección que no permiten dar marcha atrás. Se han amotinado y han entregado el mando a una psicópata. Usted y su pandilla de falsos, aduladores, hipócritas y lameculos llevaban planeando esta traición contra mí desde que zarpamos. Ya ven el resultado. No, no pienso ayudarles, ni con los códigos, ni con el barco; ni siquiera sonándoles los mocos. Ahora sólo me queda un deber: si se hunde el barco, yo me hundiré con él. Buenos días, señor LeSeur.

La cara de Cutter se congestionó todavía más. De pronto LeSeur comprendió que no era rabia, odio o temor. Era un rubor de triunfo: el triunfo morboso de ver que le daban la razón.

Vestido con la túnica azafrán de un monje tibetano, Scott Blackburn corrió las cortinas de la cristalera del balcón para tapar el gris de la tormenta. Cientos de velas de mantequilla inundaban el salón con el temblor de su luz amarilla, mientras dos incensarios aromatizaban el aire con la exquisita fragancia del sándalo y la flor de kéfir.

Un teléfono sonaba con insistencia sobre una mesita. Blackburn lo miró con cara de pocos amigos. Después se acercó y cogió el auricular.

—¿Qué pasa? —dijo, secamente.

—¿Scotty? —Era una voz aguda, entrecortada—. Soy Jason. ¡Hace horas que intentamos hablar contigo! Oye, todo el mundo se ha vuelto loco. Tenemos que...

—Cállate, joder —dijo Blackburn—. Como vuelvas a llamarme te arranco el pescuezo y lo tiro por el váter.

Devolvió suavemente el auricular a su soporte.

Nunca había tenido los sentidos tan despiertos y afilados. Al otro lado de la puerta de la suite se oían gritos, maldiciones, pasos rápidos y el profundo retumbar de las olas, pero lo que ocurriese no era de su incumbencia. Tampoco podía afectarle, ya que había cerrado con llave el camarote. Dentro estaba a salvo, con el Agoyzen.

Mientras hacía los preparativos, pensó en la extraña trayectoria de los últimos días, y en lo trascendentalmente que había cambiado su vida. La misteriosa llamada telefónica acerca de la pintura; verla por primera vez en una habitación de hotel; liberarla de su dueño, demasiado inmaduro para merecerla; subir con ella al barco; y el mismo día, por último, encontrarse a Carol Mason, la segundo capitán del barco. ¡Qué extraña era la vida! Con la emoción de tener en sus manos el Agoyzen, con el vértigo inicial del orgullo, Blackburn se lo había dejado ver a Mason, y después habían follado tan salvajemente, con un abandono tan absoluto, que había sido como si el acto sexual hubiera estremecido los propios cimientos de su ser. En cambio, después la había visto cambiar, al igual que había visto cómo cambiaba él mismo; había reparado en la avidez inconfundible y posesiva de sus ojos, en la gloriosa, aterradora renuncia a todas las viejas restricciones morales que la encorsetaban.

Sólo entonces se dio cuenta de algo que debería haber comprendido mucho antes: tenía que extremar al máximo la prudencia para proteger su tesoro. Todo el que lo viera querría poseerlo, porque el Agoyzen, aquel increíble mandala-universo, tenía un poder excepcional sobre la mente humana; un poder que se podía liberar. Y nadie estaba tan capacitado para liberarlo como

Blackburn. Poseía el capital, los conocimientos y, por encima de todo, la tecnología necesarios. Gracias a su tecnología gráfica podía transmitir la imagen al mundo entero, hasta sus más intrincados detalles, para su beneficio y poder personal. Gracias a sus ilimitados recursos de capital y talento, podía desentrañar los secretos de la imagen y averiguar cómo desencadenaba sus asombrosos efectos en la mente y el cuerpo humanos, información que podía aplicar a la creación de otras imágenes. Todos los habitantes del planeta (al menos todos los que tuvieran una cierta importancia) sufrirían un cambio radical. Blackburn sería el dueño del original. Controlaría la difusión de sus reproducciones. El mundo sería un lugar nuevo: el suyo.

Por desgracia, había alguien más al corriente del asesinato que había cometido: un investigador que, si Blackburn no se equivocaba (y ahora estaba convencido de ello), le había seguido hasta el barco. Un hombre que estaba utilizando todos los medios a su alcance (incluidas las gobernantas del *Britannia*) para arrebatarse su más preciada posesión. Sólo de pensarlo se le aceleró la sangre en las venas y le latió más deprisa el corazón. Tan intenso era el odio que sentía, que sus oídos parecían zumbar y chisporrotear. Lo que no sabía era cómo se había enterado de la existencia del mandala Agoyzen. Tal vez Ambrose había intentado vendérselo antes que a él, a menos que fuera otro adepto... Aunque de todos modos no importaba cómo se hubiera enterado, porque tenía las horas contadas. Blackburn ya había visto anteriormente el poder destructivo de una tulpa, y la que había invocado (con su fuerza de voluntad) era de una sutileza y un poder excepcionales. No se le podía escapar ningún ser humano.

Respiró hondo, entrecortadamente. No podía acercarse al Agoyzen en aquel estado de odio y miedo, de apego material. Intentar satisfacer deseos terrenales era como llevar agua al mar: una labor interminable, e inútil, en definitiva.

Mientras respiraba despacio y profundamente, se sentó y cerró los ojos, sin concentrarse en nada. Cuando sintió que se alisaban las ondas de su mente, se acercó a la pared del fondo del salón, descolgó el cuadro de Braque, lo giró y despegó el falso forro, dejando a la vista el thangka. Después de extraerlo con sumo cuidado (apartando la vista en todo momento), lo colgó con un hilo de seda de un gancho dorado que había clavado en la pared.

Tras situarse frente a la pintura, adoptó la posición del loto, con la mano derecha encima de la izquierda, formando un triángulo con los pulgares en contacto. Incluyó ligeramente el cuello y dejó que la punta de su lengua tocara el paladar cerca de los dientes de arriba; luego posó la vista en el suelo, pero sin fijarla en nada. Por último, con una deliciosa lentitud, la alzó hasta ver el mandala Agoyzen.

Las velas distribuidas en bandejas de plata conferían un resplandor de gran belleza a la imagen, con tintes amarillos y dorados que jugaban por la superficie del thangka como metal líquido. Lentamente, muy despacio, la imagen se abrió a Blackburn, que sintió fluir su poder dentro de sí como una lenta descarga eléctrica.

El mandala Agoyzen era un mundo en sí mismo, un universo, tan intrincado y profundo como el nuestro, y con una complejidad infinita cautiva de una superficie bidimensional con cuatro bordes. Sin embargo, mirar el Agoyzen significaba liberar mágicamente la imagen de sus dos dimensiones. Cobraba forma dentro de la mente. Los peculiares trazos entrelazados de la pintura se convertían en otros tantos cables eléctricos que fluían a la par que las corrientes de su alma. A medida que

Blackburn se convertía en la pintura, y la pintura en él, el tiempo se ralentizaba y disolvía, hasta dejar de existir; el mandala impregnaba su conciencia y su alma, poseyéndole completamente: espacio sin espacio, tiempo sin tiempo, convirtiéndose en todo y nada a la vez...

El silencio que reinaba en la penumbra del salón de la suite Tudor no permitía adivinar el grado de tensión que había en el camarote. Constance estaba frente a Pendergast, viendo cómo el agente bebía despacio otro sorbo de té y dejaba la taza a un lado.

—¿Y bien? —preguntó él—. No tenemos todo el día.

Constance respiró hondo.

—Aloysius, me parece mentira que puedas quedarte tan tranquilo defendiendo algo que va en contra de todo lo que siempre has propugnado.

Pendergast suspiró profundamente, disimulando a duras penas su impaciencia.

—Por favor, no insultes mi inteligencia prolongando esta discusión sin sentido.

—No sé cómo ha ocurrido, pero el Agoyzen te ha envenenado el cerebro.

—En absoluto. Lo que ha hecho es liberarlo, barriendo de él las convenciones vacías y retrógradas de la moralidad.

—El Agoyzen es un instrumento del mal. Ya lo sabían los monjes.

—¿Qué quieres decir, que los monjes le tenían tanto miedo que no se atrevían ni siquiera a mirarlo?

—Sí, y eran más sensatos que tú. Parece que el Agoyzen tiene la facultad de despojar a quien lo mira de todo lo bueno, bondadoso y... y moderado. Fíjate en su efecto sobre Blackburn. Piensa en cómo recurrió al asesinato para conseguirlo. Y mira lo que te está haciendo a ti.

Pendergast hizo una mueca burlona.

—Quebranta las mentes débiles, pero a las fuertes las refuerza. Recuerda su efecto sobre la camarera, o sobre la capitán Mason, sin ir más lejos.

—¿Qué?

—La verdad es que esperaba más de ti, Constance. ¡Pues claro que lo ha visto Mason! ¿Qué otra explicación podría haber? El cómo, ni lo sé ni me importa. Es ella quien está detrás de las desapariciones y los asesinatos (en los que observarás una escalada muy bien planeada). Todo eso lo hizo para provocar un motín, y que el barco se desviase hacia St. John's, rumbo que le permitía hacerlo chocar con las Carrion Rocks.

Constance se quedó mirando a su tutor. Le parecía una teoría absurda. ¿O no? Vio, casi a su pesar, que algunos detalles empezaban a encajar.

—Pero todo eso ya no importa. —Pendergast agitó una mano—. No pienso consentir más retrasos. Acompáñame ahora mismo.

Constance titubeó.

—Con una condición.

—¿Cuál, si puede saberse?

—Que te unas a mí en una sesión de Chongg Ran.

Los párpados de Pendergast se entrecerraron.

—¿De Chongg Ran? Qué perversa... No hay tiempo.

—Sí hay tiempo. Ambos tenemos la formación mental necesaria para alcanzar con rapidez el *stong pa*. ¿De qué tienes miedo? ¿De que la meditación te devuelva la normalidad?

Tal era, en efecto, la más ferviente esperanza de Constance.

—Eso es absurdo. Ya no hay marcha atrás.

—Pues entonces medita conmigo.

Tras permanecer un momento inmóvil, el rostro de Pendergast sufrió otro cambio. Volvía a estar relajado, seguro de sí mismo y altivo.

—De acuerdo —dijo—. Te lo concedo, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Pienso coger el Agozzen antes de irme del barco. Si el Chongg Ran no surte el efecto que deseas, también tú mirarás el Agozzen; y te liberará, al igual que a mí. Te estoy haciendo un gran regalo, Constance.

Sus palabras la dejaron sin aliento.

Pendergast sonrió con frialdad.

—Tú has puesto tus condiciones, y yo pongo las mías.

Tras unos instantes de silencio, Constance recuperó la voz y miró los ojos plateados del agente.

—De acuerdo, acepto.

Él asintió con la cabeza.

—Magnífico. ¿Empezamos?

Justo entonces llamaron a la suite. Constance fue al recibidor y abrió la puerta. En el pasillo estaba Marya, con cara de preocupación.

—Lo siento, señorita Greene —dijo—. No he podido encontrar médico. He buscado todas partes, pero todo el barco se ha vuelto loco, y sólo está gente llorando, emborrachando, robando...

—No pasa nada. ¿Me hace un último favor? ¿Podría esperar unos minutos aquí, junto a la puerta, y asegurarse de que no nos moleste nadie?

La mujer asintió con la cabeza.

—Muchísimas gracias.

Constance regresó al salón, donde Pendergast había cruzado las piernas en la alfombra y, apoyando el dorso de las muñecas en las rodillas, esperaba con una autocomplacencia perfecta.

Corey Penner, oficial informático de segunda clase, estaba inclinado sobre un terminal de acceso, bajo el resplandor de la sala central de servidores de la cubierta B.

Hufnagel, el jefe de informática, se le acercó por la espalda y miró la pantalla a través de unas gafas empañadas.

—¿Qué, puedes hacerlo? —dijo.

La pregunta llegó con una ráfaga de mal aliento. Penner apretó los labios.

—Lo dudo. Parece muy bien protegido.

En realidad, estaba seguro de poder hacerlo. En el *Britannia* había muy pocos sistemas que él no pudiera piratear, por no decir ninguno, pero no se trataba de pregonarlo, y menos a su jefe. Cuantas más cosas te consideraban capaz de hacer, más te pedían. Se lo había enseñado la experiencia. En realidad no tenía muchas ganas de que se supiera que en sus horas libres se había dedicado a introducirse en los servicios de acceso restringido del barco. Analizar con atención el servicio de cine de pago del *Britannia* le había permitido reunir una videoteca privada de películas de estreno nada desdeñable.

Pulsó algunas teclas y apareció una nueva pantalla:

HMS BRITANNIA - SISTEMAS CENTRALES
SERVICIOS AUTÓNOMOS (MODO DE MANTENIMIENTO)
PROPULSIÓN
GOBIERNO
HVAC
ELECTRICIDAD
ECONOMÍA
ASIENTO / ESTABILIZADORES
EMERGENCIA

Situó el puntero sobre GOBIERNO, y eligió PILOTO AUTOMÁTICO en el submenú. Apareció un mensaje de error en la pantalla: MODO DE MANTENIMIENTO DEL PILOTO AUTOMÁTICO NO ACCESIBLE CON EL SISTEMA EN MARCHA.

Bueno, ya se lo esperaba. Salió del sistema de menús, activó una línea de comandos y empezó

a teclear rápidamente. La pantalla se llenó de pequeñas ventanas.

—¿Qué haces? —preguntó Hufnagel.

—Voy a usar la puerta trasera de diagnóstico para acceder al piloto automático.

No tenía intención de explicar cómo. Hufnagel no tenía por qué saberlo todo.

Sonó un teléfono en un rincón del fondo. Contestó uno de los técnicos.

—Una llamada para usted, señor Hufnagel.

La expresión del técnico era tensa, preocupada. Penner era consciente de que, sin el alto concepto que tenía de sus habilidades, probablemente también él estaría preocupado.

—Ya voy.

Hufnagel se alejó.

¡Por fin! Penner sacó rápidamente un CD del bolsillo de su bata de laboratorio, lo introdujo en la unidad y cargó tres utilidades en la memoria: un monitor de procesos de sistema, un analizador criptográfico y un desensamblador hexadecimal. Guardó el CD en el bolsillo y minimizó los tres programas justo cuando volvía Hufnagel.

Tras algunos clics del ratón apareció una nueva pantalla:

HMS BRITANNIA - SISTEMAS CENTRALES
SISTEMAS AUTÓNOMOS (MODO DE DIAGNÓSTICO)
SUBSISTEMA VII
SUBESTRUCTURA DE GESTIÓN
DE PILOTO AUTOMÁTICO

Decidió adelantarse a Hufnagel con una pregunta.

—Cuando transfiera el control de las rutinas de gestión... quiero decir, si las transfiero... ¿cuál será el siguiente paso?

—Desactivar el piloto automático. Apagarlo del todo y pasar el control manual del timón al puente auxiliar.

Penner se humedeció los labios.

—¿De verdad que la capitán Mason se ha adueñado de...?

—Sí, de verdad. Vamos, sigue.

Por primera vez, Penner sintió una punzada de algo parecido al temor. Tras cerciorarse de que el monitor de procesos estuviera activo, seleccionó el piloto automático y clicó el botón de «diagnóstico». Se abrió otra ventana, y empezaron a desfilarse a toda velocidad números.

—¿Qué es eso?

Penner echó un vistazo al monitor de procesos y suspiró para sus adentros. «El típico jefe de informática», pensó. Hufnagel conocía todas las palabrejas de moda, como «virtualización de servidores», y era capaz de hablar sin decir nada con los oficiales durante horas y horas, pero no tenía ni puñetera idea de los verdaderos entresijos de un sistema complejo de datos.

—Son los datos del piloto automático en tiempo real.

—¿Y?

—Pues que voy a analizarlos. Encontraré el *stack* de interrupción y usaré los eventos de

activación para interrumpir el proceso.

Hufnagel asintió sabiamente, como si hubiera entendido algo de aquella jerga. Penner pasó un buen rato estudiando los datos.

—¿Qué? —dijo Hufnagel—. Sigue, tenemos menos de una hora.

—No es tan fácil.

—¿Por qué no?

Penner señaló la pantalla.

—Mire. No son comandos hexadecimales. Están encriptados.

—¿Puedes desencriptarlos?

«¿Pueden los osos cagar en el bosque?», pensó Penner. Cayó en la cuenta, repentinamente, de que (si jugaba bien sus cartas) lo más probable era que le dieran una buena prima, por no decir un ascenso. Corey Penner, oficial informático de primera clase, el heroico hacker que había impedido que el *Britannia* naufragase.

Le gustó cómo sonaba. Hasta rimaba. Empezó a relajarse otra vez. Sería coser y cantar.

—Va a ser duro, francamente duro —dijo, con la dosis perfecta de melodramatismo—. Esta rutina de encriptado no es ninguna tontería. ¿Puede decirme algo al respecto?

Hufnagel sacudió la cabeza.

—La codificación del piloto automático se la encargaron a una empresa de software alemana. La dirección de la empresa no encuentra ni la documentación ni las especificaciones técnicas, y en Hamburgo no están en horario de trabajo.

—Entonces tendré que analizar el sistema de encriptación antes de poder establecer una estrategia de desencriptado.

Bajo la mirada de Hufnagel, Penner filtró los datos del piloto automático por el analizador criptográfico.

—Usa un sistema de encriptación nativo con base hardware —anunció.

—¿Y eso es malo?

—No, es bueno. La encriptación hardware suele ser bastante endeble, alrededor de treinta y dos bits. Mientras no sea AES, o algún algoritmo de muchos bits, debería poder desencriptarlo en poco tiempo.

—Ya, pero es que no tenemos ni tan siquiera poco tiempo. Repito que nos queda menos de una hora.

Penner se hizo el sordo y miró atentamente la ventana del analizador. A su pesar, se estaba dejando absorber por el problema. Se dio cuenta de que ya no le importaba que su jefe viera las herramientas tan poco ortodoxas que usaba.

—¿Qué? —insistió Hufnagel.

—Un momento, señor. El analizador está determinando la fuerza del encriptado. Según la profundidad de bits, podré hacer un ataque lateral o...

El analizador finalizó su tarea. Apareció una columna de números. A pesar del calor que hacía en la sala de servidores, Penner se quedó helado.

—Madre mía... —murmuró.

—¿Qué ocurre? —preguntó rápidamente Hufnagel.

Penner escrutó los datos, confundido.

—Ha dicho menos de una hora. Una hora para... ¿qué, exactamente?

—Para que el *Britannia* choque con las Carrion Rocks.

Tragó saliva.

—Y si esto no funciona... ¿cuál es el plan B?

—Eso a ti no te importa, Penner. Tú sigue.

Volvió a tragar saliva.

—La rutina usa una criptografía de curva elíptica. Lo último de lo último. Una clave pública de 1024 bits, y una clave simétrica de 512 bits.

—¿Y qué? —preguntó el jefe de informática—. ¿Cuánto tiempo tardarás?

De pronto, en el silencio que siguió a la pregunta, Penner percibió el profundo latido de los motores del barco, los impactos sordos de la proa al cortar las olas del mar a demasiada velocidad y el ruido del viento y el agua, vagamente audible incluso en el fragor de los ventiladores.

—¿Penner? ¡He preguntado cuánto tiempo!

—Tantos años como granos de arena hay en todas las playas del mundo —murmuró, con tal pavor que casi se le atragantaron las palabras.

La cosa que no tenía nombre se movía por la sombra y escuchaba el vacío. Vivía en un vago metamundo, situado en el espacio gris que había entre el mundo vivo del *Britannia* y el plano del puro pensamiento. El fantasma no estaba vivo. No tenía sentidos. No oía ni olía nada; no sentía ni pensaba nada.

Sólo conocía una cosa: el deseo.

Transitaba despacio por el laberinto de pasillos del *Britannia*, como a tientas. Para él, el mundo del barco no era más que una sombra, un paisaje irreal, una vaga trama de sombra y silencio, que sólo debía cruzar hasta haber satisfecho su deseo. De vez en cuando se encontraba con el brillo mate de los entes vivos, cuyos movimientos erráticos despreciaba. Para la cosa, ellos eran tan insustanciales como la cosa lo era para ellos.

Sintió vagamente que se acercaba a su presa. Podía percibir la atracción del aura de ese ser vivo; era como un imán. Siguiendo aquel débil señuelo, llevó a cabo un recorrido irregular por las cubiertas del barco, cruzando por igual pasillos y mamparos de acero, siempre en busca de aquello para lo que había sido invocada: devorar y aniquilar. Su tiempo no era el tiempo del mundo; el tiempo no era más que una trama flexible que se podía extender y romper, de la que se podía prescindir y en la que se podía entrar y salir. La cosa tenía la paciencia de la eternidad.

Nada sabía la cosa de la entidad que la había invocado. La entidad en cuestión carecía de importancia. Ahora, ni el propio invocador podía detenerla. La existencia de la cosa era independiente. Tampoco tenía ningún concepto del aspecto del objeto de deseo. Tan sólo conocía el impulso del anhelo: el de encontrar la cosa, arrancar de la tela del mundo el alma de la entidad y quemarla en su deseo; consumirla hasta la saciedad y arrojar las cenizas a la oscuridad exterior.

Se deslizó por un pasillo poco iluminado, un túnel gris a media luz poblado por las presencias temblorosas de otras entidades vivas. Cruzaba nubes densas de miedo y de terror. Allí el aura de su presa era más fuerte. Mucho, sí. La cosa sintió crecer su ansia, y se desplegó en busca del calor del contacto.

La tulpa ya estaba muy cerca de su presa.

Gavin Bruce y su pequeño grupo (Niles Welch, Quentin Sharp y Emily Dahlberg) siguieron a Liu y a Crowley hacia una escotilla de babor por donde se accedía a la galería exterior de la cubierta 7. Ponía «BOTES SALVAVIDAS». En la cubierta de estribor debía de haber una escotilla parecida. Delante había mucha gente, que se les echó encima en cuanto les vio.

—¡Ya están aquí!

—¡Súbannos a los botes!

—¡Mirad, dos oficiales del barco! ¡Están intentando salvar el pellejo!

Rápidamente se vieron asediados. Una mujer obesa, con el chándal puesto de cualquier manera, se aferró a Liu chillando.

—¿Es verdad? —preguntó a grito pelado—. ¿Estamos yendo hacia las rocas?

La multitud se abalanzó hacia los recién llegados. Se palpaba el pánico.

—¿Es verdad?

—¡Tienen que decírnoslo!

—No, no, no —dijo Liu, levantando las manos, con una sonrisa forzada—. Ese rumor es totalmente falso. Seguimos rumbo a...

—¡Mienten! —exclamó un hombre.

—Entonces ¿qué hacen aquí, en los botes?

—¿Y por qué narices vamos tan deprisa? ¡El barco se mueve una barbaridad!

Crowley tuvo que gritar para que le oyeran.

—¡Escúchenme! Lo único que hace el capitán es llevarnos a St. John's lo más deprisa que puede.

—¡Eso no es lo que dice la tripulación! —bramó la mujer del chándal, retorciendo histéricamente las solapas del uniforme de Liu—. ¡No nos cuenten mentiras!

El pasillo se había llenado de pasajeros nerviosos. Para Bruce fue una gran sorpresa ver lo desesperados y rebeldes que se habían vuelto.

—¡Por favor! —exclamó Liu, soltándose—. Venimos del puente, y está todo controlado. Sólo hacemos una comprobación de rutina de los botes.

Se adelantó un hombre joven con la americana abierta y los botones de la camisa desabrochados.

—¡No nos mientas, hijo de puta! —Quiso coger a Liu, que se apartó. Entonces el pasajero

cerró el puño y le dio de refilón en un lado de la cabeza—. ¡Mentiroso!

Liu se tambaleó y dio media vuelta, encogiendo los hombros. Justo cuando el joven se lanzaba de nuevo al ataque, le clavó un puño en el plexo solar. El pasajero cayó al suelo gruñendo. El siguiente en lanzarse a la carga fue un hombre obeso y jadeante, que echó el puño hacia atrás a la vez que alguien sujetaba a Liu por la espalda. Entonces intervino Bruce, que dejó seco al gordinflón con un buen gancho, mientras Crowley se encargaba del segundo pasajero.

Momentáneamente impresionada por el estallido de violencia, la gente se calló y retrocedió.

—¡Vuelvan a sus camarotes! —gritó Liu, respirando hondo.

Gavin Bruce se puso al frente.

—¡Usted! —Señaló a la mujer de delante, la del chándal—. ¡Apártese ahora mismo de la escotilla!

La autoridad naval que resonaba en su voz surtió efecto. La gente se apartó a regañadientes, en silencio y con miedo. Liu se acercó a la escotilla y la abrió.

—¡Se van a los botes! —exclamó un hombre—. ¡Llévenme! ¡No me dejen aquí, por lo que más quieran!

La multitud se despertó otra vez y se puso en movimiento, llenándolo todo de gritos y de súplicas.

Bruce tumbó a un hombre de su edad que intentaba cruzar la compuerta, y ganó el suficiente tiempo para que pasara todo su grupo. Poco después la escotilla volvía a estar cerrada, soportando los golpes de los pasajeros, que no dejaban de gritar, poseídos por el pánico.

Bruce se volvió. Una lluvia de gotas finas y gélidas caía sobre la cubierta, abierta al mar por el lado de babor. Allá fuera se oía mucho más el estruendo de las olas. El viento gemía y ululaba por las vigas.

—Madre mía... —murmuró Liu—. Se han vuelto todos locos de remate.

—¿Dónde están los equipos de seguridad? —preguntó Emily Dahlberg—. ¿Por qué no controlan a toda esta gente?

—¿Seguridad? —dijo Liu—. Tenemos dos docenas de vigilantes para más de cuatro mil pasajeros y tripulantes. Es la anarquía.

Bruce sacudió la cabeza y centró su atención en la larga hilera de botes salvavidas. Se quedó de piedra. Nunca había visto nada igual a pesar de su experiencia en la marina: una sucesión de embarcaciones gigantescas, totalmente cerradas, en forma de torpedo, pintadas de un color naranja vivo, con hileras de ojos de buey en cada lado. Más que botes salvavidas, parecían naves espaciales; y no sólo eso, sino que en vez de estar colgadas de pescantes, cada una de ellas estaba montada sobre unos raíles que se inclinaban hacia el extremo inferior del barco.

—¿Cómo funcionan? —preguntó, volviéndose hacia Liu.

—Son botes salvavidas de caída libre —dijo Liu—. Ya hace años que existen en plataformas petroleras y cargueros, pero el *Britannia* es el primer barco de pasajeros que los usa.

—¿De caída libre? No puede decirlo en serio. ¡Pero si el agua está a veinte metros!

—Los asientos de los pasajeros llevan cinturones de seguridad, y están diseñados para amortiguar las fuerzas de gravedad del impacto. Los botes chocan de frente contra el agua, hidrodinámicamente, y luego suben hacia la superficie. Cuando salen, ya están a cien metros del

barco, y siguen alejándose.

—¿Qué tipo de motores llevan?

—Uno diésel de treinta y cinco, que puede alcanzar los ocho nudos. Además llevan comida, agua, calefacción, y hasta oxígeno para diez minutos, por si hubiera combustible ardiendo sobre el agua.

Bruce miró fijamente a Liu.

—¡Esto es perfecto! Yo creía que tendríamos que arriar los botes de toda la vida, con pescantes, lo que, con este oleaje, sería imposible. ¡Éstos los podríamos lanzar ahora mismo!

—Me temo que no es tan fácil —dijo Liu.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—El problema es la velocidad. Treinta nudos son casi sesenta kilómetros por hora...

—¡Por favor, ya sé qué es un nudo!

—No hay ningún modo de saber cómo afectaría la velocidad a los botes. La normativa insiste mucho en que tienen que usarse con el barco parado.

—Pues habrá que echar uno vacío de prueba.

—Seguiríamos sin saber cómo afectarían las fuerzas de gravedad laterales a los pasajeros.

Gavin Bruce frunció el entrecejo.

—Ya lo entiendo. O sea, que necesitamos un conejillo de Indias. Eso está hecho. Deme un VHF portátil, súbame a uno de los botes y láncelo. Yo le diré si es muy fuerte el choque.

Crowley sacudió la cabeza.

—Podría hacerse daño.

—¿Tenemos elección?

—No podemos dejar que esto lo haga un pasajero —replicó Liu—. Lo haré yo.

Bruce se quedó mirándolo.

—Ni hablar. Usted es el contramaestre. Arriba necesitan sus conocimientos.

Liu miró a Crowley, y otra vez a Bruce.

—El impacto podría ser muy duro, como ir en coche y chocar lateralmente con otro vehículo que fuera a sesenta kilómetros por hora.

—Ya, pero esto es agua, no acero contra acero. Veamos, alguien tiene que hacer de conejillo de Indias, y le aseguro que he corrido riesgos peores. Si salgo herido, al menos estaré fuera del barco. Desde mi punto de vista, no tengo nada que perder. Vamos, el tiempo apremia.

Liu vaciló.

—Debería ir yo.

Bruce frunció el entrecejo, exasperado.

—Señor Liu, ¿qué edad tiene?

—Veintiséis.

—¿Y usted, señor Crowley?

—Treinta y nueve.

—¿Hijos?

Ambos asintieron.

—Yo tengo sesenta y ocho. Soy el más adecuado para la prueba porque mi edad y estado

físico son más representativos del resto de los pasajeros. Ustedes hacen falta en el barco. Además —añadió—, sus críos todavía les necesitan.

La siguiente en intervenir fue Emily Dahlberg.

—No debería hacerse la prueba sólo con un ocupante. Necesitamos como mínimo dos.

—Tiene razón —dijo Bruce, mirando a Niles Welch—. ¿Qué me dices, Niles?

—Cuenta conmigo —contestó enseguida Welch.

—¡Eh, un momento —protestó Dahlberg—, no me refería a eso...!

—Ya sé por qué lo decía —contestó Bruce—, y se lo agradezco muchísimo, Emily, pero ¿qué diría el Aberdeen Bank and Trust si pusiera en peligro a uno de sus clientes más importantes?

Con esas palabras quitó el VHF a Liu, que no se opuso, y fue hacia la escotilla de popa de la nave espacial naranja más próxima. Al girar la manilla, las bisagras neumáticas silbaron. Bruce penetró en la oscuridad, haciendo una señal con la cabeza a Welch para que le siguiera. Al cabo de un momento asomó otra vez la suya.

—Esto está mejor que un yate de lujo. ¿Qué canal?

—Use el 72. Dentro del bote también hay radios VHF y SSB fijas, aparte de radar, chartplotter, sonda de profundidad, loran... De todo.

Bruce asintió.

—Muy bien. Bueno, no se queden aquí como un rebaño de ovejas. ¡Cuando les demos la señal, recen un padrenuestro y tiren de la puñetera palanca!

Cerró y atrancó la escotilla sin decir nada más.

Constance Greene abrió una antigua caja de sándalo y sacó una cuerda de seda gris, con un nudo extremadamente complicado. A primera vista parecía el *Mors du Cheval*, un nudo europeo muy poco conocido, pero era mucho más complejo. En tibetano se llamaba *dgongs*, «el que se desenmaraña».

Lo había recibido de Tsering cuando se marchó del monasterio de Gsalrig Chongg. Era obra de un lama muy venerado del siglo XVIII, y estaba destinado a un específico ejercicio de meditación contra el apego y los pensamientos o influencias malignos, o también para favorecer la unión de dos mentes. En el caso de Constance, la función del nudo era limpiar la mancha del asesinato. Esperó asimismo que eliminase de Pendergast la del Agoyzen. El nudo no se podía deshacer en el mundo real. De lo contrario perdería su poder y volvería a ser una simple cuerda de seda. Era un ejercicio exclusivamente mental y espiritual.

El camarote estaba a oscuras, con las cortinas de las ventanas del balcón totalmente corridas. Al lado de la puerta del salón, Marya (que no había podido encontrar a ningún médico) miraba con ansiedad e incertidumbre.

Constance se volvió hacia ella.

—Marya, por favor, monte guardia en el pasillo exterior, y no deje que nos interrumpa nadie.

Tras asentir con la cabeza, Marya dio media vuelta y salió rápidamente del salón.

Cuando Constance oyó que se cerraba la puerta, dejó el nudo en el suelo, sobre un pequeño cojín de seda, y lo iluminó con un círculo de velas. A continuación miró a Pendergast. Sonriendo irónicamente, el agente tomó asiento a un lado del nudo, mientras ella lo hacía en el opuesto. Un cabo suelto apuntaba hacia Constance y el otro hacia Pendergast. Era un símbolo, a la vez espiritual y físico, de la interconexión que existía entre todas las formas de vida, y más en concreto entre las dos entidades sentadas a un lado y a otro del nudo.

Constance adoptó la posición del loto, al igual que Pendergast. Durante un momento se quedó sentada, inmóvil, dejando que sus brazos y sus piernas se relajasen. Después, con los ojos abiertos, contemplando el nudo, ralentizó su respiración y desaceleró los latidos de su corazón, tal como le habían enseñado los monjes. Dejó que sus pensamientos se concentraran en el momento, el ahora, desechando el pasado y el futuro, y deteniendo el flujo interminable de pensamientos que normalmente invadía la mente humana. Una vez liberados del parloteo mental, sus sentidos despertaron a lo que la rodeaba: los golpes de las olas en el casco, el tamborileo de la lluvia en el cristal de la puerta del balcón, el olor a nuevo del camarote, el vago aroma a cera de las velas y el

de sándalo del nudo. Adquirió una conciencia muy aguda de la presencia que tenía delante, una forma oscura en la periferia de su visión.

Mantuvo la vista en el nudo.

Fue prescindiendo una tras otra, lentamente, de todas las sensaciones externas. Toda la parafernalia del mundo exterior desapareció en la oscuridad, como si cerrara los postigos en una casa oscura: primero la sala donde estaba, a continuación el gran barco y por último el vasto mar por el que estaban navegando. No quedaba nada de los sonidos y olores de la habitación, ni del lento cabeceo del barco; tampoco de la conciencia corporal de Constance. Hasta la propia Tierra desapareció, con el sol, las estrellas, el universo... Todo borrado, todo perdido en la no existencia. Sólo quedaban ella, el nudo y el ser al otro lado del nudo.

El tiempo dejó de existir. Constance había alcanzado el estado del *th'an shin gha*, el Umbral del Perfecto Vacío.

En un extraño estado meditativo de conciencia absoluta, pero a la vez de ausencia total de esfuerzo y deseo, se concentró en el nudo; entonces (lenta, uniformemente, como una serpiente que se desenrosca) el nudo empezó a deshacerse. Los enrevesadísimos bucles y curvas, las vueltas y revueltas de la cuerda, empezaron a aflojarse; los cabos de la cuerda volvieron hacia el nudo, siguiendo la misma trayectoria, pero a la inversa, de tres siglos atrás. Era un proceso de una complejidad matemática enorme, que simbolizaba el desenmarañamiento del ego que debía producirse antes de que un ser alcanzase el *stong pa nyid* (el Estado del Puro Vacío) y se hiciera con la mente universal.

Ahí estaba Constance. Ahí estaba Pendergast. Y en medio el nudo, deshaciéndose. Nada más.

Tras un tiempo indefinido (un segundo o mil años, tanto daba), la cuerda de seda gris quedó hecha un ovillo lacio, sin nudos; en su centro apareció un pedacito arrugado de seda donde el antiguo monje había escrito, y envuelto, la oración secreta.

Constance la leyó atentamente. Después empezó a recitar la plegaria una y otra vez, despacio, como una salmodia...

Handwritten text in a cursive script, likely a form of shorthand or a specific dialect. The text is arranged in five lines, with the final line featuring a large, decorative flourish that extends across the width of the page.

A la vez que salmodiaba, extendió su conciencia hacia el cabo de la cuerda que tenía más cerca. Al mismo tiempo se daba cuenta del resplandor del ser del otro lado, que se extendía de la misma manera, hacia la cuerda desatada.

Entonó las notas graves y apaciguadoras que desenmarañaban su ego, cortando suavemente todos sus lazos con el mundo físico. Sintió el flujo de su mente que entraba en contacto con la cuerda y se desplazaba por ella, atraída hacia la entidad del otro lado, del mismo modo que la otra entidad lo estaba hacia ella. Circuló casi sin respirar por las volutas, mientras su corazón

latía con una lentitud fúnebre, cada vez más cerca, cada vez más cerca... Su pensamiento tocó el resplandor del otro, se fundió con él, y alcanzó la fase final.

De pronto se encontró en un lugar a la vez extraño y familiar. Estaba en una calle adoquinada, entre dos elegantes farolas, contemplando una mansión oscura y tapiada. Era el fruto de una concentración extraordinaria, del puro pensamiento, algo más real y sólido que cualquier sueño que pudiera haber tenido. Sentía el frío húmedo de la niebla nocturna en la piel, oía el cricrí de los insectos y percibía un olor a humo y hollín. Miró la mansión a través de la reja de hierro forjado, desplazando la vista por su tejado abuhardillado, sus miradores y su plataforma.

Tras un momento de vacilación, cruzó la verja y penetró en un jardín oscuro y húmedo, lleno de flores muertas, y que olía a tierra. Se acercó al portal por el camino de entrada. La doble puerta estaba entornada. Cruzó el umbral y entró en un suntuoso vestíbulo. En el techo había una araña de cristal, oscura y amenazadora, que tintineaba un poco, como si la moviera el viento, a pesar del ambiente cerrado de la casa. Por una gran puerta se accedía a una biblioteca con el techo muy alto; no había nadie en los sillones de orejas y los sofás, ni ardía fuego en su chimenea, oscura y fría. Otro pasillo llevaba a una especie de refectorio, o sala de exposiciones, donde reinaba un silencio expectante.

Cruzó el vestíbulo, con sus tacones repiqueteando en el suelo de mármol, y subió al distribuidor del primer piso por una escalera muy ancha. Las paredes estaban llenas de tapices y pinturas al óleo poco definidas, que se perdían en el oscuro corazón de la casa, interrumpidos por puertas de roble oscurecidas por el tiempo.

Miró la pared de la izquierda sin dejar de caminar. En el largo pasillo, algo antes de la mitad, había una puerta abierta, o mejor dicho reventada, con el marco destrozado y el suelo sembrado de astillas de madera y trozos retorcidos de plomo. Del gran espacio negro de la puerta abierta salía un hedor frío, como el aire de un sótano; un olor a ciempiés muertos y aceitosos.

Pasó rápidamente de largo, con un escalofrío. Sentía la atracción de la siguiente puerta. Casi había llegado.

Puso la mano en el pomo y lo giró. La puerta cedió con un crujido grave, dejando salir un grato aire caliente que envolvió a Constance con la placentera sensación de entrar en una morada acogedora en pleno invierno.

Frente a ella, como siempre vestido de negro, estaba Aloysius Pendergast, con las manos cruzadas y una sonrisa.

—Bienvenida —dijo.

La habitación era grande y hermosa, con paneles de madera. Había una chimenea de mármol encendida, y en la repisa un antiguo reloj que daba las horas, al lado de un gasógeno antiguo y de varios vasos de cristal tallado. La cabeza de ciervo colgada en la pared miraba con ojos vidriosos una mesa llena de libros con encuadernación de piel, y de papeles. El suelo de roble estaba cubierto por una moqueta muy tupida, parcialmente tapada, a su vez, por alfombras persas. Había varios sillones de orejas repartidos por la habitación, algunos con libros abiertos encima. Era un espacio de una gran comodidad y lujo, que respiraba presencia humana.

—Ven a calentarte delante del fuego —dijo Pendergast, haciéndole señas de que se acercase.

Constance se aproximó a la chimenea sin dejar de mirarle. Había algo diferente en él, algo

raro. A pesar de la absoluta realidad de la sala y de la casa, los contornos del cuerpo de Pendergast eran borrosos, un poco transparentes, como si no estuviera del todo ahí.

La puerta se cerró detrás de Constance, con un ruido sordo.

Pendergast le ofreció una mano. Constance la cogió. De repente la presión se hizo muy fuerte. Intentó soltarse, pero Pendergast tiraba de ella. Fue como si la cabeza de Pendergast temblara, se hinchara y se disolviera; la piel se resquebrajó, y por debajo brotó un resplandor. Después la cara se deshizo, cayéndose a pedazos, y se alejó flotando en hebras consumidas por el fuego, revelando un rostro que Constance reconoció. Era la cara indescriptible del demonio Kalazyga.

Se quedó mirándolo con una extraña falta de temor, sensible a su calor, arrastrada hacia él con una mezcla de miedo y atracción. Parecía llenarla de fuego: el fuego inefable, devorador y triunfante que había sentido Constance en su loca persecución de Diógenes Pendergast. Su pureza la sobrecogía.

«Soy la voluntad —dijo con una voz que no era sonido, sino pensamiento—. Soy el pensamiento puro del que el fuego ha borrado cualquier vestigio de sentimiento humano. Soy la libertad. Únete a mí.»

Fascinada y asqueada a la vez, hizo otro esfuerzo por soltar la mano, pero no podía. El rostro, terrible y bello, se acercó. Constance se dijo que no era real, sino un producto de su mente, la imagen de uno de los *thangkas* que había contemplado durante horas y horas, recreado por su intensa meditación.

El demonio Kalazyga la acercó al fuego.

«Ven. Al interior del fuego. Que arda la cáscara muerta de las restricciones morales. Resurgirás como la mariposa de su crisálida, libre y bella.»

Constance dio un paso hacia el fuego, vaciló y dio otro, casi flotando sobre la moqueta hacia el calor.

—Sí —dijo otra voz. La voz de Pendergast—. Así está bien. Es lo correcto. Métete en el fuego.

Al aproximarse a las llamas, se derritieron el sentimiento de culpa y la mortificación del asesinato que tanto habían pesado sobre sus hombros, sustituidos por una sensación de euforia, la intensa euforia y la oscura alegría que había sentido al ver caer al hermano de Pendergast por el borde de *La Sciara* y hundirse en la sima candente. Se le estaba brindando aquel éxtasis pasajero, pero para siempre.

Sólo tenía que meterse en las llamas.

Un paso más. El fuego irradiaba su calor, lamiendo sus brazos y sus piernas. Constance se acordó de Diógenes al borde mismo del volcán, enlazado con ella en una macabra caricatura de unión sexual, mientras luchaban en el fragor del borde de *La Sciara*; de su finta inesperada; de la expresión de él al darse cuenta de que se caían. La expresión del rostro de él: era lo más horrible y lastimoso que había visto en su vida, pero a la vez lo más gratificante. Regodearse en la cara de alguien que comprende sin asomo de duda que está a punto de morir, que ya no hay esperanza. Y aquel amargo gozo podía ser suyo para siempre; podía ser libre de vivirlo una y otra vez a voluntad. Ni siquiera necesitaría la excusa de un deseo de venganza abrumador. Podría matar a quien quisiera, donde quisiera, y gozar una y mil veces en su ira ardiente, en su triunfo extático,

orgiástico...

«Ya no hay esperanza.»

Se retorció gritando entre las garras del demonio, y con un súbito y descomunal esfuerzo de voluntad logró soltarse. Entonces se apartó del fuego, dio media vuelta y salió corriendo por la puerta. De repente se caía, caía por la casa, por los sótanos, por los subsótanos, siempre cayendo...

Tras la baranda de la galería de la cubierta 7, la tormenta estaba en su apogeo. Aunque estuvieran veinte metros por encima de la línea de flotación, el mar les salpicaba sin descanso. Era tal el estruendo de las olas y el bramido del viento, que a Liu se le hacía difícil pensar.

Llegó Crowley, tan empapado como él.

—¿De verdad vamos a intentarlo?

—¿Se le ocurre algo mejor? —replicó Liu, irritado—. Páseme su radio.

Crowley se la dio.

Liu sintonizó el canal 72 y pulsó el botón de transmisión.

—Aquí Liu llamando a Bruce, cambio.

—Aquí Bruce.

—¿Cómo me recibe?

—Perfecto.

—Muy bien. Siéntese en el asiento del timonel y póngase el cinturón. Lo mejor es que Welch se siente al otro lado del pasillo.

—Ya está.

—¿Necesita instrucciones?

—Diría que ya están todas aquí.

—El bote salvavidas es prácticamente automático —añadió Liu—. El motor se pone en marcha con el impacto. Alejará el bote del barco en línea recta. Debería poner los motores en velocidad de crucero. Así les encontrarán antes. Para alguien que ha estado en la marina, el panel maestro debería explicarse por sí solo.

—Así es. ¿Este extraño barco tiene un EPIRB?

—Dos. En realidad son lo último en GPIRB; transmiten las coordenadas GPS. En el momento del impacto, el GPIRB se activa automáticamente en 406 y 121.5 megahercios, sin que usted tenga que hacer nada. Deje el VHF del bote en el canal 16. Comuníquese conmigo por el canal 72 de la radio de mano. Tendrán que arreglárselas solos hasta que les recojan. El *Britannia* no se detendrá. No se desabrochen en ningún momento el cinturón de seguridad; tal como está el mar, como mínimo girarán un par de veces.

—Entendido.

—¿Alguna pregunta?

—No.

—¿Listos?

—Listos.

La voz de Bruce crujía en el altavoz de la radio de mano.

—Bien. Hay una cuenta atrás automática de quince segundos. Mantenga pulsado el botón de transmisión, para que oigamos qué ocurre. Dígame algo lo antes posible después del impacto.

—Entendido. Vamos allá.

Liu se volvió hacia el tablero de control de lanzamiento. Había treinta y seis unidades de salvamento, dieciocho en el lado de babor y dieciocho en el de estribor, cada una con capacidad máxima para ciento cincuenta personas. Aunque botasen una prácticamente vacía, como estaban a punto de hacer, les quedaba capacidad de sobra. Echó un vistazo a su reloj. Si salía todo bien, dispondrían de quince minutos para evacuar el barco. Totalmente factible.

Rezó en voz baja.

Tras poner en marcha la secuencia de lanzamiento, empezó a respirar algo mejor. Seguro que salía bien. Aquellos botes estaban hechos a prueba de bomba, resistían una caída libre de veinte metros. Seguro que soportarían la tensión suplementaria.

Luz verde en todo el tablero. Quitó el seguro del interruptor que iniciaría la cuenta atrás de la unidad número uno y abrió la tapa. Dentro, la palanquita roja brillaba como si estuviera recién pintada. Era mucho más fácil que antes, cuando había que bajar los botes salvavidas con pescantes y se balanceaban por culpa del viento y del vaivén del barco. Ahora sólo había que darle a una palanca. El bote se desenganchaba, se deslizaba por los raíles y caía veinte metros hasta hundirse en el mar con el morro por delante. Poco después reaparecía en la superficie y seguía alejándose del barco. Habían hecho muchos simulacros; en total seis segundos entre la caída y la reaparición.

—¿Me oye, Bruce?

—Perfectamente.

—Un momento, que voy a accionar el interruptor.

Tiró de la palanca roja.

Arriba, un altavoz emitió una voz de mujer. «Quince segundos para el lanzamiento del bote salvavidas número uno. Diez segundos. Nueve, ocho...»

La voz hacía reverberar las paredes metálicas de la galería. La cuenta atrás llegó a su fin. Los ganchos de acero se desprendieron con un ruido seco. La embarcación se deslizó por los raíles engrasados y se lanzó al vacío. Liu se asomó por la borda para verla bajar hacia las olas, con la elegancia de un submarinista.

El choque hizo saltar el agua con mucha más fuerza que en cualquier simulacro: un géiser que, tras elevarse diez o quince metros, se abrió en pétalos que deshizo la fuerza del viento. El VHF emitió un chorro de estática.

Sin embargo, en vez de hundirse directamente en el agua y desaparecer, la combinación del impulso del bote salvavidas con la velocidad del barco hizo que rebotase de lado, como una piedra tirada a un estanque. Golpeó el mar una vez más, lateralmente, con todo su peso, provocando otra erupción que sepultó la embarcación naranja en remolinos de espuma. Después empezó a salir a flote, lentamente, con el casco fluorescente iluminándose a medida que arrojaba

agua verde.

Emily Dahlberg aguantó la respiración y apartó la vista.

Liu contempló el bote salvavidas, que se estaba nivelando rápidamente hacia la popa. Tenía la impresión de verlo todo desde un ángulo distinto. Pero no, no era eso: el perfil del bote había cambiado. El casco estaba deformado. Se le estaban cayendo escamas naranjas y blancas. En una junta, un chorro de aire escupió agua hacia el cielo.

El corazón de Liu dio un vuelco al comprender que se había roto el casco, resquebrajado como un melón podrido, y que ahora estaba derramando su contenido.

—Madre mía... —oyó que murmuraba Crowley a su lado—. Madre mía...

Contempló con horror el bote salvavidas roto. En vez de estabilizarse en posición horizontal, se estaba hundiendo nuevamente, de costado, mientras la hélice agitaba inútilmente el agua, dejando un rastro de aceite y escombros. Poco a poco empezó a desaparecer en el oleaje gris de la tormenta.

Liu cogió el VHF y pulsó el botón de transmisión.

—¡Bruce! ¡Welch! ¡Aquí Liu! ¡Contesten! ¡¡Bruce!!

No hubo respuesta. Tampoco la esperaba.

En el puente auxiliar, LeSeur soportaba un continuo alud de preguntas.

—¡Los botes salvavidas! —exclamó un oficial, sobreponiéndose al resto—. ¿Qué está pasando con los botes salvavidas?

LeSeur sacudió la cabeza.

—Aún no han dicho nada. Estoy esperando que Liu y Crowley me informen.

La siguiente voz fue la del oficial de radio.

—Tengo al *Grenfell* en el canal 69.

LeSeur le miró.

—Mándeles un fax por el SSB para que cambie al canal... 79.

Si elegían un canal VHF poco frecuentado para comunicarse con el *Grenfell* (el 79 solía reservarse a las embarcaciones de placer que navegaban por los Grandes Lagos), quizá pudieran impedir que Mason escuchase sus conversaciones. Esperó fervientemente que la capitán no estuviera haciendo un barrido sistemático de todos los canales VHF. Naturalmente, ya habría visto el perfil del *Grenfell* en el radar, y ya les habría oído por el canal de emergencia 16.

—¿Hora estimada de encuentro? —le preguntó al oficial de radio.

—Nueve minutos. —Una pausa—. Señor, tengo al capitán del *Grenfell* por el 79.

LeSeur se acercó a la consola VHF, se puso unos auriculares y habló en voz baja.

—*Grenfell*, aquí el primer oficial, LeSeur, capitán en funciones del *Britannia*. ¿Tienen algún plan?

—*Britannia*, la cosa está difícil, pero tenemos un par de ideas.

—Sólo habrá una oportunidad. Vamos como mínimo diez nudos más deprisa que ustedes, y si pasamos de largo, se acabó.

—Entendido. Llevamos un helicóptero BO-105. Podríamos aprovecharlo para llevarles unos explosivos que solemos usar para romper cascos...

—A la velocidad a la que vamos, y con estas olas y este viento, no podrán bajar.

Silencio.

—Esperamos tener una oportunidad.

—Lo veo difícil, pero de acuerdo, preparen el helicóptero, por si acaso. ¿Siguiendo idea?

—Estábamos pensando que al pasar por delante podríamos enganchar nuestro cabrestante al *Britannia* e intentar desviarlo de su rumbo.

—¿Qué tipo de cabrestante?

—Uno electrohidráulico de setenta toneladas, con cable de cuarenta milímetros.

—Se partiría como un hilo de coser.

—Probablemente. Otra opción sería echar una boya y tender el cable en el rumbo del *Britannia*, por si pudiera estropear las hélices.

—Es imposible que un cable de cuarenta milímetros pare unas hélices de 21,5 megavatios. ¿No llevan ninguna embarcación de rescate?

—Lo malo es que con este oleaje sería imposible usar nuestras dos lanchas rápidas. De todos modos, tampoco podríamos acercarnos lo suficiente para subir al *Britannia* o evacuarlo, porque no podemos mantenernos a su altura.

—¿Alguna otra idea?

Una pausa.

—Es lo único que se nos ha ocurrido.

—Pues entonces habrá que decantarse por mi plan —dijo LeSeur.

—Le escucho.

—¿Me equivoco o el *Grenfell* es un rompehielos?

—En realidad es un barco reforzado contra el hielo, pero no es un rompehielos propiamente dicho. A veces hacemos trabajos de rompehielos, al igual que salidas de puerto.

—Me vale. *Grenfell*, quiero que tracen una derrota que les haga cruzarse con nuestra popa, cortándola.

Un silencio antes de la respuesta.

—Perdone, *Britannia*, creo que no le recibo.

—Me recibe perfectamente. La idea es abrir una serie de escotillas para inundar los compartimentos de proa uno, dos y tres. Así la proa se nos hundiría lo suficiente para que casi salieran las hélices del agua. El *Britannia* se quedaría parado.

—¿Me está pidiendo que les embistamos? Pero bueno, ¿usted está loco o qué? ¡Lo más probable es que se hundiera mi barco!

—Es la única manera. Si se acercan a nuestro flanco de estribor, sin ir demasiado deprisa (digamos que entre cinco y ocho nudos), y luego, justo antes del contacto, invierten una hélice de golpe, a la vez que encienden los propulsores de popa, podrían cortar nuestra popa con sus placas delanteras reforzadas. Luego ustedes se sueltan, y nos cruzamos por estribor sin chocar. Sería por los pelos, pero funcionaría. Siempre que tengan el adecuado dominio del timón, claro...

—Tengo que consultárselo al mando.

—Faltan cinco minutos para el CPA, *Grenfell*. Sabe perfectamente que no recibirá el permiso a tiempo. Oiga, ¿tiene cojones para hacerlo o no? Ésa es la cuestión.

Un largo silencio.

—De acuerdo, *Britannia*, lo intentaremos.

Los ojos de Constance se abrieron; el resto de su cuerpo despertó con convulsiones y con un grito ahogado. Todo el universo regresó de golpe: el barco, el camarote con su balanceo, el golpeteo de la lluvia, el estruendo de las olas, los gemidos del viento.

Miró el *dgongs*. Estaba enroscado de cualquier manera alrededor de un trozo de seda antigua y arrugada. Se había deshecho de verdad.

Miró a Pendergast, horrorizada. Justo entonces la cabeza de él se levantó ligeramente y se le encendieron otra vez los ojos, con los iris plateados brillando a la luz de las velas. Una extraña sonrisa se extendió por sus facciones.

—Has roto la meditación, Constance.

—Estabas intentando... arrastrarme dentro del fuego —dijo ella, sin aliento.

—Por supuesto.

Sintió una oleada de desesperación. En vez de sacar a Pendergast de la oscuridad, casi la había engullido a ella.

—Estaba intentando liberarte de tus cadenas en el mundo terrenal —dijo él.

—Liberarme —repitió ella con amargura.

—Sí, para convertirte en lo que tú quieras; libre de las cadenas del sentimiento, la moralidad, los principios, el honor, la virtud y todas esas mezquindades que nos mantienen encadenados en la galera de esclavos de la humanidad, remando sin rumbo junto a todos los demás.

—Es lo que te ha hecho a ti el Agoyzen: quitarte todas las inhibiciones morales y éticas, dejando que campen a sus anchas tus deseos más oscuros y sociópatas. También es lo que me ha ofrecido a mí.

Pendergast se levantó y tendió la mano. Constance no la cogió.

—Has deshecho el nudo —dijo ella.

En la voz grave de Pendergast resonó una extraña vibración triunfal.

—No lo he tocado. Ni una sola vez.

—Pero entonces ¿cómo...?

—Lo he deshecho con mi mente.

—Imposible —negó Constance con la mirada fija en él.

—No sólo es posible, sino que es lo que ha sucedido, como puedes ver.

—Ha fracasado la meditación. Eres el mismo.

—Al contrario, Constance; la meditación ha funcionado. He cambiado, y muchísimo. Gracias a

tu insistencia, he llevado hasta su plenitud todo el poder que me había otorgado el Agozen: el poder del pensamiento puro, de la mente sobre la materia. He accedido a unas inmensas reservas de poder. Tú también puedes hacerlo. —Sus ojos brillaban de pasión—. Es una demostración extraordinaria del mandala Agozen, y de su capacidad de transformar la mente y el pensamiento humanos en una herramienta de un poder colosal.

Mientras Constance le miraba, se le llenó de espanto el corazón.

—Tú pretendías recuperarme —prosiguió él—; querías reinstaurar mi antiguo yo, con sus conflictos internos y su insensatez, pero lo que has logrado es darme un nuevo impulso. Has abierto la puerta, y ahora, mi querida Constance, te toca a ti ser liberada. ¿Recuerdas nuestro pacto?

Constance no podía hablar.

—Exacto. Ahora te toca a ti mirar el Agozen.

Vaciló.

—Como quieras. —Pendergast se levantó y cogió la bolsa de lona—. Ya no voy a seguir cuidándote.

Fue hacia la puerta sin mirarla, con la bolsa al hombro.

A Constance le impresionó darse cuenta de que la tenía en tan poca consideración como a todos los demás.

—Espera... —empezó a decir.

La hizo callar un grito al otro lado de la puerta, que se abrió de golpe. Era Marya. Constance entrevió a espaldas de la camarera algo gris y de textura irregular que se acercaba a ellos.

¿De dónde salía aquel humo? ¿Se había incendiado el barco?

Pendergast soltó la bolsa y retrocedió, hipnotizado. A Constance le sorprendió ver desconcierto, incluso miedo, en su cara.

La cosa bloqueaba la puerta. Marya volvió a gritar, mientras la cosa la envolvía y apagaba sus gritos.

En el momento en el que la cosa cruzó la puerta, la iluminó un momento por detrás una luz del recibidor, y Constance vio, con una sensación creciente de irrealidad, que en lo más profundo del humo había una presencia ondulante, un ser demoníaco que se agitaba y se movía a sacudidas, como si estuviera tullido... o como si... bailase...

Marya gritó por tercera vez y se desplomó en el suelo con un ruido de cristales rotos, entre convulsiones, los ojos en blanco y temblando en las órbitas. La cosa había pasado de largo, y ahora llenaba el salón de un frío húmedo, de un hedor como de setas en putrefacción, mientras arrinconaba a Pendergast. De repente, el agente la tuvo encima, dentro, le engullía... Soltó un grito tan terrorífico, con tan agónica desesperación, que a Constance se le heló la sangre.

LeSeur estaba en medio del puente auxiliar, rodeado de gente, sin apartar la vista ni un momento de la imagen de radar de banda S del barco que se aproximaba. Era una forma fosforescente cada vez mayor, que se expandía en la pantalla del radar. La lectura Doppler indicaba una velocidad combinada de treinta y siete nudos.

—Mil doscientas brazas —dijo el segundo oficial.

LeSeur hizo un cálculo mental rápido: dos minutos para el contacto.

Echó un vistazo al radar de banda X, más sensible, pero estaba muy contaminado por el agua y la lluvia. LeSeur había informado rápida y discretamente de su plan al resto de los oficiales. Se daba cuenta de que entraba en lo posible que Mason hubiera oído su conversación con el capitán del *Grenfell*. No existía ningún modo infalible de bloquear las comunicaciones al puente principal. De todos modos, cuando interviniese el *Grenfell*, al *Britannia* le sería muy difícil reaccionar.

Se acercó Halsey, el ingeniero jefe.

—Ya tengo las estimaciones que me había pedido.

Lo dijo en voz baja, para que no le oyeran los demás.

«Así de mal están las cosas», pensó LeSeur. Se lo llevó a un lugar aparte.

—Estos números —dijo el ingeniero jefe— se basan en una colisión directa con el centro del arrecife, que es lo que prevemos.

—Explíquemelo de prisa.

—Teniendo en cuenta la fuerza del impacto, calculamos un índice de muertos de entre el treinta y el cincuenta por ciento, y casi todo el resto gravemente herido: fracturas, contusiones, conmociones...

—Entiendo.

—Con sus treinta y tres metros de calado, el primer contacto del *Britannia* será con un arrecife pequeño, algo apartado de la parte principal. Cuando lo detengan las rocas principales, ya estará abierto desde la proa hasta la popa. Se habrán reventado todos los compartimentos estancos y todos los mamparos. El tiempo estimado de hundimiento es de menos de tres minutos, aproximadamente.

LeSeur tragó saliva.

—¿Hay alguna posibilidad de que quede atrapado entre las rocas?

—El declive es muy pronunciado. La popa caerá muy rápidamente.

—Válgame Dios...

—Teniendo en cuenta la cantidad de heridos y muertos, y la velocidad a la que se hundirá el *Britannia*, no habrá tiempo de poner en marcha ninguna operación de evacuación; es decir, que nadie que esté a bordo en el momento de la colisión tendrá posibilidades de sobrevivir. Lo cual incluye... —Vaciló, mirando a su alrededor—. Al personal que quede en el puente auxiliar.

—Ochocientos cuarenta brazas —dijo el segundo oficial, con la mirada fija en el radar.

Le caía el sudor por la cara. En el puente auxiliar ya nadie decía nada. Todas las miradas estaban fijas en la mancha verde del radar.

LeSeur se había planteado la posibilidad de emitir una advertencia general para que estuvieran todos preparados, pasajeros y tripulación, pero al final lo había descartado. Por un lado revelaría sus intenciones a Mason, pero lo más importante era que si el *Grenfell* hacía bien las cosas, la fuerza del impacto lateral en la popa sería absorbida en su mayor parte por la enorme masa del *Britannia*. Quizá la sacudida asustase a los pasajeros, o en el peor de los casos quizá provocase algunas caídas, pero era un riesgo que había que correr.

—Seiscientos setenta brazas.

Al oír gente corriendo, Roger Mayles se escondió en un pasillo ciego de la cubierta 9. Pasó un grupo de pasajeros que gritaban y gesticulaban. A saber en qué absurda e histérica misión se habrían embarcado. Una de las manos sudorosas de Mayles restregaba sin cesar una tarjeta magnética, como si fuese una piedra relajante. Con la otra cogió una petaca, y no se la guardó otra vez en el bolsillo hasta haber bebido un buen trago de whisky de malta (Macallan de dieciocho años). Se le empezaba a hinchar un ojo a causa del golpe recibido en el Oscar's durante la pelea con un pasajero histérico. Cada vez le tiraba más, como si le estuvieran bombeando aire. La hemorragia imparable de su nariz le había manchado la camisa blanca y la chaqueta del esmoquin. Estaba hecho una facha.

Miró su reloj. Media hora para el impacto, si era correcta la información que le habían dado, y no tenía motivos para dudar de que no lo fuese. Tras comprobar de nuevo que no hubiera nadie en el pasillo, salió de su escondrijo. Debía evitar a toda costa a los pasajeros. El *Britannia* se había convertido en una reedición de *El señor de las moscas*: era un sálvese quien pueda, y nadie como una pandilla de ricos desgraciados se rebajaba tan deprisa a actuar como bestias.

Se internó con precaución por el pasillo de la cubierta 9. Aunque no se viera a nadie, el eco de gritos, súplicas y llanto era omnipresente. Le parecía mentira que los oficiales y los responsables de la seguridad del barco prácticamente hubieran desaparecido, dejando al personal a merced de aquellos vándalos. Él no había oído nada, ni había recibido instrucciones de nadie. Estaba claro que no existía ningún plan para hacer frente a un desastre de aquella magnitud. El barco era un auténtico caos, sin posibilidad de obtener información, pero con los más estrambóticos rumores propagándose como un incendio entre matojos.

Caminó sin hacer ruido, apretando en la palma de su mano la tarjeta. Era su billete de salida de aquel manicomio, y pensaba utilizarlo inmediatamente. No estaba dispuesto a ser una de las cuatro mil trescientas personas que se convertirían en carne picada en cuanto el barco se partiera en dos en el peor arrecife de los Grand Banks. Los afortunados que sobreviviesen al impacto resistirían, como mucho, veinte minutos más en un agua a siete grados antes de sucumbir a la hipotermia.

Muchas gracias, pero que no contasen con él para esa fiesta.

Después de otro trago de whisky, cruzó una puerta con un letrero rojo de salida. Bajó corriendo por una escalera de metal, y se detuvo en el segundo rellano para asomarse al pasillo que llevaba a la media cubierta donde estaban los botes salvavidas. Lo encontró tan vacío como

los demás. En aquella cubierta, sin embargo, se oían con más intensidad los gritos de pasajeros rabiosos y frenéticos. No acababa de entender que no hubieran usado los botes. Él había participado en los simulacros, con alguna que otra caída libre incluida, y eran unas embarcaciones poco menos que indestructibles, con cinturones que te mantenían bien sujeto a un asiento acolchado en el momento de chocar contra el agua. No mareaba más que una montaña rusa de Disneylandia.

De camino al exterior, el pasillo cambió de dirección, y los gritos se hicieron más fuertes. ¡Claro, cómo no! Frente a las escotillas cerradas de los botes salvavidas ya se habían acumulado muchos pasajeros que daban porrazos y gritaban que les dejaran entrar.

Sólo había una forma de llegar hasta los botes de babor: atravesando la multitud. A esas alturas, seguro que los botes de estribor también estaban rodeados de gente histérica. Mayles avanzó sin soltar la tarjeta. Quizá no le reconociese nadie.

—¡Eh, es el director del crucero!

—¡El director del crucero! ¡Eh, usted, Mayles!

La gente se le echó encima. Un borracho con la cara congestionada le cogió por la solapa.

—¿Qué diablos ocurre? ¿Por qué no estamos subiendo a los botes salvavidas? —Sacudió el brazo—. ¿Eh? ¿Por qué no?

—¡Yo sé lo mismo que ustedes! —exclamó Mayles con voz aguda y tensa, intentando soltarse—. ¡No me han dicho nada!

—¡Mentira! ¡Se va hacia los botes salvavidas, como los de antes!

Otra mano le apartó brutalmente. Oyó que se rompía la tela del uniforme.

—¡Déjenme pasar! —gritó con voz de pito, intentando avanzar—. ¡Les digo que yo no sé nada!

—¡Y una mierda!

—¡Queremos los botes salvavidas! ¡Esta vez no nos dejarán fuera!

Alrededor de Mayles cundió el pánico. Le estiraban por todas partes, como niños peleándose por una muñeca. Se oyó el ruido de la manga al separarse del resto de la camisa.

—¡Suéltanme! —les rogó él.

—¡No vais a echarnos al fondo del mar, cerdos!

—¡Ya han subido a los botes salvavidas! ¡Por eso no se ve a nadie de la tripulación!

—¿Es verdad, hijo de puta?

—¡Si me sueltan les dejo pasar! —exclamó Mayles, aterrado, levantando la tarjeta.

Un momento de pausa, mientras lo asimilaban, y luego:

—¡Ha dicho que nos dejará pasar!

—¡Ya le habéis oído! ¡Déjanos pasar!

Le empujaron hacia delante. De repente hubo unos instantes de serenidad, expectante. La mano de Mayles temblaba mientras introducía la tarjeta en la ranura. Tras abrir la compuerta, saltó al otro lado y dio media vuelta para intentar cerrar la escotilla, pero fue inútil. Una marea humana le echó al suelo.

Al volver a levantarse, recibió en la cara el rugido del mar y el aullido del viento. Por encima de las olas corrían grandes bancos de niebla intermitente, pero en los huecos Mayles vio un agua negra, agitada y llena de espuma. El agua que escupían las olas sobre la cubierta interior le caló

enseguida hasta los huesos. Vio a Liu y a Crowley junto al tablero de control, en compañía de otro hombre al que reconoció: era un ejecutivo de un banco. Miraban a la gente con incredulidad. También estaba Emily Dahlberg, la heredera del imperio cárnico. La avalancha de pasajeros se lanzó hacia el primer bote disponible. Liu y Crowley se interpusieron rápidamente en su camino, al igual que el banquero. De pronto todo eran gritos, y el horrible sonido de puños estampándose en la carne. La radio de Crowley se deslizó por la cubierta hasta perderse de vista.

Mayles permaneció al margen. A él no tenían que enseñarle nada. Sabía usar los botes salvavidas, conocía la secuencia de lanzamiento, y ni muerto pensaba subir en el mismo bote que aquel hatajo de pasajeros locos. La pelea entre la multitud y el grupo de Liu era cada vez más cruda. Los pasajeros estaban tan ansiosos por subirse al primer bote que no parecían acordarse de Mayles. Podía irse sin que se enteraran.

La cara de Liu sangraba profusamente por media docena de cortes.

—¡Informe al puente auxiliar! —gritó a Dahlberg, antes de que se le echaran encima.

Mayles pasó de largo, y al ir hacia el fondo pulsó disimuladamente un par de botones del tablero de control. Pensaba subir a un bote, echarlo al mar y ponerse a salvo. Se encendería el GPIRB, y le rescatarían antes de que anocheciera.

Llegó al último bote. Abrió el panel de control con la tarjeta y empezó a configurar los parámetros con una mano temblorosa, atento a la pelea que se desarrollaba en la otra punta entre el banquero y los pasajeros, que pisoteaban los cuerpos, ya inmóviles, de Liu y Crowley. Una cabeza se volvió hacia Mayles. Luego otra.

—¡Eh, va a soltar uno! ¡Qué hijo de puta!

—¡Espera!

Vio que un grupo de pasajeros se acercaba.

Tecléo rápidamente el resto de la configuración, para activar el sistema hidráulico de apertura de la escotilla de embarque de popa, y corrió para entrar, pero se le adelantaron y le sujetaron.

—¡Desgraciado de mierda!

—¡Hay sitio para todos! —chilló él—. ¡Soltadme, imbéciles! ¡De uno en uno!

—¡Tú el último!

Un viejo con una fuerza sobrehumana, puro nervio, le arrojó al suelo de un tortazo y desapareció en el interior del bote, seguido por una multitud manchada de sangre que gritaba sin cesar. Mayles intentó ir tras ellos, pero le retuvieron.

—¡Cerdo!

Resbaló en la cubierta mojada y se cayó. Le estamparon a patadas contra la baranda. Se aferró a ella para levantarse. No permitiría que le dejaran fuera. No le iban a quitar su bote. Se echó encima de un hombre que le cerraba el paso, y le tiró al suelo. Después volvió a resbalar. El hombre se levantó y le embistió. Forcejearon, tropezando contra la baranda. Mayles plantó un pie en el suelo y apuntaló el otro en la baranda, mientras la gente se peleaba por cruzar la angosta escotilla.

—¡Eh, me necesitáis! —exclamó, forcejeando—. ¡Sé cómo funciona!

Apartó a su agresor y se lanzó otra vez hacia la escotilla, pero los de dentro del bote estaban intentando cerrarla.

—¡Sé cómo funciona! —dijo a pleno pulmón, clavando los dedos en la espalda de quienes intentaban mantener abierta la escotilla.

Fue entonces cuando sucedió, con la aceleración abominable y espasmódica de una pesadilla: horrorizado, Mayles vio cómo giraba la rueda que atrancaba la escotilla, y se aferró a ella intentando invertir su movimiento. Se oyó el ruido metálico de los ganchos al soltarse. Luego, el bote salvavidas salió disparado por la rampa, arrastrando a Mayles y a media docena de pasajeros. Se deslizaron sin control por los raíles engrasados, incapaces de frenar, hasta que, bruscamente, Mayles se vio en plena caída libre hacia las aguas negras y tumultuosas, con la cabeza por delante, haciendo una voltereta a cámara lenta.

Lo último que vio antes de caer al agua fue otro barco que surgía de la niebla, a proa del *Britannia*, y que se dirigía hacia ellos con rumbo de colisión.

Los ojos de LeSeur estaban clavados en las ventanas de proa del puente auxiliar. Hacía más viento, pero llovía menos, y se estaba levantando la niebla, lo que le permitía de vez en cuando tener una visión del mar y de la tormenta. El primer oficial forzaba tanto la vista, que se preguntó si veía visiones.

Pero no, ahí estaba: el *Grenfell* surgía de una bolsa de niebla, con la proa bulbosa golpeando el mar. Iba directamente hacia ellos.

La aparición del *Grenfell* cortó la respiración a todos los que se encontraban en el puente auxiliar.

—Cuatrocientas veinte brazas.

El *Grenfell* inició la maniobra. Un burbujeo repentino de espuma blanca a lo largo del casco de popa estribor indicó la inversión de la hélice de estribor. Simultáneamente, un chorro de agua cerca de proa babor señaló la puesta en marcha de los propulsores de proa. El morro rojo del *Grenfell* empezó a virar hacia estribor, mientras ambos barcos seguían acercándose, el gigantesco *Britannia* a mucha más velocidad que la embarcación canadiense.

—¡Prepárense! —gritó LeSeur, cogiéndose al borde de la mesa de navegación.

A la maniobra del *Grenfell* respondió casi enseguida un rugido en las entrañas del *Britannia*. Mason había desconectado el piloto automático y reaccionaba con una rapidez alarmante. El barco empezó a vibrar como en un terremoto y la cubierta empezó a ladearse.

—¡Está encogiéndose los estabilizadores! —exclamó LeSeur, con una mirada incrédula al tablero de control—. Y... madre mía... ¡ha rotado los módulos de popa noventa grados a estribor!

—¡No puede ser! —vociferó el ingeniero jefe—. ¡Arrancará los módulos del casco!

LeSeur examinó los datos del motor, intentando desesperadamente entender qué hacía Mason.

—Está virando de lado... expresamente... para que nos embista el *Grenfell* por el flanco —dijo.

Entonces cruzó su pensamiento una imagen tan horrible como nítida: la del *Britannia* exponiendo su vulnerable parte central a un barco blindado contra el hielo como el *Grenfell*. Sin embargo, la embestida no sería frontal; el *Britannia* no tendría tiempo de girar tanto. Sería aún peor. El *Grenfell* lo acometería en un ángulo de cuarenta y cinco grados, con lo que seccionaría en diagonal el bloque principal de camarotes y espacios públicos. Sería una matanza, un exterminio, una carnicería.

Tuvo claro inmediatamente que Mason había estudiado a fondo su respuesta. Sería tan eficaz

como estampar el barco en las Carrion Rocks. Dando muestras de una gran capacidad de reacción, la segundo capitán había pillado la ocasión al vuelo.

—¡*Grenfell*! —exclamó, rompiendo el silencio radiofónico—. ¡Inviertan la segunda hélice y los propulsores de proa! ¡Está virando hacia ustedes!

—Recibido —dijo la voz del capitán, con una tranquilidad pasmosa.

El *Grenfell* reaccionó enseguida, levantando espuma alrededor del casco. Pareció vacilar, mientras el poderoso cabeceo de su proa se hacía más lento y disminuía la velocidad de su avance frontal.

La vibración que sentía LeSeur bajo sus pies, acompañada de chirridos de metal, aumentó cuando Mason hizo girar al máximo las hélices de popa, cuarenta y tres mil kilovatios de potencia desplegados en un ángulo de noventa grados respecto al movimiento frontal del barco. Una maniobra descabellada. Sin los estabilizadores, y con un mar de costado, el *Britannia* guiñó a la vez que se escoraba aún más: cinco grados, diez grados, quince grados respecto a la vertical, mucho más de lo que habrían imaginado sus constructores en sus peores pesadillas. Los instrumentos de navegación, las tazas de café y los otros objetos sueltos del puente auxiliar resbalaron y cayeron al suelo, mientras los hombres se cogían a cualquier asidero para no hacer lo mismo.

—¡Está inundando la cubierta, la muy zorra! —exclamó Halsey, perdiendo pie.

La vibración se convirtió en rugido, mientras el flanco de babor del transatlántico se acercaba paulatinamente al agua, y la cubierta inferior se hundía por debajo de la línea de flotación. La superestructura sufrió el impacto de unas olas que llegaban hasta los camarotes y balcones más bajos de babor. LeSeur oyó un eco de cristales rotos, un rumor de agua corriendo por las cubiertas de pasajeros, y la sorda sinfonía de mil objetos cayendo y rodando. Se imaginó el terror y el caos que debían de reinar entre los pasajeros al caer hacia babor junto con todo el contenido de sus camarotes y todo lo que había en el barco.

El tremendo esfuerzo de los motores sacudía todo el puente. Las ventanas temblaban, y hasta el propio esqueleto del barco emitía un gruñido de protesta. Al otro lado del castillo de proa, el *Grenfell* se acercaba velozmente; seguía guiñando mucho hacia babor, pero LeSeur vio que era demasiado tarde. Con su asombrosa maniobrabilidad, el *Britannia* se había colocado en diagonal a él, de tal modo que el patrullero les golpearía en el flanco: dos mil quinientas toneladas chocando contra dieciséis mil a una velocidad combinada de más de cuarenta y cinco millas por hora. Cortaría el *Britannia* en diagonal como un arpón seccionaría un pez.

Empezó a rezar.

Emily Dahlberg se paró a tomar aliento en el pasillo por el que se salía de la cubierta de botes salvavidas de babor. Oía a sus espaldas los chillidos de la turba (porque no era más que eso, una turba, y de las más primitivas y asesinas), mezclándose con el rugido del viento y del agua que penetraba por las escotillas abiertas. La idea de ir hacia los botes se le había ocurrido a mucha más gente, y por eso se cruzaba con ella un flujo constante de pasajeros, que pasaban corriendo sin reparar en su presencia.

Dahlberg ya había visto lo suficiente para saber con seguridad que cualquier tentativa de usar los botes salvavidas a aquella velocidad sería un suicidio. De hecho había sido testigo presencial de ello. Ahora tenía el encargo de transmitir aquella información crucial al puente auxiliar. Gavin Bruce y Niles Welch habían sacrificado sus vidas (sin contar el otro bote lleno de pasajeros) para obtener aquella información. Dahlberg estaba decidida a transmitirla.

Justo cuando se ponía otra vez en movimiento e intentaba orientarse, llegó por el pasillo un hombre corpulento, con la cara congestionada y los ojos saltones, que exclamó:

—¡A los botes salvavidas!

Intentó esquivarle, pero no fue lo bastante rápida. El hombre la hizo caer sobre la moqueta. Cuando Dahlberg se levantó, ya no había ni rastro de él.

Se apoyó en la pared para recuperar el aliento y apartarse de aquella corriente humana que, sucumbiendo al pánico, corría hacia la cubierta de los botes salvavidas. Le sorprendía la tendencia de la gente a esas muestras ostentosas y grotescas de egoísmo, incluso entre los privilegiados (o particularmente entre ellos). No había visto que la tripulación y el personal perdiera los papeles de ese modo y empezara a correr sin ton ni son, pegando gritos. Inevitablemente, pensó en el contraste con el final de los pasajeros del *Titanic*, tan digno y contenido. Ciertamente, el mundo había cambiado.

Cuando volvió a recuperar las fuerzas, siguió adelante por el pasillo, sin apartarse mucho de la pared. El puente auxiliar se encontraba en la proa del barco, justo debajo del puente principal; cubierta 13 o 14, si no recordaba mal. De momento estaba en la 7, de modo que había que subir.

Pasó al lado de tiendas y bares vacíos, siguiendo las indicaciones para ir hacia el Gran Atrio, donde estaba segura de poder orientarse mejor. En cuestión de minutos cruzó un arco y llegó a una baranda semicircular desde la que se dominaba el gran espacio hexagonal. Incluso en aquella situación tan crítica, le impresionó: ocho niveles de altura, con ascensores de vidrio en dos lados, y un sinfín de balconillos y parapetos cubiertos de pasionaria.

Echó un vistazo general al Atrio, firmemente cogida a la baranda. Era algo espeluznante. El King's Arms (el restaurante elegante que se encontraba cinco pisos más abajo) estaba casi irreconocible, con toda la cubertería por el suelo, y sembrado de restos de comida, flores pisoteadas y cristales rotos. Ni que hubiera pasado un tornado, pensó. Había gente por todas partes, corriendo por el Atrio, deambulando sin rumbo fijo o cogiendo botellas de vino y licor. Subieron hasta sus oídos varios gritos.

Los ascensores de vidrio todavía funcionaban. Se dirigió hacia el más próximo, pero justo entonces todo retumbó, con un gruñido profundo que salía de las mismísimas entrañas del barco.

Y de pronto empezó a ladearse el Atrio.

Al principio creyó que eran imaginaciones suyas, pero no; se fijó en la gran araña del techo y vio que estaba inclinada. El ruido fue ganando intensidad, hasta que la lámpara empezó a temblar con un sonoro zarandeo de cristales. Dahlberg se refugió de prisa bajo un arco, casi en el preciso instante en el que empezaban a llover trozos de cristal tallado que rebotaban en las mesas, las sillas y las barandas como granizo.

«Dios mío —pensó—, ¿qué ocurre?»

La inclinación se hizo más pronunciada. Emily se aferró a la baranda de latón clavada a uno de los pilares del arco. En el restaurante de abajo empezaron a resbalar las sillas y las mesas por el suelo, primero despacio y después más de prisa, rechinando. Poco después oyó un ruido de cristales rotos: acababa de caer la pared de botellas del elegante bar situado en un lado del restaurante.

Se cogió a la baranda sin poder apartar la vista de la carnicería que se estaba produciendo abajo. Lo siguiente que se movió fue el gran Steinway de cola del centro del Atrio, que se deslizó sobre las ruedas hasta estamparse contra la enorme estatua del *Britannia*, desmenuzándola en pedacitos de mármol.

Era como si la mano de un gigante estuviera estrujando el barco, forzándolo a escorarse a pesar de la sonora protesta de los motores. Dahlberg, que notaba cómo aumentaba la inclinación, se aferró a la baranda, bajo una lluvia de objetos de lo más variopintos (sillas, jarrones, mesas, manteles, cristalería, cámaras, zapatos, bolsos...) que caían desde los balcones y aterrizaban en el Atrio en un *staccato* estrepitoso. De pronto, por encima de los gritos, oyó un alarido particularmente agudo, que llegaba de arriba. Poco después, desde uno de los balcones superiores, cayó dando tumbos una mujer baja, gruesa, rubia, con el pelo muy rizado y con uniforme de supervisora, que se estrelló gritando contra el piano. En medio de un horrible estrépito, saltaron las teclas de marfil, y las cuerdas, al romperse, crearon una extraña sinfonía de notas agudas y graves.

El ascensor que estaba más cerca de Emily tembló en su cajón vertical con un chirrido metálico. A continuación (con un crujido de cristal que se oyó en todo el Atrio) se partió todo el tubo y empezó a caer a cámara lenta, como una reluciente cortina de vidrio. Una sacudida desalojó de su canal los restos del ascensor (reducido a un armazón de acero), que se quedaron colgando del cable. Dahlberg vio que llevaba a dos ocupantes, que gritaron, asiéndose a las barras de latón del interior de la jaula. Presenció horrorizada el momento en el que la estructura del ascensor se columpió por el gran interior del Atrio, dando vueltas al mismo tiempo, y chocó al otro lado con

una hilera de balcones. Sus ocupantes salieron despedidos y, tras una larga caída, se perdieron en el caos de muebles y accesorios acumulado en la pared inferior del King's Arms.

Dahlberg se agarró con todas sus fuerzas a la baranda de latón, mientras el suelo se inclinaba más y más. De repente, bajo sus pies surgió un ruido nuevo, con la fuerza de una gran cascada, acompañado por una ráfaga de aire frío y salobre tan brusca que casi la arrancó de su asidero. A continuación, un agua blanca empezó a inundar el nivel más bajo del Atrio y fue ganando altura, como un maligno manantial, un hervidero en el que giraban muebles pulverizados, accesorios y cuerpos desmembrados. Al mismo tiempo, la enorme araña acabó por soltarse, con un crujido de acero y yeso; la gigantesca y reluciente masa se desplomó en ángulo, y tras romperse en el parapeto situado justo enfrente de Emily, rodó por un lado del Atrio, dejando un rastro de grandes trozos de cristal brillante, como hielo en polvo.

Su olfato se llenó con el olor frío y muerto del mar. Lentamente (como si lo viera desde la distancia) empezó a comprender que, pese a la espantosa destrucción que veía a su alrededor, no parecía que el barco se estuviera hundiendo. Al menos de momento. Lo que hacía era escorarse y llenarse de agua. Los motores seguían rugiendo, y el barco no dejaba de avanzar.

Haciendo un esfuerzo de concentración, trató de aislarse del ruido de cristales rotos, agua y gritos. Por mucho que quisiera, no podía ayudar a nadie. Lo que sí podía, y debía, era informar al puente de que la opción de los botes salvavidas estaba descartada mientras el barco se moviera. Al mirar a su alrededor, vio una escalera. Cogiendo la baranda con cuidado, caminó (o se arrastró) hasta el primer escalón, inclinado en un ángulo estrambótico. Asiéndolo con todas sus fuerzas la baranda, empezó a subir a pulso, un peldaño tras otro, hacia el puente auxiliar.

El agente especial Pendergast contempló la extraña cosa de niebla y oscuridad que le envolvía. Al mismo tiempo, notó que el camarote temblaba y se inclinaba. Una profunda y poderosa vibración golpeaba el suelo. Algo violento le estaba ocurriendo al barco. Se cayó hacia atrás, tropezó con una silla y chocó con una estantería. Cuando el barco se inclinó todavía más, Pendergast oyó una sonora furia de destrucción y desesperación: gritos, alaridos, cosas rompiéndose, el profundo latido del agua por el casco... El camarote adoptó un ángulo demencial que hizo que los libros llovieran a sus pies.

Dejó su pensamiento en blanco para concentrarse en una sola cosa, la más extraña de todas. Dentro del humo animado se entreveía una aparición: ojos desquiciados e inyectados en sangre, una sonrisa con colmillos, unas manos con garras que se abrían, rodeándole, y una expresión que era de necesidad y de intensa avidez.

Casi inmediatamente se le pasaron varias cosas por la cabeza. Sabía qué era, quién lo había creado y por qué. Sabía la inminencia de una lucha en la que no se jugaba sólo la vida, sino el alma. Se hizo fuerte mentalmente, mientras la cosa le apresaba en un abrazo pegajoso, abrumando sus sentidos con el olor empalagoso de un sótano húmedo y putrefacto, de insectos resbaladizos, de cadáveres medio descompuestos.

De pronto, se apoderó de él la calma, la calma indiferente y liberadora que había descubierto hacía muy poco. Le había cogido por sorpresa; tenía poco tiempo para prepararse, pero podía recurrir a los extraordinarios poderes mentales que el Agozzen había desencadenado en el interior de su mente y que le harían salir victorioso. La contienda pondría a prueba esos poderes. Sería un bautismo de fuego.

La cosa intentaba penetrar en su mente, tanteándola con zarcillos húmedos de voluntad, de deseo puro. Pendergast dejó su mente en blanco. No pensaba proporcionarle ni un solo asidero. Con asombrosa rapidez, llevó su mente al estado de *th'an shin gha*, el Umbral del Perfecto Vacío, y después al de *stong pa nyid*, el Estado del Puro Vacío. La cosa, al entrar, encontraría vacía la habitación. No, ni siquiera habría habitación en la que entrar.

Vagamente intuyó que la entidad buscaba el vacío, malévolamente y sin rumbo, con ojos como puntas de un cigarrillo encendido. Se agitaba para aquí y para allá, buscando un ancla, como un gato hundiéndose en un mar sin fondo. Ya estaba vencida.

Dejó de agitarse... y de repente, como un relámpago, enroscó en él sus zarcillos grasientos, clavando los colmillos directamente en la mente de Pendergast.

Una atroz descarga de dolor recorrió todo su ser. Contraatacó de inmediato con la estrategia opuesta. Combatiría el fuego con el fuego, creando una barrera mental indestructible. Alzaría en torno a él una pared de puro ruido intelectual, ensordecedora e impenetrable.

En el oscuro vacío, invocó a cien de los filósofos más importantes del mundo y les puso a conversar entre sí: Parménides y Descartes, Heráclito y Kant, Sócrates y Nietzsche... De golpe brotaron decenas y decenas de argumentos (sobre la naturaleza y la conciencia, la libertad y la razón pura, la verdad y la divinidad de los números), formando una tormenta de ruido intelectual que se extendía de uno a otro horizonte. Era una construcción que Pendergast, casi sin respirar, mantenía a pura fuerza de voluntad.

A través del susurro de diálogos surgió una onda, como una gota de agua en la superficie de un estanque negro. Las conversaciones más próximas de los filósofos cesaron cuando se expandió. En el centro se formó un agujero silencioso, como el ojo de una tormenta, y el fantasma de humo se introdujo por él, acercándose implacable.

Pendergast disolvió al instante los innumerables debates, y sacó de su mente a todos los hombres y mujeres, purgándose de nuevo, con un gran esfuerzo, de cualquier pensamiento consciente. Ya que no funcionaba el planteamiento puramente racional, quizá lo hiciese otro más abstracto.

Dispuso velozmente en su cerebro las mil mejores pinturas de la tradición occidental, y dejó que llenasen una a una, en orden cronológico, hasta el último rincón de su mente. Su voluntad hizo que sus colores, pinceladas, símbolos, significados ocultos y alegorías, sutiles u obvias, se apoderasen por entero de su conciencia. La *Maestà* de Duccio, *El nacimiento de Venus* de Botticelli, la *Trinidad* de Masaccio, la *Adoración* de Gentile da Fabriano, *El matrimonio Arnolfini* de Van Eyck fueron surgiendo en su paisaje mental, ahogando cualquier pensamiento con su complejidad y su belleza deslumbrante. Avanzó por ellas cada vez más deprisa hasta acercarse al presente, Rousseau, Kandinsky y Marin. Después retrocedió y empezó otra vez desde el principio, todavía más deprisa, hasta que se confundieron los colores y las formas, y su mente fundió simultáneamente todas las imágenes en su complejidad abrumadora, negando cualquier punto de apoyo al demonio.

La mancha de colores tembló y empezó a deshacerse. La forma vil y tosca de la tulpa se abrió camino por el caleidoscopio de imágenes, como un pozo de oscuridad que todo lo absorbía a medida que se acercaba a su mente.

Pendergast la veía llegar con la inmovilidad de un ratón ante una cobra. Logró librarse de sus pensamientos mediante un gran esfuerzo. Se daba cuenta de que su corazón latía mucho más deprisa que antes. Sentía el ardiente apetito de la cosa por su esencia, su alma. El fantasma de humo desprendía deseo como si irradiase calor. Saberlo provocó en Pendergast un hormigueo de pánico, una serie de pequeñas quemaduras y ampollas en los bordes de su conciencia.

Era mucho más fuerte de lo que había imaginado. Por descontado, quien no tuviese la armadura mental fuera de lo común de la que él gozaba en aquellos instantes ya habría sucumbido a la tulpa.

La cosa se acercó aún más. Con algo semejante a la desesperación, Pendergast se retiró a los dominios de la lógica absoluta, desencadenando un torrente de matemáticas puras por el paisaje

cada vez más quebrantado de su mente. La tulpa se deslizó por sus defensas más deprisa que nunca.

No parecía que la afectase ninguna de las estratagemas que ponía a prueba. Quizá fuera invencible, al fin y al cabo...

De pronto, se le presentó sin disfraces toda la gravedad del peligro que corría. La cosa no atacaba sólo su mente, sino también su cuerpo. Sintió cómo sus músculos palpitaban con espasmos incontrolables. Sintió el esfuerzo de su corazón. Sintió cómo sus manos se abrían y cerraban. Era terrible y terrorífico, una doble posesión de la mente y de la forma física. Cada vez le costaba más mantener la disociación respecto a su cuerpo, tan esencial para sostener el estado de *stong pa nyid*. Sentía que sus brazos y sus piernas estaban cada vez más sometidos al control de la tulpa. El esfuerzo necesario para dejar a un lado su forma física se hizo cada vez más exigente.

Llegó un momento en el que se volvió imposible. Todas sus defensas, edificadas con tanto esmero, sus amagos, sus ardidés y sus estratagemas cayeron deshechos, y en lo único que pudo pensar fue en la mera supervivencia.

Se irguió ante él la antigua mansión familiar de la calle Dauphine, aquel palacio de la memoria que hasta entonces siempre le había ofrecido refugio. Corrió hacia ella desesperadamente. Cruzó el jardín en apenas segundos. Salvó de un único salto los escalones de entrada. Ya estaba dentro, jadeando por el esfuerzo, pugnando con las cerraduras y cadenas de la puerta.

Se volvió, con la espalda pegada al marco, y miró con ojos desencajados a su alrededor. En la Maison de la Rochoenire reinaba un silencio expectante. Al fondo de un pasillo largo y poblado de sombras vio la curva del suntuoso vestíbulo, con su incomparable colección de curiosidades y piezas artísticas, y la doble voluta de la escalera que llevaba al primer piso. Más al fondo aún, inmersa en la penumbra, estaba la biblioteca, con los miles de volúmenes encuadernados en piel dormitando bajo una fina capa de polvo. Era una visión que solía llenarle de un sereno placer.

Pero en aquel momento lo único que sentía era el terror atávico de la presa.

Corrió por el pasillo del refectorio en dirección al vestíbulo, haciendo el esfuerzo de no mirar por encima del hombro. Al llegar, giró sobre sí mismo, buscando desesperadamente con los ojos un lugar donde esconderse.

Desde atrás le alcanzó un estremecimiento de aire frío y pegajoso.

Su mirada se detuvo en un arco de entrada, apenas un perfil negro sobre negro en la madera bruñida de la pared del fondo. Sabía que al otro lado estaba la escalera que bajaba al sótano, y más abajo aún, al laberinto de cámaras y catacumbas del subsótano de la mansión. Conocía cientos de nichos, criptas y pasadizos ocultos en los que cobijarse.

Caminó deprisa hacia la puerta cerrada, pero se paró antes de llegar. La idea de quedarse encogido de miedo en un oscuro y húmedo rincón (esperando como una rata acorralada que le encontrara la cosa) le resultaba insoportable.

Cada vez más desesperado, entró corriendo en el pasillo del fondo y cruzó las puertas de la cocina. En aquel laberinto de despensas polvorientas era fácil perder la orientación. Voló entre ellas en busca de un refugio seguro, pero fue en vano. Entonces dio otra vez media vuelta, sin aliento. Ahí seguía la cosa; la sentía, cada vez más cerca.

Regresó al vestíbulo corriendo, sin perder ni un instante. Sólo vaciló un segundo, mientras miraba con los ojos desorbitados las vitrinas de madera bruñida, la reluciente lámpara de araña y el trampantojo del techo. Únicamente había un refugio posible, un solo lugar donde podía estar a salvo.

Subió como una exhalación por la escalera curva que llevaba al piso superior, y se internó a toda velocidad por una galería llena de ecos. Más o menos hacia la mitad, a mano izquierda, había una puerta abierta. La cruzó de un salto, dio un portazo, giró la llave bruscamente en la cerradura y echó el cerrojo.

Su habitación. Su propia habitación. Pese al tiempo transcurrido desde el incendio de la mansión, allí siempre había estado a salvo. Era el único lugar en el edificio de su memoria lo suficientemente bien defendido como para que nadie pudiera penetrar en él, ni siquiera su propio hermano, Diógenes.

En la chimenea chisporroteaba el fuego. En las mesitas goteaban las velas. Flotaba un perfume de humo de leña. Esperó, respirando cada vez más acompasadamente. El simple hecho de haber vuelto a aquella luz cálida e indirecta tuvo un efecto calmante. Su pulso se desaceleró. Pensar que poco antes había estado sentado en la misma habitación, meditando con Constance, y adquiriendo unos poderes mentales nuevos y jamás imaginados... Resultaba irónico, y quizás hasta un poco bochornoso. En fin, daba igual. Pronto (muy pronto) pasaría el peligro, y podría volver a salir. Se había pegado un susto enorme, y justificadamente; la cosa que ya le había envuelto en el mundo físico también había estado a punto de envolverle en el mundo psíquico. Pocos minutos habían faltado para que se rompiesen su vida, sus recuerdos, su alma y todo lo que le definía como ser humano. Pero no llegaría hasta allí. No, no podía; nunca, jamás...

Bruscamente tuvo esa misma sensación, muy cerca de la nuca: un soplo húmedo y frío de aire pegajoso, que hedía a tierra mojada y a insectos reptantes y aceitosos.

Se levantó gritando. Ya estaba ahí, en su habitación, ondulando hacia él, con la cara roja y blanca contraída en el rictus de una sonrisa, y los vagos brazos grises tendidos hacia él en un gesto que, de no ser por las garras, casi habría sido tierno.

Cayó de espaldas, y la tuvo inmediatamente encima, violándole de la manera más horrible, extendiéndose por dentro y por fuera, a lo largo, a lo ancho... chupando, chupando sin cesar, hasta que Pendergast sintió que algo muy dentro de su ser (alguna esencia tan profunda que nunca había sido consciente de que estuviese en el núcleo de su persona) empezó a hincharse, a desprenderse, a deformarse... y comprendió con un escalofrío de horror que ya no había esperanza, ni la más remota.

Constance siguió aferrándose a la estantería, paralizada de miedo, mientras Pendergast yacía en el suelo de la sala de estar, pegado a la pared, inmóvil como un muerto, rodeado por un halo de niebla. El barco se escoraba cada vez más. Alrededor de Constance todo se caía. Fuera, a medida que el barco se inclinaba, aumentaba el estruendo de las olas. Había intentado varias veces tender una mano hacia Pendergast, pero nunca conseguía sujetar la del agente por culpa de la inclinación del camarote y de la lluvia de libros y de objetos.

Vio que la cosa extraña y pavorosa que había cubierto a Pendergast como el vapor de unas marismas empezaba a moverse y a disolverse. La esperanza, que había abandonado el corazón de Constance durante la corta y terrible espera, regresó de golpe, Pendergast había vencido. La tulpa estaba derrotada.

Pero entonces se dio cuenta, horrorizada, de que no se estaba dispersando, sino entrando en el cuerpo de Pendergast.

De repente, la ropa del agente empezó a palpar y a retorcerse, como si corrieran por debajo infinidad de cucarachas. Sus brazos y sus piernas sufrieron convulsiones, como si su cuerpo estuviese poseído por una presencia ajena. Un espasmo recorrió sus músculos faciales, que temblaron. Sus ojos se abrieron sólo un instante mirando al vacío, y en aquella fugaz mirada plateada, Constance vio simas de terror y desesperación tan profundas como el propio universo.

Una presencia ajena...

De repente Constance ya no se debatía interiormente. Ahora sabía qué tenía que hacer.

Se incorporó, cruzó el salón con gran esfuerzo, subió por la escalera (ladeada de un modo inverosímil) y entró en el dormitorio de Pendergast. Haciendo caso omiso de la inclinación del barco, registró uno tras otro los cajones, hasta que sus dedos se cerraron alrededor de la Les Baer calibre 45 del agente. Sacó la pistola, comprobó que hubiera una bala en la recámara y quitó el seguro.

Sabía cómo habría querido vivir Pendergast, y cómo habría querido morir. Ya que no podía ayudarlo de ninguna otra manera, al menos podía ayudarlo en eso.

Salió del dormitorio con el arma en la mano y bajó a la sala de estar por la escalera inclinada, sin soltar la baranda.

LeSeur miraba fijamente la proa roja reforzada del *Grenfell*, mientras el barco canadiense invertía desesperadamente el movimiento de las hélices para intentar salir de la trayectoria del *Britannia*, y el gran transatlántico guiñaba al máximo de su velocidad.

La cubierta del puente auxiliar sufrió una sacudida. Eran los módulos de propulsión, que iban forzados al máximo tras aquella maniobra tan extrema. LeSeur ni siquiera tuvo que mirar los instrumentos para saber que era el final. Podía extrapolar las trayectorias de los dos barcos sólo con mirar por las ventanas del puente. Sabía que ambos llevaban un rumbo que les haría chocar de la peor manera. A pesar de que la velocidad del *Grenfell* se hubiera reducido en tres o cuatro nudos mientras trataba de maniobrar, el *Britannia* seguía contando con toda la potencia de sus dos hélices fijas, al tiempo que los módulos de popa, con su inclinación de noventa grados, proporcionaban un impulso lateral que hacía que la popa del *Britannia* fuera como un bate de béisbol a punto de chocar con el *Grenfell*.

—Dios mío, Dios mío, Dios mío... —oyó repetir al ingeniero jefe en una oración continua *sotto voce*, con la mirada fija en la ventana.

El puente auxiliar tembló y se inclinó en un ángulo aún más absurdo. Los sistemas de alerta se habían activado con la entrada de agua en las cubiertas inferiores. Oyó un coro de sonidos nuevos: el chirrido del acero al desgarrarse, el tableteo de los remaches y el profundo gemido de la inmensa estructura de acero de la nave.

—Dios mío —susurró otra vez el ingeniero jefe.

Desde abajo llegó una especie de explosión, seguida por un temblor brutal, como si hubieran hecho sonar el casco del barco como una gran campana. Fue tan brusco que LeSeur se cayó al suelo. Justo cuando se ponía de rodillas, otra explosión sacudió el puente auxiliar y lo arrojó hacia una esquina de la mesa de navegación, haciéndole un corte en la frente. Una foto enmarcada de la botadura del *Britannia*, con la reina Isabel presidiendo el acto, se desprendió de la pared y dio vueltas por el suelo, dejando un reguero de cristales. Finalmente se paró, justo delante de la cara de LeSeur. El primer oficial contempló con una sensación de irrealidad el rostro sereno y sonriente de la reina y su mano levantada hacia la multitud de súbditos. Por unos instantes tuvo una sensación horrible de fracaso, de fracaso personal. Les había fallado a su reina, a su país y a todos los valores en los que creía. Había dejado el barco en manos de un monstruo. Era todo culpa suya.

Se cogió al borde de la mesa para levantarse, a la vez que notaba cómo un hilo de sangre

caliente caía sobre su ojo. Se lo limpió con un gesto brusco de la mano, e intentó recuperar la sensatez.

Se dio cuenta enseguida de que el barco acababa de sufrir un cambio importante. La cubierta recuperaba cada vez más deprisa su horizontalidad, y el *Britannia* ya no avanzaba dando guiñadas, sino en línea recta. Volvieron a sonar las alarmas.

—Pero ¿se puede saber...? ¿Qué está pasando, Halsey?

El ingeniero jefe contemplaba el panel de motores con una mueca de horror.

Pero a LeSeur no le hacían falta sus explicaciones. Entendió inmediatamente lo ocurrido: el *Britannia* se había quedado sin los dos módulos de popa; en suma, sin timón. El *Grenfell* estaba prácticamente delante, a pocas decenas de segundos del impacto. El *Britannia* había dejado de guiñar. Ahora se le acercaba en línea recta.

Cogió la radio.

—¡*Grenfell!* —gritó—. ¡Dejen de retroceder y enderecen el rumbo! ¡Hemos perdido el gobierno!

Fue una llamada innecesaria. LeSeur ya veía un remolino de agua alrededor de la popa del *Grenfell*; el capitán se había dado cuenta anticipadamente de lo que debía hacer. El *Grenfell* se situó en paralelo al *Britannia* justo cuando los dos barcos iban a embestirse.

La popa del *Grenfell* casi rozó la del *Britannia*, hasta el punto de que LeSeur oyó el fragor del agua en el estrecho pasadizo formado entre los dos cascos. Una fuerte sucesión de impactos y chirridos de metal acompañó el momento en el que el ala de babor del puente del *Grenfell* entraba en contacto con una de las cubiertas inferiores del *Britannia*, creando un rastro de grandes géiseres de chispas. Y de repente había pasado todo. Los barcos se alejaban el uno del otro.

Un coro de vítores entrecortados ensordeció las alarmas del puente auxiliar. LeSeur distinguió las mismas aclamaciones por el VHF del *Grenfell*.

El ingeniero jefe le miró con la cara sudorosa.

—Señor LeSeur, hemos perdido los dos módulos de popa; nos los acaban de arrancar...

—Ya lo sé —contestó LeSeur—, y se ha partido el casco. —Le invadió una sensación de triunfo—. Señor Halsey, deje que se inunden la sentina de popa y los compartimentos seis y cinco. Cierre herméticamente los mamparos centrales de la sentina.

Halsey se quedó donde estaba.

—¡Vamos! —le espetó LeSeur.

—No puedo.

—¿Se puede saber por qué?

Halsey levantó las manos.

—Es imposible. Los mamparos se cierran automáticamente.

Señaló un panel de emergencia.

—¡Pues ábralos! ¡Mande una brigada para que abran manualmente las escotillas!

—Imposible —repitió Halsey, impotente—. Cuando están inundados, no se puede. No hay sistema manual.

—¡Maldita sea con la automatización! ¿En qué estado están los otros dos módulos?

—Operativos. Ambos transmiten la potencia máxima a las hélices, pero nuestra velocidad se

ha reducido a veinte nudos.

—Pues ahora, sin los módulos de popa, Mason gobernará el barco con la potencia de los motores. —LeSeur echó un vistazo al oficial de guardia—. ¿Tiempo estimado para las Carrion Rocks?

—A esta velocidad y con este rumbo, treinta y cinco minutos, señor.

Miró por las ventanas del puente al castillo de proa del *Britannia*, que aún surcaba el mar con una fuerza imparable. Veinte nudos, sí, pero la situación seguía siendo desesperada. ¿Qué opciones tenían? Que él supiera, ninguna.

—Voy a dar la orden de abandonar el barco —dijo.

Se hizo un gran silencio en todo el puente.

—Perdone, señor... ¿con qué? —preguntó el ingeniero jefe.

—Con los botes salvavidas, naturalmente.

—¡Ni se le ocurra! —exclamó repentinamente una voz de mujer.

Al volverse, LeSeur vio que en el puente auxiliar había entrado la componente femenina del equipo de Gavin Bruce, Emily Dahlberg. Tenía el vestido roto y empapado. Se quedó mirándola con cara de sorpresa.

—No pueden usar los botes salvavidas —repitió ella—. Gavin y Niles Welch han hecho una prueba y se les ha reventado el bote.

—¿Reventado? —repitió LeSeur—. ¿Dónde están Liu y Crowley? ¿Por qué no han venido a informarme?

—Los pasajeros han asaltado la cubierta de los botes salvavidas —dijo Dahlberg, sin aliento—, y han atacado a Liu y a Crowley. Es posible que estén muertos. Después han echado al mar otro bote, que también se ha reventado al chocar contra el agua.

La impresión fue tan grande, que nadie dijo nada.

LeSeur se volvió hacia el oficial de radio.

—Active el mensaje automático de evacuación.

—¡Ya la ha oído, señor! —intervino Kemper—. Los botes serían ataúdes flotantes. Además, en las circunstancias ideales se tardan tres cuartos de hora en llenar y lanzar los botes salvavidas, y nos quedan treinta minutos. Chocaremos con todos los pasajeros agrupados en las galerías abiertas de los botes, que están llenas de vigas de acero. Será una carnicería. La mitad caerá por la borda y la otra mitad se llevará un impacto brutal.

—Embarcaremos a todos los que podamos y los mantendremos en los botes hasta el impacto, que será cuando los lanzaremos.

—La fuerza del impacto podría hacer descarrilar los botes. Se atascarán en la cubierta y ya no se podrán lanzar. Se hundirán con el barco.

LeSeur se volvió hacia Halsey.

—¿Es cierto?

Halsey tenía la cara absolutamente pálida.

—Creo que es correcto, señor.

—¿Cuál es la alternativa?

—Meter a los pasajeros en los camarotes y que se preparen para el impacto.

—¿Y luego? ¡En cinco minutos se hundirá el barco!

—Entonces cargamos y lanzamos los botes salvavidas.

—¡Pero si acaban de decir que el impacto podría hacerlos descarrilar!

Dándose cuenta de que hiperventilaba, LeSeur hizo un esfuerzo para calmarse.

—A veinte nudos habrá menos destrozos, y el impacto no será tan fuerte. Como mínimo habrá algunos botes que no saldrán de los raíles, y que aún puedan usarse. Al ser más suave el impacto, quizá dispongamos de más tiempo antes de... hundirnos.

—¿Quizá? No me basta.

—Pues es lo único que hay —dijo Halsey.

LeSeur volvió a limpiarse la sangre que le caía sobre el ojo, y la arrojó con un chasquido de los dedos antes de volverse nuevamente hacia el oficial de radio.

—Mande un mensaje general por la megafonía. Que todos los pasajeros vuelvan inmediatamente a sus camarotes, sin excepciones, y que se pongan los dispositivos de flotación que hay debajo de las camas. Después, que se echen en la litera con los pies por delante, en posición fetal, y que se protejan con almohadas y mantas. Si no pueden llegar al camarote, que se sienten en el primer sillón que encuentren y adopten una postura de protección, con las manos detrás de la cabeza y la cabeza entre las rodillas.

—Sí, señor.

—Inmediatamente después del impacto, que vayan todos a los puntos de evacuación, como en los simulacros, y que no se lleven nada en absoluto salvo los chalecos salvavidas. ¿Entendido?

—Sí, señor.

El oficial de radio se giró otra vez hacia su terminal. Al cabo de un momento sonó la sirena, y una voz dio las órdenes por el sistema de megafonía.

LeSeur se volvió hacia Emily Dahlberg.

—Supongo que la orden también es válida para usted. Será mejor que vuelva a su camarote.

Dahlberg le miró un momento y asintió.

—Ah, señora Dahlberg... Gracias.

La mujer se fue del puente.

Tras ver cómo se cerraba la escotilla, la mirada de LeSeur se posó, más torva, en el monitor que ofrecía una imagen poco definida del timón. Mason seguía en el lugar de siempre, con una mano en el timón y la otra apoyada en las dos palancas de los módulos de proa, manteniendo el rumbo mediante una serie de ligeros ajustes en la velocidad de las hélices.

LeSeur pulsó el botón de transmisión del interfono que comunicaba los dos puentes, y se inclinó hacia él.

—¿Mason? Sé que me oye.

Silencio.

—¿De verdad piensa hacerlo?

La mano blanca de la capitana soltó la palanca y tocó la tapa de un pequeño tablero, como si fuera su respuesta. La abrió, accionó dos controles y volvió a posarla sobre las palancas, que empujó al máximo.

Los motores respondieron con una profunda vibración.

—Madre mía... —dijo Halsey al mirar el panel de motores—. Está forzando las turbinas al límite.

El barco aceleró con un potente impulso. LeSeur vio cómo subía lentamente el indicador de velocidad, y su corazón dio un vuelco. Veintidós nudos. Veinticuatro. Veintiséis.

—¿Cómo es posible? —preguntó, atónito—. ¡Hemos perdido la mitad de la propulsión en popa!

—Está forzando las turbinas muy por encima de lo permitido —dijo Halsey.

—¿Hasta dónde llegan?

—No estoy seguro. Las está forzando por encima de cinco mil revoluciones. —Halsey se inclinó para tocar una de las pantallas, como si no se lo creyera—. Y ahora está poniendo en rojo los cuatro motores diesel Wärtsilä, dirigiendo el exceso de potencia hacia los dos módulos que quedan.

—¿Se quemarán?

—¡Por supuesto, pero tardarán demasiado, joder!

—¿Cuánto?

—Mason puede seguir así... treinta o cuarenta minutos.

LeSeur echó un vistazo al chartplotter. El *Britannia* volvía a aproximarse a los treinta nudos, y las Carrion Rocks quedaban a doce millas náuticas.

—Sólo le hacen falta veinticuatro minutos —dijo despacio.

Pendergast estaba postrado en una noche angustiosa. En su último esfuerzo, casi sobrehumano, por defenderse, había recurrido a todos los nuevos poderes intelectuales recibidos del Agoyzen... y los había agotado sin que sirvieran de nada. La tulpa se le había metido en el tuétano, en lo más hondo de su mente. Sentía en su interior algo atrocemente ajeno, como la despersonalización propia de un ataque de pánico. Una entidad hostil le estaba devorando sin tregua, implacablemente... y, como en las parálisis de las pesadillas, él no podía oponer resistencia. Era una agonía psíquica mucho peor que la más espantosa tortura física.

Lo soportó durante un momento interminable e indescriptible, hasta que de pronto se cerró sobre él una grata oscuridad.

No sabía cuánto tiempo había permanecido sin poder pensar ni moverse. De repente, una voz salió de la oscuridad. Una voz conocida.

—¿No te parece que va siendo hora de que hablemos? —dijo la voz.

Lentamente, vacilando, Pendergast abrió los ojos, y se vio en un espacio pequeño y en penumbra, con un techo bajo e inclinado. En un lado había una pared de yeso cubierta con mapas de tesoros dibujados por niños y con imitaciones torpes a lápiz y pastel de cuadros famosos; en el otro una puerta de celosía. Por los listones se filtraba la luz débil de la tarde, que, a la vez que iluminaba perezosas motas de polvo suspendidas en el aire, bañaba el espacio secreto con la luz misteriosa de una cueva submarina. Por los rincones había libros de Howard Pyle, Arthur Ransome y Booth Tarkington. Olía muy bien, a madera vieja y a cera para suelos.

Frente a Pendergast estaba su hermano Diógenes, con los brazos y las piernas en la oscuridad, aunque la luz de la celosía subrayaba las facciones marcadas de su rostro. Aún tenía los dos ojos de color marrón claro... como antes del Acontecimiento.

Era el escondrijo de los dos hermanos, el pequeño cuarto que se habían hecho detrás de la escalera trasera de la vieja casa: lo que llamaban la Caverna de Platón, una de las últimas cosas que habían hecho juntos, antes de que llegara la mala época.

Pendergast le miró fijamente.

—Tú estás muerto.

—Muerto. —Diógenes pronunció la palabra como si la saborease—. Puede que sí, puede que no, pero siempre estaré vivo en tu mente. Y en esta casa.

Era algo totalmente inesperado. Pendergast se detuvo a examinar sus sensaciones, y se dio cuenta de que ya no sentía el dolor atroz y taladrante de la tulpa, al menos de momento. No sentía

nada, ni sorpresa ni sensación de irrealidad. Supuso que estaba en algún recoveco insospechado e insondablemente profundo de su subconsciente.

—Estás en una situación bastante grave —dijo su hermano—, quizá la más grave en la que te he visto, y lamento tener que reconocer que esta vez no es obra mía. Así que volveré a preguntártelo: ¿no te parece que va siendo hora de que hablemos?

—No puedo vencerla —dijo Pendergast.

—Por eso.

—Y no se la puede matar.

—En efecto. Sólo se irá después de haber cumplido su misión, pero eso no significa que no se la pueda controlar.

Pendergast titubeó.

—¿Qué quieres decir?

—Ya has estudiado los textos, y has puesto en práctica las enseñanzas. Las tulpas son cosas de las que uno no se puede fiar.

Pendergast no contestó enseguida.

—Se pueden invocar para un objetivo concreto, pero una vez invocadas tienden a desviarse y a formarse un pensamiento propio. Es una de las razones por las que pueden ser tan altamente peligrosas si se usan... ¿cómo te lo diría?... irresponsablemente. Lo cual podría redundar en tu provecho.

—No estoy seguro de entenderte.

—¿Tengo que explicártelo con pelos y señales, *frater*? Ya te lo he dicho: puedes someter a una tulpa a tu voluntad. Basta con modificar sus intenciones.

—Yo no estoy en estado de modificar nada. Ya he luchado contra ella; lo he hecho con todas mis fuerzas, y he salido derrotado.

Diógenes se sonrió.

—Muy propio de ti, Aloysius; estás tan acostumbrado a obtenerlo todo con tanta facilidad, que a la primera dificultad te plantas como un niño caprichoso.

—Han absorbido de mí todo lo que me hacía único, como el tuétano de un hueso. No queda nada.

—Te equivocas. Lo único que te han arrancado es el caparazón externo, esa supuesta invencible arma intelectual de la que te habías pertrechado hacía poco tiempo. Queda el meollo de tu ser, al menos de momento. Si te lo hubieran quitado del todo, lo sabrías... y no estaríamos hablando.

—¿Qué hago? Ya no puedo resistir.

—Claro, ése es el problema, lo planteas de forma errónea. ¿Ya no te acuerdas de nada de lo que te enseñaron?

Al principio, Pendergast miró a su hermano sin entender nada. Después lo comprendió de golpe.

—El lama —musitó.

Diógenes sonrió.

—Bravo.

—¿Cómo...? —Pendergast se quedó bastante rato callado—. ¿Cómo sabes todo eso?

—Tú también lo sabes; lo que ocurre es que durante unos momentos has estado demasiado... alterado para verlo. Y ahora vete y no vuelvas a pecar.

Apartando la vista de su hermano, miró las franjas de luz dorada que se filtraban por la puerta, y se dio cuenta con cierta sorpresa de que tenía miedo; de que lo último que le apetecía era cruzar aquella puerta.

Respiró hondo y la abrió con un gran esfuerzo de voluntad.

Nuevamente le engulló una oscuridad abismal y apasionada; apareció otra vez la cosa ávida y envolvente; Pendergast sintió otra vez en su interior aquello tan atrocemente ajeno que penetraba por igual sus pensamientos y sus extremidades, insinuándose en sus más primitivas emociones, en una violación más íntima, voraz e insaciable de lo que jamás había imaginado. Sentía una soledad absoluta, imposible, más allá de cualquier compasión o socorro, y que, de alguna manera, le pareció peor que cualquier sufrimiento.

Respiró una vez más, invocando sus últimas reservas de energía física y emocional. Sabía que sólo tendría una oportunidad. Después se perdería para siempre, consumido absolutamente.

Vaciando su mente lo mejor que pudo, se olvidó de la cosa voraz y recordó las enseñanzas del lama acerca del deseo. Se imaginó dentro de un lago bastante salobre, exactamente a la temperatura corporal, y de un color indeterminado. Se imaginó que flotaba en sus aguas, en una inmovilidad perfecta. Después llegó lo más difícil: dejar de resistirse, lentamente.

«¿Temes la aniquilación?», se preguntó a sí mismo.

Una pausa. «No.»

«¿Te importa ser absorbido en el vacío?»

Otra pausa. «No.»

«¿Estás dispuesto a renunciar a todo?»

«Sí.»

«¿A entregarte completamente a ello?»

Más rápido esta vez. «Sí.»

«Pues entonces estás preparado.»

Tras un largo estremecimiento, sus brazos y sus piernas se relajaron. Pendergast sintió en todo su ser mental y físico (en cada músculo, en cada neurona) que la tulpa vacilaba. Hubo un momento extraño, inefable, en el que todo quedó estático. Después la cosa redujo lentamente su presión.

En ese momento, Pendergast dejó que se formase en su mente una imagen nueva, única, poderosa e inexorable.

Oyó otra vez la voz de su hermano, como viniendo de muy lejos: «Vale, *frater*».

Por unos instantes, Diógenes se hizo visible. Después empezó a difuminarse con la misma rapidez.

—Espera —dijo Pendergast—, no te vayas.

—No puedo quedarme.

—Tengo que saber una cosa. ¿Estás muerto de verdad?

Diógenes no respondió.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué me has ayudado?

—No lo he hecho por ti —contestó Diógenes—. Lo he hecho por mi hijo.
Y se borró en la omnipresente oscuridad, con una leve y enigmática sonrisa.

Constance estaba sentada junto a Pendergast, en el sillón de orejas. Había levantado la pistola una docena de veces para apuntar al corazón de su tutor, y otras tantas había vacilado. Prácticamente no se había dado cuenta de que el barco volvía bruscamente a la horizontalidad y recuperaba la velocidad. Para ella ya no existía.

No podía esperar más. Era una crueldad dejar que siguiera sufriendo. Pendergast siempre la había tratado bien, y debía respetar lo que, según creía Constance, habría sido su deseo. Apretó la culata y levantó la pistola, por fin decidida.

El cuerpo de Pendergast sufrió una fuerte convulsión. Al cabo de un momento sus ojos se abrieron.

—¿Aloysius? —preguntó Constance.

Al principio, Pendergast no se movió. Después asintió con un gesto imperceptible de la cabeza.

De repente, Constance reparó en el fantasma de humo. Se había materializado en el hombro del agente. Tras un momento de inmovilidad, flotó hacia un lado y hacia el otro. Casi parecía un perro buscando un rastro. Poco después empezó a alejarse.

—No intervengas —susurró Pendergast.

Por unos instantes, Constance temió que persistiera el espantoso cambio, pero el agente abrió otra vez los ojos y su mirada despejó inmediatamente cualquier duda.

—Has vuelto.

Él asintió.

—¿Cómo? —susurró ella.

La respuesta fue un murmullo.

—Lo que asimilé al contemplar el Agoyzen se ha consumido durante la lucha, un poco como el vaciado de una escultura de metal con el procedimiento de la cera perdida. Ahora sólo queda el... original.

Levantó una mano sin fuerzas. Constance se arrodilló a su lado y se la apretó sin decir nada más.

—Déjame descansar —susurró él—. Sólo dos minutos. Después tendremos que irnos.

Constance asintió, mirando el reloj de la chimenea. Por encima de su hombro, la tulpita se alejaba flotando. Cuando Constance se volvió para mirarla, pasó por encima del cuerpo inmóvil de Marya —todavía inconsciente—, atravesó la puerta de la suite y (lenta pero implacable) se fue hacia el misterio.

En el puente auxiliar, LeSeur miraba fijamente por las ventanas. La proa del barco surcaba a gran velocidad el encrespado mar, golpeando las olas con el casco y lanzando cortinas de agua verde sobre el castillo de proa. La niebla se estaba despejando. Casi ya no llovía, y la visibilidad había aumentado más de un kilómetro.

Nadie decía nada. LeSeur se había estrujado la cabeza en busca de una escapatoria, pero no había ninguna. Lo único que podían hacer era mirar los instrumentos electrónicos, sobre los que no tenían ningún poder. Según el chartplotter, las Carrion Rocks estaban dos millas náuticas a proa. Sintió que le caían gotas de sudor y sangre sobre los ojos, irritándolos.

—Tiempo estimado para las Carrion Rocks, cuatro minutos —dijo el tercer oficial.

El vigía estaba en la ventana, con los prismáticos en alto y los nudillos blancos.

—Señor, creo que debería ordenar al personal del puente que adopte una postura de defensa contra... la inminente colisión.

LeSeur asintió con un nudo en el estómago. Después se volvió y pidió atención por señas.

—Oficiales y personal del puente —dijo—, quiero que todos ustedes se echen al suelo en posición fetal, con los pies por delante y las manos detrás de la cabeza. La colisión puede durar, así que no se levanten hasta que estén muy seguros de que el barco está parado.

—¿Yo también, señor? —preguntó el vigía.

—Usted también.

Se echaron todos en el suelo, con reticencia y poca naturalidad, y adoptaron la postura defensiva.

—¿Señor? —dijo Kemper a LeSeur—. No podemos permitirnos un capitán herido en el momento crítico.

—Un minuto.

LeSeur echó un último vistazo al monitor que recibía la señal del puente de mando. Mason seguía impertérrita al timón, como si fuera la más rutinaria de las travesías, con una mano tranquilamente apoyada sobre la rueda mientras con la otra se acariciaba un mechón de pelo que había escapado de la gorra.

Con el raballo del ojo, LeSeur distinguió algo al otro lado de las ventanas del puente. Enfocó la vista en aquel punto.

Justo a proa, a algo más de una milla, vio emerger de la niebla una mancha de color claro que se convirtió en pocos instantes en una línea blanca, bajo el borroso horizonte. Supo que se trataba

del violento oleaje que rompía en el borde exterior de las Carrion Rocks. Fascinado de horror, contempló la división de la línea blanca en una sucesión enfurecida de grandes olas que surgían en torno a los arrecifes exteriores, estallaban por encima de las rocas y creaban géiseres de la altura de un pequeño rascacielos. Tras la espumosa agua blanca, vio elevarse una serie de volúmenes rocosos, como negras torres en ruinas de un lúgubre castillo submarino.

Nunca había visto nada tan aterrador en todos sus años de marino.

—¡Al suelo, señor! —exclamó Kemper, que ya se había echado.

Pero LeSeur no podía. Era incapaz de apartar la vista de lo que se erguía ante sus ojos. Muy pocos seres humanos habían visto el infierno, y para él aquella vorágine de agua y rocas puntiagudas eran el mismísimo infierno, algo mucho peor que simple fuego y azufre; un infierno frío y negro de agua.

¿A quién pretendían engañar? No habría supervivientes. Ni uno solo.

«Por favor, Dios, al menos que sea rápido.»

Justo entonces vio que algo se movía en el monitor de circuito cerrado. También Mason había visto las rocas. Inclínada, ansiosa, parecía propulsar el barco con la ayuda de su pura voluntad para materializar su anhelo de hundirlo en las profundidades. Pero de repente pasó algo extraño: la capitán dio un respingo y se volvió para clavar la vista en algo que no aparecía en la pantalla. Después retrocedió y se apartó del timón con una mirada de absoluto terror. Sus pasos la llevaron fuera del campo de visión del monitor. Por un momento no sucedió nada. Después, la pantalla recogió un extraño estallido de estática, como una nube de humo, que cruzaba el campo visual en la dirección en la que se había ido Mason. LeSeur dio un golpe al monitor, dando por supuesto que era un error técnico, pero entonces sus auriculares, que estaban sintonizados en la frecuencia del puente, transmitieron un grito espeluznante: Mason. La capitán reapareció; avanzaba dando tumbos. La nube (era como humo, efectivamente) giró a su alrededor. Mason la inhaló, mientras se clavaba los dedos en el pecho y en la garganta. Se le cayó de la cabeza su gorra de capitán y su pelo empezó a zarandearse en todos los sentidos. Sus brazos y sus piernas sufrieron una serie de espasmos de lo más insólitos, como si se estuviera peleando con su propio cuerpo. A LeSeur se le pusieron los pelos de punta, porque le hicieron pensar en una marioneta resistiéndose al marionetista. Mason se acercó al tablero con los mismos movimientos espasmódicos. Sus extremidades, envueltas en humo, se agitaron con fuerza renovada. Después, LeSeur vio que tendía una mano (involuntariamente, al parecer) y pulsaba un botón. A continuación pareció que la nube se metiera aún más dentro de ella, lanzándose por su garganta, mientras la capitán daba zarpazos en el aire y sus brazos y piernas sufrían lo que era ya una agonía. Cayó de rodillas, haciendo una caricatura de rezo con las manos. Al final rodó por el suelo chillando, donde no llegaba la cámara.

LeSeur contempló la pantalla durante un segundo, sin moverse, con una mezcla de sorpresa e incredulidad. Después cogió la radio y marcó la frecuencia de los vigilantes apostados fuera del puente.

—LeSeur a seguridad del puente. ¿Qué demonios está ocurriendo ahí?

—No lo sé, señor —fue la respuesta—, pero se ha cancelado la alerta de código 3, y acaban de abrirse los cierres de seguridad de la escotilla del puente.

—¿Y a qué coño esperan? —vociferó LeSeur—. ¡Entre y gire a babor! ¡A babor, hijo de puta!
¡Ahora mismo!

Emily Dahlberg había salido del puente auxiliar y seguía la orden de volver a su camarote. Al parecer el barco mantenía su máxima velocidad. Bajó por una escalera a la cubierta 9, y al final de un pasillo llegó a un balcón con vistas al nivel más alto del Gran Atrio.

Lo que vieron sus ojos la dejó de piedra. El agua se había filtrado en las cubiertas inferiores, dejando un rastro de muebles empapados y rotos, alambres, algas, paneles de madera, trozos de moqueta, cristales rotos y algún que otro cuerpo inmóvil. Olía desagradablemente a agua de mar.

Sabía que tenía que ir a su camarote y prepararse para el choque; había oído la discusión en el puente auxiliar, y el anuncio por el sistema de megafonía, pero llegó a la conclusión de que su suite, situada en aquella misma cubierta, la 9, quizá no fuera un lugar tan seguro. Se le ocurrió que podía ser mejor salir a una de las cubiertas inferiores, cerca de la popa, lo más lejos posible del punto de impacto. Tal vez desde allí podría saltar al agua cuando ya hubiera pasado todo; patética esperanza, por supuesto, pero al menos parecía un riesgo preferible a quedarse encerrada en un camarote cuarenta metros por encima del agua.

Bajó corriendo ocho niveles, cruzó un arco y se dirigió hacia la popa, sorteando los escombros mojados que abarrotaban el suelo del Gran Atrio. El elegante papel de pared del King's Arms estaba manchado con una línea oscura que indicaba el nivel máximo al que había llegado el agua. Al pasar junto a los restos del piano, rehuyó la visión de una pierna aplastada que salía de la caja de resonancia.

Ahora que todo el mundo estaba en el interior de los camarotes, el *Britannia*, silencioso y desierto, parecía un barco fantasma. Pero se oía algo: un llanto. Al volverse vio a un niño de unos once años sin camisa, empapado, en cuclillas entre los escombros, y se le llenó el corazón de compasión.

Se acercó a él.

—Hola, jovencito —dijo, intentando parecer animada y hablar en un tono normal.

El niño se quedó mirándola. Ella le tendió una mano.

—Ven conmigo, ahora mismo te sacaré de aquí. Me llamo Emily.

El niño le cogió la mano. Tras ayudarlo a levantarse, Emily se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros. El pequeño temblaba de miedo. Ella lo rodeó con un brazo.

—¿Dónde está tu familia?

—Mi mamá y mi papá —explicó él con acento inglés—. No los encuentro.

—Apóyate en mí, yo te ayudo. No tenemos mucho tiempo.

Otro sollozo ahogado. Emily se lo llevó del Gran Atrio. Cruzaron el centro comercial de Regent Street (vacío, con todas las persianas cerradas) y el pasillo lateral que llevaba a la cubierta exterior. Dahlberg se detuvo en un puesto de emergencia para coger dos chalecos salvavidas. Cuando los tuvieron puestos, fueron hacia la escotilla.

—¿Adónde vamos? —preguntó el niño.

—Fuera, a cubierta. Estaremos más seguros.

Poco después de abrir la escotilla y ayudarle a salir, Emily se quedó empapada por la espuma que llevaba el viento. Vio varios aviones que, inútilmente, sobrevolaban el barco en círculos. Se acercó a la borda sin soltar la mano del niño, con la intención de ir hacia la popa. Los motores chirriaban, zarandeando el barco como un terrier a una rata.

Se volvió a mirar al niño.

—Vamos, que... —empezó a decir, pero se le apagó la voz en la garganta.

Acababa de ver sobre el hombro del niño, ante la proa del *Britannia*, una línea de olas blancas que se deshacían contra una hilera negrísima de rocas afiladas como colmillos. Sus labios dejaron escapar un grito. El niño se volvió y quedó hipnotizado. El mortífero muro se acercaba a gran velocidad. No tendrían tiempo de llegar a popa; apenas lo tendrían para prepararse para el impacto.

Los oídos de Emily recogieron el choque del oleaje en las rocas, una profunda vibración que parecía propagarse por todo su cuerpo. Cogió al niño entre sus brazos.

—Sabes, nos quedaremos aquí —dijo sin aliento—. Nos apoyaremos en la pared.

Se refugió en la superestructura, cogiendo en brazos al niño, que volvía a llorar. Se oyó un grito en lo alto, una nota solitaria como de gaviota extraviada.

Si tenía que morir, al menos que fuera dignamente, con otro ser humano en brazos. Le estrechó contra su pecho, cerró los ojos y empezó a rezar.

De repente, el ruido del motor cambió. El barco se escoró con un nuevo movimiento. Emily abrió los ojos, casi con miedo a tener esperanza, pero era verdad: el barco estaba empezando a virar. Se levantó y se llevó al niño cerca de la borda, sin dar crédito a lo que veía: la línea de las olas se acercaba, pero no tan deprisa como antes. El barco siguió dando guiñadas, a la vez que el mar, cada vez más picado, batía contra el casco; pero entre una y otra cortina de espuma, Emily vio que las rocas negras se deslizaban muy cerca de la proa (girando, girando sin cesar), hasta que empezaron a correr en paralelo, y la monstruosa línea de olas pasó junto al flanco de estribor, tan cerca que las rocas más próximas prácticamente rozaron el casco, que chocaba con las olas enhiestas.

Y de repente dejaron atrás el último colmillo, inmerso en su vorágine; el ruido de las olas perdió fuerza, y el barco siguió navegando a una velocidad significativamente menor. Por encima del lamento de los motores y del fragor del oleaje, Emily reconoció otro sonido: aplausos.

—Bien —dijo, volviéndose hacia el niño—, ¿vamos a buscar a tus papás?

Mientras volvía a la escotilla, con las piernas temblorosas, Emily Dahlberg se permitió una pequeña sonrisa de alivio.

S cott Blackburn estaba sentado, cruzado de piernas, entre las ruinas del tríplex Penhurst. El salón del camarote era la viva imagen de la destrucción: exquisitas porcelanas, cristales preciosos, óleos extraordinarios, esculturas de jade y mármol... todo reducido a escombros por el suelo, acumulado sin ton ni son al pie de una de las paredes.

Blackburn no le prestaba la menor atención. Durante la crisis se había refugiado en un armario junto a su más preciada y valiosa posesión, la única, a la que protegía de cualquier daño con sus brazos. Pero ahora que había pasado lo peor y que habían puesto rumbo a puerto (desenlace del que él jamás había dudado), dicha posesión volvía a estar colgada en la sala de estar, en el mismo gancho de oro.

Posesión... no, eso no era cierto; si había algún poseído, era él por ella.

Se ciñó la túnica de monje alrededor de su cuerpo atlético para sentarse en el suelo delante del Agoyzen, adoptando la posición del loto pero sin permitir que su vista recayese ni una sola vez en el mandala. Estaba solo, maravillosamente solo (que él supiera, su criada personal podía estar incluso muerta), y no habría nadie que interrumpiese su comunicación con lo interminable y lo infinito. Su cuerpo se estremeció de placer sólo de pensar en lo que tenía por delante. Era como una droga (la más perfecta, extática y liberadora de ellas). Nunca le cansaba.

Pronto el resto del mundo compartiría su necesidad.

Permaneció sentado sin moverse. En poco tiempo también se sosegaron los latidos de su corazón, y su inquietud mental. Finalmente, con una parsimonia a la vez deliciosa y exasperante, permitió que su cabeza se levantara y que sus ojos contemplasen la maravilla y el misterio infinitos del Agoyzen.

Sin embargo, justo en ese momento, algo se inmiscuyó en su intimidad; un escalofrío inexplicable hizo temblar sus brazos y sus piernas por debajo de la seda. Se dio cuenta de que en la habitación empezaba a oler mal, como a hongos y a bosque tupido, un hedor que sepultaba por completo la suave fragancia de las velas de mantequilla. El asco ahuyentó los sentimientos de expectación y deseo. Era como si... pero no, eso era imposible.

Con un repentino temor, se volvió para mirar por encima del hombro; y cuál fue su horror, cuál su trascendental consternación, al ver que estaba ahí: no dando caza a su enemigo, sino acercándose a él con una avidez y un deseo que podían palpase. Se levantó de prisa, pero ya lo tenía encima, penetrándole, llenando tanto sus extremidades como sus pensamientos con su necesidad ardiente que todo lo consumía. Blackburn retrocedió con un grito ahogado. Una mesita

le hizo tropezar y caer al suelo con todo su peso, aunque a esas alturas ya sentía que le estaban chupando toda la esencia vital, que se la estaban succionando sin tregua, por completo, llevándole hacia un vacío negro e inquieto, del que no había regreso posible...

Pronto la calma volvió al triplex Penhurst. Los gritos guturales, los sonidos de lucha, se perdieron en un aire que olía a humo y a sal. Pasó un minuto. Dos. Alguien abrió la puerta principal de la suite con una tarjeta maestra, y apareció el agente especial Pendergast, que se quedó en la entrada, observando con sus ojos claros la devastación. Después, saltando por encima del revoltijo de piezas artísticas rotas con la precisión de un gato, penetró en la sala de estar. Scott Blackburn estaba de bruces en la moqueta, inmóvil, con los brazos y las piernas encogidos y torcidos en ángulos grotescos, como si se lo hubieran chupado todo, los huesos, los tendones y las vísceras, dejando una bolsa flácida y vacía de piel. Pendergast apenas le dedicó una mirada.

Pasando por encima del cuerpo, se acercó al Agoyzen y extremó las precauciones para no mirarlo, a la vez que tendía una mano como quien se apresta a coger a una serpiente venenosa. Tras dejar caer el velo de seda sobre la pintura, palpó los bordes con cuidado para asegurarse de que estuviera tapada hasta el último centímetro. Sólo entonces se volvió hacia ella para levantarla de su gancho de oro, enrollarla con cuidado y ponérsela debajo del brazo. Después se retiró con sigilo y rapidez de la suite.

Patrick Kemper, jefe de seguridad del *Britannia*, estaba en el puente, viendo pasar la torre Cabot sobre el acantilado, a la entrada del puerto de St. John's. Se oía el rumor de palas del enésimo helicóptero de urgencias médicas que despegaba del castillo de proa cargado de pasajeros con heridas graves. Los vuelos eran continuos desde el final de la tormenta y desde que el barco se había puesto a tiro de la costa. El sonido de las palas cambió de tono cuando el helicóptero subió, cruzó fugazmente el campo visual del puente y dio media vuelta para desaparecer en las alturas. El barco era como zona de guerra, y Kemper se sentía como un soldado traumatizado que regresa del frente.

El gran barco cruzó los Narrows y siguió reduciendo la velocidad, mientras las dos hélices temblaban en sus módulos. LeSeur y el piloto del puerto de St. John's se esforzaban por no perder el control del barco, que ahora era muy difícil de manejar: sin los módulos giratorios de propulsión, el *Britannia* era tan maniobrible como la carcasa flotante de una ballena. El único atracadero de St. John's con capacidad para acoger el barco estaba en el puerto de contenedores. A medida que dos remolcadores empujaban el buque hacia estribor, fue haciéndose visible la larga y herrumbrosa plataforma, rodeada por un cúmulo de grúas gigantes para contenedores. Un superpetrolero se había apresurado a dejarla libre, y ahora estaba anclado en el puerto.

Mientras el *Britannia* seguía virando hacia el atracadero, Kemper vio que el muelle parecía salido de una película de catástrofes. Había decenas de vehículos de emergencia, ambulancias, camiones de bomberos, furgones del depósito de cadáveres y coches patrulla listos para recibir muertos y heridos, en un mar de luces parpadeantes y sirenas lejanas.

Kemper estaba absolutamente exhausto. Le palpitaba la cabeza, y veía borroso por la falta de sueño y el estrés prolongado. Ahora que el suplicio había llegado a su fin, sus preguntas se centraban en las tristes repercusiones: demandas judiciales, curiosidad morbosa de la prensa, cruce de acusaciones... Porque lo primero en el orden del día sería buscar a los culpables, y Kemper sabía perfectamente que él, como jefe de seguridad, y LeSeur (una de las personas más cabales con las que había trabajado en toda su vida) cargarían con el muerto. Tendrían suerte si se libraban de una acusación penal, sobre todo LeSeur. Cutter había sobrevivido y sería un enemigo implacable.

Echó un vistazo al primer oficial, inclinado hacia el ECDIS junto al piloto del puerto, y se preguntó qué estaría pensando. ¿Era consciente de lo que se avecinaba? Por supuesto. Tonto no era.

En esos momentos, el *Britannia* se movía exclusivamente a remolque. Lo estaban arrimando al muelle. Al otro lado del puerto, por encima de la torre, Kemper vio los helicópteros de los informativos; no les estaba permitido acceder al espacio aéreo del barco, pero estaban consiguiendo muchas fotos a distancia. Seguro que en ese mismo instante el maltrecho perfil del *Britannia* estaba siendo transmitido en directo a millones de telespectadores. Era uno de los peores desastres marítimos de la historia, o como mínimo el más extraño.

Tragó saliva. Más valía empezar a acostumbrarse, porque en adelante su vida sería así: Patrick Kemper, jefe de seguridad durante el viaje inaugural del *Britannia*. Sería conocido por eso hasta mucho después de su muerte. Aquéllos eran sus dudosos argumentos para hacerse famoso.

Para intentar no pensar en esas cosas se concentró en las pantallas de seguridad del barco. Al menos se habían estabilizado todos los sistemas, que era más de lo que podía decirse del barco en sí. No se imaginaba la vista desde el muelle: los ojos de buey y los balcones inferiores de babor abollados por las olas, el lado de estribor de la cubierta 6 abierto como una lata de sardinas por el ala del puente del *Grenfell*... Y dentro aún era peor. Mientras el barco iba renqueante hacia St. John's, Kemper había hecho una inspección de seguridad de las cubiertas inferiores. En el flanco de babor, debajo de la cubierta 4, no había ni un solo cristal por el que no hubiera entrado el agua: ojos de buey, ventanas de cristal blindado, halconeras... El agua había penetrado en las tiendas, restaurantes, casinos y pasillos con la fuerza de una riada, destruyéndolo todo, acumulando los escombros en los rincones y dejando a su paso unos destrozos dignos de un huracán. Las cubiertas inferiores apestaban a agua de mar, comida rancia y cadáveres. A Kemper le había horrorizado la cantidad de víctimas de la inundación; los cadáveres mutilados aparecían por doquier, muchos de ellos embutidos de la manera más horrorosa entre los escombros, y algunos colgando de las lámparas y los apliques. En total habían perdido la vida más de ciento cincuenta personas, entre pasajeros y tripulantes, y los heridos ascendían casi a mil.

Los remolcadores pusieron lentamente el barco en posición. Kemper oyó cómo se filtraba por las ventanas del puente un rumor de sirenas y bocinas. Eran los equipos de emergencia, que se aprestaban a recibir a los centenares de pasajeros y tripulantes heridos que seguían a bordo del barco.

Después de pasarse una mano por la cara, miró una vez más los paneles de los sistemas de seguridad. Tenía que concentrarse en el milagro de que la mayoría había conservado la vida, el milagro ocurrido en el puente justo delante de las Carrion Rocks; aquel milagro para el que no tenía explicación, ni la tendría jamás.

El barco empezó a atracar muy despacio. Varias brigadas de estibadores echaban al muelle gruesos cabos, maniobrándolos con grandes norayes. LeSeur se apartó del radar.

—Señor Kemper —dijo, con una voz que era la quintaesencia del agotamiento—, atracaremos dentro de diez minutos. Por favor, anuncie el procedimiento de evacuación que habíamos decidido.

Kemper asintió con la cabeza y activó el sistema de megafonía para hablar por el micrófono del puente.

«Se ruega atención a todos los pasajeros y a la tripulación. El barco atracará dentro de diez

minutos. Los heridos graves serán evacuados en primer lugar. Repito: los heridos graves serán evacuados en primer lugar. Los demás, que permanezcan en sus camarotes o en el teatro Belgravia en espera de instrucciones. Gracias.»

Oyó resonar su propia voz en el puente por el sistema de megafonía, pero le costó reconocerla. Parecía la de un muerto.

Bajo la llovizna que caía del cielo al amanecer, LeSeur se apoyó en la baranda de teca de la proa del *Britannia* y contempló el enorme barco. Veía grupos oscuros de pasajeros que circulaban por las cubiertas. Oía sus quejas, mezcladas con la lluvia, mientras se situaban frente a la pasarela, todos igual de impacientes por salir del barco. Casi ya no quedaba ningún vehículo de emergencia. Ahora les tocaba desembarcar a los pasajeros que no estaban heridos. A espaldas de LeSeur había varias hileras de autobuses esperando en el muelle para llevar a la gente a los hoteles de la zona y a las casas de los habitantes de Terranova que se habían ofrecido voluntarios.

Mientras los marineros se disponían a quitar la cuerda de la pasarela, las voces de la tripulación se mezclaban con las protestas y amenazas estridentes de los pasajeros. A LeSeur le sorprendió que aún tuvieran fuerzas para estar indignados. Suerte tenían con seguir vivos...

Se había hecho un gran esfuerzo para trazar con cuerdas, cintas y montantes móviles un recorrido para encauzar y gestionar eficazmente el movimiento de los pasajeros. LeSeur vio que el primero de la fila era Kemper. Parecía estar dando las últimas indicaciones a sus hombres. Había que identificar y fotografiar a cada pasajero (órdenes de la Policía Montada) antes de indicarle el autobús que se le había asignado. Sin excepciones.

LeSeur ya sabía que no les gustaría, pero algún tipo de acta legal tenía que levantar la compañía de los pasajeros que habían desembarcado del barco para poder distinguir entre los desaparecidos y los heridos o indemnes. A LeSeur le habían dicho que la compañía quería una foto para impedir denuncias por heridas procedentes de pasajeros que no las hubieran sufrido. Después de lo que había sucedido, todo seguía girando en torno al dinero.

Desbloquearon la pasarela, y empezó a circular el triste flujo de pasajeros, que tenían más parecido con una fila de refugiados. ¿Y quién la encabezaba sino un hombre corpulento con el esmoquin sucio que apartaba a empujones a mujeres y a niños? Se abalanzó pegando gritos por la pasarela; su voz se oyó desde la proa.

—¡Paso, paso, quiero hablar con el que manda! ¡No pienso dejar que me hagan fotos como a un delincuente!

Se abrió camino entre el personal de desembarque que se agolpaba en la base de la pasarela, pero con los estibadores y los agentes de la Policía Montada de St. John's que habían acudido para ayudar en la operación no se jugaba. Le cerraron el paso, y en vista de que se resistía, le esposaron y se lo llevaron a un lado.

—¡Eh, a mí ni tocarme! —bramó—. ¿Cómo os atrevéis? ¡Yo dirijo un fondo de inversión libre de veinticinco mil millones de dólares en Nueva York! ¿Esto qué es, la Rusia comunista?

Le arrastraron inmediatamente hacia un furgón policial, y no paró de gritar hasta que le hicieron subir a la fuerza. Su caso pareció tener un efecto edificante en los que pensaban montar otra escena.

LeSeur hizo un esfuerzo para no prestar más atención al coro de quejas y voces indignadas. Entendía su enfado, y les compadecía, pero lo principal era que se trataba del modo más rápido de sacarles del barco; y aún faltaba encontrar a un asesino en serie.

Llegó Kemper, que se apoyó a su lado en la baranda para tener una visión más amplia del desembarque. Compartieron un momento de complicidad exhausta y silenciosa. Parecía que no hubiese nada que decir.

LeSeur volvió a pensar en las sesiones de preguntas que le esperaban, y se preguntó cómo explicar aquella... cosa tan rara que había visto atacando a Mason. Parecía una posesión diabólica. Desde entonces había repasado mentalmente decenas de veces la secuencia de los acontecimientos, pero seguía tan lejos de entender qué había visto como cuando lo había presenciado por primera vez. ¿Qué diría? ¿«Vi a un fantasma poseyendo a la capitán Mason»? Podía formularlo como quisiera, pero siempre se lo tomarían como una evasiva, un indicio de locura... o algo peor. No, no podía contar lo que había visto realmente. Eso jamás. Diría que Mason había sufrido una especie de ataque, tal vez epiléptico, y se callaría el resto. Que averiguasen los forenses qué le había ocurrido a su cuerpo flácido y deshinchado.

Suspiró al ver desfilar a tanta gente bajo la llovizna, con paso cansino. Ahora ya no se les veía tan poderosos, no; ahora parecían refugiados.

No dejaba de dar vueltas obsesivamente a lo que había visto. O tal vez no lo había visto... Tal vez todo fuera un fallo en la señal del circuito cerrado. En realidad podía ser perfectamente una mota de polvo que se había quedado dentro de la cámara, ampliada cientos de veces y agitada por la vibración de los motores del barco. El estrés y el agotamiento le habían hecho ver algo que no existía.

Sí, era eso. Tenía que serlo.

Sin embargo, pensó en lo que habían encontrado en el puente: el extraño cadáver de la capitán Mason desplomado en el suelo como un saco, con los huesos hechos papilla.

Alguien a quien conocía se acercó, sacándole de sus cavilaciones: un hombre corpulento, con bastón y un clavel blanco en una solapa inmaculada. LeSeur tuvo la sensación de que se le derretían las vísceras: era Ian Elliott, el principal directivo de la North Star Line. Seguro que había venido en avión para encargarse personalmente de que le pasaran por la quilla delante de todos. Kemper, que seguía a su lado, emitió un sonido gutural. LeSeur tragó saliva. Aún iba a ser peor de lo que había imaginado.

Elliott se acercó en un par de zancadas.

—¿Capitán LeSeur?

LeSeur se puso rígido.

—Señor...

—Quería felicitarle.

Fue tan inesperado, que por un momento LeSeur creyó no haber entendido lo que había oído. Quizá fueran alucinaciones. De cansancio para ver cosas raras iba sobrado.

—¿Señor? —preguntó en un tono muy distinto.

—Gracias a su valor, a su conocimiento del mar y a su serenidad, el *Britannia* todavía está a flote. Aún no conozco toda la historia, pero lo que voy sabiendo me hace pensar que el desenlace podría haber sido muy distinto. Quería venir a darle las gracias personalmente.

Elliott tendió una mano.

LeSeur se la estrechó con una sensación de irrealidad.

—Le dejo para que siga con el desembarque, pero cuando hayan bajado todos los pasajeros, si le parece bien, podrá informarme con todo detalle.

—Por supuesto, señor.

—Luego está la cuestión del *Britannia*.

—¿Cuestión? No sé si le entiendo...

—Necesitará un nuevo capitán después de las reparaciones, ¿verdad?

Sonrió ligeramente antes de volverse e irse.

Fue Kemper quien rompió el silencio.

—No puedo creerlo —murmuró.

LeSeur tampoco. Tal vez era la estrategia que habían ideado los relaciones públicas de la North Star: presentarles como héroes que habían salvado la vida a dos mil quinientos pasajeros. O tal vez no. En todo caso, él no pensaba cuestionarlo. Y estaría encantado de contárselo todo a Elliott; bueno, casi todo...

Se acercó un agente de la Policía Montada, interrumpiendo sus reflexiones.

—¿Cuál de ustedes dos es Kemper? —preguntó.

—Yo —dijo el jefe de seguridad.

—Un hombre del FBI quiere hablar con usted.

LeSeur vio salir de las sombras de la superestructura a un hombre delgado. Era el agente del FBI, Pendergast.

—¿Qué quiere? —le preguntó.

Pendergast se acercó a la luz. Llevaba un traje negro, y tenía la cara tan demacrada y cadavérica como todos los que bajaban de aquel desdichado barco. Llevaba una caja larga y fina de caoba debajo de un brazo, y el otro enlazado en el de una joven de pelo corto y oscuro, y ojos profundamente serios.

—Señor Kemper, gracias por este interesantísimo viaje.

Con esas palabras soltó el brazo de la joven e introdujo una mano en el maletín que llevaba.

Kemper le miró con cara de sorpresa.

—A los oficiales de un barco no hace falta darles propina.

—Creo que ésta sí la querrá —contestó Pendergast, sacando del maletín un paquete envuelto en hule y tendiéndoselo.

—¿Qué es? —preguntó Kemper al cogerlo.

Pendergast no dijo nada más. Se limitó a dar media vuelta y a fundirse de nuevo en las sombras del amanecer junto a la joven, hacia la masa humana en movimiento.

LeSeur esperó a que Kemper deshiciera el envoltorio.

—Parecen sus trescientas mil libras —dijo, mientras el jefe de seguridad contemplaba con muda sorpresa los fajos de billetes manchados.

—Nunca había conocido a nadie tan raro —dijo Kemper, como si hablara solo.

LeSeur no le escuchó. Volvía a pensar en el demonio que había engullido a la capitán Mason.

Epílogo

Por fin era verano en el valle de Llölung. El río Tsangpo corría fragoroso por su lecho de guijarros, alimentado por la nieve que se derretía en las grandes montañas del fondo. Las grietas y huecos del suelo del valle se habían llenado de flores. Sobre los picos planeaban las águilas, cuyos agudos gritos resonaban en la gran pared de granito de la cabecera del valle, mezclándose con el rumor constante de la catarata que saltaba por su borde y caía en un solo chorro sobre las rocas de abajo. Más allá se erguían las tres grandes cumbres, el Dhaulagiri, el Annapurna y el Manaslu, envueltas en glaciares y nieves eternas, como tres reyes fríos y remotos.

Pendergast y Constance, montados a caballo, subían uno al lado del otro por la estrecha senda, seguidos por un poni de carga que llevaba en el lomo una caja larga, envuelta en una lona.

—Deberíamos llegar antes de la puesta de sol —dijo Pendergast, observando el camino que ascendía sinuoso y desdibujado por la pared de granito.

Siguieron adelante en silencio.

—Me parece sorprendente —dijo Pendergast— que con lo adelantado que está Occidente en tantos aspectos, siga en la prehistoria en lo relativo a comprender los mecanismos más profundos de la mente humana. El Agyozen es un ejemplo perfecto del gran adelanto que le lleva Oriente en este aspecto.

—¿Tienes alguna idea más sobre cómo funciona?

—Pues ahora que lo dices, el otro día, por pura coincidencia, leí un artículo en *The Times* que podría aclarar un poco las cosas. Trataba de un objeto matemático descubierto hace poco que recibe el nombre de E8.

—¿E8?

—Lo descubrió un equipo de científicos del MIT. Para dibujar una imagen del E8 fue necesario que un superordenador resolviera doscientas mil ecuaciones, para lo cual empleó cuatro años; aunque ellos mismos reconocen que era una imagen muy imperfecta. En el periódico salía una reproducción tosca. Al verla me llamó la atención su similitud con el mandala Agyozen.

—¿Qué aspecto tiene?

—Bastante indescriptible. Es una imagen de una complejidad alucinante hecha de líneas, superficies y puntos entrelazados, esferas dentro de otras esferas, que ocupa casi doscientas cincuenta dimensiones matemáticas. Dicen que el E8 es el objeto más simétrico posible. Es más: los físicos creen que podría ser una representación de la estructura interna profunda del universo, de la auténtica geometría del espacio-tiempo. Resulta increíble pensar que hace mil años unos

monjes de la India descubrieran esta imagen tan extraordinaria y la plasmaran en una pintura.

—Sigo sin entenderlo. ¿Cómo es posible que el simple hecho de mirarlo altere el cerebro?

—No estoy seguro. Por alguna razón, su geometría activa las redes cerebrales. Crea una resonancia, por decirlo de algún modo. Quizás en un nivel profundo nuestros propios cerebros reflejan la geometría básica del universo. El Agoyzen es un cruce poco común de neurología, matemáticas y misticismo.

—Extraordinario.

—Al embotado pensamiento occidental le quedan todavía muchas cosas que valorar en la filosofía y el misticismo orientales, aunque ya estamos reduciendo un poco las distancias; en Harvard, por ejemplo, unos científicos han empezado a estudiar el efecto de las prácticas meditativas tibetanas en el cerebro, y se han quedado atónitos al descubrir que provoca cambios físicos permanentes en el cerebro y en el cuerpo.

Llegaron a un vado del Tsangpo, donde el río, ancho y poco profundo, corría alegremente sobre un lecho de piedras, y el sonido del agua lo llenaba todo. Los caballos se metieron con cuidado en el torrente, y al llegar al otro lado prosiguieron el viaje.

—¿Y el fantasma de humo? ¿Para eso también hay alguna explicación científica?

—Hay una explicación científica para todo, Constance. No existen los milagros, ni la magia; sólo descubrimientos científicos por realizar. Evidentemente, el fantasma de humo era una tulpa o «forma de pensamiento», una entidad creada mediante un acto de intensa imaginación y concentración.

—Los monjes me enseñaron algunas técnicas de creación de tulpas, pero me pusieron en guardia contra su peligrosidad.

—Es extremadamente peligroso. La primera que describió el fenómeno en Occidente fue la exploradora francesa Alexandra David-Néel, que aprendió los secretos para crear una tulpa bastante cerca de aquí, junto al lago Manosawar. Lo probó para experimentar, y parece que empezó a visualizar a un monjecillo regordete que se llamaba fray Tuck. Al principio el monje sólo existía en su cabeza, pero con el paso del tiempo empezó a adquirir vida propia. David-Néel le veía de vez en cuando por el campamento, asustando a los demás viajeros. A partir de ahí las cosas fueron de mal en peor; David-Néel perdió el control del monje, que empezó a transformarse: se volvió más grande y esbelto, y mucho más siniestro. Adquirió vida propia, como nuestro fantasma de humo. Ella intentó destruirlo reabsorbiéndolo en su mente, pero la tulpa se resistía con uñas y dientes, y el resultado final fue una lucha psíquica que casi mató a David-Néel. La tulpa del *Britannia* era una creación de nuestro amigo Blackburn, y a él sí le mató.

—O sea, que Blackburn era un adepto.

—Sí. De joven viajó y estudió en Sikkim. Comprendió inmediatamente qué era el Agoyzen, y cómo podía usarlo, para desgracia de Jordan Ambrose. No fue ninguna coincidencia que acabara en las manos de Blackburn. Sus viajes por el mundo no tenían nada de aleatorio. Podría decirse que el Agoyzen buscó a Blackburn, usando a Ambrose de instrumento. Blackburn, con sus miles de millones y su conocimiento de internet, estaba en la situación perfecta para difundir por todo el planeta la imagen del Agoyzen.

Viajaron un rato en silencio.

—Por cierto —dijo Constance—, no me has contado cómo lograste que la tulpa atacase a la capitán Mason.

Pendergast tardó un momento en contestar. Se notaba que aún era un recuerdo muy doloroso. Por fin habló.

—Al liberarme de sus garras, dejé que se formase en mi mente una sola imagen: el Agoyzen. Básicamente implanté esa imagen en la tulpa. Le di un nuevo deseo.

—Cambiaste su objetivo.

—Exacto. Cuando se alejó de nosotros, buscó a los otros seres vivos que habían mirado el Agoyzen; en el caso de Mason, además era alguien empeñado en destruirlo, al menos indirectamente. Por ello les aniquiló a ambos.

—¿Y después?

—No tengo la menor idea de adónde fue. Dado que ha terminado todo tal como empezó, como quien dice, es posible que haya regresado al plano del que surgió; a menos que se desvaneciese con la muerte de su creador... Sería interesante oír qué dicen los monjes al respecto.

—Es decir, que al final hizo el bien.

—Se podría decir que sí, aunque dudo que el bien sea un concepto que pudiera entender o valorar.

—Aun así la usaste para salvar el *Britannia*.

—En efecto, y gracias a ello me mortifica un poco menos haber cometido un error.

—¿Un error? ¿En qué sentido?

—Partir de la premisa de que todos los asesinatos eran obra de una sola persona, de un pasajero. Lo cierto es que Blackburn sólo mató a una persona, y que lo hizo en tierra firme.

—Sí, y de qué extraño modo... Parece que el Agoyzen hace que la gente se destape, como si dijéramos. Desencadena los impulsos más violentos y atávicos.

—Sí, es lo que me confundió: la similitud de los *modus operandi*. Di por supuesto que todos los asesinatos los había cometido la misma persona, cuando debí entender que había dos asesinos distintos influidos por el mismo efecto malévolo: el efecto del Agoyzen.

Ya estaban en la base del sendero que subía por el acantilado. Pendergast desmontó y posó una mano en la enorme piedra *mani* de la base, en un gesto de oración. Constance hizo lo mismo. Subieron, llevando los caballos por las riendas. Finalmente llegaron a la cima, cruzaron el pueblo en ruinas y rodearon la montaña, momento en el que aparecieron ante su vista los tejados, las torres y las murallas inclinadas del monasterio Gsalrig Chongg. Dejando atrás el pedregal cubierto de huesos mondados (los buitres ya se habían ido), llegaron al monasterio.

La puerta del recinto exterior se abrió casi antes de que la alcanzasen. Fueron recibidos por dos monjes, uno de los cuales se llevó las dos monturas, mientras Pendergast bajaba la carga del poni. Se puso la caja debajo del brazo, y él y Constance siguieron al monje por las puertas reforzadas con hierro, por las que accedieron al oscuro interior del monasterio, que olía a sándalo y a humo. Apareció otro monje, con un candelero de latón, y les acompañó más adentro.

Llegaron a la sala donde estaba la estatua dorada de Padmasambhava, el Buda tántrico. Los monjes ya estaban reunidos en los bancos de piedra, bajo la presidencia del anciano abad.

Pendergast dejó la caja en el suelo y tomó asiento en uno de los bancos. Constance lo hizo a su

lado.

Tsering se levantó.

—Amigo Pendergast, amiga Greene —dijo—, os damos otra vez bienvenida a monasterio de Gsalrig Chongg. Tomad té con nosotros, por favor.

Les trajeron tazas de té con mantequilla, que disfrutaron en silencio. Después Tsering volvió a hablar.

—¿Qué nos habéis traído?

—El Agoyzen.

—No es caja suya.

—La caja original no ha sobrevivido.

—¿Y Agoyzen?

—Dentro. En su estado original.

Un silencio. El abad dijo unas palabras, que inmediatamente tradujo Tsering.

—Abad quiere saber: ¿lo ha mirado alguien?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Cinco.

—¿Y dónde están ahora?

—Cuatro han muerto.

—¿Y quinto?

—El quinto soy yo.

Al oír la traducción, el abad se levantó de golpe y se quedó mirando a Pendergast. Después se acercó a él, le cogió con una de sus manos huesudas y, con una fuerza pasmosa, le hizo levantarse. Le miró a los ojos, fijamente. Pasaron varios minutos en silencio. Finalmente el anciano dijo algo.

—Abad dice que es algo extraordinario —tradujo Tsering—. Quemaste a demonio, pero has quedado dañado, porque una vez que se experimenta éxtasis de pura libertad de mal, nunca se puede olvidar esa dicha. Te ayudaremos, pero nunca podremos rehacerte del todo.

—Eso ya lo sé.

El abad se inclinó. Después se agachó para coger la caja y se la dio a otro monje, que se la llevó.

—Tienes eterna gratitud nuestra, amigo Pendergast —dijo Tsering—. Has logrado gran hazaña... a alto precio.

Pendergast se quedó de pie.

—Me temo que aún no ha terminado —contestó—. Existe un ladrón entre vosotros. Al parecer, uno de vuestros monjes consideró que era el momento adecuado de limpiar el mundo, y organizó el robo del Agoyzen. Aún tenemos que encontrarle e impedir que lo haga de nuevo. Si no, el Agoyzen nunca estará seguro.

Al oír la traducción, el abad se volvió y miró a Pendergast con las cejas algo arqueadas. Hubo un momento de vacilación. Después el abad empezó a hablar. Tsering se dispuso a traducir sus palabras.

—Abad dice que estás en lo cierto. No ha terminado. No es final, sino principio. Me ha

pedido que te cuente serie de cosas importantes. Siéntate, por favor.

Pendergast tomó asiento, al igual que el abad.

—Después de que os fuerais, descubrimos quién dejó Agoyzen suelto en mundo, y por qué.

—¿Quién?

—Fue santo lama de muro.

—¿El anacoreta emparedado?

—Sí. Jordan Ambrose quedó fascinado por él, y le habló. Lama le dejó entrar en monasterio interior y le convenció de que robase Agoyzen, pero no para limpiar mundo. Lama tenía otro motivo.

—¿Cuál?

—Es difícil de explicar. Antes de vuestra llegada, en primavera, murió su santidad Ralang Rinpoche. Es decimotava encarnación de Rinpoche que fundó hace mucho tiempo este monasterio. No podemos seguir existiendo como monasterio sin nuestro maestro encarnado. Por eso, cuando muere Rinpoche, debemos salir a mundo en busca de su reencarnación. Al encontrar a niño, le traemos a monasterio y le educamos para ser siguiente Rinpoche. Siempre hemos hecho así. Cuando murió decimoséptimo Rinpoche, en 1919, Tíbet era país libre, y aún era posible salir en busca de reencarnación, pero ahora ha muerto decimotavo Rinpoche, y Tíbet está ocupado. Para monjes tibetanos es muy difícil y peligroso viajar libremente. A monjes que salen a cumplir esta misión les arrestan los chinos, les pegan y a veces les matan. Hombre santo del muro sabe muchas cosas profundas. Conocía la profecía que dice: cuando no podamos salir en busca de nuevo Rinpoche, entonces nuevo Rinpoche vendrá a Gsalrig Chongg. Reconoceremos a este Rinpoche porque cumplirá profecía escrita en texto sagrado fundacional de monasterio. Dice así:

Cuando el Agoyzen cruce el mar Occidental,
y giren sobre sí ruedas de oscuridad,
las aguas furiosas se alzarán,
y golpearán el gran palacio de las profundidades,
y conoceréis al Rinpoche por su tutor,
que volverá con Tara Verde,
bailando por las aguas del mar Occidental,
del palacio en ruinas de las profundidades.

»Por eso, para poner a prueba profecía, hombre santo dejó Agoyzen suelto en mundo para ver quién lo traía de vuelta. Porque hombre que lo traiga de vuelta será tutor de decimonoveno Rinpoche.

Pendergast sintió una emoción poco habitual en él: una sorpresa absoluta.

—Sí, amigo Pendergast, nos has traído a decimonoveno Rinpoche.

Tsering miró a Pendergast con una expresión ligeramente divertida. Después posó en Constance una mirada llena de elocuencia.

Constance se levantó.

—El tutor del... Perdóneme, pero ¿está diciendo que soy la reencarnación del Rinpoche? Pero

si eso es absurdo... Yo nací mucho antes de que muriera.

La sonrisa del monje se amplió.

—No me refiero a ti. Me refiero a niño que llevas dentro.

La sorpresa de Pendergast aumentó todavía más. Miró a Constance, que observaba al monje con una expresión inescrutable.

—¿Niño? —dijo Pendergast—. Pero si fuiste a la clínica Feversham... Creía... di por hecho...

—Sí —respondió Constance—, fui a la clínica, pero una vez en ella me di cuenta de que era incapaz. Ni siquiera... sabiendo que era de él.

Fue Tsering quien rompió el silencio.

—Hay antigua oración. Dice así: «Llévame a toda desgracia. Sólo por ese camino puedo transformar lo negativo en positivo».

Constance asintió con la cabeza, apoyando inconscientemente una mano en la leve protuberancia de su cintura. Luego sonrió: una sonrisa que parecía medio secreta, medio tímida.

Las novelas de Preston y Child

NOTA DE LOS AUTORES

A menudo nos preguntan en qué orden hay que leer nuestros libros, si es que hay que leerlos en algún orden.

Cuando más sentido tiene la pregunta es cuando se trata de las novelas protagonizadas por el agente especial Pendergast. La mayoría de nuestras novelas están escritas como historias autónomas, pero el tiempo ha demostrado que muy pocas se quedan en un mundo estanco. Todo lo contrario. Parece que cuantas más novelas escribimos en colaboración más «contaminaciones» se producen entre los personajes y los hechos del conjunto. Determinados personajes de un libro pueden, por ejemplo, reaparecer en otro posterior, o los hechos de una novela extenderse a la siguiente. En definitiva, hemos ido construyendo poco a poco un universo donde evolucionan y se solapan todos los personajes de nuestras novelas y sus peripecias.

De todos modos, normalmente no hace falta leer las novelas en determinado orden. Nos hemos esforzado mucho para que nuestros libros sean historias que se puedan disfrutar sin haber leído las demás, salvo unas pocas excepciones.

Dicho esto, pasemos al desglose de los libros.

NOVELAS CON PENDERGAST

El ídolo perdido fue nuestra primera novela, y la primera donde aparece el agente especial Pendergast. Por tanto, no tiene antecedentes.

El relicario es la secuela de *El ídolo perdido*.

Los asesinatos de Manhattan es la tercera novela de Pendergast, completamente autónoma.

La siguiente, *Naturaleza muerta*, también empieza y acaba en sí misma (aunque los que tengan curiosidad por Constance Greene encontrarán algunos datos sobre ella, al igual que en *Los asesinatos de Manhattan*).

La siguiente en la lista, *La mano del diablo*, es la primera novela de lo que llamamos informalmente trilogía de Diógenes. También es una historia independiente, pero retoma algunos cabos de *Los asesinatos de Manhattan*.

La danza de la muerte es la novela central de la trilogía de Diógenes. Se puede leer como un libro independiente, pero no estaría de más leer *La mano del diablo* antes de *La danza de la muerte*.

El libro de los muertos es la última novela de la trilogía de Diógenes, y su desenlace. El lector que quiera sacarle todo el jugo debería, al menos, empezar leyendo *La danza de la muerte*.

El círculo oscuro, que ahora mismo tiene usted en sus manos, es una novela independiente que sigue una vez más los pasos de Pendergast, y cuyo argumento se sitúa después de la trama de *El libro de los muertos*.

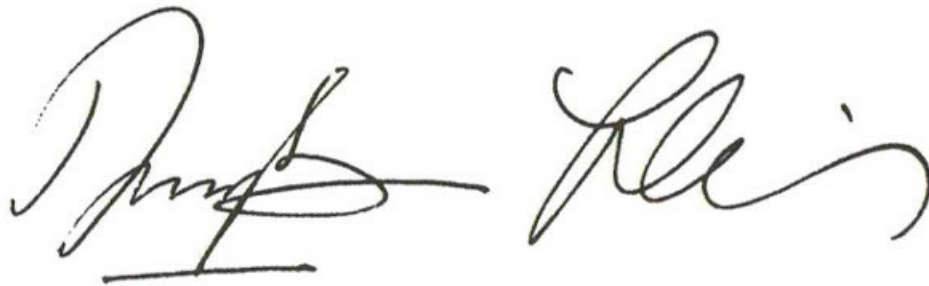
NOVELAS SIN PENDERGAST

También hemos escrito una serie de relatos de aventuras independientes donde no aparece el agente especial Pendergast. Son, por orden de publicación, *Nivel 5*, *El pozo de la muerte*, *La ciudad sagrada* y *Más allá del hielo*.

En *Nivel 5* hace su primera aparición la arqueóloga Nora Kelly, presente en la mayoría de las novelas posteriores de Pendergast. En *Más allá del hielo* lo hace Eli Glimm, presente en *La danza de la muerte* y *El libro de los muertos*.

No queremos terminar sin decir a nuestros lectores que esta nota no pretende ser un guión importuno, sino una respuesta a la pregunta «¿En qué orden debería leer vuestras novelas?». Nos parece una suerte extraordinaria tener lectores como usted, que disfrutan tanto leyendo nuestras novelas como nosotros escribiéndolas.

Atentamente,



Notas

[1] Ilustrador estadounidense famoso por sus tiras cómicas donde describe mecanismos de una complejidad absurda al servicio de objetivos muy sencillos. (*N. del T.*) <<